LAS PEQUEÑAS ESTATURAS – ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

Este libro, aunque de forma y construcción diversas, es, a su manera, complemento o con-secuencia de tres novelas anteriores, partes independientes del ciclo Los Nuevos Años: LA ADVERTENCIA, EL AIRE Y LOS RECUERDOS, y LOS PODERES OMNÍMODOS, a las que el editor quiso llamar trilogía. No es en absoluto necesario, ni siquiera recomendable, leerlas, antes de ser leída esta novela, de la que sólo quiero decir que se integra, de un modo u otro, al propósito de Los Nuevos Años.

El Autor.

I

Mi nombre es sólo Redama. Nadie lleva aquí nombres innecesarios, porque no tenemos historia personal que nos haya sido transmitida. Vivo donde el pueblo comienza a ser camino a otros pueblos. Unos pasos más allá de mi ventana, inmediatamente después de la quebrada de los desperdicios, que también es llamada de los gallinazos, mueren las calles, menos la recta, cuya prolongación se ondula a la distancia, para convertirse en hilo de agua o de luz, sobre las vueltas de una de las montañas que cierran los contornos de esta inmensa soledad de verdes, amarillos y azules.

Esta es una casa de mujeres. Somos tres. Mi madre, Anáfora, y mi prima Edúrea, son las otras dos. El hombre de Anáfora, que no fue mi padre, pero como si lo hubiera sido, murió de repente en el jardín, cuando yo crecía todos los días un poco más que mi muñeca de trapo. Tenía ojos de agua marina, la piel de bronce, una cabeza abundante de cabellos ligeros, y la boca llena de cuentos. No era viejo; era grande. Y nos pertenecía a las dos, a Anáfora y a mí. Edúrea nunca tuvo hombre.

Desde esa muerte, la casa es como fue ese día, idénticas las habitaciones usables, y la clausurada, donde el hombre de Anáfora leía, escribía o meditaba, y cuya llave robé, por manera que me siento propietaria de un territorio libre. Anáfora encontró natural que la llave hubiera desaparecido, puesto que había determinado que nadie volviese a entrar allí. Hasta cierto punto la he obedecido. En cuanto al resto ordinariamente habitable, las tres mujeres estamos obligadas por el espíritu de la casa a decir siempre las mismas palabras, aunque alteremos su orden, salvo cuando algún suceso exterior pasa por nosotros como una efímera conmoción. El espíritu de la casa es inválido, petrificador. Y nosotros, tres pájaros mecánicos, que andamos en ella los pasos de la mañana, los pasos de la tarde, los pasos de la noche, hasta que, transcurrido un número cabal de idas y venidas, a cierta hora nocturna, cerramos los ojos para que se recarguen nuestros resortes y recomencemos a funcionar al amanecer.

El jardín, en cambio, es fluido. Sus formas varían con la luz, de día, y de noche sin necesidad de que crezca la luna. Nada en él se ha detenido, ni los guijarros, ni los tallos, ni los gusanos, ni siquiera las espinas. Se encuentra todo tan espontáneo como se encontraba cuando el hombre de Anáfora se doblegó. Puedo, por consiguiente, hablar en su recinto de lo que se me antoje, puedo inventar y ser inventada, mientras ando por las sendas que dejan expeditas las plantas, dándole agua a las flores o cortándoles extremidades sobrantes. Hablo hasta de lo que la gente cree que no se debe hablar.

Anáfora —prefiero llamarla así, y no por madre— sería feliz si pudiera acercarse con el cuerpo a las estrellas. Espera su muerte para saber lo que se debe de las figuras de luz que salen de la distribución de los astros en las noches limpias. Suele afirmar que ese es el itinerario por el que viaja la mente para acostumbrarse poco a poco a las distancias incomprensibles.

Edúrea vino a establecerse desde la ciudad, hace quizá diez, quizá doce años. Vino porque quedó sola, cuando su padre, hermano de Anáfora, perdió la vida en la guerra que encabezó el general Milvino. Dice Edúrea que el general Milvino quiso salvar al país del desorden, tomó la capital, pero fue vencido por otro salvador, y hubo de huir al extranjero, mientras el principal de sus ayudantes, su querido padre, como ella lo llama todavía, fue hecho preso en el descanso de una retirada y colgado del árbol que le daba su sombra para sestear. Así lo cuenta con mil detalles cada vez que se le da ocasión.

Edúrea es una mujer corpulenta, ni joven ni vieja, que habla inflando las palabras de autoridad. Pertenece completamente a la petrificación de la casa. Sin embargo, no tiene consistencia. Es un saco de ropas usadas, con una cabeza de girasol desorientado.

Mi gran aventura, fuera de mí misma, ocurrió cuando conocí a Ribaldo. Lo conocí cuando vino al pueblo a hablar con los campesinos. Por oírlo, seguirlo y ver lo que hacía, perdí el canasto de las compras, pero Anáfora no se enojó, y Edúrea se satisfizo con darme una mala mirada porque se hallaba excitada con la novedad. Como cree haber vivido muchos años más que yo, Edúrea se toma derechos para vigilarme.

Ribaldo convocó a los campesinos y les dijo que las tierras les pertenecían porque a sus antepasados les habían sido arrebatadas y porque por ellos eran trabajadas. Cuando terminaron de escuchar el discurso, los campesinos fueron en busca del primero de los propietarios, y le pidieron, en cuanto apareció en el balcón:

— ¡Patrón, devuélvenos las tierras!

El patrón se echó a reír. Recobrada su seriedad, les explicó que debían estarle agradecidos por haberles permitido sembrar para ellos sus poquitos en los lotes por él generosamente asignados, única razón por la cual no habían muerto de hambre todavía y que, si él no les hiciese préstamos, no tendrían otro calzón que el que una vez al año les regalaba para el trabajo, ni podrían emborracharse los sábados, ni acudir con sus críos a las ferias de los domingos. Como nada respondieran a esa peroración, les aclaró con mucha pedagogía lo que era el derecho de propiedad, y puso a Dios por testigo, ubicándolo con el índice entre las nubes. Los campesinos murmuraron entre sí, e insistieron como si nada hubiesen comprendido:

—Ribaldo dice que las tierras son nuestras. ¡Devuélvelas, patrón!

Ante semejante insistencia, el patrón se encolerizó. Los llamó brutos, los llamó ingratos, los llamó revolucionarios, los amenazó con castigarlos y, después de castigarlos a conciencia, con llamar a las fuerzas de policía para hacerlos podrir en la cárcel. Por último, descargada su cólera, les dijo que Ribaldo había inventado esa mentira para que ellos le diesen huevos y gallinas.

Esta vez, los campesinos respondieron:

—Así ha de ser, patrón.

La mayoría se retiró con sonrisas agridulces y meneos de cabeza, pero unos pocos quisieron otra prueba y marcharon a la casa del segundo de los propietarios. Este también se echó a reír, también los amenazó, también les dijo que Ribaldo era un mentiroso.

Quedó entonces un grupo del tamaño de un puño. Y estos incrédulos resolvieron ir al despacho de la autoridad, a quien yo atribuía cualidades de ser casi sobrenatural, pues mandaba en todas las cosas del pueblo. Era un hombre gordo, era un hombre lleno de gorduras, con bigotes atufados, botas altas y un vozarrón de gárgaras, que frecuentemente me perseguía en sueños, aunque poniéndose caras distintas, lo que no me impedía reconocerlo. Yo le tenía miedo, aunque no podía substraerme de ser atraída por su misterioso poder, que en esa oportunidad disfruté al ver la soberbia con que, sin demorar en circunloquios, y echando palabrotas, gritó que encarcelaría a Ribaldo por agitador y mentiroso.

Aquello convenció al pequeño grupo de campesinos, pero también los enfureció. Y corrieron las calles en demanda de Ribaldo, y yo tras ellos. Lo avistaron cuando se disponía a entrar en la fonda, y empezaron a arrojarle tortas secas de boñiga de vaca y las piedras que encontraron junto a la acequia en la cual se proponían sumergirlo, según lo venían vociferando. Pero Ribaldo, con gran agilidad, escapó a tiempo. Por un atajo, llegué antes que él a la calleja por donde habría de pasar, y le enseñé la puerta de la casa.

No sé si lo hice por compasión o porque admiré en Ribaldo su desafío al inmenso poder del vozarrón. Sería por ambas cosas. Ni siquiera me detuve a pensar si Anáfora lo aprobaría. Pero Anáfora, ya lo dije, estuvo amable y Edúrea, con tanta curiosidad, que supimos que Ribaldo había escrito, años atrás, manifiestos estudiantiles en favor del general Milvino, lo cual lo hizo grato a la sonrisa aguada del girasol, no obstante, su mala mirada sobre mí.

En la casa fue cuidado, hasta que se sosegaron los ánimos. Anáfora intervino ante la autoridad, que accedió por fin a no apresarlo, bajo la condición de que abandonase el pueblo y no volviese jamás. Firmó Ribaldo el compromiso, y se marchó.

En vano esperé por largas noches que mi amigo viniese en sueños para ayudarme cuando el hombrón aquel se presentaba a atormentarme. Lo tomé como una ingratitud.

Cinco años después, sin embargo, Ribaldo volvió. Fue a la hora del jardín, casi lo que se llama una hora nocturna, cuando apresuraba mi camino de regreso a la casa, por esa calle delgada, desde la cual los tres edificios principales de la plaza parecen abandonados o recién extraídos de alguna excavación, porque les faltan pedazos, unos hechos por sombras, otros por roturas. Los tres edificios son: la Iglesia de amarillo oxidado, muy flaca la torre, un gallo despintado en un hombro de la espadaña, y en la punta, la cruz; la Sala Municipal, de paredes enjalbegadas entre arcos pesados, chata y alongada como un establo construido en el aire; y las manchas de la vieja cárcel, transformada en el cine Apolo, sus rejas selladas por cartelones de pintura aguada.

Venía él a paso lento, caviloso. No me vio, pero yo le detuve.

—Tú eres Ribaldo —le dije—. Yo soy Redama, ¿no te acuerdas?

— ¡Redama! Parece imposible.

—Han pasado años.

—Sí, todo es distinto ahora. Tú eres otra Redama, prisionera del sueño carnal. Has saltado a mujer. Todo es distinto ahora, te repito. Todo va a ser distinto mañana.

— ¿Cómo?

—Porque ha llegado a la última etapa la discordancia en las estructuras opresoras. Se derrumbarán. Se derrumbarán las aduanas, los policías, las ventanillas de los bancos, las cercas de alambre, los galones y las charreteras, las puertas de acero, los muros de cemento, las calorías privilegiadas, los mástiles, las torres acumuladas.

—No te entiendo. Sólo te pregunto, si no hay policías, ¿cómo se va a vivir? Vendrán los ladrones a cogérselo todo.

—De las ruinas, Redama, de las cenizas del gran incendio, surgirá el amor. Yo sentí mi corazón inquieto. Le dije que tenía que marcharme.

—Espera, Redama. ¿Puedo verte mañana?

—Ven a la casa. Así me lo explicarás mejor.

—Espera. Te voy a advertir algo, para que confíes en mis palabras. ¿Ves esa cruz, ese campanario, ese gallo? Mañana no los verás. No estarán allí.

Me acongojó verlo levantar el brazo como una flecha de profeta. Mi malestar de pecho creció. Y me apresuré en despedirme.

Cuando la noche y el día dieron una vuelta completa, Ribaldo vino, pero no entró a la casa por la puerta, sino que saltó la tapia del jardín, donde yo paseaba mientras caían las sombras en el bronce líquido del aire.

Quedé paralizada de horror.

Pasó lo que pasó en un lugar desconocido. Puede que no haya existido nunca ese lugar, pero también es posible que existiera en cualquier parte. Por conveniencia, llamadlo país, si así lo queréis, pero no le deis nombre propio ni le fijéis espacio, porque lo convertiríais en objeto de estudio, sería entonces devorado por el análisis, y quedaría reducido a fragmentos, cifras y curvas que la memoria no podría registrar. Ni las potencias del sueño, ni las potencias del amor bastarían para volverlo a encontrar. Y tendría que ser inventado otro, quizá mejor, pero ya no sería el nuestro.

Lo que debe importaros no es, pues, ni nombre, ni raza, ni posición astronómica, sino que en ese país ocurrió un fenómeno de naturaleza y consecuencias que nadie en absoluto imaginara. No es que se transformaran las cosas en otras cosas, prodigio que hubiera podido atribuirse a un proceso de transmutación energética, enteramente aceptable en esta época de tan osada tecnología. Mas, en caso tal, nada

hubiera cambiado. Las cosas hubieran permanecido como cosas, con su propia identidad, aunque nuevas y distintas al ojo, a la mano, al sabor acaso, pero no al corazón. Y lo maravilloso del cambio, ¡ay!, habría perecido al cumplirse, perecido con mayor ligereza que las ampollas de aire en los líquidos hirvientes. Bien sabéis, por otra parte, que un prodigio deliberado no alcanza a ser sujeto ni objeto de lo fantástico.

No, no hubo cosa que cambiase de apariencia. Las montañas quedaron como eran, unas verdes o blancas, otras tristes y secas. Sombras amenazantes siguieron compungiendo al cielo en ciertas horas, pero en otras la frivolidad del aire venía a devolverle su translúcida condición de cristal. La duración del día no se alteró de modo distinto al usualmente traído en las vueltas del año. Las noches no dejaron de ser arbitrarias, clarividentes, lóbregas, azules, de terciopelo o de papel. Nada anormal fue advertido en la atolondrada movilidad de los insectos. Los ríos continuaron corriendo de las cumbres al mar. Y como antes, todos los desórdenes de la luz crecieron en las flores y volaron en los pájaros.

Aunque no probado, es valor entendido que el hombre no es cosa. Por otra parte, si el fenómeno tuvo ciertos caracteres primarios de mutación humana, su final proporcionalidad hace pensar que más bien se trató de un reajuste. Una reducción del habitáculo del alma, una eliminación de lo sobrante, eso es lo que aconteció. No habría, desde luego, sido portento, de haberse realizado en larguísima duración, de innumerables generaciones desaparecidas, reemplazadas, multiplicadas por miles de millones de cadáveres. Pero lo que sucedió sólo en un día y una noche sucedió.

Me creen candida porque generalmente soy crédula. Anáfora piensa que mi inocencia me será perjudicial, pero yo sé muy bien que la inocencia no pasa de ser un nombre que se acomoda según quien lo aplique. Edúrea, para lo que le importa, atribuye mi supuesta candidez a una irremediable poquedad de inteligencia, combinada con algunas tendencias para ella reprobables. ¡Cómo se engañan ambas! No saben que me gusta divagar para huir de la petrificación de la casa. Hay largos silencios que me protegen, cosa para ellas innatural en muchacha joven y no sin atractivos, que debe ser parlanchina. Pero si veo un sapo adherido a la nuca de Edúrea, o a Anáfora inmovilizada a un pie del aire, me pongo a contemplar paisajes que sólo yo conozco, porque advierto que en esos momentos la casa ya no existe, que la piedra se ha ausentado, que las lágrimas no tienen por qué ser tristes ni saladas; entonces, ¿de qué asuntos pudiera hablar con las dos mujeres mayores de mi compañía?

Cuando se repiten esas circunstancias, cuando yo soy la que realmente soy, o la que seré algún día en que mis órganos exteriores dejen de servir como simples conductos obstruidos por el ángel de la guardia, comprendo la inutilidad de una conversación que se transformaría en controversia perjudicial para todas. Sobre todo, si yo cediera, ya no volvería nunca más a ser la dueña de mis silencios. Quizá con Anáfora la relación verbal pudiera alcanzar ciertos niveles, parecidos a los que me trae la sigilosa impaciencia de mis meditaciones, pero si empiezo a rendirme a ella, la otra se aprovecharía de mi debilidad. Además, las pláticas de Anáfora no cambian, tienen excesiva coherencia, buscan una finalidad, son dirigidas, es decir, les falta libertad, de modo que ambas, si yo la atendiera como parece habría de

ser mi deber, acabaríamos enfadadas, lo cual sería desaprobado por el hombre que murió en el jardín.

No obstante, el haber ejercido con tanto ahínco mi libertad de percibir no me había preparado bastante para la sorpresa de la reaparición de Ribaldo. Un malestar insidioso me despertó en la mañana antes de la hora acostumbrada. Ciertamente, fue un malestar de anuncio, que gradualmente excitó el movimiento de mis manos, por manera que Anáfora me miró con ojos intranquilos y Edúrea me hizo preguntas de maestra regañona, a las cuales respondí con evasivas, y luego corrí a la ventana para ver la punta de la Iglesia, pero el gallo, la cruz, y todo lo demás estaban en su sitio. Me puse entonces a trabajar con ahínco en sacudir el polvo de los muebles, hasta que mi piel se humedeció, y me eché donde pude para invocar a mis figuras, sin poderlo conseguir. Me asaltaban oleadas sucesivas de pena, porque no llegaba ni una sola imagen de las que mi corazón imploraba. Cuando el día perdió sus resplandores y llegó la hora propicia del jardín, entré en él para encontrar mis formas y sentir en todos los lados de mi cuerpo la alegría de tocarme con ellas.

Interrumpida esa reconciliación de mis partes por la súbita aparición de lo que yo creí otro Ribaldo, el estupor fue como si hubiera visto, en una rotura instantánea de lo impenetrable, el nudo que ata lo real con lo fantástico.

En la guía que preparaba para el turismo universal, en su más completo sentido, pues incluía medios singularmente ingeniosos de comunicación ideográfica-luminosa con posibles visitantes del espacio, el país constaba en la larga lista de los subdesarrollados.

Era cierto. Sus habitantes vivían más de la tierra que de las latas, más de la unidad que de la serie. No todos habíanse perfeccionado hasta llegar a verdaderos hombres de negocios, y los negocios se hacían sin logográficas demostraciones, sólo a punta de ojo y regateos. Quizá por eso los anuncios comerciales no habían alcanzado el poder de transformar a niños en delincuentes ni a los adultos en fonógrafos. La velocidad de los automóviles era moderada, el fútbol se jugaba con los pies, no era muy blanca el azúcar, las papas no tenían sabor de arsénico y las naranjas entraban y salían del mercado sin maquillaje. Continuaban las vacas recibiendo directamente el amor de los toros, y en cuanto a los seres humanos, aun los más racionales, lo hacían al azar, con el peligro del aburrimiento irreparable traído por las equivocaciones a primera vista, y sin valerse de la fidelidad de los computadores. Hacía muchísimos años que las fieras no merodeaban por la vecindad de las ciudades, pero tras de unas montañas bravas, hacia el corazón del mundo, el caminante osado escuchaba todavía la estridente voz de la bestia de trompa móvil, cuya pezuña pulverizada curaba el paludismo de unos hombres que allí cazaban desde antes de que la tierra fuera redonda. Se solía rogar a los santos, como en cualquier país civilizado, pero aquí los ponían de cabeza y les quemaban las pestañas con los cirios, si demoraban en conceder favores. En todas partes, en la selva, en el campo cultivado a buey y palos, en la ciudad o en la aldea, junto a las orillas del mar o en el aire delgado de las grandes alturas, santos y demonios coexistían pacíficamente, o, cuando más, luchaban a garrote y un poco de mentirillas. Y una bruja seguía siendo una bruja, y no un extremista cualquiera.

Con tantas desventajas en contra, los hombres ilustres del país tuvieron que pedir en préstamo las ideas para organizarlo y dar coherencia a lo disperso de su despoblada geografía. Pero ocurrió que un bando tomó una parte, y la otra la restante, por lo que, sin el contexto completo, las ideas resultaron contrarias. De ello se produjo una serie de guerras. Entre una y otra guerra, las ciudades hicieron sus leyes, y el campo conservó las suyas. Las primeras fueros escritas, muy bien caligrafiadas; las segundas no tuvieron esa necesidad.

Finalmente, la fatiga de tanto guerrear hízoles pensar en un arreglo. Y la paz se hizo mediante un compromiso: los patriotas citadinos aceptaron quedarse solo con lo suyo, que eran bancos, comercio, industrias nacientes; y dejar a los patriotas del campo con las tierras y los hombres que las cultivaban.

Como esta situación no satisfizo a todos los espíritus, pues era de suyo inestable, de vez en cuando aparecía un salvador que asaltaba el gobierno y hacía nuevas leyes para todo el país. Los patriotas del campo, empero, se encogían de hombros, y las cosas quedaban como antes. Quedaban así, porque el compromiso no había inventado nada, sino reconocido lo que estaba hecho por fuerza natural y hábito adquirido en el goce del provecho que les daba el ajeno trabajo.

Sin embargo, para quienes dieron en préstamo las ideas, eso fue demasiado, porque, bien pensado, ideas sin dinero eran vacías, y lo ofrecieron, aunque no a manos llenas, unas veces a los patriotas de la ciudad, otras a los del campo, pues era conveniente no apartarse del sabio equilibrio de los factores, solo que el equilibrio, como el hada buena de los cuentos tristes, no llegó. Ejercieron entonces los prestadores una diplomacia enérgica para que se cumpliesen las leyes, y, de paso, se cancelasen deudas e intereses, todo, en fin, de acuerdo al modelo proporcionado en préstamo.

Pero no lo pudieron conseguir, pues los patriotas de ambos lados demostraron poseer firmeza de carácter al no renegar de lo suyo. Y la caja del país estaba exhausta, porque con esos préstamos habíanse adquirido muchos artículos fácilmente perecederos, como las nuevas armas que disparaban una cantidad alarmante de tiros por minuto, para terror de las aves y los huelguistas. Lo que pudo haber sobrado, sirvió para que los salvadores se indemnizaran de sus desvelos.

Por tales razones, y otras un poco metafísicas, los prestadores intervinieron, a veces por fuerza, en otras con censuras de monitor o amenazas de endriago. Mas, nada pudo ser cambiado, solo que las oficinas públicas fueron inundadas por montañas de formularios, el gasto de papel se multiplicó cientos de veces y la burocracia se hizo más desganada que en los días de la calesa.

Tiempos después, en otros menos revueltos, cuando el sufragio universal fue establecido con una que otra garantía, los procedimientos de la discordia se modificaron. Ya no escapaban los campesinos de su odiosa rutina para pelear en las contiendas de sus amos, sino para colocar por la ranura de una caja unos papelitos encantados que, si daban el triunfo a cierto número de patriotas de la ciudad, aseguraban a los del campo muy significativos puestos locales y otros en el parlamento, desde donde podían

vigilar lo que les tocaba. Por modo así, con el cambio del fusil por el papel, el antiguo compromiso quedó honorablemente respetado, renovado, confirmado y más o menos inviolado. Y los prestadores, menos intranquilos que antes, dejaron de intervenir directamente, y hasta prometieron no volver a hacerlo, siempre y cuando no se encontrase más de una bruja por cada cien mil habitantes.

Yo soy Ribaldo, un hombre que se ha superado, olvidado de su origen, rebautizado por nuevos actos. Volví al pueblo con la noche, para no ser reconocido, y hacer lo que tengo que hacer. Comprendo ahora que mi encuentro con Redama fue providencial, y lo agradezco a la casualidad. Ella me dejó con el brazo en alto. Y cuando perdió la cintura, los hombros, la cabeza, en el oblicuo descenso de piedras que destaca la torre contra el cielo, el tono heroico de las palabras que le dije probó su inconsistencia, porque, desde cierta región gelatinosa de mi cuerpo, no ubicable, pero cargada de chispas, un hilo de pensamiento saltó, serpenteó, silbó, diciéndome que yo, hombre sin duda inteligente, iba a cometer un acto propio de hombre imbécil. Coloqué ese hilo en su sitio, presionándolo con un montón de palabras bien organizadas, más fue inútil: el hilo, el bucle, el caracol, la espira recobró su ímpetu, de modo que el acto futuro, que bien pudo haber sido examinado por mí en una proyección de imágenes heroicas, se disolvía en una oquedad sin resonancia alguna, en cuanto ese elemento vergonzoso volvía a zigzaguear por entre los pliegues nubosos que me palpé en la frente.

Para convocar, pues, una teoría satisfactoria sobre lo que habría de acometer, me encaminé a la cantina que, junto a los cartelones del cine Apolo, acababa de encender en el hueco de entrada una luz rojiza de zanahoria tumefacta. Ya adentro, las bolas de cebolla a un lado, el cerro de las papas en el otro, la mole blanca del queso partido en la mesa, el cuero de cerdo colgado de una viga como un murciélago gigante, la alacena gambeada bajo las latas y botellas, la paila quemada con restos de fritada pestilente, todo eso se movía entre planos negros y amarillos, siguiendo el bamboleo de un farol central con vientre de calabaza, y las incitaciones diagonales de la luz de la entrada.

El viento, sin duda, era responsable de ese juego. Seguramente, las luces se movían a su merced, pero lo que yo veía moverse eran las cosas. Y mientras contemplaba la conversión de esas cosas familiares en estrambóticas, sentí los primeros síntomas del miedo en una agilidad incongruente del espinazo. Para sosegarme, soné las manos hasta que me ardieron. Acudió entonces una mujer, de medio rostro cubierto, con una botellita blanca en la mano derecha, un vaso en la izquierda. ¿Cómo supiste que yo quería beber? No respondió la mujer, sino que gruñó y levantó un hombro con displicencia de jorobada. Pagué el precio, ya sin argüir, viendo que ella me lo señalaba con los dedos abiertos, y sorprendido luego porque se desvaneció por el túnel de la trastienda. Si yo no bebiera, tendría las ideas aburguesadas con leche y canela. Bebí, pues. Además, cuando uno va a ejecutar algo de magnitud, requiere de ímpetus adicionales. Bebí a pico de la blanca y fragante botellita, sin llenar el vaso, al que capiroteaba para reflexionar mejor. Con la una mano capiroteaba, con la otra bebía, y, acabado el trago, la seguía moviendo en el aire, cosa nada extraña, puesto que solo los frailes suelen reflexionar con las manos quietas. Y si las bestias no reflexionan, me dije, es

porque no tienen manos o las tienen muy rudimentarias. ¿Y si reflexionaran? ¡Bah! Ya nos hubieran devorado. Reflexioné, sí, y en cuanto profundicé un tantico en lo que pensaba, me invadió la tristeza mostrenca de los pensamientos contrarios. ¿Heroico? ¿Desesperado? ¿Estúpido? Nada de ello sería mi acto, nada parecido, pero sí todo junto, mezclado, aunque capaz de ser separado por los observadores, pero no entendido. Abracé mi maletín, como si fuera la grupa de una mujer cualquiera, o quizá la grupa de Redama, porque lo hice repetidamente. Y, claro, sonreí, y encontré que allí dentro vivía un corazón, ahora quieto, pero que ceremoniosamente se movería después hasta reventar en un momento predeterminado. La esfera de la muñeca, esta sí, latía, midiendo un espacio que no había empezado, pero que terminaría con brusquedad antes de que saliera el sol. Tan aguda fue esta certidumbre, tan espantosa la proximidad, que salté de la silla, me arranqué el reloj de la mano y lo lancé al piso de piedra para saltar sobre él hasta aplastarlo y hacerlo crujir como a una cucaracha. La mujer vino de pronto a saber si yo estaba borracho. Vino descolgada del techo, de alguna trampa, ahíta de las moscas que debió haber atrapado, colgada cabeza abajo en la misma viga de la que pendía la piel de cerdo. Era cierto que parecía mascar con la punta de los dientes presas diminutas, porque lo que me dijo no salía bien de los labios. Yo le contesté que para que me emborrachase necesitaba cuando menos tres botellitas más. Primero se lo dije con furia, después con afabilidad, mientras me reacomodaba en la silla y contaba el dinero para convencerla. Oye tú, mujer, yo nunca he sido lo que te crees, sino que soy hombre de principios, y a veces los principios, bueno, tú me entiendes... Pero ya no estaba hablando con nadie, sino con la botellita milagrosamente llena de nuevo. Miré por encima del queso, por entre el grifo del lavadero, me deslicé hasta el orificio del túnel, sin seguir a la trastienda porque eso era un embutido de lobreguez, y como no la encontré, y todo parecía de súbito apaciguado como un cementerio, seguro de que ella no me veía, me trepé a la mesa y manoteé el farol, de modo que las cosas recomenzaron violentamente a moverse y yo a temblar y a oler orines viejos con una respiración de perro perseguido. Pensé que la mujer podría haberse orinado en mis ropas. Cogí el maletín y salí a la calle.

Con tantas idas y venidas por el mismo camino, la gente había perdido la costumbre de la compasión, viera lo que viera, fuesen caras tumefactas, sarna en los párpados, encías ulceradas, dientes rotos, piernas secas arrastrándose como colgajos de trapo mal cosido, fuesen niños ventrudos que comiesen tierra, fuesen hombres con las espaldas curvas desde los tiempos en que les quemaban la piel con el hierro de marcar animales. Así había sido siempre, desde la noche del principio, desde que empezaron a podrirse los granos en las sementeras y los piojos a chupar la sangre de los sembradores.

Los que no tenían daño en el cuerpo, adolecían de alma. Adolecían de una mansedumbre un poco irónica, un poco siniestra. Como les habían matado a su Dios, y el demonio no se molestaba por ellos, esta incoherencia habíales enmascarado el rostro, del que corrían lágrimas a voluntad, mucho más a menudo que de un rostro ordinario. Fuera de lágrimas, salían de él palabras abreviadas, pero jamás sonido alguno contrario a la sumisión escapaba por el agujero de la boca. Daban, por eso, las gracias cuando recibían azotes como cuando recibían aguardiente. Y besaban la tierra donde guardaban los huesos de sus padres. Mas, si no eran observados por extraños, con los brazos en alto clamaban al sol naciente porque no demorase en desatar la

catástrofe reparadora. Eran ya innumerables los días y los años de este clamor.

Los patriotas no creían en la catástrofe. Creían en el orden. Tenían dios propio, un demonio amainado, oloroso a lavanda, de sexo remilgado, y, para aliviarse de penas y acautelarse contra la duda, unos cumplían asiduamente con el santo sacramento de la comunión, y otros viajaban por todos los clubes nocturnos del mundo. Estas diversiones les daban una asepsia de embriaguez, como el agua jabonosa en el cuerpo, como las lonjas de tocino en el vientre.

Pero una vez en el orden apareció una grieta, que se apresuraron en llenar con dos muertos en las calles de la ciudad. Cuando apareció otra, fueron utilizados tres muertos. Y esto empezó a multiplicarse, porque el orden chasqueaba y ronzaba inexplicablemente, hasta que un cierto número de patriotas proclamó la era de las reformas cautelosas y declaró que la obstinada resistencia de los otros a la vida moderna era la causa de esas grietas que, como un mal incurable, se cerraban para abrirse más grandes en otros sitios.

De nada sirvió la perspicaz cautela, como no fuera para estimular demandas más allá de los límites razonables señalados por la libre competencia y la aptitud individual de cada quien para no morirse de hambre. Con lo cual, el orden perdió su majestuosa solidez incorruptible, y se volvió fluido, incompatible consigo mismo, recompuesto con materiales provisorios de emplastos y pegotes.

En verdad, las quebraduras habían empezado impercepti-blemente, mucho antes de que apareciese la primera grieta. Habían empezado porque las autoridades y los vendedores popularizaron el cepillo y la pasta dentales como sustitutos del frotamiento con tabaco crudo. Al cepillo y a la pasta, sucedió el jabón de rosas contra el jabón prieto. Al jabón, el reloj de muñequera. A este, el papel de celofán... Cuando llegó el turno del radiorreceptor, todo se revolvió.

Un poeta llamó a esos objetos los talismanes del progreso, y ya no hubo quien no los anhelase. Los que no los pedían a gritos, tristemente pensaban en ellos. Nadie sabía, sin embargo, fabricarlos, ni existía el dinero para montar fábricas, por lo que fue decidido trabajar más la tierra para vender al exterior sus frutos y comprar allá lo que la gente con tanto ahínco demandaba, ¡ay!, pero mientras más frutos eran obtenidos del suelo, menos valían en los mercados del mundo, y los talismanes subían cada día de precio, porque, donde los hacían, una parte de la ganancia era destinada a elevar el ingreso de sus trabajadores, de modo que la producción pudiera crecer y crecer, y otra parte era invertida en acumular fantásticas novedades bélicas para mantener la paz universal.

Pasó así que la autoridad, que había construido nuevos caminos por los cuales rodaban los cepillos y los radios, tuvo que imprimir grandes cantidades de moneda como único recurso para que no se paralizase el progreso, no estallase la general rebelión, y fuera posible establecer fábricas para comprar menos talismanes en los remotos reinos de la abundancia.

Entonces, excitados con tan gran cantidad de moneda nueva, los patriotas de la ciudad se protegieron de automáticas pérdidas de valor multiplicando por tres veces el margen de seguridad, lo que resultó en sucesivos saltos en el precio de los talismanes que importaban y de los que empezaban a fabricarse en el país. Frente a esto, los patriotas del campo tuvieron que compensarse cobrando más por las papas, el maíz, el arroz, las habichuelas. De semana en semana, crecían los números en las columnas de los diarios y en las puertas de las tiendas. Las mujeres pidieron más a sus maridos y los maridos se desesperaron, pero los técnicos aconsejaron que sería insensato subir los salarios en proporción, porque los precios correrían con mayor rapidez y el país caería finalmente en el abismo de la pobreza. Ya nadie supo qué cosa misteriosa estaba ocurriendo.

Los últimos y más veloces cambios en el orden pasaron en los cinco años que Ribaldo había dejado de ir al pueblo donde vivía la muchacha Redama.

La calle estaba muerta. El cielo estaba muerto. Corrí entonces por entre esa indiferencia hasta que se acabaron las calles y encontré polvo, nubarrones y espacio idéntico en cualquiera dirección que siguiesen mis ojos. Me abandonaban ya las fuerzas, cuando puse el rostro y los brazos en una pared de paja, que exploré a tientas hasta encontrar su forma circular. Advertí que había otra, y luego otra, y otra más allá, pero esta me había tocado a mí, y hube de penetrarla para construir allí mi refugio. Blandamente obedeció la paja a la prontitud de mis manos. Hice, pues, mi hueco, lo ensanché con el empuje del cuerpo, me metí en él, me eché encogido. Poco a poco, el helado sudor que me cubría se secó.

Quizá dormí. En todo caso, la actividad de mi cuerpo, lejos de apaciguarse, habíase multiplicado en la larga inmovilidad nocturna. Mas, cuando esa actividad pasó de las diminutas galerías subterráneas a los transmisores menos alejados de la cutícula, me incorporé con la idea de que debería estar próxima la hora del acto, y que tenía tiempo de llegar y cumplirlo antes del retorno de la luz natural, pues no era mucha la distancia, según pensaba, y sabía cómo entrar por la espalda de la iglesia, donde nadie pernoctaba, así que trepar al campanario sería cuestión de unos cuantos saltos por el caracol de hierro. En ese instante sentí en las manos y los pies los picotazos de las hormigas. Las busqué, me dediqué a cazarlas, y hasta llegué a golpearme una extremidad con otra, mas no encontré a ninguna. No obstante, hasta la media pierna me subía aquello de los pies, como una marea de insectos, me subía y bajaba también de los codos a las manos ese fluctuar entre la vivacidad y el entumecimiento. Precipitamente, empecé a desnudarme, resuelto a impedir que mis miembros fueran así invadidos, y salí un poco de la gavilla para identificar a los insectos bajo alguna estrella piadosa, pero nada descubrí, aunque sentía trabajar sus mandíbulas, sus patas, sus tenazas, su prisa metódica en destruir. Levanté un brazo en dirección a la única estrella, lo levanté así para mover los dedos frente a los ojos. El movimiento obedeció a la orden en la sensación, clara y precisa, de doblamiento y estiramiento, despacio primero, con rapidez luego, pero mis dedos bajo la estrella continuaron rígidos, vacíos de poder contráctil, por lo menos visual, según lo imaginé, apretando los ojos y volviéndolos a abrir tanto que me dolieron. Otra vez el sudor helado me empapó, del montón de entrañas conmovidas me subió a la boca un sabor de materias minerales descompuestas, y todo ese malestar hizo que me contrajese a mi hueco de paja, doblándome, sin atreverme a mirar más, porque creí padecer un

trastorno ocular que acabaría cegándome. En la postura protectora que tomé, tuve el oído cerca de las piernas y los brazos a un tiempo, lo que me facilitó escuchar el lejano rumor acuoso que trasladaba y disolvía desperdicios de minúsculas argamazas, la carrera de un ejército febril de partículas atolondradas debajo de la piel. Me toqué los pies, y me parecieron esponjas secas, y las manos también fueron realmente esponjas, como si todos los fluidos abandonasen mis extremidades en un inmenso oleaje de retorno y navegasen en ellos los residuos innumerables de la solidez. Comprendí esto, y empecé a gemir y a voltearme con la desesperada agilidad de un renacuajo, de modo que la paja crujía con un ruido hinchado en mis oídos a proporciones de un derrumbamiento de rocas, de las que me cubría escondiendo la cabeza en cada contorsión.

La fatiga quizá, el abandono natural de las fuerzas, alguna porción de la estrella que la paja removida me dejó entrever, un regreso, en fin, a las cosas de afuera, me llevó a pensar que mi cabeza aún no estaba perdida y que era menester usarla, ese mi órgano principal, ahora que todavía era posible salvarla para el resto de mi cuerpo. Era preciso salir de ese sitio, pedir auxilio, esconder el maletín, destruirlo mejor, desarmar su corazón ofensivo, no dejar rastros de él, y correr a recibir el sol que no tardaría en venir, porque la oscuridad había sido larga. Bajo el imperio de estas razones, me esforcé a todo lo que me dieran los músculos, puse las manos delante, acometí con la cabeza, me di impulsos con los codos y las rodillas, mas, en cuanto traté de alzarme, me derrumbé. Tenía pies, tenía manos, pero solo para el ojo se hallaban en su lugar de costumbre, pues los sentía moverse impedidos, como si se hubiesen acercado al tronco por debajo de su revestidura de pelos, de venas y lunares. Lo que de ellos sobraba por fuera no parecía ser sino una débil textura de cartílagos.

Este nuevo horror me hizo retroceder a sepultarme en mi hueco. Y allí me estuve las horas del amanecer y las del sol, esperando la muerte, sin atreverme ya a tocarme, y creí realmente morir, atacado por las hormigas invisibles que devoraban la consistencia de mis cuatro extremidades, abiertas y extendidas para el sacrificio.

No vino, empero, la muerte, sino un benéfico sopor, una tibia hinchazón de la sangre, que me insensibilizó las facultades coherentes del pensamiento, al punto que solo imágenes aisladas, simultáneas, indiferentes una a otra, me socorrieron en una irrealidad en la que apaciblemente floté. Era un río mágico, unas aguas doradas y nada a mi alrededor que estuviese completo, sino los trozos risueños de una destrucción. El gallo del campanario movía las alas, pero no junto al cuerpo; Redama sonreía llena de canarios en el pecho, pero sus piernas le daban vuelta al rostro, el color de la noche era de limón, pero del otro lado brillaba un sol de púrpura, y de las gentes que pasaban no quedaban sino las partes de las cuales nadie puede dejar de sentir vergüenza.

Pasó el sol de un punto a otro. Llegó el viento a sacudir la paja. Abrí entonces los ojos y vi. y toqué mis fragmentos en su sitio, reintegrados, y pude enderezarme sin esfuerzo, abandonar el refugio y contemplarme de pie como un hombre bajo la fría neutralidad de las estrellas, que ahora se distribuían innumerablemente en la magnitud helada de la noche.

Pero al dar el primer paso comprendí el proceso de reversión que había sufrido mi cuerpo y que habíase detenido a tiempo para que mi identidad no desapareciera del todo en los tamaños de la insignificancia. Me acomodé tristemente las ropas con lentos movimientos, enrollándolas de modo que tuviesen libertad manos y pies. Y así, con un malestar sin posibilidades de enmienda, lúcido pero empequeñecido, eché a andar en busca de amparo, torciendo las calles por los rincones más oscuros del pueblo, hasta que vi el jardín de Redama, trepé su tapia y descendí en él.

II

Era la misma cara, la misma cabeza, el mismo tronco, pero los brazos y las piernas más cortos, por manera que Ribaldo parecía ensanchado, no tan pequeño como un enano ni tan alto como un hombre común. Su voz medio sofocada, su «yo soy Ribaldo», plañideramente repetido, identificándose como si no creyese en su propia existencia, me hizo recuperar los sentidos, y una gran compasión se apoderó de mí, una compasión que, sin embargo, se mezclaba al deseo de poseer yo sola el enigma. Supe así de inmediato lo que habría de hacer para conciliar los dos sentimientos. Sin perder, pues, tiempo en escuchar su imploración, le dije que me esperase oculto entre las ramas hasta que yo volviese para conducirlo al sitio de su seguridad.

En cuanto las otras dos mujeres de la casa se retiraron, instantes después de que la luna subiera, reducida ya a su tamaño convencional, bajé al jardín y llevé a Ribaldo a la habitación muerta, a la morada del hombre de Anáfora. Allí olía mal. Bajo la luz que yo ponía en alto, un farol, una de esas luces que antiguamente se usaban para no errar en hundir estacas en el corazón de los vampiros, el polvo y los tegumentos de las arañas tenían la consistencia necesaria para que la inteligencia se acomodase a otros hábitos de ser capaz de dominar el miedo. Pero, como en cierto modo ese era el depósito de los innumerables recursos con los cuales había fabricado mis sueños, durante largas temporadas de ambigüedad entre la petrificación de la casa y el movimiento de las partes que en mis adentros vivían independientemente, y yo ya estaba habituada, ningún temor, sino alegría sentí, sobre todo porque una disposición eventual me había traído no el tamaño del hombrecillo que yo había querido poseer cuando las faldas me alcanzaban apenas a las rodillas, sino una estatura apropiada para improvisarlo con los pormenores que más me gustaran.

Debo haberle comunicado valor y calor con mi cuerpo, porque dejó de temblar en cuanto se apretó a mí. Luego, con una de sus manos entre las mías, reclinado en el sillón donde el hombre de Anáfora había leído o descansado, y estimulado por el tono benévolo de mi curiosidad, me hizo el horrendo relato de lo que habíale ocurrido en el pajar. Fue una larga confesión, que lo liberaba, como si echase por la boca regurgitaciones de veneno, porque el sonido de lo que decía era de odio, de resentimiento o de venganza deseada. Yo registré lo que dijo, palabra a palabra, con gran cuidado en comprenderlo todo. Al final le pregunté por el campanario con todas sus cosas encima. Ribaldo me respondió con tonos de alarma en la voz:

—Es un secreto lo que yo iba a hacer y no hice.

—Este cuarto está lejos de la gente. ¿Qué secretos puedes guardar aquí, donde te encuentras como si estuvieras a punto de resucitar? Si salieras de este refugio, no serías ya el mismo. Puedes hablar, por consiguiente. Nadie reconocería tu voz en la figura que has tomado.

—He cambiado un poco la figura, pero soy el mismo. De esta certidumbre no quiero salir. Además, no he muerto. ¿Cómo voy entonces a resucitar? Sería cómodo, sería quizá placentero, pero no es posible. No soy un Lázaro cualquiera, y tampoco tengo hermanas.

—Cálmate. No te dejes arrastrar por la pena... Mira, la verdad es que has hablado como si no quisieras ser tú. Ese es el deseo de la resurrección, porque ningún resucitado es el mismo, ni siquiera lo fue Lázaro. Además, no tienes necesidad de recoger tus huesos ni tus experiencias para resucitar.

Ribaldo permaneció silencioso no sé cuánto tiempo. Sentí los saltos de su corazón. Me dijo luego, ya sosegado, en pago a mi paciencia:

—Bien pensado, Redama, todo el mundo desearía ser otro. Solo los vanidosos o los estúpidos quieren permanecer en lo que son. En mi caso, yo había ya empezado la conversión, antes de que me ocurriese este pesar, desde el instante en que descubrí que la vida individual se explica por el odio a las propias imágenes que de uno se reflejan en los otros. ¡Pero venir a parar en esto!

Lo acabó de decir, y llevó las manos al rostro, que apartó, huyéndome. Así, ladeado, agregó:

—Solo se vive para reclamar. Pero si a cada pedido te dicen que no, o te dan refunfuñando una mínima porción de lo que pides... Entonces...

— ¿Para qué pedir? Yo no pido. Cuando necesito de algo, lo sueño.

—Porque eres inocente y tu pan está asegurado.

— ¿Y tú? Yo no sé nada de ti. ¿Te falta el pan?

—No, no me falta. Pero a mí no me quedaba otra alternativa que la de convertirme abiertamente en ladrón o entrar en la Organización.

— ¿Qué Organización, Ribaldo?

—Eso no se pregunta ni se responde. Sigue mi pensamiento, Redama, síguelo, aprovéchalo, porque ni en las más grandes borracheras lo dejé escapar. Para ser abiertamente ladrón necesitaba de un coraje que no tuve. Y mi derecho era robar, porque todo está hecho de robo y lo que a mí me falta le sobra a los demás. Sin embargo, solo me fue dado coger a poquillos, con vergüenza, incapaz de superarla, aunque me llamaban sinvergüenza. Me engañaba a mí mismo, claro está. No obstante, esa solución a medias no era solución ninguna. Del aire venían las necesidades, del polvo las tentaciones y las piedras seguían cayendo antes de que yo pusiera el pie, colocadas allí para que yo tropezara. Tú no puedes odiar a las piedras, eso es lo malo. Hemos crecido mucho para ello. ¡Crecido, digo yo! Bueno, no puedes vengarte en las piedras. Por tanto, tienes que elevar el odio a otras categorías.

—Adivino una relación entre lo que me dices y el campanario.

—Entiendes mal. Yo no odio al campanario, como no odio a las piedras.

— ¿Entonces?

—Te contaré mi experiencia. Supe lo que debía hacer cuando asistí a la primera reunión. Tíbulo dijo muchas cosas, pero solo una me interesó. Dijo que él sería feliz solo cuando lo fueran todos. Como ves, unas palabras muy sencillas, pero a mí no se me hubieran ocurrido. Medité acerca de ellas. Para mí tuvieron el valor de un cristianismo al revés, sin resignación ni humildad. Fueron y seguirán siendo palabras formidablemente activas. Leí también, con mucho cuidado, el Libro de las manifestaciones. Y poco a poco me sentí elevado a planos universales, desde donde es dable odiar con amor y destruir con amor todo aquello que ocasiona el sufrimiento de todos. Ese fue mi gran descubrimiento, solo que ahora estoy desconcertado con esta escasez de largura... Si quieres que lo diga de otro modo, la cuestión es que, cuando has comprendido lo que alcanzarás al final, ya no te importan las torceduras para alcanzarlo. Es una manera muy profunda, muy reverente, de amar, incluso cuando matas lo que amas, y sigues amando infinitamente, sin temor alguno, a las pala-bras y a los actos que matan. Es algo sagrado, como la unión de los cuerpos en la fatal discordia del amor personal, cuando asesinas lo que se te opone para absorber y poseer, y al mismo tiempo te fundes en el espanto de perder el signo que te distingue como parte autónoma de la unidad que buscas con el rechinar de tus dientes. Algo de esto está en el Libro, donde se desarrolla el proceso de la alegría de las alegrías, la muerte de Dios, la muerte del miedo y la muerte del individuo, placenteramente sepultado en la gran magistratura de la felicidad. Yo sabía todo esto, ¿por qué entonces me ha ocurrido lo que ves? Especulo, pero francamente no creo que haya sido menester esta modificación, esta resurrección, si así lo quieres poner. No lo entiendo. Nada parecido se hallaba previsto.

—Es extraño, no lo entiendo bien, pero es muy poderoso lo que dices. ¿Quién es Tíbulo?

—Eso no tiene importancia para ti.

— ¿Y lo del campanario? ¿Cómo es? Explícamelo.

—Tampoco tiene importancia. Algo completamente accidental. No necesita ser entendido para ser aceptado. Una prueba, nada más que una prueba... Mi error consistió en haber tratado de reflexionar. Eso me hizo sentir miedo. Seguramente no estuve todo lo preparado que la Organización había creído.

Estaba yo tan ajustada a él que nuestras dos respiraciones se confundían. Mi hombrecillo se negaba, no obstante, a obedecerme, a contestar derechamente a mis preguntas, y yo temblaba y ardía. Él me tocó el rostro, como si lo tocase a una niña. Dominé mi impaciencia, y solo insistí en preguntar, pero Ribaldo se empeñó en no responder a mi nueva pregunta, salvo con rodeos burdos:

— ¿Cuál es? ¿Qué es? La única, la verdadera, simplemente la Organización.

De nada valieron mis afanes. Si hubiera continuado en ese trance, yo habría sido quien cediera y el secreto se me hubiera escapado quizá para siempre. Me puse en pie de un salto.

—No te lleves la luz —me pidió.

No respondí, pero no lo pude complacer, pues hubiera sido peligroso que las otras mujeres lo encontrasen, sobre todo Anáfora que suele despertar a oscuras. Dejé, en cambio, a su lado pan, agua y unas hojas de romero para depurar el olor.

Cuando cerré y oculté la llave entre mis pechos, me estremecí de placer. ¡Era mi cuarto, era mi hombrecillo y acabaría diciéndome lo que yo quería saber!

En mi habitación, mientras me desnudaba, di pasos de danzarina, poseída por movimientos de alborozo. Y luego, al cerrar los ojos y ovillarme en el lecho, me extendí para que el ritmo siguiera transmitiendo ondas a mi cuerpo. La laxitud vino solo cuando desaparecieron las paredes y mi respiración bajó al ritmo de las hojas que navegan en las aguas no descubiertas por los hombres.

Desperté al nacer el día, como una novicia sin preocupaciones, pero Edúrea llegó a la mesa del desayuno, transportada por sus grandes pasos de avestruz, echando gritos, el diario de la ciudad en las manos, desplegado frente a la cabeza como si lo fuera a picotear. Anáfora le dijo que se calmase para poder entender lo que chillaba. Yo derramé el café, con mi percepción sobresaltada, pues pensé en Ribaldo.

— ¿Cómo puedo estar en calma con lo que ha ocurrido? ¡Dios se apiade de nosotras! —exclamó, haciendo la señal de la cruz sobre el profundo tobogán del pecho.

Al fin desembuchó, y hasta nos permitió, a pesar de su excitación en leernos de carretilla desde la primera hasta la última línea, que viéramos alguna cosa por nuestra cuenta. El meollo de la información era que tres campanarios de iglesia, en poblaciones distintas, habían sido parcialmente destruidos, y en sitios muy alejados entre sí habíanse encontrado varios artefactos explosivos sin estallar. En nuestro pueblo, el artefacto había sido descubierto dentro de un maletín, abandonado en las afueras, caso que tenía perplejos a los reporteros. ¿Arrepentimiento de última hora? Avistado por alguien, ¿huyó el criminal por esos campos en momentos en que se dirigía a cometer el delito? Divertíame yo con esas conjeturas, dueña del misterio, parte ya de mi propio corazón, cuando mis ojos tropezaron en unas líneas en las que se insinuaba que de tan diabólica y general conjura habría de ser responsable la Organización.

— ¿Qué es esa Organización? —pregunté, tratando de ocultar mi ansiedad.

— ¡Ignorante! —trotó Edúrea—. ¡La de los hijos del demonio! La Organización que quiere robar, que quiere matar, quitarnos todo, acabar con la santa religión, volverlo todo de revés. Si viviera el general Milvino, estas barbaridades no pasarían, pero con este gobierno insípido estamos perdidas.

Con tanto decir que blancos y negros, ricos y pobres, decentes e indecentes, somos iguales, la chusma se nos vendrá encima. ¡Traidores! Eso es lo que son, desde el presidente para abajo, ¡Traidores!

Anáfora parecía indiferente. Se levantó de la mesa, diciendo:

—Es el resultado de los odios enfrentados. No saben vivir ni saben dar. Tantas mentiras acumuladas alteran la razón. Y todos mienten, de lado y lado.

— ¡Déjate de tus filosofías maniáticas, déjate de tus indiferencias de sangre de horchata azucarada, que estamos en peligro, mujer! — volvió a gritar Edúrea, pero Anáfora solo sonrió, y sonriendo se marchó a sus quehaceres.

Yo no quise continuar la conversación con Edúrea, así que me dediqué a lavar los trastos, dándole la espalda. Tomó ella dos tragos de café, dijo que su estómago no toleraba más, empujó la mesa para alzarse y se puso a dar zancadas por la casa, exclamando que no se debería perder tiempo, que iría a visitar al cura párroco y a la autoridad, que las personas decentes tendrían que unirse para luchar y destruir ese mal de raíz antes de que fuera demasiado tarde.

Durante varias horas la casa no quedó tranquila. Aunque Edúrea dejó de alborotar cuando se fatigó, sus palabras continuaron sonando, las volvía yo a oír en el pecho, en los ojos, en la frente, las sentía rebotar como guijarros contra las paredes, en una pedrea general que convertía el aire en una vibración desacostumbrada a la inmovilidad de nuestros diarios trajines.

Cuando el aire recobró su equilibrio, mis pensamientos, al contrario, se pusieron a saltar de imagen a imagen, porque ya habíanse separado de las noticias y los estruendos de Edúrea. Saber que esas voladuras de campanarios no habían herido a nadie y que Ribaldo estaba a salvo debió haberme sosegado, pero empecé a ver gentes con sangre, Edúrea con los ojos reventados, Anáfora con el cuello desgajado como un Cristo femenino, Ribaldo empequeñeciéndose hasta quedar reducido a una mancha acuosa que se movía desesperadamente por los rincones de la morada muerta, el cura dando golpes con una inmensa llave flamígera, la autoridad sobre mí y yo misma pelada hasta los huesos del lado que me daba el sol.

¿Qué hubiera, pues, tenido de extraño que no respondiera a Edúrea cuando vino a pedirme que la acompañase en sus diligencias? Claro que ella no pudo comprenderlo, y me injurió, pero no le di atención a su lengua. Por el contrario, «ah —le dije—, no te había escuchado porque estaba pensando en otras cosas». Y acepté entonces su invitación, porque **no** solo satisfacía mi curiosidad, sino que salir a esos ajetreos me ayudaría a borrar tanta indignidad de las noticias.

El cura no estaba, la autoridad tampoco, porque ambos se hallaban en una reunión de notables, en el salón principal del municipio. Allá fuimos, y a codazos de Edúrea encontramos sitio para sentarnos. Un hombre de cabeza pelada y manos de alfeñique borboteaba un discurso. La concurrencia parecía solemne como si asistiera a los preliminares del juicio final. La cabeza pelada se movía hacia adelante y hacia atrás, quizá para soplar con

más energía las palabras. No me acuerdo de lo que dijo, sino de cosas sueltas, que debieron estar enlazadas por esas menores partes de la oración que la maestra me hizo aprender para que olvidase sus propiedades en cuanto empecé a usarlas por mi cuenta y a mi modo. Decía el pelado, decía distinguidos patriotas orden derechos sacrificio herencia mayores conservación nobleza tradiciones propiedad privada destrucción bandera lucha Jesucristo corona espinas padres hijos mujeres santidad prostitución columnas sabias hogar virgen maría gloria eterna condenación siemprevivas soberbio decora orden inmaculado costumbres dignas... Después de la cabeza pelada se pusieron en pie unas gafas sucias y una nariz entomatada, y este dijo casi lo mismo, pero me pareció que de atrás para adelante, aunque no recuerdo que pronunciara ninguna palabra referida a la corte celestial, en lo que consistía la diferencia, sino otras que añadió a la mitad última del discurso, como liberalismo libertad libérrimo libe-ración liberalidad liberticidas libertinaje libertinos liberalófago liberalón liberalófilo liberalín libelista licenciosos linyután litvinof liquidación librecambista librecultista libredumbre liberatorio liborio libertador librillo libertocatástrofe... Otros cuatro o cinco de esos notables, unos ñatos, otros narigudos, discursearon todavía, mientras yo me desviaba hacia el espíritu del viento, porque el viento estaba lleno de colores y no había huracanes sobre la tierra, sino palomas amigas de los asnos que afortunadamente no sabían hablar y corrían su alegría por entre bosques de cristal y montañas de azúcar.

De esos dominios me arrancó Edúrea de una empellada, pues la reunión había terminado y las gentes firmaban un papel, que era el acta para constituir un comité de defensa y ataque. Firma, me dijo, pero yo me escurrí, por ella seguida hasta la puerta, donde hubo de adoptar maneras dignas, porque encontró de manos a boca con el cura y la autoridad, ante los cuales solo se atrevió a sujetarme de un brazo. Primero se dirigió al cura.

—Señor cura, esta situación no puede quedar así como así. Tenemos que organizar una búsqueda de criminales, de pueblo en pueblo, de casa en casa. Pueden formarse grupos de diez personas. Yo me encargo de uno o de todos.

El cura sudaba negro por el pescuezo de almidón, con sus dos manos sobre la panza, de la que separó una para contestar con ademán pausado:

—Muy bien, pero muy bien, y con la bendición de Dios. Hágalo, haga un plan, un proyecto, escríbalo cuanto antes.

La autoridad no era el mismo gordón, vozarrón, gargoso, no era el perseguidor de mis faldas. Este era nuevo, de proporciones fatigadas, endeble, pero con la cabeza intelectual-mente trepada para estirar el pescuezo cuando miraba a quienes hablaba o escuchaba.

—Este es un problema —arguyó— cuya imponderable categoría se consustancializa con los menesteres de la justicia. Que la justicia depende, en caso tal, de las sabias disposiciones del sagrado gobierno, vale decir, de la función ejecutiva del Estado, nadie osaría ponerlo en duda. Claro que, por otro lado, y en el momento oportuno, la función judicial podrá conocer de las circunstancias, presunciones, agravantes, testimonios, acusaciones, etcétera, etcétera, y darnos a conocer el dictamen de su impoluta balanza.

Y, naturalmente, no me interrumpa usted, permítame que antes de que miembros de la comunidad, tan ilustres como usted, tomen decisiones apresuradas, continúe yo preparando su campo mental con las demostraciones que el desempeño de mi cargo me autoriza a exteriorizar; naturalmente, digo, la policía secreta, en cumplimiento de sus trascendentales obligaciones, tendrá sobre sus hombros la responsabilidad de hacer la luz que exhibirá ante el público escarnio a los culpables. Y el orden, señora, volverá a reinar en los confines de la patria.

—En primer lugar, yo no soy ninguna señora. Soy la señorita Edúrea, hija del primer ayudante del general Milvino, que en paz descanse, y bien que lo sabe usted. En segundo lugar, ¿qué es lo que hace el gobierno desde que está allá engulléndose impuestos? Nada, sino aumentarlos, y dejar que esos perversos hagan de las suyas con sus bombas, cosa que jamás se ha visto en este suelo digno de mejor suerte. Nosotras procederemos por nuestra cuenta.

—Eso sería ilegal. La ley, señorita Edúrea, es, por decirlo **así,** el *non plus ultra* de la civilización de los pueblos. ¿No es verdad, señor cura?

No tuvo el cura oportunidad de responder, porque Edúrea **se** adelantó:

— ¿Ilegal? ¡Déjese usted de disparates! Trató entonces el cura de intervenir pidiendo calma y ofreciendo fórmulas conciliatorias, pero Edúrea, exaltada, se negó cooperar con el gobierno y terminó gritando a la autoridad que si tanto le gustaba la ley se la podía comer y que le hiciera buen provecho.

La autoridad dio un respingo y, con el mismo impulso, giró hasta dar las espaldas, mientras el cura decía a Edúrea que convenía volver a hablar del asunto en momento más propicio, y luego se despidió del modo más rápido que pudo.

Con ese punto final, volvimos a la casa. Anáfora fue informada de lo acontecido por Edúrea, cuyas fuerzas empezaban ya a debilitarse, y la casa, por eso, a recobrar la preeminencia de su inmovilidad sobre nosotras tres.

Una rata es igual a otra rata, pero cien ratas es mucho más que la suma de ellas, fue la idea que me acudió, en cuanto desaparecieron Redama y su luz y sonaron por fuera las dos vueltas de la cerradura. Un montón de pelajes grises podría haberse agazapado estratégicamente, para lanzar contra mí sus incisivos hocicos glotones en la impunidad de las tinieblas. Trepé mis cortas piernas en la silla y alerté el oído, mas no percibí el tropel, sino débiles rasguños en la madera podrida, unos en el piso, otros en la ignorada lejanía de la techumbre. Pensé que esas escarbaduras serían señales de preparación, código de entendimiento para el ataque. Y como ocurre cuando el miedo es abstracto, no provocado por agresiones externas identificadas, sino por causas insertas en los rincones donde la sangre empieza a formarse y a correr por las menudencias del cuerpo, los subterfugios de su mecanismo le habían proporcionado ahora un objeto distinto de fijación, asegurándole su permanencia, una vez que la ola de terror original empezaba a decrecer, como era mi caso en esos momentos, aliviado por la ternura de Redama y por mi propia confesión de mamarracho. Mi temor, pues, se concentró en la voracidad de las ratas, sin dejar espacio al pesar de mi encogimiento ni a las sombrías contingencias de mi futuro. Creí que el

olor del pan las atraía, y principié a engullirlo, pero, cambiando al punto de opinión, lo arrojé lejos de mí para que con él se entretuviesen, y me bebí la jarra de agua para que no vinieran a refrescarse después de comer. ¡No había reflexionado en que el tamaño del pan, aunque considerable para un hombre como yo, sería mínimo para tantas bocas! Entonces, me enderecé a mi altura completa en la silla, desabroché el cinturón de mis pantalones y me puse a dar con él hebillazos a lo que mi brazo derecho alcanzara, para arriba y para abajo, a uno y otro costado, hasta que me fatigué, y me pareció que las ratas huyeron, o no habían estado allí, o habíase tratado de una colonia incipiente, saciada quizá en la bazofia callejera de un vecindario descuidado por autoridades venales. Y bien, si no fueron ratas, ¿qué pudo haber causado aquellos rasguños silenciados por mis hebillazos? Pues alguna otra de las llamadas criaturas de Dios, escorpiones, por ejemplo. Mas los escorpiones se deslizan sin ruido. Por consiguiente, podían estar allí sin ser advertidos, lo cual representaba un peligro mayor, puesto que yo ignoraba su proximidad. Y si no escorpiones, la jugarreta del muerto, su antimateria, el hombre de Anáfora, sorprendido de mi intrusión, resuelto a expulsarme de sus dominios, contemplándome fijamente con ojos sin ojos y olfateándome con narices sin narices. En ese instante maldije la Organización, mi sometimiento a ella, la disciplina embriagadora, el maletín, el artefacto, las palabras de Tíbulo, el Libro de las grandes manifestaciones, el amor a los hombres y la insensatez de querer salvarlos de la implacable digestión universal. ¡Ah, pero cómo me horroricé en el acto de mí mismo! Otra vez el miedo cambió de dirección para hacerme temblar de lo que pudieran hacer conmigo los consejeros vigilantes. Si ellos, con algún propósito inescrutable, hubieran sido los autores de la constricción de mis miembros, en cualquier momento el proceso podía recomenzar hasta verme convertido en homúnculo de laboratorio, en caballito de mar, en simple gusarapo o en algo menos aún. Junté las manos, pero no logré evocar sino fragmentos de oraciones olvidadas, y me golpeé el pecho, tan lleno de culpa que acepté la punición sobre mí descargada por el azote de una sabiduría que yo era incapaz de comprender. Que esta atrición me reconfortara, o que mi extremo cansancio buscase reposo, o que el muerto, de cuyo ánimo bondadoso Redama me había enterado, se compadeciese de mis apuros, lo cierto es que empezó a invadirme el sueño, ese sopor que antes me revitalizara en el hueco de paja; y, recordando prudentemente aquello de morir con las botas puestas, me cercioré de que mis zapatos estuviesen bien atados, puse cuidado en cubrirme con los sobrantes de mi ropa, porque, entre el muerto y la Organización, ratas y escorpiones podrían no haber desaparecido del todo, y caí, caí en el pozo maravilloso donde la superior realidad del deseo reina sobre las insignificancias del tiempo. Fue un sueño próspero, que no recuerdo, pero de cuyos efectos seguí viviendo.

Es la segunda noche que paso aquí. Redama acaba de marcharse, y con ella la luz. Mis manos conservan aún el olor de la muchacha, su voz continúa acariciando los pabellones interiores de mi oído, y su pequeña risa juguetea todavía en estos dominios del muerto. Tengo la certeza de que ella va a salvarme. Naturalmente, mis temores han disminuido. ¿Me salvará ella realmente?

El agua que, en mi desesperación nocturna, bebí ayer, era fresca, como la que hace poco me trajo Redama; pero la del tubo, que al despertar descubrí en el cubículo empotrado en este cuarto, conservó durante el día entero su sabor y color de conductos oxidados. En el trozo de pan solo habían caído

hormigas verdaderas, a las que eliminé con fruición vengadora. En realidad, un hombre necesita de pan y agua, nada más, pues las demás cosas de comer y de beber son alteraciones de estos elementos primarios, me había dicho para satisfacerme, pero ahora es distinto, porque poseo más que pan: otras variedades de sabor, y en el corazón aumentada la esperanza. Ella vino con esas dulces cargas.

Apenas gocé del día, porque la ventana tapiada deja sólo pasar del sol trizas pálidas. Sin embargo, esas filtraciones oblicuas fueron suficientes para mantenerme ocupado en examinar los muebles y detalles de este aposento, así que he aprendido a moverme nocturnamente con cierta libertad facilitada por la memoria y por los hebillazos que no dejaron tendida una sola trampa de araña. Hice también lectura de asuntos que debieron haber gustado al muerto, no porque hubieran sido mis intenciones forzar mis ojos para reconciliarme con las bagatelas de la literatura burguesa, sino para que no volviesen a molestarme los vacíos en él. Con esta aprensión leí por él y para él, aunque no creo, no debo creer en prolongaciones estrafalarias de la vida física, solo que me vienen ocurriendo sucesos tan extraordinarios que no puedo menos que acautelarme contra las sorpresas aún no dominadas por la ciencia de la tierra. Y yo soy un hombre de la tierra, hijo de ella, su natural producto, no su proscrito artificio.

En cuanto Redama hubo renovado mis provisiones mejorándolas, empezó a darme las noticias. Las fuerzas vivas se hallaban reunidas en reunión permanente. El Gobierno prometía agotar recursos para prender a los culpables. El ejército pedía más cañones y aeroplanos. Los importadores, una rebaja general de los impuestos aduaneros. Los industriales, que los aumentasen sobre todo artículo de competencia. Los agricultores y matarifes, que se anulasen las regulaciones de precios y se limitasen las facultades de los comisarios de sanidad. La asociación de amas de casa, que se castigase a los especuladores de víveres. Los bomberos exigían más escaleras, camiones y pitones, en previsión de incendios criminales. Los trabajadores, aumento de salarios. Los economistas ortodoxos, que el Gobierno cortase gastos por la mitad, porque la inflación amenazaba con llevar el país a la bancarrota. Los heterodoxos, que el Gobierno gastase las reservas internacionales que restaban en obras públicas, pues las reservas para gastarse eran acumuladas y era menester dar trabajo a los desocupados. Los maestros de escuela, que les pagasen sueldos atrasados o les dieran píldoras para insensibilizar el hambre... De pronto, Redama se detuvo para preguntarme:

— ¿Cuáles son las fuerzas muertas, Ribaldo?

—No entiendo tu pregunta. Yo no sé nada de muertos.

—Si hay fuerzas vivas, debe haber muertas. Dime entonces qué son esas fuerzas vivas tan importantes de las que habla el diario.

—Bueno —le respondí, conteniendo mis ganas de reír—, son las que tú acabas de nombrar: comerciantes, banqueros, industriales, dueños de tierras... Se llaman así porque dicen que son las fuerzas que producen. Por consiguiente, los trabajadores vienen a ser para ellos las fuerzas muertas.

—Ya veo —dijo Redama—, pero me parece que las fuerzas vivas se han vuelto locas.

— ¿Locas? No. Son perversas. —Locas, loquísimas, Ribaldo, porque cada una pide una cosa contraria a la otra, si es que entendí bien lo que leí. ¡Y dicen que se han reunido para salvar al país! Explícamelo. Al hombre de Anáfora no le gustaban esas fuerzas, pero no explicaba nada, sino que hacía bromas. Y yo era muy pequeña. Explícamelo tú, Ribaldo.

—Que te lo aclare así, de un tirón, no es posible. Algún día leerás el Libro de las manifestaciones, aprenderás y terminarán tus dudas. Lo que pasa es que esas contradicciones son propias del sistema, según el cual cada uno quita a cada otro lo que puede. Cuando el Estado organizador sea poderoso y se haga cargo de la producción y la distribución, esas contradicciones e injusticias desaparecerán para siempre.

— ¿Cómo es el Estado? ¿Es lo que está dentro de la casa del presidente? Nunca me lo han enseñado. Cierto que yo entiendo casi nada de todo. No entiendo, por ejemplo, la electricidad, ni el teléfono, pero veo la luz, la manejo, y puedo usar el aparato de la tienda para hablar con alguien en la ciudad. Pero no he visto al Estado ni lo he tocado. ¿Qué me dices?

—Tampoco me es posible explicarte de sopetón lo que es el Estado. No se ve, pero existe.

—Entonces, ¿es como dicen que es Dios?

—Nada de eso, muchacha. Dios es nada más que una palabra, una idea inventada para provecho de los inventores. El Estado posee identidad, es uno, pero es a la vez todos nosotros. No es una suma de gentes, sino una alteración de la cantidad de personas en condición cualitativa de la vida social. Es un instrumento de la sociedad, poco a poco establecido en la vida moderna. Mira, eso que tú dices Dios era lo que antes unía a las gentes; ahora lo hace el Estado, pero al propio tiempo las divide en naciones, porque no es justo todavía, como debiera serlo, debido a que se lo han robado los explotadores, así como los fariseos se robaron a Dios. Por consiguiente, es necesario dar un golpe para apropiarse del Estado, porque es indispensable que cambie el sistema. Y cuando el sistema esté cambiado, ya no habrá necesidad alguna del Estado.

— ¡Ay, Ribaldo, qué cosas tienes! Está y no está, quita y pon, la pájara pinta en el árbol de limón... Así jugaba yo... Y ahora tú con Dios, que no existe, pero, sin embargo, se lo han robado. ¿Qué se robaron, entonces? Y tú Estado, y tu sistema... Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres es lo mismo que uno, uno que todos. Pero, espera, otra cosa hay aquí, la Organización, acusada de atacar a los campanarios. Otra palabra que no entiendo y no me has querido explicar.

—Redama —le dije, con la voz colocada en tono sentimental—, ¿es que quieres burlarte de mí? Estos son asuntos serios. Y el hecho de que me encuentre en situación física humillante no creo que sea causa de regocijo para nadie, mucho menos para una muchacha como tú.

— ¡Oh, no, Ribaldo! Yo te quiero. Yo amo a las gentes pequeñas. Y empezó a hablar, con su facilidad para lo inverosímil, de cómo había soñado siempre en la amistad de un hombrecillo.

Nos reímos. Mi imaginación se echó a volar con la suya. ¡Ah, si yo hubiera sido transformado en enano, sin barbas y sin joroba, por supuesto, cuando menos gozaría de poder! Sería un comandante de galerías subterráneas, guardián del oro y de las piedras preciosas, fabricante de anillos mágicos y espadas de héroes, lleno de sabiduría, capaz de hacerme invisible o de tomar las formas que me placiesen, lector del futuro y hermano de otros tan pequeños como yo, así fuesen niños robados para jugar con ellos entre la iridiscencia de los diamantes.

Este va a ser el tercer día de mis encuentros nocturnos con Ribaldo, y es el primero de mi revelación: Ribaldo y yo somos amantes. Amantes de un amor viejo, tan viejo que no recuerdo si empezó antes o después de la muerte del hombre de Anáfora. Lo cierto es que aquello que entonces amé, pero sin ser amada, es ahora realidad de tocar, solo que no es exactamente como era, sino con las deformaciones de lo que no puede aparecer y desaparecer súbitamente, o a capricho de unos ojos cerrados. He aquí la diferencia: si tocas el aire, desaparece, mas allí continúa, dentro y fuera de ti; tocas la piedra, y si no eres experta con ella, te puede herir, como cualquier cosa que permanece en su lugar y no cambia en sí misma, siempre a merced de las horas negativas de la vigilia. Es por el peso, contrario al sueño. O por cualquier otra razón que no sé explicar. No es mucha, sin embargo, la diferencia en este caso: la voz más gruesa, menos suavidad en la piel del rostro, las manos quizá algo duras al apretar las mías, los dientes no son de perlas, ni brillan primicias infantiles en su sonrisa; si ha crecido, es una mala suerte natural, tal como me ha ocurrido a mí, y si no es bello, eso no altera en nada lo que mi corazón escogió, cuando se me aparecía por una esquina de la pizarra de la escuela. Pero no lo puedo llevar conmigo sin que sea visto por otros. Y esto me duele, pero mucho más me duele que le falten conocimientos de amor. Algunos movimientos de su cuerpo así me lo han indicado. Yo, en cambio, he visto tanto por la ventana donde mueren las calles del pueblo, que sé muy bien distinguir entre amor de veras y la atrocidad belicosa con que se acometen las bestias. Pero él aprenderá. Y yo he de salvarlo de este y otros males que lo amenazan.

Hoy, otras preocupaciones han redoblado el cuidado que necesito para protegerlo.

Una fue que la prudente Anáfora esperó que Edúrea nos dejara solas para interrogarme. Me preguntó si me había ocurrido algo anoche. Yo le respondí, quizá con demasiado apuro y demasiado énfasis, que no, que nada me había ocurrido, y le pregunté a mi vez por qué me preguntaba. Ella aclaró que creía haber oído mis pasos, como si volviera del otro lado de la casa.

No se me hizo difícil darle razones, pues por allí queda la cocina, y cualquiera puede levantarse durante la noche en busca de una manzana, pero yo sé leer en los ojos de Anáfora, que pasan de un tono a otro cuando piensa con intensidad. No inquirió más, tal vez porque Edúrea volvió a perturbarla con una de sus controversias, y la casa se llenó de formas insípidas, entre las dos mujeres, la una apacible, la otra gesticulando sus pajaronadas, hasta que me puse a la cabeza de un desfile de gentes menudas y las llevé al cerro más alto del valle, desde donde les enseñé la variada extensión que nos pertenecía, la tierra, el agua, la luz, el juego de las ardillas, y les dije que en ese territorio íbamos a establecer la República de las Flores, pero que antes era indispensable salvar a Ribaldo de sus persecuciones, para que él nos ayudase en acordar los sueños de todos en una ciudad transparente, de modo que no se produjesen los conflictos y las adversidades que el odio de ver solo a medias había desatado sobre nuestros padres.

Entonces la corpulencia de Edúrea se interpuso, con su alón derecho señalando un aviso en el diario, y en su borboteo la palabra Organización, a la que llamó hipócrita y otras fealdades. Abrió y dobló el papel para hacernos leer una lista de personas buscadas por la policía, como presuntas autoras del desacato contra los campanarios. Constaba el nombre de Ribaldo.

— ¡Cómo puede ser! —exclamó, blandiendo el diario, que acababa de enrollar y convertir en garrote—. Yo no meto por nadie mis manos en el fuego, pero que digan eso de un ex escribiente del general Milvino... Salvo que Ribaldo mintiera cuando estuvo aquí refugiado hace años. Así debe ser. ¿No trató entonces de lanzar a los campesinos contra la gente decente?

—Recuerda, Edúrea —aclaró Anáfora—, que él nos contó las cosas de otro modo. Buscaba justicia y buen gobierno, lo mismo que dicen que decía el general Milvino, y tu padre, que Dios tenga en gracia.

Estas palabras de Anáfora fueron las últimas que pude escuchar, porque, por no revelar mi ansiedad, me retiré a encerrar en mi alcoba mis pensamientos. Nada acudió a favorecerme. Mis figuraciones, mi mundo real y propio, parecían alejarse mientras más las llamaba. Solo la dureza del otro lado de las cosas me rodeó, me acosó, me hizo gemir, desconcertada por la trunquedad en que viven todas las Edúreas y todos los Milvinos de la tierra.

No recuerdo el tiempo que pasó, pero no había llegado la noche todavía cuando Anáfora llamó a mi puerta.

—No hace bien, hija mía, no hace bien guardarse penas sin decirlas. ¿Te puedo ayudar?

Eso me dijo en cuanto entró. Pero yo soy una muchacha veraz y le respondí:

—No, Anáfora, no me puedes ayudar.

— ¿Es acaso tan grave lo que te ocurre? No es aconsejable — agregó ante mi silencio— ir en las noches por ese lado de la casa. No lo hagas y no me lo vuelvas a ocultar. Recuerda que lo que hay allí no nos pertenece, aunque pueda habernos pertenecido. No es aconsejable, Redama.

No esperó que yo hablase, porque Anáfora es una mujer avisada y no quiso que me encontrara delante de ella con mi mentira. Simplemente, se marchó sonriendo, como si hubiéramos conversado de nimiedades. Y yo quedé esperando que algo terrible sucediera. Me lo decía el corazón.

Yo creo pertenecer a las minorías audaces, sobre todo desde que abracé los principios de la Organización, cuando mis desagradables experiencias anteriores se hundieron, sepultadas por una ola de razón luminosa. Me hallaba, pues, cómodo por dentro, o, cuando menos, así empezaba a sentirme ya, pero ocurrió lo que ocurrió en mi cuerpo y otra vez he descendido al plano inferior, a ser prisionero de los matices, nostálgico del todo o nada que impulsaba mi trascendencia hacia la totalidad del Gran libro de las manifestaciones.

Creo, repito, que soy parte de las minorías poderosas. Todavía, a pesar de todo, lo sigo creyendo. Pero en la situación en que me encuentro, inquieto porque Redama no llegaba en esta tercera noche de mi reclusión, me injuriaba diciéndome que ya no era yo el que llegó al pueblo con el maletín en la mano, que había caído, que solo me restaba recoger los pedazos de mi fe con los frágiles recursos de la convicción dialéctica, una convicción que fugaba entre las menudencias de mi deseo. Y así, acongojado me hallaba, cuando Redama entró.

—Tengo miedo, mucho miedo —me susurró en cuanto yo la tomé por la cintura.

— ¿Y la luz? —fue mi respuesta, porque me importaba el miedo mío, no el de ella.

—Anáfora sospecha. No puedo traer más la luz. Tengo malas noticias, Ribaldo.

—No puede haber noticia más mala que la de estar aquí esperándote entre ratas y escorpiones y ojos de muerto.

—No hables de ratas ni escorpiones. Aquí solo está el muerto.

— ¿Y te parece poco?

— ¿Por qué habría de ser poco o mucho? Es, nada más.

— ¡Bah, tú tomas en serio los cuentos de las viejas! Lo que fue ya no es. Los espíritus no existen —afirmé, sobreponiéndome al terror que me producía encontrarme con el de ese hombre, de cuya bondad estaba abusando por baladronear, pero mi voz salía segura, mis manos la acariciaban, mis poderes renacían. Le pedí entonces que me diera las noticias sin dilaciones.

—Sí, porque no puedo acompañarte por mucho rato. Temo que Anáfora no esté dormida de verdad. Las noticias están en el periódico. La Organización desmiente todo. Dice que no ha tomado parte en esa cosa de los campanarios, que respeta a la religión como cuestión de conciencia personal y protesta contra la política mezquina que pretende

comprometerla en algo que parece la obra de alguna mente maniática. ¿Cuál es la verdad, Ribaldo?

— ¿Firma alguien ese aviso? ¿Algún nombre?

—No. Solo dice la Organización.

—Claro, debí suponerlo. Mira, Redama, la explicación de ese desmentido consiste en la línea. La línea no es recta, no es el principio geométrico caduco de la distancia más corta de un punto a otro. La línea es rica en movimientos, se adapta a las circunstancias, es una manera de recoger fuerzas para volver a atacar. ¿Comprendes? Es muy sencillo. El experimento no dio el resultado esperado. Y ahora, seguramente la línea se mueve a otros puntos, aparentemente, sólo aparentemente, menos próximos. ¿No has visto cómo el río cambia de curso cuando encuentra obstáculos, pero sigue siempre su destino hacia el mar?

—Eso no puede ser, Ribaldo. El río es río y los hombres son hombres.

— ¡Qué poco comprendes los fines superiores!

—Tienes razón. Yo no entiendo de fines, no me gustan los fines, no me gusta que acabe nada.

He de confesar que tanto candor me conmovió, lo que no debió ocurrirme, puesto que mi tarea debió ser la de convencerla, pero su cercanía me tenía perturbado. Además, no me dio tiempo, porque agregó:

—Hay también una lista de las personas buscadas por la policía. Y tu nombre...

Esta sí fue una verdadera mala noticia, porque, suponiendo que se arreglaran las inarmonías de mi cuerpo, habría de salir de aquí únicamente para caer en la cárcel. Y si Anáfora sospechaba algo, ello podía ser mi inmediata perdición. Quedé, pues, impresionado y en silencio. Redama trató de reanimarme con palabras amables, pero tenía que marcharse, y yo quise besarla en la boca para que no me dejase todavía.

—No —me dijo—, eso no se hace así. Déjame enseñarte.

Y me besó en la mejilla, y después hizo que yo besara la de ella, para separarse en el acto y de un paso ligero ponerse en la puerta, donde se iluminó de súbito el pasillo con una tormenta eléctrica. Redama lanzó un grito, y yo cerré los ojos, cegado por el torrente de luz. Cuando los abrí, Edúrea sujetaba a Redama por los brazos, pero me contemplaba a mí, su corpulencia inerte, pasmada en el aire, como esas figuras del cine viejo, que se detenían con frecuencia para volver a disparar sus movimientos paroxísticos. Yo debía encontrarme en actitud semejante, pero Edúrea, al fin, movió los labios, alcanzó a decir, señalándome, ¡castigo de Dios!, y se derrumbó.

No me gustan lágrimas en ojos de nadie, ni siquiera en los míos, pero en esos momentos los tuve llenos, hasta salarme los labios. Ribaldo parecía en el gesto querer huir a la semioscuridad del cuarto. Y yo, indecisa, no supe

qué hacer. Todo mi cuerpo estaba en duelo. Yo no sé nada del tiempo, no quiero empequeñecerme bajo su peso, pero sentía agudamente una extensión inmensa de caverna, una longitud inmensurable y triste, un ultraje a mis convicciones de joven que nunca habrá de envejecer. A mis pies, la masa yacente de Edúrea era la advertencia contra el siempre hoy de mis sentimientos de amor, la posibilidad de mi futura petrificación.

El supremo gobierno creía en su supremacía, y eso no era verdad. Creía que representaba la voluntad del pueblo, y eso tampoco era verdad. Los hombres de armas creían en el uniforme, la espada y los tambores como símbolos únicos de la nación, y eso no era verdad. Los patriotas del campo creían que las tierras daban fruto porque les pertenecían, y eso no era verdad. Los de la ciudad creían que las letras de cambio daban a todos prosperidad, y eso no era verdad. Creían los pedagogos en su pedagogía, los beatos en ser hijos predilectos de Dios, los ateos en la nada, los fabricantes en las máquinas, los médicos en las píldoras, los pobres en el diablo, los ricos en una feliz eternidad comprada a plazos, los de arriba en el orden, los de abajo en el desorden, los gordos en el vientre, los llacos en la gimnasia, los borrachos en sus cucarachas... Y nada, nada de eso era verdad.

Pero ninguno de ellos, ni siendo testigos de carne y hueso, hubiera creído en el pequeño Ribaldo y en lo que pasaba en la casa de las tres mujeres. Y, sin embargo, allí, bajo la luz del pasillo, estaba Redama, Edúrea sin sentido, Ribaldo tratando de huir a las tinieblas. Lo que no resultó tan exacto fue la larga duración que Redama creyó padecer, porque, casi inmediatamente después de haberse postrado Edúrea, apareció Anáfora, suavemente apartó a la muchacha de la puerta y extendió una mano a Ribaldo.

—Ven, no temas —le dijo. Y luego a los dos—: Ayúdenme a llevar a Edúrea para que descanse.

— ¿Cómo sabes lo que pasó? —preguntó Redama a Anáfora.

—Acabo de saberlo. Dame la llave. Sin necesidad de ese cuarto, hubiéramos protegido a Ribaldo.

—No debieras quitarme la llave. No la volveré a usar, pero me gusta tenerla.

—Bueno, tenía.

— ¿Y qué diremos a Edúrea?

—La verdad. Que Ribaldo ha padecido una dolencia. También podemos decirle que su permanencia aquí es una prueba de su no intervención en el asunto de los campanarios, pero tendrás que asegurar que llegó la víspera de ese suceso, justamente porque no quería tomar parte en él. O le diremos cualquier otra cosa que se me ocurra.

— ¿Y después?

—No sé, Redama, lo que haya de venir.

Ribaldo mantenía fija su mirada en los pies, confuso, avergonzado, aunque protegido. Anáfora repitió la orden de transportar a Edúrea, y se disponían los tres a hacerlo cuando llamaron a la puerta. Pero en la puerta no había nadie, sino un sobre, una carta para Ribaldo.

Cuando Ribaldo la leyó, le temblaron las manos, y dijo que tenía que irse, porque lo llamaban sus amigos.

— ¿Adónde, Ribaldo? —preguntó Redama con un hilo de voz.

—Dicen que debo caminar hacia la montaña de la derecha, llegar antes del amanecer al árbol grande cuyas ramas cubren un barranco, al árbol que expande sus raíces-patas por los cuatro lados de la orientación, y que penetre por donde han hecho sus gajos una arcada ancha para el paso de una carreta, hasta encontrar un viejo molino abandonado. Allí están ellos. O alguno de ellos.

—Eso quiere decir que has resucitado. ¡Qué pena y qué alegría siento al mismo tiempo! En el tercer día, Ribaldo. Todos dicen que se resucita en el día tercero. Y tú, Anáfora, tú no dirás nada, ¿verdad?

—No. Es una pregunta que no debiste hacer. Márchate, Ribaldo —agregó Anáfora.

De esta manera, Ribaldo salió de la casa de las tres mujeres.

III

Confieso que mientras me alejaba hacia el árbol y el molino me dolía dejar la casa de las tres mujeres, es decir, me dolía cumplir mi deber, que yo creí tan exaltador, me dolía no únicamente porque me esperaban quizá nuevos rigores, sino porque mi imaginación reducía las tres a dos, ya que Edúrea podía muy bien haber muerto de su ataque, y entonces vivir allí, entre el amor de Redama y la comprensión de Anáfora, hubiera sido el fin de mis trabajos y quizá la perpetuación de mi especie particular, gracias a lo cual la soledad de mi pequeñez se extinguiría al multiplicarse en la prole que la muchacha me diera. Estos pensamientos no dejaban de ser burgueses, pero no hallaba manera de evitarlos, pues todavía, a mi pesar, y no mucho a mi pesar, el principio de contradicción provechosa y el *jus privatum* tiraban de ciertas partes mías hacia las zonas inferiores de la existencia.

¿A qué me llamaban? ¿Quiénes me esperaban? ¿Qué cuentas habría de rendir? ¿Qué nuevas operaciones oscuras me serían impuestas? Las palabras usadas en la convocatoria eran las propias de la Organización, y la clave de la firma, la no-mácula flamígera, solo empleada en casos de emergencia, no hacía lugar a dudas. Caminaba, pues, y caminaba, nada libre de cuidados, incluido en la niebla nocturna, con las dificultades que el exceso de zapatos producía en mis pies, mortificado por el deseo de volverme, hasta que encontré el árbol toroso y demoré en buscar la arcada, indeciso, temeroso más bien, pero olí en la última capa de la noche los anuncios del amanecer, de modo que seguí con prisa forzada, di con la enramada abertura y no paré hasta hallar la puerta de la casa del molino. No tuve necesidad de llamar.

—Entra, Ribaldo —me dijo una voz conocida.

En cuanto hube entrado y ví a Parcitas, el largo, me doblé de risas. Parcitas ya no era largo, y la serenidad habitual de su rostro, pecaminosamente armonioso como el de un oligarca sin preocupaciones, habíase alterado con la desproporción.

— ¿Puedo saber de qué te ríes tanto? —me dijo.

— ¡De ti, hombre! Es para morirse de risa. Estás ahora tan feo como yo. Pero yo siempre lo fui, y tú te has degradado no solo en brazos y piernas, sino en cara. Ya no puedes presumir. Ahora somos iguales.

Parcitas me respondió que no le parecía adecuado discutir cuestiones personales en tan graves circunstancias. Tenía razón. Así se lo dije. Y le agregué que yo me encontraba desolado y me había reanimado al verlo de mi tamaño, la cabeza llena de sobras con respecto al cuerpo, aunque, desde luego, eso no cambiaba en nada la triste condición en que nos habían puesto.

—Yo soy tu espejo, y tú el mío. Esta es la nueva condición. Si te ríes de mí, te estás riendo de ti también. Por manera que...

—No te has corregido en nada, Parcitas. Sigues siendo un intelectual perezoso. En otras circunstancias te pediría medir fuerzas conmigo, una vez más. Pero ahora dime, ¿qué diablos es esto? ¿Qué significa? ¿Cuándo, cómo te ocurrió a ti?

Me contó que, a los pocos minutos de haber colocado el artefacto, que no llegó a estallar, tal vez por algún desperfecto, empezó a sentir los síntomas, y corrió a ocultarse en la casa de Balbuto, un hombre sin familia. En este momento ví una coyuntura favorable y lo interrumpí:

—A mí me ocurrió la cosa antes de colocar el artefacto. Parece que algo anduvo mal sincronizado.

—Es una explicación que no sé si te sea aceptada —me respondió con su malicia de mujerzuela, y siguió contándome que de Balbuto había recibido antes del acontecimiento un duplicado de la llave de su casa, donde debían encontrarse a esperar órdenes, pues ellos, aclaro yo, actuaban en la ciudad y eran varios los encargados de la operación a cumplirse en cinco o seis

agujas de iglesia—. Bien, Balbuto —prosiguió Parcitas— llegó después, casi arrastrándose, hecho ya como él y como yo. Les enviaron luego instrucciones de venir al molino, mis señas y órdenes de llamarme. A Balbuto le habían dado además otra misión. Vendría más tarde. Vendrían otros.

—Ya lo ves, es bastante sencillo —agregó al terminar su relato.

— ¿Sencillo? ¡Qué desparpajo!

—Tómalo como quieras, Ribaldo. Cuando las cosas han ocurrido siempre son sencillas.

— ¿Quiénes son los otros que vienen? ¿Qué vamos a hacer aquí?

—No lo sé. Lo sabremos a tiempo. ¿Confías en Redama?

—Conoces bien su nombre, ¿no? ¡Claro que sí confío en ella!

— ¿Y en las otras mujeres de la casa?

—No, pero ellas no me han visto —me apresuré a mentir, y le di cuenta de mi encierro en el cuarto del muerto, sin entrar en pormenores.

—Tendrás que comprometer a Redama en la Organización. Será una medida de seguridad.

—Mi relación con Redama es un asunto personal.

—No hay asuntos personales, Ribaldo. Bien lo sabes.

— ¿Por qué has de usar siempre un tono de maestro de escuela? Además, ¿a ti qué te importa? Y sin darle tiempo a responder, añadí: ¿Hay aquí qué comer?

—De ese lado —respondió señalando su izquierda— está la cocina. Hay bastante. Del otro, un cuarto para lavarse y ropas para que te cambies, adecuadas a la nueva proporción. Como ves, todo ha sido previsto.

Me di cuenta entonces que a Parcitas no le sobraban mangas ni calzones y llevaba una blusa a su medida. Examiné luego el rectángulo en el que me encontraba, sus paredes de gruesos adobes con parches de albayalde, hundido el piso, el techo descascarado, un alto hueco de vidrios rotos por ventana, pero todo indudablemente en orden para una reunión, a juzgar por el número de sillas, la larga mesa, los papeles y la máquina de escribir. Esta habitación y las dos pequeñas, a izquierda y derecha, eran toda la casa, de cuya cocina se podía pasar a lo que debió haber sido alguna vez la bodega de un chapucero molino de trigo, del que solo quedaban, en el patio, embudos, ruedas sueltas y trozos de polea. No hice comentarios, pero pensé en lo que había ganado con la mudanza de aposento, pensé en ese cuarto de arácnidos y roedores y fui a hartarme de pan y salchichas.

— ¿No hay trago? —pregunté desde la cocina a Parcitas.

—Sabes que es prohibido. Bebe café.

Dicen que el café priva de sueño, pero a mí no me suele producir ese efecto, ni antes ni después de una papalina. Acabé dos tazas. Y como sentíame fatigado de mi caminata y prolongar controversias con Parcitas hubiera conducido a extremos condenados por las reglas, le pregunté dónde podía dormir. Con un dedo fachoso me indicó el suelo limpio y pelado, dejó su silla y volvió con mantas para ambos. Él escogió una esquina; yo, en otra, le volví la espalda.

Transportar ese volumen entre las dos mujeres hubiera sido imposible, salvo arrastrándola o haciéndola dar vueltas como un tronco, en cuyo caso sus ramas hubieran dificultado la maniobra. Pensándolo bien, ni con la ayuda de Ribaldo, cuyas fuerzas físicas debían haber mermado en relación a su nuevo tamaño, la empresa pudiera haberse logrado. Pero no hubo necesidad de esfuerzo, porque, mientras Anáfora fue por agua fresca y alcohol alcanforado, Edúrea despertó por sí misma de su tiesura, me clavó unos ojos avisperos y exclamó:

— ¿Dónde está?

— ¿Quién?

— ¡Tú mamarracho! ¿Quién habría de ser?

—No sé de qué hablas —le respondí—. Creo que te ha tocado el viento.

— ¿Qué viento?

—El de la noche, lo que viene en el viento de la noche. Eso se te metió en la cabeza.

Lo acabé de decir, y ví que Anáfora sonreía junto a nosotras. Ahora habló Anáfora:

—Edúrea, sufriste un síncope, eso es todo. No te impacientes con Redama. Tú sabes que ella dice las cosas con su modo peculiar. Al fin y al cabo es el único entretenimiento que tiene.

Edúrea habíase sentado en el suelo y tenía ahora cruzados los brazos en el refloripondecido campo del pecho, golpeándolo cada vez que afirmaba algo enérgico de su elocuencia:

— ¡Quiere decir que ustedes creen que yo estoy loca! ¡Y no estoy loca, majaderas! Yo lo vi con mis ojos y quiero saber, ¿me oyes, Redama?, qué hacía en ese cuarto, que debiera ser sagrado para ustedes. ¿Era el mismo Ribaldo? Sí, ¡pero de qué tamaño! ¡Dios tenga misericordia de nosotras! Sí, me voy a volver loca, ¡loca! ¿Es eso lo que quieren? Pero, vamos a ver, ¿qué hacía allí Redama, encerrada con él? ¡Pasan depravaciones! ¡La ramería de Babilonia! ¡Hijos adúlteros por todas partes! ¡Atentados contra la Iglesia! Tú sabes, Anáfora, que yo no soy una beata —agregó en calma, casi con lágrimas en los ojos—, que soy liberal como mi padre, pero hay cosas fuera de medida. ¿Qué es lo que vi, por Dios? —volvió a exaltarse— ¡Estás malogrando a Redama! ¡Te digo, Anáfora, que la estás malogrando!

Yo, la verdad, no deseo que a Edúrea le sobrevengan males. Y haría cualquier sacrificio por ayudarla a comprender, pero ella pertenece a la

mitad del mundo con la cual no sé comunicarme, y no es sin pena que huyo de sus brusquedades, y, ya lejos, cada uno de sus miembros aparentes se disipa, quizá obedeciendo a íntimas propiciaciones, y le crece la nariz hacia la oreja, el copete del pelo se le acredita como una cola de lagarto, se le obscurece el bozo y se le endereza, cambian todas sus formas de animal a vegetal, de vegetal a mineral, de mineral a espíritus gaseosos, y naturalmente pierde coherencia el ruido de lo que grita. Estoy, desde luego, acostumbrada a estas modificaciones, y no siento temor ni repugnancia, y hasta me divierten. Por eso, me hallaba ausente de lo que decía, aunque en ningún caso habría de responder a sus acometidas. Pero alcancé a entender que Anáfora se lo explicaba todo con su serenidad habitual y tanta generosidad para Ribaldo que me enterneció, razón por la cual volví de mis excursiones elementales para poner atención.

Puse atención, pero no me enardecí, por más que Edúrea insistió en que yo era una bribona y perdida mentirosa, que se había querido burlar de ella. Cuando se hizo explicar por qué Ribaldo había desaparecido, me pareció advertir que dudaba de sí misma, pues vi en sus ojos un relámpago de terror. No obstante que Anáfora le aseguraba que Ribaldo estuvo realmente aquí, reducido por alguna extraña enfermedad, me di cuenta de que ella creía haber sido presa de alucinaciones, lo cual era un disparate, porque una mujer así difícilmente alcanza tales evidencias, salvo por trastornos ordinarios de la cabeza, lo que podría ser cierto, puesto que parecía obsesionada en su locura, y luego se puso indignada porque Anáfora le dijo que Ribaldo debió atemorizarse ante su brusca presencia y se marchó a la carrera, y le mentía de tal modo para que no se imaginase cosas peores acerca de la carta que recibió. Con esto, Edúrea se enfureció más, clamando y protestando de que le dieran esa responsabilidad, si es que fuera cierto que se trataba de un fugitivo, en cuyo caso Ribaldo tendría que ser un cerdo o un lobo, fugitivo de sus malas acciones, y de nada valía la paciencia de Anáfora en explicarle que fugaba de la vergüenza de verse en estado de tal disminución. Siguieron discutiendo, yo en silencio, hasta que comenzó a disolverse la noche, y me deslicé a mi alcoba, antes de que mis pensamientos fuesen alterados por el estallido del sol.

Tres días serían una duración superfluamente extensa para que todo el mundo fuese destruido por la mano de un hombre, de esos que manejan botones abstractos cargados de cientos de millones de muertos, o por el capricho de una estrella errante o malintencionada, que lo inflamase en su desvío con mayor brevedad que el suspiro de un niño. Pero los tres días que, en la historia de este país, se cuentan desde la tarde en que Ribaldo encontró a Redama por segunda vez y le señaló con su brazo completo las figuras del campanario, fueron pocos, poquísimos, para que, con tanta prontitud, no la catástrofe, pero si el espíritu de la extravagancia se apoderase de las gentes, de chicos y grandes, pobres y ricos, nerviosos y apáticos, prisioneros de un horror indefinible, del que veían, en el sacrilegio cometido contra los símbolos de su aritmética celestial, la causa de un general deterioro. Los descreídos creían también en esa causa, porque el movimiento de las fuerzas vivas, de los hombres del gobierno, de los militares, de los varios colores del patriotismo, de los beatos y los herejes, de los intelectuales y los mercaderes, así lo indicaba con estrépito de reuniones y proclamas. Y la incontinencia crecía en razón de ese inesperado complot, atribuido a conciencias exaltadas como la de Tíbulo e interpretado como síntoma y advertencia de graves peligros.

En el pueblo de Redama, el problema que produjo ese día / los estragos fue el de los huevos. Aquella mañana, mientras Ribaldo disputaba con Parcitas hubo feria. Y en la feria, aunque granos, carnes y verduras tuvieron centavitos de recargo y mermas de peso más acentuadas, nadie extralimitó por eso sus reproches, fuera del regateo casero, pero, en el sitio de los huevos, la cantidad parecía dos veces menos, y el precio, sin duda, dos veces más. Ante caso tan insólito, los argumentos se alzaron a gritos, y las palabras a injurias, hasta que alguien que había tenido la debilidad de pagar, reaccionó contra su propia ligereza estrellando uno de esos delicados objetos contra el cartel que los anunciaba como frescos. Y como el olor despedido probó que no lo eran, los demás siguieron el ejemplo, y de lado a lado se cambiaron proyectiles, no solo de huevos, sino también de coles, papas, tomates y cuanto a mano tuvieron para defenderse. Ya había caras y camisas manchadas, cuando llegaron las fuerzas de policía, que arremetieron por igual contra parte y parte. La autoridad recibió noticias de que había estallado una revolución. Las mujeres corrieron a recoger a sus hijos de la escuela. Los hombres, clamando contra el abuso policial, se armaron de piedras y ofrecieron resistencia heroica. Solo la maniobra de una máquina de bomberos, con sus mangas de agua, despejó a la enfurecida multitud.

Lo que restaba de la mañana y lo que vino de la tarde, fueron horas cargadas de tensión. Se curaban cabezas heridas y magulladuras en el cuerpo, sin cesar los comentarios, cada uno con una diferente versión de lo acontecido. Se habló de dos muertos en la batalla. Se dijo luego que solo una era la víctima trágica. Más tarde, se aseguró que ambas vivían, pero en estado de gravedad. Tres o cuatro mozos ganaron para siempre reputación de machismo. Y los prudentes, acostumbrados a la reflexión, elaboraron varias teorías para explicar el fenómeno de los huevos. Corrió así la noticia de que un especulador, cuyo nombre no se osaba revelar, había enviado una gran porción de ellos a la ciudad, no sólo porque allá también estaban al alza, sino para vender otra parte en el pueblo con ganancias de rapiña, una vez que la gente se hubiese hecho el ánimo de seguirlos comiendo, costasen lo que costasen. Díjose también que nada de esto era cierto, sino que invasiones nocturnas de zorros habían devorado, durante los tres últimos días, la mayor parte de las existencias de aquel subproducto del alegre cacareo de los corrales. A poco, la teoría prevaleciente fue la de que se había presentado una extraña enferme-dad en las gallinas, pero, en menos de una hora, la reputación de estas hembras estuvo rehabilitada, porque alguien lanzó la opinión, rápidamente compartida por la ciudadanía, de que la escasez

provenía de una misteriosa impotencia acaecida por igual en gallos ordinarios y gallos de pelea, que cada vez cantaban más y pisaban menos. ¡Ay, si la dolencia se contagiase a los hombres del pueblo! Cayeron de rodillas las mujeres para implorar al cielo que semejante calamidad fuese detenida de urgencia, en nombre del sermónico creced y multiplicaos; y los hombres empezaron a examinarse a hurtadillas con mucho cuidado. Mas, de este horror, se aliviaron ambos sexos, cuando las personas notables de la

comunidad afirma-ron que el suceso debíase a la impía confabulación contra los campanarios, y desautorizaron cualquiera otra versión. Resolvióse entonces exigir por escrito al presidente y sus ministros que apresasen en veinticuatro horas a los culpables, o, si no, que renunciasen.

Sin embargo, el humor general cambió de tono, y adquirió verdadera unidad de propósitos, entre notables y humildes, cuando el cura propuso llamar a pública rogativa. La autoridad se opuso al principio, señalando a su reverencia el artículo de la ley que prohibía las manifestaciones callejeras del culto, pero, luego de haber paseado dos o tres veces la longitud y la latitud de su despacho y pronunciado su discursillo ufemísticamente sonoro, convino en aceptar el recurso como propiciatorio de la paz.

El cura era hombre de acción. Movilizó con celeridad las congregaciones seculares, Hijas de María, Caballeros de Colón, Rosario de Nuestra señora del Perpetuo Socorro, Costureras del Bien Público, Capitanas de la Virgen del Parpadeo; y, entre las siete de la noche, la cabeza de la procesión comenzó a salir de la plaza central, para recorrer las cinco calles del pueblo y volver a disolverse en su punto de partida, bajo la majestad del campanario ofendido. Los más llevaban velas encendidas. Y todos a una cantaban litúrgicas canciones de ruego y expiación.

Edúrea estuvo en fila, de las primeras, vela en mano, falseando la voz en los agudos y carraspeándola imponentemente en los descensos sostenidos. Pero en cuanto vio a Fascinata, cesó de cantar, y acomodó sus pasos con disimulo para aproximarse a ella. Fascinata era una vieja, envuelta en manta negra, de la que sobresalía, bajo la inquisitiva movilidad de un ojo perlino y sobre el intrincado zurcido del labio superior, una respetable nariz apencada. Era bruja de oficio; de afición, aunque remunerada, alcahueta, muy considerada en el pueblo por sus compuestos medicinales.

—Fascinata —le dijo Edúrea—, quiero hablar contigo. Quiero hacerte una consulta.

—Baja la voz, mujer.

—He visto a un hombre que antes fue como todos, y ahora se me presentó chiquito.

— ¿Desde cuándo se te suspendieron las reglas?

— ¡Vete al diablo!

—Baja la voz, te digo. Y no me mientes al diablo. ¿Cuándo lo viste?

—Anoche, en mi casa.

—Eso puede pasar cuando una mujer está ansiosa, por eso te pregunté enantes... No, no, no te sulfures, que no lo digo. Calla. Hay muchas orejas alrededor. Lo que te digo es que esas visitas son muy raras. Para verlo, hay que faldear la montaña y llamarlo con un tambor de cuatro jorobas. Allí lo encontré yo. Si tú quieres, yo te fabrico un tambor de bajo precio, pero de los buenos. Suena de un modo especial, con vibraciones que solo ellos entienden.

Aquí la conversación hubo de interrumpirse por un «Kyrie Eleison» general, que ellas acompañaron. Luego, Fascinata agregó:

—Te digo que allí lo encontré. Es de color verde, de unos cincuenta centímetros, más o menos, pero con mucha fuerza. Maneja un cuchillo más grande que él con el que hiere a los que hablan mal de su persona. Fuera de eso, es amable, trasmite poderes mágicos a los amigos, y se viene a las mujeres necesitadas, siempre que se dejen el pelo largo, porque así le gustan más. Deberías dejarte crecer el moño y soltarlo. No falla.

—Déjate de tonterías, Fascinata. Te estoy hablando en serio. Yo soy una mujer respetable.

—Yo también, pero no soy doncella, y eso debe ser lo que te molesta, si es que realmente lo eres.

— ¡Basta de bromas insolentes! No te permito que...

—No me hagas caso, mujer, ya me conoces. Lo que te digo es que es posible que te haya visitado, pero no sé para qué. Una visita relámpago, sin que haya pasado lo que sabes, no es de buenas costumbres. Si quieres, ven a verme para estudiar el caso. Si te duermes un ratito, cuando te dé una preparación, le podríamos hacer preguntas. Te costará poco y saldrás de dudas. Lo primero es tener fe. ¿La tienes?

—Mira, entiéndeme bien. Yo ví al hombre chiquito, pero te repito que era el mismo que había visto antes de tamaño normal. Y si vino por alguna falda, habrá sido por la de Redama, no la mía. ¡Ay, pero ni siquiera estoy segura de lo que vieron mis ojos!

—Razón de más para que vengas a mi cuarto cuanto antes. Ahora no te puedo decir nada. Hay que estudiar bien el asunto. Dime cuándo y la hora.

Edúrea se puso a pensar, y tendría ya decidida quizá su respuesta, que Fascinata esperaba, clavando en ella el ojo que la manta dejaba libre, cuando se alzó una grita desaforada, de la que se distinguía la palabra huevos y la palabra bruja, y Fascinata, haciendo acopio de todas sus fuerzas ocultas, hubo de correr desplegando las alas negras de su manta. Se oyó contar más tarde que sus pies no tocaban la tierra.

Yo soy una pobre vieja que no hace daño a nadie. Me llaman bruja, pero solo soy un siesnoés facultativa, título que me conviene por razones estrictamente personales, aunque me digan otros nombres. Bruja era mi abuela y la abuela de mi abuela, en aquellos tiempos felices, cuando San Bartolomé, San Cristóbal y San Antón eran dóciles al conjuro. De esas mujeres, y de la que me dio sus pechos, heredé recetarios y la paciencia para escuchar quejas de desdichados. Por el lado paterno, nada me llegó, porque en mi familia las mujeres fueron volandas, y los hombres, pasajeros. Claro que me gusta el amor, más aún porque ya no puedo gozarlo sino en otros.

Y ayudo a las muchachas, porque si no fueran muchachas no creerían en los ensalmos de las viejas, ni en el mensaje del Rey de Copas junto a la Sota de Oros, aunque también las maduras y pasaditas se desesperan por estas cosas. Sé muy bien, cuando vienen a buscarme, que están llenas de picazón, y entonces hago mis garabatos, digo mis rezos y hiervo un puñado de garbanzos bautizados el día de San Juan, pero nunca he puesto porquerías en la taza, sino, cuando más, una nada de raíz dulce de polipodio importado y algún pelo de cabeza, ni uno solo de partes cochinas. Para los

mozos, les preparo caldo de gallina y gato negro con culantro. Después es cuestión de hablarles a uno y otra, un poco a medias, un poco a las ciertas, según marche el negocio, de lo que me doy cuenta con la experiencia que tengo de verles las ganas en los ojos y en la forma de la boca. Pero nunca, lo que se llama nunca, he sido proveedora de otros virgos que los refabricados para Fenerato, pues ahora son muy escasos, ni tampoco he mojado pan en sangre de hombre vivo para ligar amores. ¡Y a esto llaman brujería! ¡Y me tienen aquí, en este calabozo lleno de orines, acusada de sacrilegio contra los campanarios y del misterio de los huevos caros!

Quién fue el primero que me echó los gritos, no lo sé. ¡A ese ingrato, si tuviera poderes, le haría caer los dientes dándole agua de sapo colgado y le trabara la lengua con tierra bermeja y huesos de culebra, hasta que se le consumiera el pecho! Después de todo, muerta estaría ya, si los policías no me agarran, pero estoy llena de chichones y la pierna derecha sigue calambrada. ¡Suerte tuve que no me cayeran más piedras! ¿Qué pruebas tienen contra mí? Ninguna, pero las inventarán. Y han de ir a registrar en mi cuarto. Menos mal que, como son tan ignorantes, no sabrán que el espejo grande y trizado es en el que miro los robos y los ladrones, ni que raspo la pequeña quijada de guatusa, escondida en el fondo de mi baúl, bajo las cintas de mi primera comunión, para hacer el polvo contra el dolor de muelas. De lo demás que hay allí no se han de enterar, porque ni siquiera saben leer, y los jefes no irán. Yo, en cambio, soy leída y escribida, y conozco cuando un menjurje resultará benéfico, después de examinar cuidadosamente la mirada del enfermo. Los doctores no saben, puesto que casi todos no creen en el alma, sino en las recetas aprendidas de memoria. Pues bien, si de curar se me acusa, he curado, y eso no es hacer daño. Y si no sano del todo a los que sufren, porque algunos recaen, cuando menos los alivio con unas gotitas de adormidera, calentadas en baño maría con flores de amancay y semillas de jurupillo. ¿Por qué finalmente me condenarán? ¿Por mis sahumerios, que siempre fueron aromáticos? ¿Porque haya eliminado caspas en el cabello, secado úlceras, aplacado almorranas, desinflado barrigas de jovencitas, o hecho arrojar piedras del hígado? ¿Bruja yo? ¿Puede haber una de veras en esta época en la que no se ahorca a la gente como para disponer de un pedacito de soga y gozar de buena suerte? ¡Están locos! Me van a trastornar mis objetos y se van a coger mis centavos, mis ahorros que apenas alcanzarán para el costo de mi entierro y unas cuantas misas por el bien de mi ánima. ¡Hacerme esto a mí, que jamás hice huir a las palomas de sus palomares ni espanté a las abejas de sus casas de miel! ¡Quiera Dios socorrerme!

Las nubes han sido hoy de algodón de fábricas, pero aquí no hay fábricas. Yo sólo ví una vez el daño que hace al cielo el humo de un tren, y me puedo imaginar lo demás. Esto es mucho peor, denso, copiosamente hostil. ¡Qué diferente a esos ribetes de luz en las espumas blancas, cuyas lindas figuras suelo contar y recontar con argumentos renovados, cuando las mañanas y las tardes no se ensucian con los vapores negros! No sé cómo se mantienen colgadas esas masas y no se derrumban, pero siento su peso sobre mí. Así amaneció, es decir, no amaneció, sino que se dañó la noche, y así ha transcurrido la tarde. Por eso tengo el cabello irritado, que no se deja amainar, sino templándolo hacia atrás como si yo fuese todavía una colegiala. En otras partes de mi cuerpo hay el mismo exceso de cargas invisibles.

No es únicamente debido a la ausencia de Ribaldo que este desfallecer me ocurre. Es cierto que su ausencia me duele, pero el aire ha traído adiciones adversas, de modo que la fatiga no me permite libertades de imaginación, me impide reingresar a mi propio reino. Y me hallo atada a la silla grande de la sala, con una pesadez idéntica a la de cualquier cosa. Edúrea no tiene arte ni parte en este pesar. Salió muy temprano a oír misa, vino a contarnos un montón de soseras, y volvió a salir, y otra vez entró para almorzar, muy apurada, con una actividad de gata hambrienta, y nuevamente se lanzó a la calle, diciéndonos cosas que estaban ocurriendo en el pueblo. Anáfora hizo cuanto pudo por sacarme de la inercia. Me dio a ver antiguas fotografías, que normalmente me producen risas, a causa de unos sombreritos encintados que yo usaba y de la tiesura de las gentes crecidas y los largos mostachos de los señores, todos secos y rectos como si contemplaran su propio funeral. Me nombró después una larga historia de constelaciones que sabía de memoria, con sus formas de invierno y de verano. Y me dijo que debían estar llenas de vacíos y de Jesucristos y generales. En fin, Anáfora comprendió, y poco a poco fue adquiriendo la misma lasitud que yo sufría. Nos miramos, entonces, una a otra, entre palabras fortuitas, ambas esperando que el fluido negativo saliera de nosotras, llevándose el pesaroso circunloquio de silencio que había traído. No sé qué tiempo transcurrió así, mas, de pronto, giré el rostro para seguir el rumor de unas sandalias que atravesaron el salón.

— ¡Anáfora! —exclamé.

—No te inquietes así. ¿Por qué te alteras?

—Fue él, ¿verdad?

—No, Redama. Tranquilízate.

—Pero yo realmente escuché sus pasos.

—Quizá hayas oído, pero esto no prueba nada. Los sentidos engañan, porque no es posible indagar con ellos las cosas que no son ya del cuerpo.

Eso yo lo sabía, lo sé muy bien, y conozco los riesgos de saberlo, porque lo he vislumbrado durante mis transitorias separaciones, cuando veo y siento, pero no con mis sentidos comunes, formas alejadas de la molestia corporal. Creo algunas veces que voy a morir, pero, en verdad, no necesito morir para darme cuenta de la infinita prolongación de imágenes que no se organizan con los ojos, ni con las manos, ni con los oídos. Y como yo soy parte de Anáfora, y ella parte de mí, estoy segura, diga lo que diga, que siento a su hombre pasar entre nosotras. Además, quizá él volvió sin ser advertido, y desde la silla vacía, que a las dos nos separaba, estaría contemplándonos, concentrando sus poderes para favorecernos.

— ¿Regresan o no regresan los muertos, Anáfora?

—No, porque si regresaran no tuviéramos necesidad de buscarlos. Morir es ir al encuentro de lo que realmente amamos, casi siempre sin saberlo. No te preocupes más.

— ¿Quieres decir que todos deberíamos querer morir?

—No, piensas mal, porque estamos atados a la continuación, de la vida a la muerte, de la muerte a la vida. ¿No son acaso la misma cosa? ¿No se

necesitan la una y la otra? Pero no hay que hablar de lo que no sabemos ni podremos saber.

No tuve dudas ya de que él estaba en esa silla, porque eran sus palabras las que decía Anáfora en mi ayuda. Y experimenté un deseo casi maligno de no rendirme a la conformidad.

—Y mientras tanto, en la vida ocurren maldades innumerables. ¿Y los pobres? ¿Y las enfermedades? ¿Y las guerras? ¿Y los terremotos? Ribaldo dice que la Organización va a acabar con esas perversidades, aunque todas las maldades no sean humanas y no pueda, por tanto, acabarse con nada. ¿Por qué hay terremotos e inundaciones? Me vas a decir que es una pregunta estúpida, infantil, qué sé yo. No lo es tanto, Anáfora... Si es un instante vivir, como sueles decir siempre que tienes una pena, la Organización sería el instante de un instante. Y en caso tal, ¿para qué inquietarse y luchar? Habría que dejar a los ladrones que roben, a los soldados que maten, a los pobres que mueran de hambre, a los niños que jueguen con bolitas de estiércol y sigan comiendo cáscaras de frutas.

—Ribaldo ha influido mucho en ti. No me disgustan esas ideas. Las encuentro justas y quizá hagan bien. Lo que traté de decirte no contradice ningún esfuerzo que favorezca la derrota de los obstáculos a la bondad. Eso es amor. Pero si es mezclado con odio, retorna la corrupción. Es de ella, Redama, de la que debes cuidarte.

Me pareció que Anáfora ignoraba, o fingía no haber entendido que la Organización, según Ribaldo, acabaría para siempre con el sufrimiento, y que, por tanto, acabaría el odio y la corrupción no podría volver. Fingía para librarme de algún peligro, por ella presentido en mi entusiasmo. Entonces, le dije:

—Quisiera hablar con él para que mis dudas desaparezcan. ¿Por qué no me ayudas a pedirle que se comunique? A ti te complacería.

—Esa es una ocurrencia muy juvenil, Redama. Hablar es cosa del cuerpo. El ya no lo tiene. El existe solo con la existencia a la que aspiramos, creo haberte dicho esto otras veces. En cuanto a lo demás, haz lo que puedas. Y no derrames muchas lágrimas cuando el incendio del odio lance a unos contra otros. Cuídate.

¡Con cuánta bondad mentía Anáfora! Si los muertos no se comunicaran con los vivos, de una forma o de otra, ¿qué pasaría con nuestros pensamientos? Acabarían secándose y los instintos animales no pudieran reprimirse. Sigue Anáfora creyendo en mi inocencia, como si la inocencia pudiese protegerme. Entonces, pensé, voy a fingirla, y le dije:

—Bueno, haré lo que pueda. Pero me parece —añadí, descubriéndole lo que habíase hallado todo el tiempo de nuestra conversación en el fondo de mi deseo— que necesito volver a ver a Ribaldo. Quiero visitarlo.

—No te lo podré impedir —fue lo que me respondió. Y seguramente iba a darme recomendaciones, cuando apareció Edúrea, a quien primero oímos antes que vimos, pues la noche estaba ya en la casa y no se nos había ocurrido encender ninguna luz. La oímos en el ruido de la puerta cerrada de un manotazo, en cuanto irrumpió su cuerpo en el salón; la oímos en el estrépito de sus tacones, y en el alboroto de sus palabras, incriminándonos

por hallarnos a oscuras. Por fin, respiró a sus anchas, y nos contó cómo la rogativa había terminado en turbulencia, cómo habíanse atropellado unos a otros, sin el menor respeto por las cosas sagradas, para perseguir a Fascinata.

Anáfora, desde algún resquicio de su ventana, debió haber vigilado el momento en que dejé la casa, pero su aquiescencia, si no entusiasta, de todos modos me había sido dada, y no me preocupé demasiado, porque, si me apenaba saberla inquieta por lo que pudiera sucederme, el impulso de ver a Ribaldo era, por supuesto, muy superior. En cuanto a Edúrea, ella duerme con el peso de quienes creen que la noche es negra. Y la noche es azul, y no sólo azul, sino de otros colores cambiantes para los que no se encierran cuando llega. Yo amo el día, siempre que no sea demasiado fuerte o ruidoso, o no esté cargado de nubes feas que imitan sardónicamente a la noche como si la noche fuera espantable. Y no hago en verdad distinciones injustas entre el uno y la otra, a pesar de que en la luz nocturna veo mejor, siento más profundamente, con una reverencia de criatura sorprendida, la conjunción, la disolución, si quiero decirlo bien, de los volúmenes pétreos, que son obra del sol, en la fluidez de los perfiles, que es propia de la noche. Caminé, por eso, alegremente, alterando el ritmo de mis pasos, de uno con dos a tres con uno, mientras escuchaba los rumores de la conversación vegetal con los insectos y contemplaba la transfiguración de las imágenes que tocaba el viento. Iba tan alegre que el árbol grande se iluminó de estrellas, sin el artificio de los árboles de Navidad. Y me iba a echar a correr y llamar a gritos a Ribaldo, cuando recordé que él no habría de estar solo, y entonces procedí con cautela. Me daría mañas para hacerle notar mi llegada, o esperaría que se marchasen sus amigos de la Organización. En la casa del molino había luz. Le di una vuelta completa, pero, como la única ventana quedaba fuera de mi alcance, porque era más claraboya o respiradero de bodega que ventana, me arriesgué a acercarme a la puerta, por uno de cuyos intersticios, entre tablón y tablón, pude mirar.

El árbol grande perdió sus estrellas. Las formas nocturnas perdieron su ternura. Yo perdí, por un instante, mi corazón. Y tuve que huir, huir, huir, hasta hundirme en los brazos de Anáfora. Le dije que Ribaldo no estaba solo, pero él ya no era el único pequeño, hecho para mí, sino que otros del mismo tamaño, sentados alrededor de una mesa, todos vestidos, él también, con unas blusas azules de cuello abierto, gesticulaban con las mismas manos y se miraban con los mismos ojos y sus cabezas se veían al mismo nivel y sus piernas tocaban el piso con la misma levedad que el hombrecillo por mí buscado desde que empecé a contar con medias palabras mis deseos.

¡Llama a tu muerto, Anáfora, llámalo!

IV

Siendo Redama una muchacha tan impresionable, ha de haber comprensión para su desorden sentimental. ¡Ver a Ribaldo por una rendija, ver a aquel que le pertenecía con su exclusividad perdida entre el número de otros semejantes a él! Es posible que no reparase en que eran iguales solo en talla y ropas, pues en color de piel, formas de rostro y ademanes, cada uno había conservado su individual apariencia, pero, aun si lo hubiera advertido, no habría disminuido su confusión. Creyó entonces que sólo su muerto, más suyo, en cierto modo, que, de Anáfora, podría explicarle o deshacer tan extraordinario y doloroso espectáculo. Sin embargo, no entendía ella que, habiéndose comunicado a otros, lo extraordinario había des-cendido unos cuantos grados a lo común; y que lo doloroso radicaba en la idea-temor de que le fueran arrebatados los derechos de única posesión. Sollozaba Redama en brazos de Anáfora, clamando por una representación impracticable, mientras en la casa del molino ocurrían las cosas con una simplicidad que la muchacha iría asimilando poco a poco, sin entenderla, como la gente inexperta asimila las vueltas de la tierra alrededor de sí misma, sin que se caiga nadie, o el llamado complejo de los campos gravitacionales, o aquella magnífica idiotez de los millones de años-luz. Si Ribaldo se encogió, era apenas lógico que no quedase aislado, pues la concatenación parece ser la ley básica de las jugadas que hace la naturaleza. Uno más, dos más o tres más, solo confirmaban la verosimilitud de los primeros atisbos, ante cuya fascinación el amor es tan sensible, que quisiera prolongarlos antes de que se conviertan en costumbre. Ignoraba Redama los nuevos estímulos que vendrían a alimentar sus relaciones. ¿Cómo hubiera podido saber, por consiguiente, que la verdad era mucho más sencilla que el miedo por ella producido?

En todo caso, nadie sería capaz de no compadecer a Redama.

Contumelio siempre tuvo la jeta grande, pero ahora la luce más grande que nunca. Estoy despabilado, porque he comido y dormido, dormido y comido todo el día, y satisfecho porque hubo un momento en que Parcitas flaqueó, antes de llegar los otros, y se puso a gemir, como si yo no existiera. Tuve la generosidad de no hacerle ningún reproche, tal vez porque yo mismo sentí

que estaba a punto de llorar. Pero continúo. Contumelio tiene ojos apagados. Lo extraño es que de repente salte de ellos un brillo ultrajante. Siempre gorjea, antes de alzar la voz con alguna razón contundente. Ha traído consigo una cartera llena de papeles, que toca y retoca con el pulgar y el índice, mientras nos echa miradas de través. Naturalmente, ha ocupado la cabecera de la mesa, porque es el delegado. Y junto a él, ha trepado a su silla Balbuto, que habla con tantos impedimentos como si tuviese la lengua partida en tres pedazos y por cada uno soltara palabras incompletas, quiero decir, pedazos de palabras que el escuchante ha de armar, pero es tanta su fe en la Organización y su jerarquía, que se ha convertido en el secretario perpetuo de nuestra rama. Cumple sus funciones prendido con alfileres a la gloria eterna, antes de que Adán y Eva fornicasen. Contumelio empezó diciendo:

—Creo, sodalios, que no hacen falta especulaciones acerca de nuestra nueva configuración.

Semifacto, que suele tomarse libertades, quizá porque tiene una cara interrumpida, nariz ladeada y una mejilla más hinchada que la otra, se atolondró y preguntó lo que yo, cuando menos en esos momentos, no me hubiera atrevido a preguntar:

— ¿Ninguna explicación? ¿No es posible que tengamos explicación? ¿Y esperanza de... bueno, digo, de regresar a ser como antes?

—Yo no he hablado de explicaciones. (Contumelio se lamía la jeta al hablar.) Debes recordar, sodalio Semifacto, el inciso trece, artículo noventa y cuatro, título segundo, del Gran libro de las manifestaciones:
«Las explicaciones no se preguntan; se estudian. Hay que haber obtenido no menos de tres sobresalientes, para comprender en toda su profundidad las disposiciones del Gran Caputón.» Ahora bien, si esto es aplicable a las explicaciones, ¿qué diremos de las especulaciones? Solo la decadente ciencia burguesa puede ocuparse de ellas, por eso dije que no hacen falta. Y en cuanto a regresar, si te he comprendido bien, reniegas de la figura adquirida, quieres regresarla. ¿Y cómo sabes si ésta es mejor que aquélla? ¿Esta o la otra sirve mejor a los fines magistrales? Si sirve, debes agradecerla y enorgullecerte de ella. Si no sirve, ¿para qué crees que se te ha dado? Te fijas en muy poca cosa, sodalio Semifacto. ¿Estás satisfecho, ahora?

—Completamente, sodalio Contumelio. Ni explicaciones, ni especulaciones, ni regreso. ¿Y qué es lo que tenemos que hacer ahora?

Tabesco acaba de llegar, seguramente corriendo, porque aún le manaba sudor de su rostro de aceituna. Si sigue derritiéndose así, en aceite, adulterado por la suciedad de las uñas, creo que acabará más reducido que nosotros, acabará en simple mancha. Tabesco dijo:

—Secundo la pregunta de Semifacto. ¿Qué vamos a hacer?

— ¡Grandes cosas, sodalios! Es lo que respondo a todos, no solo a ti, Semifacto, ni a ti, Tabesco.

Todos quedamos fijos de esas palabras, esperando su continuación. El cuerpo comenzó a hormiguearme, porque yo siempre asocio las grandes cosas con los grandes peligros, pero Balbuto se precipitó:

— ¿Grandes cosas? ¿Escribo así, grandes cosas, en el acta?

— ¡No! —tronó Contumelio—. En el acta solo han de constar las proposiciones formales y las resoluciones. Debías saberlo.

Entonces, Semíforo habló. Si yo tuviese la cantidad de pelo que él tiene en la nariz, en las orejas, en los brazos, me retiraría a vivir en una cloaca, pero si solo poseyese la ronquera de su voz, me serviría de ella para desmayar mujeres en mis brazos.

—Yo estoy listo —eso es lo que dijo Semíforo. Y Parcitas se dirigió a él:

— ¿Listo para qué?

—Para las grandes cosas que dice Contumelio. ¿Para qué habría de ser?

A Patefacio, en cambio, le falta pelo. Su cabeza está llena de parches como si hubiera sido atacada por la
tina. Tiene un rostro agradable y retozón, pero, mirada más abajo, su figura se daña en el vientre globoso, hinchado con una indigestión perpetua. Sin embargo, se dio mañas para moverse en la silla, y arrancó a hablar:

—Decir que estamos listos es una redundancia. Inciso veintitrés, artículo trescientos cuarenta y cuatro, título séptimo. Estamos listos desde el principio. ¿Qué otra declaración cabe? Yo acato lo ocurrido, no pido explicaciones ni especulaciones, ni añoro regresos, lo acato en nombre del sufrimiento de la humanidad. Yo soy el primero que entendió y predicó el acatamiento, cuando todavía se hablaba y se pensaba en las líneas acicaladas, en la rosa y la espina, la luna y los gansos. Y ahora, puedo decir con satisfacción cumplida que todos vosotros, queridos sodalios, brilláis con el sol de la más poderosa inteligencia y actuáis con el valor que derriba montañas y desafía los recovecos de la traición. Así lo subrayaré en la memoria que estoy preparando para la posteridad.

Rompimos en aplausos. Patefacio estaba rubicundo de placer. Pero mi inquietud crecía, porque no entendía nada, ni a Patefacio, ni a Contumelio, ni a ninguno, y esa inquietud me hacía vigilar mis manos en el temor de que se me acortasen un poco más los brazos. No es que padezca yo de complejo alguno erótico-uterino, pero me asaltó la idea de hallarnos todos en un mero descanso de la reducción, en el fondo deseada por nuestra placentera oscuridad original, y que en cualquier momento se reanudaría el proceso hasta devolvernos a fetos. ¡Ay, ese cuarto donde Redama me acogió! ¡El agua amarilla que corrió del tubo, la plasticidad de las sombras, la forma en que dormí, una forma fetal, la humedad de las arañas que maté y el temor de que alguien me sacara con fórceps, como efectivamente ocurrió cuando Edúrea llegó a la puerta con su horrible estallido de luz! Salté cuando Contumelio se hizo oír nuevamente:

—No hemos conocido todavía la opinión del sodalio Ribaldo.

—No tengo nada que agregar a lo que se ha dicho —me apresuré a responder—. Suscribo las palabras de Patefacio. Todo me parece muy bien. Estamos listos, como dijo Semíforo.

— ¿Y tú, Verecundo?

—También, Contumelio, todo me parece perfectísimo.

A este Verecundo no le tengo malos deseos, pero tampoco afecto. Es la insignificancia de sus ojos bajos y la voz aflautada, y su prontitud en repetir lo que otros dicen, y otras cosas más que no puedo precisar, las que me desinclinan de él. En fin, un último análisis lo hace igual a todos, igual a mí. ¿Quién puede quererse a sí mismo o querer a otros, bajo la condición en la que nos han transformado? ¿Quién puede hacer otra cosa que decir que sí a todo?

—Entonces, prosigamos.

Prosigamos, prosigamos, ¿adónde, Contumelio? ¿Adónde vas? ¿De dónde vienes? ¿De las especulaciones, de las explicaciones, de los incisos? ¡Acabarás mordisqueado por larvas espectrales, o comido de un tarascón por un coleóptero juvenil, cuando no tengas más tamaño que el de una pilula anticonceptiva, y te sea imposible viajar entre ovario y útero, ya completamente extraviado para cualquier esperanza de renacimiento! No hay manera de proseguir, Contumelio. No trates de confundirnos. Nuestras palabras no sirven para nada. ¿Por qué preguntas opiniones? ¿Para qué proseguir un debate que no es debate? Tú sabes, tan bien como yo, que no te quedará otro recurso que obedecer y comportarte con heroísmo del puro miedo a la vigilancia. Que seas delegado, nada significa para tu salvación, porque nada te salvará de un anónimo y pequeño final. Siento que me indigno y me arde la boca por hablar, pero bien sé que no hablaré y que nadie hablará de lo único que todos quieren hablar. Sin embargo, el más peludo de los sodalios que he conocido, Semíforo, se lanzó a hacer una pregunta, relacionada con mi ansiedad:

— ¿Cómo se encuentra nuestro jefe, Tíbulo?

Balbuto, ante una seña casi imperceptible de Contumelio, respondió:

—Los periódicos dicen que está oculto.

—Eso ya lo sabemos. (Era Semifacto quien habíase atrevido a intervenir.) Todos estamos ocultos. Semíforo tiene razón al preguntar por Tíbulo, porque yo también quisiera saber dónde está, qué hace en este caso de emergencia, cómo se las arregla para dirigirnos...

Contumelio permanecía tapado con una sonrisa babosa. Patefacio infló los carrillos y miró al techo. Tabesco pasaba y repasaba su pañuelo por el rostro. Los demás se esforzaron por mantener expresiones muertas. Los demás éramos, en ese momento, Parcitas, Verecundo, el propio Balbuto y yo. De pronto, Parcitas, con sus pretensiones propedéuticas —es la palabra que le gusta usar cuando instruye a novicios— creyó que era lo inteligente despejar algún malentendido que Semíforo pudiera haber ocasionado, y lo hizo ceremoniosamente, en forma magistral:

—Me permito opinar que lo importante no es la sentimental curiosidad de saber dónde y cómo se encuentra Tíbulo, sino saber si el Comité de los consejeros Vigilantes y el de los consejeros Actuantes estuvieron de acuerdo con él, o él con ellos, según el caso, acerca del aviso que se publicó, negando que la Organización hubiera participado en la operación campanaria. Es importante para la cohesión de nuestra disciplina. Por eso mismo, más importante todavía es la pregunta que voy a hacer: ¿hay un cambio de línea?

¡Ay, Parcitas, cómo te caíste de tu parsimonia! Nunca te he tenido amor de hermano, y aunque esté reglamentado amarnos como sodalios, tampoco te quise así, pero acabo de sentir piedad por tu error.

Patefacio creyó del caso salir a la palestra, y lo hizo con habilidad marrullera:

—Negar que se haya participado en esa operación no implica necesariamente un cambio de línea, pero sí tal vez una adecuación mejor de la línea. Me permito recordaros que existen miles de formas concernientes a la buena aplicación de las enseñanzas, encadenadas en los eslabones claves. Y si no, me atengo al texto: inciso X 4 U, artículo mil uno de la segunda serie, título ochenta... ¿Ochenta y cuántos, Contumelio?

—Ochenta y seis. Creí que tenías buena memoria, Patefacio.

—Claro que la tengo. Pero un pequeño y transitorio olvido no hace causa...

Parcitas, para su bochorno, estimulado por esta libertad de controversia, insistió:

—En resumen, ¿qué? ¿Hay desacuerdo en las esferas superiores?

No fue lo que respondió Contumelio, sino la mirada centelleante que en él clavó, lo que desconcertó a Parcitas:

— ¿Qué dices? ¿Quieres repetirlo? Me parece que no te he entendido...

—No, no, Contumelio... Solamente dije, pensé que tal vez... Es bueno aprender y saber las cosas claras...

— ¿Qué dijiste? No rehúyas. Estoy preparado, Parcitas.

—Equivocadamente, hice la pregunta, pero si cometí un error, no fue con malas intenciones. Tú me conoces, sodalio Delegado.

— ¿Y qué más?

—Me arrepiento de la pregunta. Me arrepiento del error cometido.

— ¿Y qué más?

—No lo volveré a cometer nunca.

— ¿Y qué más?

—Merezco censura, merezco castigo.

— ¿Y qué más?

—Me corregiré para honra y prez del Gran Caputón y para la edificación de la gran causa, a cuyo servicio está mi vida.

— ¿Y qué más?

—Hago pública mi falta, hago público mi arrepentimiento, hago pública mi enmienda.

¡Qué tono el de cada sílaba preguntante, qué dedo a Parcitas apuntado, qué cosa tras el ojo que lo atravesaba, qué tras el poderío digital! El ex largo era un junco marchito y tembloroso. El delegado dejó que pesara el silencio sobre todos nosotros, para que comprendiésemos el valor de la prudencia. Y empecé a asustarme. ¡Ay Redama, cuánto deseo acogerme a tus redondeces! Y pasó como si hubiera formulado ese deseo en voz alta, porque Contumelio juzgó apropiado, y provechoso para la meditación en la disciplina, disponer un receso, y durante él, me llamó a una esquina y me dijo: «En esa casa hay tres mujeres. Has informado que sólo con una, Redama, tuviste tratos. Te creemos, por ahora. Pero, habiéndote visto en tu nueva forma, ella tiene armas contra ti y contra la Organización. Es menester que la reduzcas.» Y yo le dije: «¿Cómo, en qué forma, Contumelio?» Y él me respondió: «En la única forma en que un hombre reduce a una mujer de la sociedad decadente. Tienes que reducirla para utilizarla. Podrá ayudarte en tareas menores, apropiadas a los retardados caracteres románticos. ¿Entendido?»

Como se ve, Parcitas, el ex largo, había ido con el chisme, pero debí haberlo previsto. Por lo demás, ningún daño, sino provecho, me rendía el chisme. ¡Entendido, sodalio Contumelio! Reducir a Redama significaba... Obvio significado. ¿Y si se trataba también del tamaño? ¡Tanto mejor para mi adecuación espiritual y carnal! Volví entonces cara a Contumelio, antes de que alcanzase su sitio para reanudar la sesión, y le hice la consulta al oído. «¡No seas bruto!», me respondió, Harneándole los ojos y saltándole la jeta. «¿Cómo podrías hacerlo tú? Lo que te ha ocurrido a ti es un privilegio, y requiere de poderes que tú no posees ni se pueden transferir a ti.»

Me sentí golpeado, aunque no tanto como Parcitas, pensando en las consecuencias de mi torpeza, porque una torpeza así solo se comete cuando uno está enamorado, y, habiéndolo comprendido así Contumelio, mi futuro inmediato era actuar en la desconfianza que mis actos causarían. No obstante, poco a poco me alivié de malos presagios, debido a que la perspectiva de ganarme a Redama, con autorización oficial y todo, me traía olas de júbilo a la sangre. Entonces, para borrar la mala impresión de mi yerro, me anticipé a pedir lo que seguramente Contumelio estaba a punto de resolver:

—Creo —dije, levantando una mano— que ha llegado el momento de tomar conclusiones.

—Bien dicho, Ribaldo —aprobó Contumelio, pero luego, sonriendo, con su sonrisa de tamarindo sin azúcar, observó:

—Te equivocaste de mano. Has usado la de los parlamentarios degenerados.

—Sí, es cierto, me equivoqué. —Y alcé la izquierda y repetí exactamente lo que antes dije.

— ¿Conclusiones de qué?

Volví el rostro ante esta majadera pregunta antisodálica, y, claro, solo un peludo como Semíforo pudo haber formulado tamaña futilidad, de lo cual se aprovechó el contrito Parcitas para dejar oír su parsimonia recuperada:

—No procede la pregunta. Me parece que el debate ha sido libre y fructífero. Por consiguiente, sin necesidad alguna de responder a la cuestión de Semíforo, propongo que el sodalio Contumelio formule las conclusiones.

Y Contumelio las formuló, pero antes dijo a Balbuto que dejase el lápiz a un lado y no escribiese nada hasta que él se lo ordenase, ya en forma sintética, cuando solo se pudiera enumerarlas, número uno, número dos, número tres, y etcétera, sin riesgos de malsanas interpretaciones a las palabras introductoras o explanatorias. Pero todas ellas quedaron, dichas o no para el papel, adheridas a las paredes de este inmenso pozo solitario en el que mi corazón se va trocando. ¿Para qué los niños? Hacer amistad con ellos, ¿para qué la amistad? ¡Para cazarlos! ¡A cazarlos a la salida de la luna, cuando los padres duermen sus borracheras! No tendrían temor, nos verían sin el respeto subyugante con que veían a sus padres, porque nuestro tamaño les inspiraría confianza. Y, mientras Contumelio nos daba estas y otras explicaciones, nos entregaba unos sobres con instrucciones precisas. Y luego recibiríamos paquetes con golosinas y fotografías de desnudos femeninos. Y nada más: cuando menos, cuatro o cinco niños cada uno, ganado con pruebas afectuosas y estimulaciones a gozar de lo que les estaba prohibido. ¿Y para qué, Contumelio, hijo de madre adúltera, arrastrada a parirte en el rincón de un sótano? Y nada más, digo, en cuanto a niños. La guerra contra los campanarios quedaba, por ahora, suspendida, pero, en su lugar, se declaraba la guerra a los transformadores. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Hombres o máquinas? Ninguna aclaración; solo un aviso para que preparásemos energías. ¡Explicarle esto a Redama, y lo de los niños, y lo de las armas, y reducirla, no obstante! Las armas vendrían en cajones especiales y habrían de ser distribuidas cuando nos llegasen órdenes selladas con la novácula flamígera. Y después de estas conclusiones, Contumelio dictó las finales enumerativas, secas como higos desperdiciados, y pidió a Balbuto el borrador del acta, y Balbuto hizo resistencia, porque solía dibujar en el papel figuritas obscenas, pero le fueron arrebatadas las hojas, y él se quedó mirando por el hueco de la ventana rota, y soportó así, en el blanco de los ojos, los improperios de Contumelio. Y ahora, Parcitas y yo, solos, cuando desaparecieron las blusas, las nalgas y las piernas de nuestros visitantes imprósperos, ya sin luz, mirando, con deformadas proyecciones, hacia los volúmenes de nuestros cuerpos, hacia las masas de los muebles truncos, a la insidiosa movilidad de los vacíos, escuchando el propio rumor del oído y el pausado silencio de la oscuridad, vivos todavía, pero incapaces de movernos el uno en dirección del otro, inculpándonos mutuamente, en fluidos veloces y recíprocos, nuestra sumisión, llenos de un deseo paralítico de atacarnos para probar superioridades improbables, opuestas a los niveles dispuestos, de los que no podremos huir sino acaso cuando hayamos aprendido a matar sin estremecernos a los pecadores contra la felicidad universal establecida en el Gran libro de las manifestaciones.

Aunque salí de su vientre, Anáfora no es mi madre. Posiblemente me dobla en años, pero esta es una cuestión muy personal, y la verdad sobre ella es que crecimos juntas, aunque yo no sé nada de su pasado, de su verdadero

pasado, ni ella del mío, de mi verdadero pasado, por lo cual nuestros orígenes parecen simultáneos, sin relación en lo absoluto con los centímetros que alargaron mis piernas ni con la formación de mi busto. Simplemente, nos encontramos en las casualidades. Además, cuando yo iba a la escuela, oí a las niñas murmurar de sus madres, y eso a mí nunca se me ocurrió. ¿Cómo, pues, Anáfora habría de ser mi madre? De ninguna manera podría serlo, porque compartimos bienes con idéntica imparcialidad. Ella tiene las estrellas, por ejemplo, y yo las flores, que tanto se les parecen. Y nos vamos cediendo, una a otra, porciones de nuestras pertenencias. Ella me dio un poco de su hombre, justo la cantidad que yo necesitaba, y yo le doy un poco de Ribaldo, aunque ella no necesite de él. En todo caso, así nos entretenemos y nos igualamos, yo, a veces con lágrimas, como ahora, y ella siempre con su plática traslúcida. Pero, eso sí, en Anáfora existe una gran superioridad, que las muchachas, por lo que me ha tocado ver, solo reconocen en sus madres cuando ellas mismas empiezan a envejecer y a parir. Únicamente en este sentido, la creo madre, porque me adelanto a una identificación, aunque sea improbable, puesto que la alcanzaré nada más que de este modo prematuro. Sin embargo, esta superioridad sobre mí no proviene de su involuntaria decisión de echarme a la vida, sino de que está mejor dotada que yo para penetrar distancias, más llena, por tanto, de acontecimientos, que me suele ocultar con frecuencia, para que no se debilite en mí la maravillosa experiencia de descubrirlos, si es que de ello llegare a ser capaz.

Mas, reconocer una superioridad no significa ser por ella subyugada, hasta el punto de no distinguir entre lo falso y lo verdadero. Porque Anáfora, cuando me asegura que no hay medios de comunicación con el muerto, me engaña, puesto que sé que ella continúa viviendo en su compañía. Y me sigue engañando cuando dice que mi zozobra, por haber visto lo que ví en la casa del molino, es irrazonable. O cuando me promete que todo se arreglará y que podré reír junto a Ribaldo, siempre que me defienda de la confusión. ¡Debe entender que yo no lo quiero igual a otros, con esas horribles camisas azules! ¡Que yo no puedo sentarme ante esa puerta y mirar, nada más mirar, por ranuras que hacen de mí una pordiosera entre el deseo y el temor! No, no hay en mí la fortaleza para esperar, sin sobresaltos, que venga de suyo el milagro de un regreso.

Pero el día se interpuso con sus ruidos, me estropeó la meditación, y Anáfora y yo, y Edúrea que despertó cargada de energías, tuvimos que empezar a movernos, bajo el imperio del espíritu de la casa, con el mecanismo de repetición con el que nos movíamos sin variaciones, antes de la segunda aparición de Ribaldo en el pueblo. Esto es lo que Edúrea llama quehaceres de mujer, lo que Anáfora dirige con resignación y cierta sabiduría hipócrita, y de lo que yo reniego como una prisionera, porque, al tener la respiración agitada y mi frente húmeda, el mundo real, el mundo mío, del que salen mis figuras, parece abandonarme; y si persigo algunos de sus fragmentos, tropiezo con estas piedras, con estos muebles inertes, con esta dureza de la uniformidad, y se dañan mis manos y corre en mi sangre el deseo vulgar de caer penetrada por la bestialidad.

Al final, en la media tarde, todo estaba hecho y nada distinto, es decir, no habíamos hecho nada, pero descansábamos de la consternada fatiga de hacer sin hacer, Anáfora leyendo, yo viajando por mis invenciones, Edúrea interrumpiéndonos con sus pregones de vendedora de noticias. Y luego

llegaron visitas, mujeres del comité de Edúrea para la defensa del honor de los campanarios. Y yo me divertí muchísimo, porque una de ellas hablaba codeando el aire como si tuviese las palabras unidas a los codos por invisibles hilos de marioneta, y la ví igual a una rana peluda, porque así le bajaba el pelo a las orejas, a confundirse con la felpa del traje, que la envolvía y dábale al cuerpo una perezosa movilidad de gelatina; y otra me pareció una salamandra de ojos saltones, que levantaba patas de cuatro dedos y lucía una cola, al reclinarse de lado, un giroscopio de colores hecho de volanderas de raso; y la otra era una gorda con gafas, cuyo enrollado cogote hacíale doblar la cabeza como un apéndice innecesario, hasta que se aplastó en forma de olla con patitas muy cortas de lechón cebado. Y así hubiera continuado poniendo protuberancias en sitios inadecuados, de no haber percibido que hablaban de campanarios y Fascinata. Edúrea ensalzaba sus virtudes de curandera y proponía hacer gestiones por su libertad, puesto que los verdaderos culpables eran esos salvajes de la Organización —salvajes, así lo dijo. Y siguió a lo dicho por Edúrea un cacareo general, con historias de «yo siempre lo dije», o «Fascinata hizo esto y aquello, y a mí me quitó el mal de vómito en mi quinto embarazo», y «mi hija, hay cosas inexplicables, pero bien que los hombres, aunque por vanidosos lo nieguen, creen en ellas, en cuanto están con miedo, como pasó con mi difunto que me lo declaró in extremis». Por último, la olleta movió sus patitas para reclamar atención y decir que le parecía por ahora mejor para la misma Fascinata que esperase un poco, porque, al fin y al cabo, nada malo le pasaría en la cárcel. Y agregó: «¡ni muchacha que fuera, ji,ji,jí!» Y como Edúrea protestara en nombre de las ideas liberales del general Milvino y de la doctrina cristiana, la señora encogotada se abanicó diciendo: «Ay, Edúrea, me obligas a revelar un secreto. Bien, con la ayuda de Dios, confío en que ustedes...» Y se deslizó al filo del sillón, con serio peligro de que sus gorduras se desplomasen, y ahuecó una mano en la boca. Las demás la imitaron, de modo tal que sus individuales pelucas, moños y copetes formaron un matorral, en el que yo inmediatamente puse nidos de pájaros y rabos de monos. Anáfora permaneció indiferente, pero a mí me pareció divertido escuchar cómo de ese amasijo de mechas negras, castañas, plateadas, azules, salían palabras misteriosas, cuyo significado no entendía, porque mis sentidos estaban en lo principal, que eran sus figuras y su ruido, la antinatural modulación, y uno que otro silbido reptante que se apagaba al subir, perturbado por largas exclamaciones de vocales abiertas.

Cuando las visitas se marcharon, Edúrea nos tradujo la confidencia. Y era que la señora-olla-panzuda, que tenía patitas de chancho no obstante de ser de las más connotadas del pueblo, pues su hijo desempeñaba funciones públicas en la ciudad, y sus parientes en ella poseían árbol genealógico, había recibido de él una nota tranquilizadora, diciéndole que ya no temía perder el empleo, puesto que, a los pocos minutos de ser conocida la prisión de Fascinata, el gobierno había telegrafiado las finales informaciones para un empréstito extranjero en trámite, comprometiéndose a encarcelar a cuanta bruja pudiera hallarse en territorio nacional. Con tal empréstito, renacían seguridades de que el gobierno se mantuviese en el poder, y él en el empleo. Pero esta habilidad no quedaba allí, sino que contábale que habíase planificado dividir el préstamo en tres partes iguales: una para disminuir el saldo en contra del presupuesto, otra para alzar un poquito los sueldos de los empleados públicos, y la última para comprar cuatro tanques

de guerra y tres aviones para las fuerzas armadas, con lo cual todo marcharía a pedir de bocas.

Edúrea, derrotada por la mayoría, no había quedado, sin embargo, convencida, ni aun por las razones del patriotismo vs Fascinata, y paseábase a trancos, dándonos gritos como si nosotras tuviésemos la culpa, mientras acababa el día y llegaba la hora de mi jardín, al que me dirigí con el corazón inseguro, pero auspicioso. No me asombró encontrar en él a Ribaldo.

Por el tragaluz imperfecto, ese deterioro de vidrios arriba de nuestras cabezas, entraba un canal de sol directamente a iluminar el abdomen de Parcitas, que dormitaba con la blusa abierta y el pantalón desabrochado. Cada vez que se le alzaba la panza con la respiración, le temblaba el rabo del ombligo, bollándole una gota de agua en su punta, que desaparecía en el descenso atmosférico y resurgía al hincharse. Me divertí con ello un rato, y más cuando contemplé mi propio ombligo para comprobar la superioridad de su redondez abotonada sobre el de Parcitas, pero la repetición de ese compás gaseoso, estimulado por la descarga solar, acabó irritándome, y arrojé sobre el apéndice la bola de mis calcetines sucios. Parcitas se incorporó de un salto, saliendo de su pereza como un siempretieso de su caja de sorpresas, y gritó:

— ¿Qué pasa?

—Que se te asa el ombligo —le respondí. —Ribaldo, eres un desconsiderado. Te portas como un granuja.

—Vaya, vaya —le dije—, tú debías ser más considerado no solo con los ruidos que haces, sino con ese adminículo que abusó del vientre de tu madre.

Parcitas, sin responderme, se dio vuelta contra la pared.

— ¡Tampoco te quiero ver las nalgas! —exclamé, ya exasperado—. Cesa de dormir y hablemos.

Esto pareció dar resultados, porque calmadamente el sodalio de mis desventuras se arregló las ropas, fue a lavarse a la cocina, volvió con un pan relleno de queso y una taza de café y se sentó a la mesa. Desde allí, con la prosa de un consejero de gabinete, me dijo:

— ¿De qué quieres hablar?

—De cualquier cosa.

—Eso no es hablar.

— ¿Pero crees tú que podemos permanecer viéndonos los ombligos por toda la eternidad? —La eternidad no existe.

—Pero sí los ombligos. Si los miras demasiado, todo da vueltas alrededor de ellos. En tal sentido, es una eternidad.

— ¿Es que quieres controversia?

—No, Parcitas; quiero hablar, solamente hablar.

—Bueno, en vista de que te rindes, podemos hablar. Empieza.

Me sentí cogido en una trampa que yo mismo había armado sin querer, no con mala fe, sino por necesidad de compañía. Pero había empezado mal, riéndome del ombligo de Par-citas, quien, en cierto modo, tenía razón, pues no había de qué hablar: todo estaba hecho, dicho, resuelto. Solo quedaba una alternativa y se la propuse:

—No es que me rinda, no hay nada de qué rendirme, pero, para empezar, te hago una solicitud: ¿quieres jugar, Parcitas?

— ¿Jugar? ¿Te gusta jugar a tu edad?

—Todo el mundo juega, pequeños o grandes. Y si solo pequeños, así nos han dejado. Digo a las cartas, o a los dados, o a los acertijos.

—Accedo. ¿Qué apostamos?

—No hay necesidad de apostar.

—Sí que la hay. Apostemos a quién va a morir primero.

La conversación tomaba mal aspecto. Me arrepentí de haberla iniciado, pero no quise rebajar mi dignidad, aunque yo no creo que la muerte tenga dignidad alguna. En fin, le pregunté:

—Dime, primero, ¿qué gana el que gana y qué pierde el que pierde?

—Es muy sencillo. El que gana sabe que morirá después del otro y el que pierde que morirá primero, pero ninguno de los dos sabrá cuándo. En esto último, fíjate bien, consiste lo más importante del juego. Puro azar, como ves.

—Parcitas, te estás burlando de mí de una manera comple-tamente macabra. Ese juego no existe. Nadie lo ha inventado.

—Es verdad que nadie lo ha inventado, pero existe. Todos estamos sujetos a sus reglas.

— ¿Determinismo?

—No exactamente, Ribaldo. Determinismo probabilístico, en cuanto al número de jugadas en relación con la probabilidad, no en cuanto a los resultados, que, como te digo, quedan al puro azar.

— ¡Erraste, Parcitas! Eso equivaldría a deslinearse de las enseñanzas del Gran libro.

—¡Qué ingenuidad! Has estudiado mal, alumno de paporreta. Si fuera como tú crees, no habría modificación de líneas, ni aceleramiento de etapas, ni la

cantidad se convirtiera en calidad. Escogimiento de líneas no es deslineamiento, sino realismo determinado. Jugar es una manera de escoger, porque nadie puede salirse de sí mismo, de su propia manera de aplicar la línea.

—No me convences. Todo tú eres pura contradicción. ¿Determinar la estrategia realista por medio del azar? ¡Bah!

Parcitas se echó a reír con más ganas de las que yo quisiera. Con su insoportable parsimonia, y esgrimiendo su dedo lector, arguyó:

—En primer lugar, debieras hablar de táctica, no de estrategia. En segundo lugar, en el lenguaje lúdico se habla de azar; pero en el político, de circunstancia. A circunstancias diferentes, tácticas diferentes, sin desalineamientos de la estrategia global y mucho menos de la finalidad prevista. Como podrás comprender, si te esfuerzas, en el puro juego no hay circunstancias exteriores que influyan, salvo que creas en los fluidos mágicos o en las alteraciones de tus humores. No hay en el juego, si quieres ponerlo así, medio de conocer y analizar factores a él extraños. De manera que solo quedan el azar para quien juega y la probabilidad para quien racionaliza el juego, dos nombres distintos para un solo fenómeno. Además, tú me propusiste jugar y a jugar te invito.

La discusión se me hacía insoportable, pero entendí que era parte del juego y que más me valía arrostrarlo sin mostrar más aprensiones. Al fin y al cabo, todo sería juego. No valía, pues, escapatoria, sino que lo importante era terminar la parte dialéctica del entretenimiento restándole importancia, reduciéndolo a lo que debía ser: puro juego sin consecuencias. Con estas reflexiones hechas a vuela pensamiento, le dije:

—Basta, Parcitas. ¿Cómo se juega tu juego?

—Se puede jugar con dados, con palitos, con cartas o con pares y nones. Las variaciones son muchas; el juego, uno solo.

—Prefiero los dados.

—Muy bien —respondió Parcitas, y metió la mano al bolsillo del trasero para sacar un cubo negro con puntos blancos de tamaño mayor al corriente.

— ¿Uno solo para los dos?

—No necesitaremos de otro, ya lo verás. Primero sortearemos quién sale. Luego, cuando te llegue el turno, echas el dado. El número que te salga lo multiplicas por sí mismo y apuntas el resultado a tu favor. Cada uno tira dos veces, pero si en la segunda se repite el número anterior, se apunta en su contra el doble de la multiplicación por sí mismo y vuelve a tirar. ¿Entendido? El que primero llega a mil ha ganado.

Yo salí, y me favoreció un cinco, por lo que me apunté veinticinco. Y luego un cuatro me hizo sonreír, y me apunté dieciséis. La columna de Parcitas subía mucho más lentamente. Y los dos, sin hablar, nos concentramos en el cubo negro y sus saltarines puntos blancos, y subimos y bajamos totales, y pasaron las horas, y mi frente se mojó mientras se secaba mi garganta,

porque ya había pasado los doscientos cuando empecé a descender, y Parcitas a ascender, y otra vez estuve yo ganando, y entre el remolino blanquinegro volví a caer, para retornar a trepar lentamente, con esfuerzo agotador, persiguiendo las vueltas de esas manchas fugaces que no se detenían siempre en el instante deseado, sino que, de repente, alguna fuerza invisible daba al cubo una indecisión funeral que me arrebataba un número ya casi mío, para sustraerme una parte considerable de lo recién obtenido, y yo entonces pujaba y subía arrastrando un peso enorme, y de arriba caía rodando y tenía que dar otro empujón, y logré llegar a más de seiscientos, tragándome la lengua para no carajear a Parcitas, que conservaba su calma determinista, aunque también se le advertía el entrecejo duro y las mandíbulas tensas, hasta que repetí tres veces el mismo número, y él se regodeó desfrunciéndose, y yo no pude más, y me puse en pie, y propuse a mi contendor un empate o, cuando menos, una postergación, pero él me respondió que no podíamos morir ambos a un mismo tiempo, que eso no estaba previsto y que, en cualquier caso, él se negaba a ello, y que en una hora o en un día suelen ocurrir muchas sorpresas como para postergar una decisión que seguramente ya estaría tomada por la irónica posición de los puntos blancos en el fondo negro, y hablando, hablando, siguió echando el dado, y subiendo, subiendo, subiendo, y cuando ya mi mano temblaba, mi columna repitió otra elevación satisfactoria y reconfortante, para de nuevo ser alcanzada y descender a los bajíos peligrosos, y mi respiración se puso más acelerada y mis ojos anublados ya no se fijaban con claridad en el baile infernal de los números, y él, encogido como un rufián, sacó una serie alterada de cincos y seises que lo hicieron brincar en la silla, y en uno de esos brincos, para arriba su columna, saltó a la mesa a proclamar su triunfo con una voz eyaculante de verraco en el momento de padrear.

Lo que restó del día fue tan estúpido como el jueguito de la muerte. Cuando me hube sosegado y se limpió el sudor de mi frente, hice el alarde de pedir a Parcitas que concertáramos una revancha para otro momento, pensando en la versatilidad de la suerte, pero él rehusó, arguyendo que ese juego no podía ser jugado dos veces, puesto que nadie muere tampoco dos veces. Me dijo, sin embargo, que podíamos inventar otros juegos y otras apuestas, cosas que, por desconocidas, no merecieron mi aprobación. Quise entonces hacer mi siesta, que se había retrasado, pero teníamos que preparar la comida, y este ejercicio, nuevo para mí, me devolvió parte de las energías que Parcitas me había hecho flaquear. Hicimos, pues, la comida, la comimos, y como la tarde estaba ya en completa disolución, él me recordó que era hora de empezar el trabajo asignado por Contumelio. Él se iría por un lado en busca de un niño; yo, por donde quisiera. Le dije que trataría de encontrar a Redama para que me ayudase, ante lo cual, como si hubiera escuchado las instrucciones del delegado, no manifestó sorpresa alguna. Al despedirnos tuvo la insolencia de recomendarme cuidado, porque yo moriría antes que él, pero lo hizo riendo y no de manera ofensiva, así que sentí que había un principio de reconciliación, y le respondí, con el mismo humor, que después de mí le tocaba a él, y los dos nos repetimos que el juego consistía en no saber cuándo, condición que nos ahorraba preocupaciones. Cruzadas estas palabras, cada uno partió a sus encuentros.

Pero no era cierto que yo me hubiese liberado de preocupaciones, aunque Parcitas parecía de mejor índole. Y no exactamente debido al entretenimiento mortuorio, sino al juego total en el que me hallaba

prisionero, la angustia me acompaño por el camino. Redama era lo único que podría devolverme la alegría de mis antiguas borracheras, cuando yo disponía de mi tiempo, derrochándolo como un millonario aburrido. Ella, solo ella, sería capaz de ausentarme de mi penosa actualidad, para que llegase a una integridad superior a los juegos de la muerte, y coordinase, a la vez, mis facultades dispersas, obligándome a reparar en ellas como un todo más o menos placentero y no por separado, como si perteneciesen a otros. Porque solo por breves instantes, desde la vergüenza de mi reducción, yo era yo, y no pedazos enemigos que se identificaban en un terror bastardo o en una acometividad capaz de torcer el cuello a mil palomas en un solo día de sangre. En cambio, la avidez que me llevaba a Redama quería vivir y supervivir, y que todo en mi torno viviese para siempre jamás, aunque yo continuase arrastrando este cuerpo disminuido y siguiesen doblando las campanas de los campanarios. Pienso que, en términos convencionalmente sodálicos, estas imágenes serían denigradas como representaciones cobardes, mas, si yo estuviese conversando con alguien, le diría que afrontar el riesgo de encontrar a Edúrea constituía un acto de valor, aunque no se trataba precisamente de esta clase de situaciones, ¡pero quién realmente sabe cómo se relacionan las cosas y los sentimientos entre sí! En realidad, creo que me sentía valiente. De no ocurrir nada malo, de ello derivaría satisfacciones indispensables para el precario equilibrio emocional que debía mantener en presencia de Parcitas o de cualquier otro sodalio tan enfadoso como él, y más que eso, fuerzas de reserva para las sorpresas errantes que me harían padecer las instrucciones de la novácula flamígera o las torcidas severidades de Contumelio. En fin, Edúrea fue apenas un fantasma que pasó por mi pensamiento unas cuantas veces. ¿Y qué, por último, habría de importar esa mujerona ante la llegada de Redama, a la que no tuve que esperar demasiado, oculto entre el muro y un arbusto que me cubría con suficiente pro-tección? La ví entrar al jardín y mover la cabeza buscándome. Salí de mi escondite, le abrí los brazos y la muchacha corrió a encerrarse en ellos.

Mis brazos han quedado en su cuello, su cabeza en el hueco de mi pecho, sus manos en mi cintura. Me oprime tanto, que he sentido a Ribaldo lleno de durezas. Tiemblo con una doble necesidad de soborno y rechazo. Bajo mis pies, la tierra es blanda.

Nunca tuve a Redama tan consoladoramente cerca, nunca su alianza se había sellado como ahora con la velocidad de mi sangre. Escuchaba venir la de ella en las alteraciones trémulas de su seno, donde se reunía la acústica de su cuerpo, bajo el ligero vaivén de mi rostro, allí hundido, allí olvidado de toda otra sensación que no fuera traída por ese cálido río ondulante. Bajo mis pies, la tierra hierve como un lecho en desorden.

Herida estaba, herida y acusada por mi debilidad, pero he luchado contra la deformación, retirando mis manos de su cuello para ponerlas en sus hombros y apartarlo, y decirle que no me hiriese más, porque el maravilloso reino de la ternura huiría de nosotros. Él trató de luchar, porque estaba confundido entre modos primitivos. Lo besé en la frente y pareció tranquilizarse. Bajo mis pies, que ya podían moverse, crecía la fragancia libre de las semillas.

¡Ay, Redama, he comprendido que el precio de reducirte en este momento hubiera sido no volver a encontrarte! Eres frágil como los sueños que

destruí tan prematuramente que no pude vivir ninguno. Contumelio no comprendería cómo, bajo mis pies, la delicadeza de las hojas defendieron a Redama. Contumelio es demasiado abstracto.

Ahora es nuevamente mío, no mi adversario. Ahora es mi pregunta y mi respuesta. Mi herida se ha cerrado, mis sueños han vuelto a abrirse. Lo he conducido al banco de piedra, ese que no es visto por ninguna ventana, y allí, enlazando sus manos, le he confesado mi horror, mis celos, mi desencanto de haberlo sorprendido anoche como uno más entre los otros. Yo no puedo amar sino a uno.

Tengo que librar a Redama de esa confusión con otra confusión. Lo pienso así y permanezco unos minutos en silencio, mientras ella espera y hace, de vez en vez, preguntas. Empiezo luego a multiplicar palabras oscuras sobre la fortaleza de la Organización, y, como un procurador de Patefacio, repito un inmenso número de adjetivos, y títulos, incisos, artículos, de ese gran libro que convertirá las cosas usadas por cien generaciones tristes en nuevas y felices. ¿De qué sería capaz uno solo de nosotros? Si a Redama le gusta el mundo de los pequeños, ¿por qué habría de disgustarle una comunidad de ellos? Y le hablo en seguida de los niños, que no se fían de las gentes grandes y cuya amistad conviene para que sus dulces conciencias no sean corrompidas por el hábito de sus padres. Le aseguro que con los niños podrá construirse lo que está determinado por la materia viva de los acontecimientos. Es una tarea de gran amor. Pero no te he dicho, Redama, que no es posible amar a todos sin odiar a muchos.

Anáfora tenía razón. Es una mujer paciente, segura de sí misma entre las corrientes ominosas que tratan de envolverla. Tenía razón porque su hombre no habría de volver para lograr una reconciliación que ya estaba hecha por el magnánimo proyecto de los niños, a los que yo también quiero servir, aunque no comprenda la entusiasta sabiduría de Ribaldo al explicarme lo que quieren decir las palabras numeradas de ese librote, que a mí no me importan, pues únicamente son razones masculinas, conclusiones de un solo lado, según me imagino. Yo entiendo de niños. Se lo dije así, y me ofrecí, y él me aceptó, indicándome que procurase primero uno y después otro para no sembrar alarmas falsas, y que él los podría encontrar en casa de Fascinata, porque convenía una atmósfera de misterio para que los niños se sintieran orgullosos de su valor y guardasen el secreto, y porque nadie, después de las nueve de la noche, osaba transitar por ese lugar. ¡Ay, pero Fascinata está encarcelada! Y, claro, le he contado esa historia. ¡Estoy empezando a vivir el cuento más lindo que pudo haber salido en las palabras del hombre de Anáfora!

Lo de Fascinata fue una idea que tuve para someterla a consideración de Contumelio por medio de Parcitas. La idea se me escapó, pues cualquiera se turba cuando toca la piel de una muchacha como Redama, pero no tengo de qué preocuparme. ¡En prisión esa vieja, acusada del ataque a los campanarios y de la carestía de los huevos! En otras circunstancias hubiera reído, mas ahora no puedo regalarme con tan inofensivos placeres. Pensando estaba qué decir, cuando me acudió un discurso entero, quizá imprudente, quizá favorable para la reducción de Redama, en uno y otro sentido, en el del amor según yo lo entiendo con mi experiencia personal y mi teoría de sodalio, y en el de tenerla como auxiliar de nuestras tareas. Que Fascinata no estaba comprometida en campanarios ni huevos fue algo

sobre lo cual casi nada tuve que decirle, salvo que su inocencia sería probada y quedaría entonces libre para nosotros, y que esa mujer de prestigio oscuro nos llegare a facilitar encuentros furtivos la llenó de un júbilo por mí inesperado, al extremo que volvió a estrecharme con una pasión que estuve a punto de malinterpretar, pero mi prudencia me llevó a solo tocarla en la suave periferia de sus encantos y a besarla en el cuello, y nada más, en lo que acerté, porque ella se retiró, aunque sin la anterior precipitación. Seguí entonces en el dominio de la dialéctica, aclarándole significados de la etapa de los campanarios y de la nueva etapa de los transformadores. Lentamente, Redama, mis razones van a ti para que se abra tu comprensión a las leyes que me gobiernan, y penetran en ti, y las recojas, para que una comunión de tus palabras y tu cuerpo venga a mí, venga a salvarme.

Me gusta el sonido de tus palabras, pero no me alcanza su sentido. Ribaldo ignora que yo estoy incomunicada de esas asperezas combatientes. Ribaldo ignora que soy tan suya que no necesito de esos esfuerzos de explicación. Si yo tuviera un cuerpo rebelde, ya se lo habría dado, pero mi cuerpo es obediente porque conoce la condición a que sirve. Si se lo diera, como él parece a ratos quererlo, no le daría nada. Y él permanecería condenado. Cuando me turban sus caricias, comprendo el peligro de que él pierda las últimas esperanzas de salvarse.

¡Qué mal preparada está Redama para la lucidez organizadora! Es una criatura que solo cree en el presente, no apta para las perspectivas, sin conocimiento alguno de la encadenación del ayer con el mañana. Es una muchacha intemporal. Es casi inexistente, una huella, un vapor, una prodigiosa belleza que se enciende y se apaga simultáneamente contra todas las reglas. ¿Qué decirle, entonces? Tengo de todos modos que insistir. Y le he explicado que un transformador es una máquina que baja las tensiones a una ordinariez donde nada positivamente nuevo y estremecedor es capaz de ocurrir, lo cual, aplicado a las acciones humanas, equivale a una traición, ya que sin altas tensiones las estructuras opresoras se mantienen y, en definitiva, se refuerzan. ¡Tú no sabes, Redama, qué aterradoras y fascinantes posibilidades tiene esta historia que he dejado desprender de mis labios!

¡Volvamos a los niños, Ribaldo! Las máquinas son animales sin corazón.

Redama, yo necesito que comprendas para que te reduzcas a nosotros, porque si no seré devorado por los sodalios. Quedarás de tu tamaño, pero serás nuestra aliada y la novia de mi pequeñez.

Te he dado mis manos, he dejado retozar las tuyas y me han herido las rudezas de tus imperfecciones, todo porque estoy dispuesta a ser la capitana auxiliar de los niños que tú quieras. Yo les puedo enseñar cuentos y canciones, y tú la forma de protegerse de esos transformadores malos que tú dices. Cuando lo hayas logrado y estés seguro de que no podrán ser seducidos por los enemigos, los niños no tendrán otra cosa que hacer, sino volver completamente a mí. ¿Me los devolverás, Ribaldo?

No hemos hablado durante un largo y activo interludio, en el cual nuestros pensamientos se independizaron, pero siguieron fieles a las caricias. Yo no sé si los niños volverán a ti. Redama; ni siquiera dónde estaremos tú y yo

entonces. Tal vez si vuelven, no los reconocerías. El olor de la noche es amargo, y la tierra, bajo mis pies, se ha endurecido. Hay ya una transfiguración en el aire. Soy por ella herido, no tú, que eres intacta. No puedo, sin embargo, decir que estoy vencido, aunque no haya triunfado. El olor de la noche es amargo, te digo, porque en breve tendré que afrontar la luz sobre la panza de Parcitas, y el miedo me quitará lo que me has dado. Es amargo partir de ti. Es amargo el regreso a la contemplación de mis separaciones. La noche huele a claveles podridos. Para ser apto en caminar hasta la casa del molino, tengo que enfurecerme y decir que ninguna máquina tiene corazón, ni las máquinas humanas, ni los niños en cuya vocación has puesto una fe completamente inútil. Solo el inmortal corazón de la multitud es verdadero. ¡Valor, Ribaldo, que Redama puede advertir que tus ojos se han humedecido!

V

En el curso del tiempo, a cuya larga indiferencia se atribuyen milagros, el patriotismo, privilegio que fuera de unos cuantos notables, habíase extendido a uso corriente y frecuente, al extremo de que ya no podía distinguirse de entre la inmensa variedad de patriotas. Los había palancudos y cortos, entecos y amondongados, calvos y mechosos, enclenques y fornidos, pacientes, arrebatados, tolerantes e intransigentes, inestables, firmes, volubles, masculinos, femeninos, neutros; y hasta un apreciable contingente de pobres se ufanaba de serlo, cuando, en determinados días consagrados del año, veinte o treinta hileras de uniformes, bajo penachos coloridos, levantaban las piernas envaradas, mientras una docena de cornetas aventaba al cielo agudas sonoridades de cacería y otra docena de tambores duplicaba en su estrépito una constancia selvática.

Sin embargo, los patriotas notables de verdad eran bien conocidos. Y los grandes entre los grandes se contaban en una vuelta de dedos: Fenerato, Venalio, Damacio, Lacerta, Cúmulo y Adamas. Vistos a distancia, quienes formaban esta pequeña colección parecían, acaso debido a la solidez de su anchura, de un tamaño semejante al que, solo en un día y una noche, adquirieron los sodalios. Dábase como hecho probado que no era ello el producto de visión perspectiva alguna, ni de otras ópticas ilusiones, o de apreciaciones subjetivas y quizá malintencionadas, sino que ese porte latitudinalmente sobrado, no desprovisto de majestad, costábales ya sus buenos años de apetito estimulado por harturas sucesivas que, en lugar de haberse repartido en direcciones proporcionales, ha-bíanse acumulado a la derecha y a la izquierda, en el frente del tronco y en las posas. Para su propio bienestar, no sentíanse, como los sodalios, disminuidos, sino, antes bien, incrementados, aunque no a lo largo. Y con razón, pues, cuando menos de cerca, resultaban imponentes.

Fenerato, Venalio y Damacio vivían y tenían sus pertenencias en la ciudad. Lacerta, Cúmulo y Adamas, en ella moraban, pero de la eglógica belleza del campo veníanles preocupaciones y recompensas. Estaban haciendo ahora en común el segundo desayuno, en la casa principal de Fenerato, reunidos en un vasto salón columnado, cuya clasicidad marmórea se abarracaba en algunos trabajos de ensortijada artesanía y en la adherencia circular a cada columna de una mesita tallada, con su única pata diagonalmente hacia afuera, por manera que las piernas del allí sentado tuviesen confortable libertad de movimiento, aunque lo más importante de esa disposición era facilitar a los interlocutores que ocultasen, cuando lo juzgaren conveniente, alguna sonrisa rostrituerta o cualquier otro ademán reflexivo o instintivamente reprobador.

Pausadamente había empezado la discusión. Las voces levantábanse a ratos de lo invisible, en aquella ingeniosa construcción planeada para hacer el ambiente más favorable a la intríngulis de los negocios. Pero, a los pocos minutos, crecieron palabras endurecidas y tajantes, o disimuladamente cargadas de rencor endulzado, según se movían las cabezas afuera o detrás

de las columnas. Por cierto que Fenerato tenía alcanzado un alto grado de destreza en el juego, lo cual permitíale entender con frecuencia, por la mayor o menor rapidez en la moción de esconder el rostro, así como por el ondulado tono o derechura de las frases, los propósitos íntimos de estos y otros amigos, quienes, aunque en desventaja inversamente proporcional al número de reuniones a las que concurrieran, no dejaban, a causa de una adaptación progresiva, de percibir, en el peor de los casos, oscuros significados que poníalos en guardia. De todos modos, la natural atracción de tan habilidosa forma de dialogar, apareciendo y desapareciendo, daba a estos notables patriotas una franquicia dialéctica, hecha de palabras, gruñidos, gestos o silencios, capitalizable, según las circunstancias, en activos intangibles, pero efectivos.

FENERATO (Un rostro de cuchillo, bajo un solo borlón de pelo viejo en la cabeza saliendo de la columna con una sonrisa de dos hilos disparejos). —Para las ostras, jerez. Con apretar el segundo botón de la izquierda, lo tendréis servido en un santiamén. Seis por dos copas que bebamos cada uno son doce... Son capaces de beberse cada uno de los cinco doce copas de un golpe... ¿Dónde diablos estará mi cuaderno amarillo? Lo busqué toda la noche, salté, me escurrí, encontré una calle rota, pasé por una trampa de hierro, en la que casi me pesco el dedo de la gota, caí en el lodo, tropecé en el cascajo, creí que estaba despierto, y no llegué nunca al cuarto donde pude haberlo dejado, pero las sábanas se me enrollaron al pescuezo y por poco le di un puñetazo a mi cónyuge... ¡Se me va la botella! Y café y tostadas enmantequilladas y chorizos ahumados con huevos revueltos ahora que están por las nubes. Riesgos calculados, dice mi contador, que es bruto, pero bueno para los números. ¡Ay, mi cuaderno amarillo! ¿No deseáis repetir el café? Es un estimulante de primera, café superior, quemado sin azúcar y sin nada de achicoria.

CÚMULO —No estaría mal, después de un ratito. Están riquísimas las ostras, y el jerez viene de perlas. (La columna daba luz a una rubicundez redonda, a un perol imbricado de parchecillos azules, que latía con una respiración anchamente bucal.) ¿Jerez de marca? ¡Brindando estas cosas Fenerato! Bien, queridos amigos, iluminados por este jerez magnífico, podemos ir al grano de la cuestión.

LACERTA (Esta cara era de zinc corrugado y se levantaba con aire dormilón). —En eso soy experto. Hay que dejar madurar el grano y echarle mano antes de que se lo lleven los pájaros, ¡ja! Pero hay muchas clases de granos. Y muchas manos aquí.

VENALIO —El grano es la bruja Fascinata, ya lo sabemos. Me consta que a Fenerato le proporciona virgos de primera calidad, pero nunca pude averiguar qué hacía con ellos. Es ocho años mayor que yo; esta es la cosa. Y ya solo en monedas pone el dedo. (Su rostro desapareció coqueta, felinamente, con la punta de la lengua en la comisura labial, sobre la cual persistía la mirada de un ojo festivo.)

FENERATO —No, el grano no es Fascinata. Por lo menos, no es el único. Ya lo dijo Lacerta, que es experto: hay muchas clases de granos.

ADAMAS (Seco, duro, arrugado, verde). — ¿Te propones defenderla?

FENERATO —Ni por un pienso. Pero no se trata solo de ella. Hay cosas de mayor trascendencia. Para una situación de tanta emergencia, deben tomarse medidas totales.
Pararán la cola y rebuznarán preguntas. ¡Adelante rebuznadores!

DAMACIO (Con un dedo bajo el mentón, medio rostro afuera, blanco de leche, un rabo de mirada puntiaguda). —Bien, entonces, siendo así, dinos cuáles son tus planes, quiénes los culpables, cuáles los medios para conseguir que se los castigue. Siempre da vueltas Fenerato, pero se para cuando le conviene. Ruletero mañoso y lodoso, punteando a la fija.

FENERATO— ¡Ay, mi cuaderno amarillo! Si se hubiera caído en el excusado, el desagüe estaría atorado. ¡Me lo han robado! He de decir que la operación tiene varias partes. Fascinata es solo una parte. Es, pues, necesaria una visión de conjunto. Conjuntísimamente tendrán que moverse, tic para acá, tic para allá, con su porción de provecho, lo justo, nada más, y ni un cerito de yapa.

ADAMAS (Acasamatado tras su columna, la voz de silbo, primero, y luego de cántico salmodiado, una vez cobrada confianza). —No veo tantas partes, mi buen Fenerato. Hay un problema, unito, y una solución, unita. Hay que coger a Fascinata, y a todas las demás de su pinta, y quemarlas. Nada más fácil, rápido y suavecito. ¿Para qué tantos planes? Influencias no nos faltan en el gobierno... Quien no te conoce, ¡rataplán!, llámese ex y póngase a mendigar como una pindonga desvalida. ¿Piensas acaso en la situación económica general? Hemos de contribuir a restablecerla, desde luego, de acuerdo a nuestra categoría de responsabilidad ante los desafortunados, pero, ¡cómo apruebas con tu cabeza de velorio el pitipiteo de lo que digo!, ¿no te das cuenta de que, desaparecidas, en purificadora cremación, todas las Fascinatas que el demonio ha enviado a nuestro país para engaño de los pobres de espíritu, vendrán las inversiones del extranjero, la libertad de empresa se afirmará y el orden y la prosperidad reinarán? Sobre todo, la agricultura, fuera de peligros y con sus trabajadores salvados de la propaganda viperina, luciferina y sacarina, producirá mejor y más para todos. Lo primero es el suelo, la dulce tierrita, la tranquilidad de su cielo, la pureza de su aire, mefiticado hoy por la palabrería halitósica de unos cuantos degenerados. ¡Ay de él, si este bacinero próspero intenta cucharetear en la agricultura!

CÚMULO —Adamas tiene razón.

VENALIO —Con él concuerdo, lo digo, vuelvo y repito. Voto por la quemazón.

LACERTA —Súmese mi voto también. Los granos son mi fuerte. Fascinata es el grano. Ahora, a los medios. Propongo una suscripción monetaria para organizar la liquidación de esos entes malignos.

VENALIO —Me serviré otra copa para fastidiar a Fenerato. (Gato, gatunamente echó la zarpa en el timbre, maulló de satisfacción y se puso a sorber jerez, encubierto por su columna, pero los otros cinco tenían la cabeza afuera, los pálidos y los rojizos, los apajillados y los mofletudos. Con lentitud, la blancura gaseosa de Damacio alzó la voz con una firmeza contradicha por su catadura enmollecida.)

DAMACIO —Buena idea. La completo. ¿Me oís? ¡Sacad entonces las manos de los bolsillos! ¡Y tú, Venalio, saca tu cara y enfrenta las circunstancias! Digo que completo la idea proponiendo que la suscripción se haga en proporción al capital declarado de cada uno.

VENALIO — ¡Protesto! Esa proporción sería injusta.

CÚMULO (Rojo y azul, lleno de risas amodorradas). —No, señor, la propuesta de Damacio me parece muy justa. ¿Damacio, de la ciudad, en nuestro lado? Debe haberse conseguido avalúos bajísimos para sus casas, y lo demás lo ha de tener en papeles. ¿O habrá comprado últimamente tierras de labor sin que yo me entere?

ADAMAS (Con una garra casi grácil en el aire). —A mí también, aprobado.

LACERTA (Con un bostezo inmenso). — ídem, por lo que a mí corresponde. Solo falta establecer el monto.

FENERATO — ¡Un momento! ¡Qué incomprensión! Un finteo, un finteo urgente. Aquí estamos seis personas igualmente importantes. Yo no quiero ser más que nadie y creo que nadie quiere ser más que yo. Esta, mis amigos, es casi una fraternidad, una mutualidad protectora. ¿Quién es más que otro, quién, lo repito? Claro, cada uno con sus más o sus menos de reserva, es muy posible, pero no es posible comprobarlo. La declaración de capital es lo de menos, bien que lo sabéis. A veces se declara, por razones obvias, más de lo real, por ejemplo, para hipotecas a largo plazo y entonces pagar con el margen de las plusvalías, más que nada cuando hay rumores de devaluación monetaria. Por otro lado, no es ignorado que los catastros rurales andan por lo bajo... Y bien, si todos somos iguales, en nombre de la igualdad la cuota debe ser la misma para todos. No debe haber privilegios.

LACERTA (Sacando de la columna hasta una buena parte de las nalgas y moviéndolas a coletazos, al compás de sus enérgicos argumentos). —Nada de privilegios. No es esa una razón aceptable. Es apenas natural que el gobierno tome en cuenta que en el campo se produce lo que todos comen y lo que se exporta que sirve para comer más. Si se aumentan impuestos, menos producción y más precios. Los pobres se morirían de hambre. No hay privilegio, lo vuelvo a afirmar; hay justicia social.

FENERATO — ¡Roñosos! ¡Ignorantes! Todavía se curan el dolor de cabeza con trapos mojados en orines calientes. Ignorantes, pero vivísimos. Si los muertos pudiesen trabajar, no les importase que todos los trabajadores muriesen, pero han hecho bien sus cálculos con el multiplicador del hambre: un trabajador con hambre discreta al que pagan como a dos con más hambre les produce igual que tres muy hambrientos a los que pagan como a uno. Y así sucesivamente. Es un hambre cuidadosamente balanceada. ¡Ya quisiera yo pagar esos salarios! Si es que los pagan de verdad y no se los descuentan del trago y las bolitas de colores que les venden al que llaman precio de ocasión... Permíteme, Lacerta, que te recuerde que en la ciudad tenemos leyes de salario mínimo y sindicatos. Esto sí es justicia social.

LACERTA — ¡Con las ganancias que hacen pueden darse ese lujo!

ADAMAS —Y en la ciudad cuesta más la vida, muchas veces más que en el campo, las sequías no afectan a la producción industrial ni el exceso de lluvias al comercio. Guau, jijijí, grummmm, rorrrr, por lo menos te cogí una pierna.

FENERATO —¡Sensatez, por favor, queridos colegas! No perdamos el tiempo con indirectas.

VENALIO — ¿Indirectas? Te están atacando muy directamente, están atacando nuestros intereses y nuestra sensibilidad de hombres de la ciudad con gran puntería directa.

FENERATO —No me interrumpas, Venalio. De la palabra tengo el uso, de la casa soy anfitrión y de esta reunión responsable. Prosigo. Dije indirectas porque no quiero agravar situaciones. La verdad es que cada uno tiene su razón legítima, pero es imposible que todas las razones legítimas estén de acuerdo. La proposición de Damacio es inaceptable, no resiste ningún análisis...

DAMACIO — ¡Claro que resiste!

FENERATO —Aunque resista, eso no probaría que es justa. Pero, ¿por qué demorar en insignificancias de una desigualdad aparente que por sí misma se compensa? Por ejemplo, un año malo en el campo se recupera con dos buenos consecutivos... En fin, no quiero controversia. ¿Quién me dice que no sabemos lo que los otros tienen? ¡Esos detalles cuando la patria está en peligro! En mi cuaderno amarillo tengo cifras de maravilla. ¡Y haberlo perdido! ¡Qué ganas de expeler contra ellos el pedo rotundo y concluyente que se me está formando con la materia prima de los chorizos ahumados humeantes humosos hum jum humífero humillado en una tripa torcida hasta que salga humorosamente suave delicadamente envuelto en jerez!...

CÚMULO
(El grifo labial hinchado despectivamente, medio cuerpo afuera, las manos engurruñadas en los mofletes para que la ira no los haga temblar)—¡Vaya, vaya, siempre se dice que la patria está en peligro! Lo que peligra es tu bolsillo, y el mío, y el de todos los que entienden de estos asuntos. Y si en peligro estuviera la patria, no es por nuestra culpa, los sacrificados en la dura vida campesina, luchando contra plagas y pendientes de las nubes. En todo caso, si no hay democracia, mayor peligro para la patria. Es lo que vosotros, hombres de la ciudad, dijisteis siempre. Pues bien, Lacerta, Adamas, Damacio que, como tú, es citadino, y el suscrito estamos por la cuota proporcional. Somos cuatro contra dos, es decir, contra Fenerato y Venalio. Dura lex sed lex, o lex est ut, y quien manda, manda. Digo que la propuesta de Damacio está aprobada. ¡Cómo se le achican los ojos a Fenerato! Los abre, los abre ya, parece que va a vomitar, y ahora los vuelve a cerrar con una satisfacción alejada del tema. Apuesto que este olorcillo nauseabundo que me está oleando proviene de las mondongueras de Fenerato. Felizmente, el techo es alto.

FENERATO (Incómodo todavía, pero ya enérgico, restablecido, la nariz directamente apuntada a Cúmulo). —Esto no es problema de aritmética electoral. ¡No se puede ser tan simple! Se trata de proceder por acuerdos unánimes, en razón de la importancia emergente del asunto. Pero no os

pido cambiar de opinión en seguida, sino solo escucharme. Aplacemos, pues, la resolución sobre tan pequeño detalle de cuatro contra dos, y vamos, ahora sí, al grano, al verdadero grano.

VENALIO — ¡Bravo!

LACERTA — De grano granulo granujoso granulado granudo granulífero granuloma granulosis granuja granucarajada granujería granulia granulitis de la granulosidad engranujada la gran- granujosería de la granujitis de Fenerato... Salió bien. Me dan ganas de decirlo en alta voz. Y luego, ¡al grano, granuloso, que soy un técnico! Pido a todos que concedamos el aplazamiento solicitado por Fenerato. En consecuencia, habla y explícate, explícate, y habla lo menos posible.

FENERATO (Mucha pausa en las palabras, deslices aromáticos desde el esófago a las carreteras de su entreverada tripología, toques de timbre mayor para una servida general de jerez, gestos de rendición, números rápidamente calculados, flema británica)—No sobra decir que os voy a confiar asuntos estricta y absolutamente confidenciales.

VENALIO (Con su natural risilla sietemesina). —Si sobra, porque, como hombres de negocios, sabemos que la reserva es fuente indirecta de beneficios. No te preocupes.

FENERATO (Más flemático). —Es en propio interés de todos que hago esta recomendación. ¿Prometido?

LOS OTROS — ¡Prometido!

FENERATO (Más flemático todavía, todo su cuerpo afuera, un portento móvil escapado de los puntos negros, grises y rosados de la austeridad marmórea). —A Dios gracias que nuestros intereses empiezan a conciliarse, salvo naturales diferencias civilizadoramente subsanables y no como en la fatídica época en que fueron tan opuestos que chocaron y la sangre corrió. Yo no quiero decir quién salió ganando ni quién alcanzó más méritos en la guerra y en la paz. En fin de cuentas, y esto es lo que vale, le dimos caminos a la Patria, y locomotoras y tranvías eléctricos y alumbrado instantáneo y betún para que se ganen la vida los limpiabotas y salsa de tomate y radio parlante y fustanes de seda a las mujeres y oportunidades a los hombres para que no los corrompa el ocio y la igualdad ante la ley y el impuesto a la herencia y orden y escuelas gratis menos matrícula menos libros menos contribuciones para el onomástico del profesor y descanso semanal y libertad de cultos pescado en latas sal refinada cinematógrafo cañerías barrios verdes organizados jabón fósforos motocicletas permanganato pastillas de menta bolitas de alcanfor sosa cáustica papel higiénico gasolina revistas de modas y monos alcantarillado cementerios miel de abeja cancioneros almanaque brístol avena machacada pan de huevo fonógrafos suspensorios rocolas hierro enlozado cierres relámpagos nylon globos de carnaval pararrayos jeringas vaginales arroz pulido preservativos caña destilada manteca vegetal tribunal electoral retretas domingueras valses vieneses foxtrot uanestep mosquiteros piola de algodón coca-cola bolsas de celofán coloretes tribunal de cuentas máquinas de afeitar impuestos indirectos papel de estraza cera de pisos escalafón militar incubadoras pensión de retiro fertilizantes teléfonos rosados cuerpo de

bomberos sostenes puntiagudos fajas elásticas neosalvarsán chicle cigarrillos olorosos luz fluorescente tortas con ajonjolí pimienta blanca celuloide gelatina mentolato dedeté...

ADAMAS—¡Respira, hombre! ¡Qué diarrea! Será un ejercicio para que no se le engorde más el corazón. ¿Qué te ocurre, Fenerato? ¿No te sientes bien?

FENERATO —¿Por qué esa pregunta? ¡Ni que fueras mi heredero! Nunca me he sentido mejor. Hago solo un resumen de los beneficios otorgados por nuestras dos fuerzas, antes opuestas, hoy reunidas, y sigo en el uso de la palabra... Dedeté...

LACERTA —¿Y el grano?

LOS OTROS —¡Al grano! ¡Al grano!

FENERATO (Echándose hacia atrás, embragado a la columna, pero dejando fuera los brazos en gestos subrayados por una voz quejicosa). —No queréis dar valor alguno a los méritos de la enumeración retórica, para que los ánimos se preparen en el recuerdo fructífero... Pues bien, me rindo, y recapitulo... (Hace una pausa larga, aderezada con tosecillas de solterona, tratando de ganar tiempo, en lo que basa su táctica.) Recapitulo, el dedeté y todo lo demás. ¿Y qué hemos ganado con todas esas y otras innúmeras concesiones? ¿Qué?

CÚMULO (Agresivo como una bola de fuego). — ¡Pamplinas luyas, Fenerato! Nosotros, los del campo, no nos equivocamos. Tú y los otros de la ciudad se dejaron atrapar y para desatraparse nos atraparon a nosotros, ganándose una diferencia monstruosa, por manera que...

FENERATO (Sin abandonar su flema imperial). —Lo que pretendes decir nos llevaría a prolongados debates, impropios de buenos amigos e infructíferos.

CÚMULO (Encogiendo las piernas, resoplando, casi tragándose los dientes falsos). — ¡Pues que haya debate! ¡Ya veremos! ¡Debate, digo! ¡Empieza, agalludo, y te prometo que sufrirás un patatús!

FENERATO — Podría hacer reventar de un alfilerazo a este pez- tambor, pero no tengo mi cuaderno amarillo y tampoco me conviene. Algún día se lo cobraré al diez por uno. Cálmate, Cúmulo, y no desbarres. Piensa que *taim* es *moni.* Mis sentimientos de amistad sincera hacia ti no me permiten responder airadamente a tu explosión de ira, inadecuada a tu inteligencia. Déjame, pues, preguntar otra vez ¿qué ha resultado de todo ese montón de concesiones? Culpa de unos, culpa de otros, ya no importa. Lo único que importa es volver a preguntar, ¿qué hemos sacado de ello?

CÚMULO (Calmado, como si hubiera chupado un caramelo). —Te voy a responder, Fenerato, y perdona mi explosión, aunque fue justificada. Te respondo que por darles un dedo se cogieron la mano, que por darles la mano se cogieron el brazo y que ahora se quieren coger todo lo hecho por el sudor de nosotros, aunque habría que establecer quiénes sudaron más, quienes como yo surgieron a puño limpio de la pobreza y quienes, en cambio, dieron el dedo y el codo nada más que por imitar al extranjero y

ganar plata con las nove-dades de los protestantes. Lo cierto es que tuvimos la debilidad de dejarnos convencer...

FENERATO (Sin poderse contener). —Ser convencidos no es lo mismo que ser vencidos...

VENALIO (Estirándose, pero con el espinazo curvo y perezoso). — ¡Qué joder con tanta retórica circunstanfláutica! El hecho escueto y pelado es que el mal de hoy está en el gobierno que tenemos. No me importan antecedentes. Es un gobierno blandengue, un gobierno banano. Hay que hacerle un rodeo y... ¡zas!

DAMACIO —Un gobierno condenado.

FENERATO —Sí, señor, condenado a desaparecer. Instantáneamente se han transcolumnado los cinco. Momento crítico, pero propicio. Lo dirán, estoy seguro, lo dirán. ¡Hay que contribuir a que desaparezca!

LOS OTROS (Diciendo lo que Fenerato esperaba). — ¡Nada de política! Los negocios duran más que la política. Si el gobierno está condenado, ya desaparecerá. Además, los estatutos de nuestras empresas nos prohíben politiquear. No podemos intervenir.

FENERATO —No hay necesidad de intervenir, ni lo recomiendo yo. Me di a entender mal. Si alguien debiera tomarse un riesgo, ese sería yo. No hay necesidad de intervenir, repito, pero podemos influir.

LACERTA (Avanzando una pata mostrenca, desconocida, no identificable ni por la destreza de Fenerato) —No me interesa. No cuentes conmigo. Huele a cosa seria. Los rodeos que viene haciendo Fenerato son sintomáticos. Le diré que no y que requetenó hasta que desembaúle.

ADAMAS —Hice bien en preguntarte por tu salud, Fenerato... No consultes más al especialista en hígados hipertrofiados; consulta al loquero. Algo muy gordo te quieres llevar. Me complacería verte dar una zapateta y estallar con un grito largote de res degollada bola de cerdo rodando bolón de sangre borboteante bolota de manteca roja boqueante...

FENERATO (Saboreando café con lentitud deliberada). —Perfectamente, entonces, no hemos dicho nada, y santas paces. Os ofrezco otra copa y un abrazo. Los abrazo, los abrazaré con todo mi afecto, pero mi lealtad para con vosotros me obliga a deciros que tal indiferencia mandará todo a la punta de un cuerno o a las manos de los más vivos. Cuando vengan a cortarnos las cabezas, yo no estaré, porque tengo mis datos al día, pero otros, ¡ay, amigos queridos!, se las tendrán que poner bajo el brazo. ¿Más café?

CÚMULO —Ofreciste copa, no taza.

FENERATO —Lapsus de recipiente. Bebe tu copa, la copa de la amistad.

CÚMULO —Estoy positivamente conmovido. ¡Haya paz! Y para celebrarla, nada de café, insisto, sino jerez. Me dices que beba mi copa, pero mi copa está vacía. ¿Los demás? ¿Algo en contra? ¿No? Por consiguiente, en nombre

de todos, dinos, para empezar, ¿por qué crees que el gobierno está condenado a desaparecer?

FENERATO (Tachando cuatro palitos que ha escrito en la mesa con uno diagonal para contar cinco copas más, y hablando mientras se dedicaba a esta operación, sin que nada de su cuerpo saliese de la columna). —Prácticamente, ya está caído.

LOS OTROS — ¡Increíble! ¿Cómo puede ser eso después de la prisión de Fascinata?

FENERATO (Exhalando un suspiro y el filo de la nariz afuera, hacia ellos). —Error, amigos. Esa prisión es un acicate, probablemente decisivo, para el cambio de mando, porque dará provechos. Si el gobierno está condenado es justamente, en parte, por haber aprisionado a Fascinata, como lo estuviera si no la hubiese encerrado. Así son las cosas. No hay que olvidar que su descrédito ya venía de tiempos. Si se tratara de un gobierno relativamente reciente, Fascinata presa lo hubiera salvado.

DAMACIO (De lechoso a transparente, medio cuerpo en aparición). —¿Provechos, dijiste? Siempre hemos sido, más o menos, socios.

FENERATO —Exacto. Hace horas que estoy tratando de compartirlos con vosotros estúpidos sesos de aserrín triquitraques de paja hueca. Hay dos clases de provecho; dos clases: el político, vale decir, la influencia, y el económico, que es derivado del primero, el quita y pon, el más positivo.

VENALIO (Trocado de gatuno en perruno, en perruna madre y celosa). — ¡Al grano, al grano, al grano y al germen! ¿Atrás de quién andas para que sustituya al gobierno actual?

FENERATO —Yo no ando tras de nadie. Es él quien anda tras de mí. ¡Tiro fijo! Una rociada automática y caerán el cabrón y el patillo, el perico ligero, el puerco-espín y el murciélago orejudo.

VENALIO — ¿Quién? Grorrrmmm.

FENERATO — ¿No lo adivinas? Un general, ¿quién habría de ser? Necesita dinero. Si no lo consigue con nosotros, lo buscará en otras fuentes.

CÚMULO —Por fin hablas derecho. Sin embargo, no podemos comprometernos con nombres. Los estatutos...

FENERATO —Claro que no. Ya dije que yo tomaría el riesgo. Tus estatutos quedarán inmaculados. Yo seré el intermediario.

LACERTA (Abriendo la inmensidad de la boca salivada con urgente apetito). —Entonces solo tú... ¿Qué nos garantiza? ¿Puedo repetir los chorizos? Gracias. Pero dime, ¿qué nos garantiza?

FENERATO (Bazuqueando jerez en el café, poseído de una calma extraterritorial). —Mi palabra es oro. La confianza debe reinar, pero no me opongo a un convenio secreto y firmado.

LOS OTROS — ¿Cuánto?

FENERATO —Nada exagerado. Pero, eso sí, insisto en una suma igual para todos. Igualdad, libertad, fraternidad. Todos somos iguales, hijos del mismo Dios, todos, pues, ganaremos, puesto que todos pondremos nuestros esfuerzos para ganar. Habrá negocios, concesiones, nuevas empresas, contratos, inversiones extranjeras, renovaciones, licitaciones y etcétera. Pero hay otras cosas, un poco complejas, que requieren de la sutileza de espíritu que vosotros poseéis. Narices cortas ñatos por dentro ojos que no ven los propios mocos mezaninos acuáticos melados meladuchos ni con lunas de aumento sacudidas a base de estornudos, ¡ay, Dios, qué trabajos me das! Atención, amigos. El general y su grupo son idealistas y confían en el éxito de un programa moderno, aceptado ya por la mayoría de subalternos que han estudiado todo, desde gramática y preceptiva hasta los elementos teóricos de la física nuclear aplicables a la función tecnogubernamental, en lo cual anda muy de acuerdo la ayuda financiera de nuestros patrocinadores ultracivilizados.

DAMACIO — ¿Idealistas a esta hora? ¿Se volvió loco del todo? Acabará defecando versos la lánguida luna el trino de cuna la espina y la luna la pobre aceituna la niña popuna no tuvo ninguna... ¡Caguna! Primero plata después versos desde que se me erizaba el bozo y me casé con una platuda que ahora ni siquiera se cuida de arrancarse el suyo con pinzas... ¡Qué barbaridad dices Fenerato! Nosotros somos, a mucha honra, hombres prácticos de larga experiencia igual a largos sacrificios largos pelos peripatéticos sin nada de versos entre tetas de zancadas peripatéticamente disimuladas en el absurdo nupcial de dobles albor das de elástico rosé... Fenerato, ese programa es inconcebible. Cuando sube el idealismo, bajan las acciones, y el mundo se vuelve cancha de pelea de perros. Está comprobado por la historia.

ADAMAS — ¡Bravo, Damacio! A los idealistas debe aplicárseles la misma pena celeste que a las brujas
hormigas voladoras mariposas agallosas papirusas pican coqueterías de escorpiones azules cuellos de cisne achicharrados desde cuando eran doncellas meneonas. ¡Nada con idealistas ni con programas de cantaletas para quitar a cada quien lo que hizo suyo! ¿Y cómo puede ser eso de ayuda exterior e inversiones del más allá? Antes nos daban un poco, poquito, con tal de que nada se reformase, ¿y ahora nos van a dar un poco, poquito, para que caminemos al revés y volvamos caras a todo lo que hemos hecho hasta aquí? ¡Imposible! Damacio tiene razón.

LOS OTROS — ¡Damacio tiene razón, tiene razón, tiene razón!

FENERATO (La voz acidulada y augurante). —La tiene, pero solo en apariencia. En primer lugar, ¿habéis oído hablar del partido transformador?

VENALIO —Nunca me han pedido nada. Deben ser unos pobres diablos.

LACERTA (Con los ojos semicerrados). —No vale la pena de ocuparse de ellos. Estoy informado: son unos idiotas.

CÚMULO (Sacando las manos enmolletadas y esgrimiendo en una de ellas una galleta semidevorada). —Yo sí sé quiénes son: agentes de las brujas y quintacolumnas de la Organización.

FENERATO —Nada de eso. Los transformadores no quieren a las brujas, ni las brujas, ni los de la Organización a los transformadores. Tratad de comprender.

LACERTA (Enérgico, como si lo hubieran pinchado con un tridente). — ¿Por quiénes nos tomas? Has creído el cuento... ¡Allá tú! Esos transformadores son unos hipócritas que abren frentes diversos para atacarnos.

FENERATO —Sean lo que sea, debemos derrotarlos a todos. ¿No es cierto?

LOS OTROS —De acuerdo. Continúa.

FENERATO —Pero es imposible derrotarlos a todos a un tiempo. Primero deben caer los transformadores, y la única manera de lograrlo es apoyando al general con su programa, al que agregaremos nuestros puntos de vista para una evolución ordenada y provechosa. Los transformadores son amigos del general, y tenemos que neutralizarlos actuando con rapidez.

VENALIO — ¡Dale con la evolución! Fenerato, estás hablando cosas necias con palabras difíciles para confundirnos. No correspondes a nuestra atención.

FENERATO (De pie, el cuerpo entero afuera, redondo de cuello abajo, el rostro de anzuelo, los labios fruncidísimos, masticando las palabras una a una, dueño del campo). —Los tiempos han cambiado. Vivimos hoy un incierto bienestar, en el que es menester ver con claridad para no perdernos. Y la manera de ver es apropiarse de ciertas tendencias muy generalizadas. Los grandes hombres de los grandes países así lo han comprendido. Han comprendido que el ganso está gordo. ¡Tuércele el cuello, cómete el hígado y la pechuga, y deja para los otros patas, alas y pescuezo! ¿Habéis entendido?

CÚMULO —Explícate mejor. Yo prefiero el ganso entero, y más si me lo he ganado por mí mismo.

FENERATO —Es muy sencillo. Si nosotros no coincidimos en alguna forma, hasta cierto grado, con los ideales del general, peligrarán nuestras inversiones. Repito que ya andan revoloteando a su alrededor los transformadores. Y el general, sin recursos, sin buenos consejeros, cederá ante ellos. Y detrás de los transformadores se multiplicarán las brujas, a quienes los transformadores, enemigos de la violencia, no quemarán, y con la multiplicación de las brujas inevitablemente subirá la marea de los organizadores, hasta que el caos será de propiedad exclusiva de la terrible Organización que todos los patriotas tememos y odiamos. Este es el cuadro de nuestra perdición, si no somos sensatos y comprensivos.

CÚMULO (Rubicundo, purpúreo, ronco, bramador, el rostro desprendido de la columna como un inmenso globo flamígero). —Nos has llenado de palabras inútiles e indignas. ¡Nada, nada! Ni evoluciones ni transformadores ni generales idealistas. Una sola concesión y estamos perdidos, esta sí que

es la verdad, no la tuya, producto de tus diabólicas ambiciones personales de figuración y ganancia, si es que alguna bruja virgen no te ha hecho ingerir su bebedizo de sangre naturalmente huidiza con pelambre podado. ¡Anda, dales algo a esos bribones, y volverán a cogerse la mano y el codo y el brazo, hasta que lleguen a nuestras cabezas! Si tú, Fenerato, eres frágil de convicción, yo no cambio la mía. Estamos en guerra; en guerra no hay cuartel; el que da primero un golpe lleva la ventaja de dos. Cuando las brujas estén bien tostadas, los organizadores quedarán desorganizados y los transformadores se marcharán con una pirueta idealista a la luna, y si no se marchan habrá que cortarles las patas y las manos y las lenguas. Entonces, solo entonces será el gran orden restablecido, sin un solo estropicio, sin una sola gotera en el techado. (Quiso seguir en el discurso, pero se ahogó, y echó los dedos sobre el timbre del jerez, y allí inclinado descansó Cúmulo, con su respiración de tosferina, gradualmente descendiendo a tenue silbido de radiorreceptor parasitado.)

DAMACIO (Alzándose mientras Fenerato se hundía más). — He permanecido en silencio un buen rato hasta ver a dónde iba a parar tanta cháchara. Me siento atónito, incontinente, caliente, abrumadoramente efervescente, ebullente, hirviente, ardiente, borboteante y todo lo demás. ¡Que no me provoque nadie! Lo que Fenerato propone es una provocación, pero hago un esfuerzo casi corrosivo para suavizarme, aunque por ello me duela el punto céntrico de mi actividad digestiva, me suavizo, pues, y te digo tan solo que en mí no encontrarás un cómplice para el horror que nos propones.

ADAMAS — ¡Muy bien, Damacio! La guerra es a muerte, ya lo dijo Cúmulo. Si damos cuartel, estamos descalabrados, también lo dijo Cúmulo. Hace más de dos horas propuse el único remedio posible, el menos cruel, para que no sufra la mayoría: hagamos quemar a Fascinata, por Dios; no hay que demorar. Nada más práctico, rápido y eficaz. En nombre y representación de los hombres prácticos, pido votación.

LOS OTROS — ¡Te han engañado, Fenerato! ¡Votamos por la cremación!

VENALIO (A maullidos y ronroneos). —Todo resuelto, entonces. Hemos perdido el tiempo. Gracias por el jerez, y los chorizos, y los huevos de alto precio, gracias por tu hospitalidad, Fenerato, y más gracias aún por lo que ella te habrá hecho sufrir. Cárgalo a gastos de representación para que se reduzcan los impuestos que te cobrará el general idealista cuando los perros se amarren con tu tripa. Pero te diré algo más: somos los padres de este pueblo inocente, y la única manera de protegerlo es manteniéndolo incontaminado de transformadores, brujas y generales idealistas. ¡Te han engañado, Fenerato! ¡Qué gracioso! El zorro en la trampa y el gallinero cacareando.

Tenía Fenerato las manos en el rostro, aturdido, apretado y azulino el volumen de la frente, donde los pensamientos y las palabras se habían hecho un nudo, que no podía cortar como Alejandro, sino que habría de desatar hilo por hilo, con una prolijidad inadecuada a la atmósfera que reinaba en el salón, recargado de aleteos de viento bravo zigzagueando entre la sólida distribución de las columnas. Estaba así, inclinado sobre una copa vacía de jugos espirituales, sin escuchar ya el tropel de protestas que seguían descargando sus cinco invitados, cuando entró un doméstico de alto grado, un funcionario de su consejo privado, a juzgar por la firmeza de

sus pasos, leves, no obstante, y la soltura con que se ladeó para murmurarle algo al oído. Fenerato entonces rompió el nudo de un manotazo que derribó y quebró la copa, y gritó, retumbó su voz de trueno semitriunfal, semiacongojado: «¡Se escapó Fascinata!» Y todos tiraron de sus propios cuellos y acabaron abandonando sus asientos para rodear a su anfitrión, a quien su doméstico-consejero-funcionario entregaba un cuaderno amarillo y un telegrama con la clave descifrada, hecho lo cual, y ante un gesto de Fenerato, se deslizó con pasos irónicos hasta desaparecer. ¡Se escapó Fascinata!, chillaban los cinco, chillaban los seis, y al mismo tiempo Fenerato, ya en pie, les recriminaba la incomprensión de que habían dado prueba sus cinco amigos y les exigía actuar. ¡Actuar! Actuar bajo sus condiciones, puesto que les mostraba ciertas páginas y ciertos signos de su cuaderno amarillo, en las que tenía adheridas unas fotocopias, y a cada vuelta de dedos y sobre cada página misteriosa decía aquí está tu prueba, lo que pagaste por la falsificación en ese negocito que te dio tres millones, y aquí la tuya de tu ingeniosa declaración para tu renta y tu capital, y aquí la otra de ti, querido amigo, con tu empresa de burdel y cocaína, y acá, para ti también, tus enredos obscenos con la mujer de un agitador profesional que te sirvió como chantaje para la concesión de ese contratito, y por este lado, cara de compungido, tu soborno a una bruja necesitada para liquidar la huelga de tu fábrica, y ahora, cofrades, echen todas sus picardías por la borda, y confíen en que no voy a excederme, sino tan solo esta cuota numérica que yo fijo, y mientras Fenerato hablaba y señalaba con su dedo flaco y luego cerraba el libro amarillo y lo apretaba contra su corazón, las seis cabezas, un racimo de cocos secos pelados, semipelados, hilazas de estopa rastrillada, se juntaban, hacíanse hacia atrás para exclamar débilmente alguna gemebunda contrariedad, y volvían a unirse para decir algo más enfático, y agregaban sí, no, no tanto, hay que proceder con cautela, debe ser un juego limpio, sí, naturalmente, no te excites, Fenerato, accedo en este aspecto, pero solo un poquito, claro, la reforma agraria, ¿ quién se opone?, el progreso, adelante, está bien, primero los bienes muertos, ay, no, nada contra la Iglesia, pero sí todos los baldíos porque seguro que el general idealista, qué gran hombre, aceptará nuestros consejos, de todos modos hay medios y medias tintas, pero también hay condiciones, y respeto al honorable esfuerzo personal, mucha responsabilidad, ay, Fenerato querido, así debe ser, pero no nos precipitemos, pedazos por acá, pedazos por allí, ¿cómo es posible si por ley natural los granos se apiñan para extenderse?, manos que nos han sido dadas para cerrarse con alguna cosa adentro, brazos que han crecido para abarcar, ojos para mirar de lejos, y la cabeza encima para no dejarnos sorprender en el viaje de los brazos a las manos y a los ojos, ¡vaya!, qué estupendo, ya sabíamos que estarías de acuerdo, y no te vuelvas a sulfurar, aceptado, repetido y repetido que tenías razón, pero no seáis brutos, bramaba Fenerato, ¿se imaginan que soy un idiota que quiero arruinarme?, ¿todavía no me entienden?, si te entendemos, clarísimo, ¡viva Fenerato!, sólo que sentimos un poquito de recelo, pero te damos nuestra confianza, y Dios nos ampare, y se hagan las cosas de acuerdo a su espléndida voluntad, con todas las jerarquías necesarias así en la tierra como en el cielo, y venga entonces la platita de afuera, pero firmemos antes todas las condiciones, las cláusulas enumeradas, tal como tú decías, gran Fenerato, para tratar de economizar, bien sabes que los tiempos son difíciles y los granos también pueden podrirse y un terremoto puede echar tus casas abajo, prudencia, amigo, y reservas para los malos tiempos, y mantenernos enérgicamente unidos, pero déjame ver bien esos números que nadie ha fiscalizado, no, no

quiero decir que tememos un abuso por tu parte, eso de ninguna manera, solo que tú conoces los procedimientos normales del comercio, que juzga *in abstracto*, y de la agricultura y la industria, los tres grandes pilares de la sociedad, correcto, que así sea, así estamos aquí con todo tan revuelto y tan de sorpresa, y a escaparnos ahora mismo del enredijo los seis juntos, y tú, Adamas, que eres tan estricto, verifica, vuelve a verificar esos números, a ver si te es posible eliminar alguno, y que todos los examinen como es de rigor y caballerosidad, y dejen allí una inicial, un signo creador, una póliza de seguro para todos y para cada uno, sin ofender a nadie, mancomunados en la gran empresa, y para que más y más pecunia corra velozmente *ad majorem Dei gloriara,* y se busque y se rebusque a Fascinata y a todas las brujas que el horrible demonio cabrón ha desparramado en este país de la vieja tranquilidad y digno de mejor invasión, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

No corría en el país ninguna locomotora de líneas aerodinámicas, no se ingerían con salsa tártara pollos de cartón, no se llevaban trajes de petróleo, a nadie se le hubiera ocurrido dañarle la cara a la luna, o pintar el color de los ángeles en las manzanas, o violar ancianas estranguladas, o desordenarse pelos de un año para bailar la polca de los osos, ni podía pensarse que tanta debilidad fue superada un día al punto de alcanzar el poderío rebosado, incontrolable, que se derramase a matar a todas las malas personas que viven en los más remotos parajes del mundo. Ninguno de esos u otros refinamientos habíanse logrado, por lo cual el país era razonablemente visto con cierto desdén por los grandes señores de la tierra. En cambio, y debido a la ley de las compensaciones, que gobierna el horror de las desigualdades, para dar orden al pensamiento y a sus objetos más dispares, en muchos patriotas habíase desarrollado una suma destreza política, un instinto afinadísimo para la maniobra rápida, para la súbita iluminación de un arreglo a media noche, o la inmediata destrucción oral de un enemigo, salvo casos de extrema excepción, como el de las indispensables palizas a gentuza de prensa, o el reciente suceso de las brujas, que ahora se llamaba cuestión de defensa nacional.

Basta como prueba de lo dicho el que, por medio de sus espías, quizá el propio secretario-funcionario-doméstico, o uno de sus ayudantes, o por grabadoras secretamente instaladas, el gobierno habíase enterado de los planes de Fenerato aun antes de que los sometiese a debate de sus amigos, y, acto seguido, se dispuso a quemar a Fascinata para dar evidencia de solidez y energía, y contrarrestar la conjura feneratiana en favor del general. Pero ya se sabe que Fascinata escapó.

Diferentes crónicas han sido escritas, y muchas más pasaron de oídas, para explicar la inexplicable fuga de Fascinata, una mujer de poderes físicos extenuados por la edad, incapaz, por consiguiente, de doblar hierros, hacer túneles, saltar con agilidad atlética, descolgarse por una cuerda o utilizar el sustituto de tres o cuatro sábanas anudadas. Lo cierto, por otra parte, es que en esa prisión no había de dónde descolgarse, porque era de un solo piso, ventajosamente a la moderna embaldosado, de modo que los pasos no hubieran hecho crujir maderas, como en la vieja cárcel, de haberle sido dado a Fascinata conseguir, por cualquier medio que fuera, libre tránsito por el pasillo único que daba a la calle, a la no-calle, sino al espinoso yerbajo, entre el cual hubiérase desgarrado la manta con sus buenos trozos de pellejo; tampoco era posible la fabricación de túneles, sin herramientas y

fuerzas apropiadas, a más de que tratábase de una hilera de cuartos, con puertas mitad de hierro, mitad de madera, todas al pasillo, y, a ambos extremos, la ligera osamenta de una garita con su guarda armado, pomposamente llamada retén, razones sobrantes para no imaginar a Fascinata afanada en dos o tres semanas, que ni siquiera habían transcurrido, de trabajo ímprobo en la construcción de un coladero subterráneo, para caer en manos del retén, o salir, por arte del diablo, a ser presa de las espinas; y mucho menos ha de pensarse en ella golpeando con sus manos de coneja en el cráneo del guardián, en el momento en el que recibiera de él la escudilla de lata con pan viejo remojado en chirle sopa de papas agusanadas.

No obstante, es la verdad que Fascinata huyó.

Aquí, bajo mis nalgas, hay tierra bermeja de cárcel, pero ningún pedazo de ombligo tierno que añadirle, y tampoco podría hacerle tragar la pócima a esta cara de cataplasma. Que venga, Ave María Purísima, un mensaje alto que me faculte para verle la forma del alma y pueda cambiarla, dominarla, amasarla, guiarla, un mensaje de arriba y no de abajo, Dios me ampare, porque no soy recluta del diablo, ni como leña cruda ni devoro carbones encendidos, ni tengo deseos de entrometerme en el reino de las sombras, solo para hacer que se le aparezca su mujer con orejas de muía, y lleno de susto me oiga el cuento y abra el candado, pero, si no viene de arriba el poder, que venga de donde sea, porque sospecho que habría de ser perdonada si hago uso de medios negros, puesto que mi espíritu no ha madurado en el infierno, no he vuelto de él precipitada al mal, ni he mantenido nunca conferencias con el doctor de la gran oscuridad. ¡Ay, a ella quieren mandarme después de iluminarme como si tuviera la piel de brea, a mí, mujer hacendosa, que tantas cartas de la victoria he dado a las mozas y a los mozos, para que las horas planetarias y los sahumerios les hagan favores sabrosos, y la piedra de santa Bárbara no se desprenda del cielo contra las cosechas! Y ahora viene este hijo de corazón perulado a decirme de un tirón risotón lleno de babas, como quien lo felicita a una por alguna merced, que han resuelto quemarme viva, purificarme en forma tan poco amable, achicharrar mis delicadezas interiores y mis huesos, y dizque salvar así al pueblo de los huevos caros y de ataques contra los campanarios. ¡Si por lo menos me mataran y me quemaran después! ¡Dame, abuela de mi abuela, la sustancia invisible que pasa de boca en boca! ¡Dame la voz para cantar los salmos al revés, y cantar y entumecerlo bajo las potencias del árbol del mundo! Bien sé que no soy elegida, que no puedo hacerme rígida, ni volar en figura de mosca, ¡pero ven, espíritu grande de las sombras mi mi familia, ven a favorecerme, tú que posees el secreto de las tumbas, junto a las cuales no quiero todavía acostarme, sino cuando se me vaya naturalmente el aliento, sin necesidad de que me acaloren! Ni mis brazos ni mis piernas son ramas secas y dentro de mi tronco hay partes que duelen y palpitan y piden bicarbonato dos veces a la semana. La luna está en menguante y escucho al toro poderoso correr por los potreros. Es el momento propicio para que obren los huesos de culebra y el corazón de la res y la piel de la yegua y el pelo de sobaco y las píldoras de escarabajo molido. Mas, ¿qué puedo hacer encerrada, llena de miedo, y sin que la voz de mis antepasadas descienda a reconfortarme? ¡Si de mi ánima ya ni Dios quiere ocuparse, con menos deseos me la recibiera el diablo en prenda!

Y ocurrió que Fascinata empezó a gemir tan lastimeramente, que el guarda se acercó y le dijo:

— ¿Qué te pasa, bruja?

—No soy bruja, sargento, ¡Ayayayay!

—Yo tampoco soy sargento, pero yo digo la verdad y tú mientes.

—No miento, hombre hermoso. Lo que digo es que te mereces ser sargento por tus cualidades y tus años de servicio. ¡Ay, me duele el vientre, sargento!

— ¿Cómo sabes tú mis años de servicio?

—Te conozco, hombre hermoso, te conozco bien. Tienes cara, porte y servicios. Te han postergado injustamente.

Fascinata, que había tenido su ojo perlino clavado en el guarda, volvió la cara contra la pared, gimiendo, hecha un bultito negro, acalambrada, pero se movía, subiendo y bajando el ritmo gemebundo.

— ¿Qué te duele, vieja?

—Mis úlceras, sargento. ¡Dame, por el amor de Dios, una agüita caliente!

—Es muy tarde, vieja. El fogón estará apagado. ¡Cállate! Y no me vuelvas a llamar sargento.

—Sargento serás, y bien pronto. ¡Ayayay, sargentito! Te repito que no soy bruja, pero tengo heredado el don de ver. Te veo de sargento. Lo que pasa es que te han ligado.

— ¿Ligado?

—Sí, ligado. Tienes que desligarte, y solo yo te puedo ayudar a hacerlo. ¡Ay, sargento, ay, mis tripas! ¿No te compadeces de una pobre vieja, sola en el mundo, a la que van a quemar tan equivocadamente? Pesarán mis últimos momentos sobre tu conciencia, y tú eres un hombre bueno. Me lo dijo la muchacha que preñaste el año pasado, pues te hiciste cargo de la criatura. ¡Una agüita, sargento!

—Explícame primero lo de la ligadura.

— ¿Cómo te lo podré explicar con este dolor hincándome adentro, que apenas me deja respirar? ¡Anda, sargento, buen hombre, prende el fogón, que habrá cenizas calientes, y tráeme el agüita! ¡Ay, me muero, me muero de fijo, sálveme Dios!

A tanto lamento, el guarda ya no pudo resistir. Fascinata tenía razón. La noche estaba encantada, con una luna cuya declinación le afilaba los cuernos dorados, entre vapores altos y sobre el ruido sencillo y noble de un viento que dejaba voces rumorosas debajo y encima de la tierra, estremecida por las pezuñas del toro grande, a todo correr lanzado, no con bufidos de enojo, sino de procreación acompañada por la melodía de los

insectos y el trajín insensato de las hojas, y el réquiem de la yegua muerta y despellejada, llena de puntos luminosos y de signos-ojos, cuya geometría predestinada a la catástrofe aplazaba el cumplimiento del mal por unos cuantos instantes-años, para que el fuego no privase de amor a los elementales actos de la fornicación. Marchó, pues, el guarda a la cocina, demoró lo que tarda un gato en lamerse, pero Fascinata fue siempre amiga de los gatos y sabía esperar, y el guarda volvió con el tazón hirviente, que dejó en el suelo para abrir el candado, y luego pasó a Fascinata, para, con la prudencia aconsejada por la disciplina, virar cara, salir y cerrar. Fascinata lo bendijo, dándole las gracias, lanzó una mano flaca por entre el follaje interior de su manta, de donde extrajo una bolsa de boca atada con hilos gruesos, y de la bolsa, un frasquito, y así, ante los ojos curiosos del guarda, prestidigitó con habilidad pasmosa los nudos angulosos de los dedos, por manera que el guarda vio, realmente vio, que en la taza cayeron varias gotas ambarinas del frasco, y la vio también beber y fue testigo de cómo sus lamentos se extinguían a cada sorbo.

—Dime ahora —dijo el guarda— cómo me desligo.

—Te ligaron para tu mala suerte cuando te metiste con una mala mujer. Ella te dio a comer suciedades, que no quiero nombrar, en la mitad de una naranja. ¿No te acuerdas?

—Mujeres malas siempre le caen a uno, y naranjas también. Pero, ¿cómo me desligo?

—Tienes que rezar conmigo. Híncate y repite: «Señor de los cielos y de la tierra, de lo bajo y de lo alto, de la profundidad y la superficie, de todo lo idéntico, jiricara, jiracuro, señor dominador de los infiernos y todos sus diablos, ¡acúdeme, acúdeme, acúdeme!

El ya casi sargento repitió disciplinariamente las palabras de Fascinata, se alzó y preguntó:

—¿Y ahora?

—Ahora, si tienes fe, vuelves a la cocina y traes otra taza de agua caliente y bebe lo que me has visto beber.

—A mí no me duele la barriga. ¿Qué es eso?

—Se llama sanalotodo. Sana la barriga, sana el mal de ojo, sana de ligaduras. Es indispensable para ti, para que se te aleje el conjuro que te hicieron. Ya verás.

No existe en absoluto necesidad de otros pormenores, mas, en honor del guarda y de las enseñanzas que le habían sido administradas durante muchos años de cuartel, es menester dejar constancia que, luego de beber, tuvo la cautela de salir, echar la llave y sentarse a descansar y a meditar. Su meditación pronto se trocó en sueño, bajo la observación de Fascinata, que estaba en pie, con el ala izquierda de la manta desplegada bajo la acción de su ágil mano, y empezaba a cantar a mínimo tono, y a dar vueltas de danza, formando cada vez un círculo sagrado con el ruedo de sus trapos. ¡Ah, la buena virtud de mi jugo de adormidera! Allá voy, mentecato, por tus llaves,

pero duerme, duerme, duerme profundamente, daca-la-llave, con este paso, cada-la-vella, con este otro, daca-la-llave, con esta vuelta, dala-ca-llave, a este movimiento, daca-la-llave, vuelta a la derecha, llaca-la-veda, vuelta a la izquierda, daca-la-llave, ritmo adelante, dave-11 a-cala, ritmo de atrás, daca-la-llave, vuelta redonda, laca-ve-llade, tres por un giro, y gira, gira, gira, por cada gotita un redondel, el infinito redondel de tu condenación, y ahora, deja, duerme, calla, y así diciendo, con voz no desprovista de gracia musical, deslizó la rama derecha de su manta, sacando las puntas furtivas hasta alcanzar la canana, resbalar por entre los cartuchos, tomar la gran argolla de las llaves, desprenderla de su gancho con una suavidad y ligereza de ardilla, y luego tentar la que correspondía al candado, y nada más sino abrir y hacer volar los pies por el pasillo enteramente dormido, subyugado por el sortilegio de la noche, a la que Fascinata entró a confundirse en la fluorescencia lunar de su inescrutable refugio.

VI

Todavía me contradicen los objetos, pero llegará el día en que mi pensamiento necesite de menos cosas y de más silencio por él mismo originado. Mi mundo será entonces profundamente reverente, y mi cuerpo, una libertad sin ninguna señal perturbadora. Convencida estoy de que me han sido otorgados los medios para completarme así, porque empiezo a ver claro que puedo llegar a abandonar todo deseo de ser comprendida tan solo con empeñarme en comprender a los otros, a los que me placen y a los que no me placen, diga o no diga de ellos lo que se me ocurra. Parcialmente, debo esta revelación, ya insinuada en lo que es considerado como la candidez de mis desatinos, a la plática nocturna que tuve en el jardín con Ribaldo, aunque me ciñera, en ciertos momentos, con su anterior imperfección, al punto que me impidió gozar a plenitud de los placeres míos, que evoco y experimento a esta hora de sol, no obstante que debiera ser todo lo contrario, pues la luz excesiva siempre me ha turbado. Sin duda, mi fidelidad al hombre de Anáfora, a sus cenizas vivas, a su tranquilizadora supervivencia, me ha sido premiada, puesto que no suele engañarme mi corazón, y mi corazón me dice que sus poderes ayudaron a Ribaldo para que venga a mí favorecido por el prodigio, porque, de otra manera, ¿ cómo hubiera llegado a ser lo que en potencia ya era, por mí adivinado en la contradicción de sus palabras y a pesar de sus intentos, ya debilitados, por suerte, de penetrar mis secretos por equivocados caminos de hartura v desolación?, ¿cómo hubiéralo yo hallado bondadoso y tierno, abnegado, dócil, compasivo, indulgente, el único pequeño de carne y hueso que me va a proporcionar la oportunidad de guiar niños a la ciudad de las flores?

Tanta es mi dicha que no temo hoy a la petrificación de la casa ni a la mecanización de los tres pájaros-mujeres que la habitamos. Hemos hecho exactamente lo mismo que ayer y antes de ayer, lo mismo que mañana, desde que Anáfora empezó a dirigirnos, sin hablarnos y sin fijar los ojos de

modo especial ni en Edúrea ni en mí, pero, en tanto me movía en el trajín inerte, he observado las formas de la casa, su aparente estatismo de objeto petrificable, sus casi invisibles movimientos, sus hoyuelos, su aliento, sus dolencias, sus gemidos, sus descuidos de naturaleza viva y no permanente, y he visto otra piedra en acción, otra metaformosis de la piedra, no mineral, sino animada, ser en acto de reconocerse, móvil, porosa, rejuvenecida por ríos interiores llenos de espejos en revolución, infiltrada de jugos vitales, cuya textura de ávidos granillos azules, grises, tornasoles, posee una variedad de vibraciones de una condición superior a la que yace en la fría y ostentosa geometría inorgánica de las piedras artificialmente pulidas que cuelgan en las orejas de ciertas mujeres. La he comparado a mis pechos cuando se endurecen más de lo debido, a sus redecillas temblorosas, a su eléctrica permeabilidad. Ya no tendré nunca más vergüenza de ellos. Sufre la piedra como yo, ríe la piedra como yo, sueña mis sueños, es como yo víctima de su necesidad. Y si no habla ni canta, es porque nadie puso en ella las manos todavía.

Hacia el inicio de la tarde, Edúrea me interrumpió. No recuerdo lo que dijo; fueron solo palabras. Pero la vi salir a zancadas, enredada en el moño su mantilla negra, con facha de Iglesia. Frente a Anáfora quedé.

—Anáfora —le dije—, anoche vi a Ribaldo.

—Ya lo sé —me respondió.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Fue él, tu muerto, quien te lo dijo?

—Él ya no tiene voz, Redama. Olvida esas cosas.

—En fin, ¿me has espiado, entonces?

—No. Haces mal en preguntármelo. Lo sé, simplemente lo sé. Hay un oído en el agua, hay otro oído en el viento, hay otro más en el corazón.

— ¿Me lo reprochas? ¿Me reprochas que lo haya visto?

—No. Comprendo que es inevitable.

— ¿Quieres que te cuente lo que me ha dicho, lo que va a ocurrir y lo que me va a dar?

—Me parece que no puedes vencer el deseo de hacerlo; me parece que te es necesario a ti misma.

— ¡Oh, Anáfora! Tú lo sabes todo. Es como si me vieras al través de la piel. Entonces, sin tratar de explicarme las incongruencias entre su conocimiento y mi ignorancia, estimulada por la amabilidad de su sonrisa y por el brillo de sus ojos, que clareaban con una luz remota y persistente, le expliqué, como pude, las razones por las cuales habíase declarado la guerra a los transformadores, y todo aquello de las altas y bajas tensiones, que yo no entendía ni atraían en absoluto mi interés, pero que, sin embargo, consideraba algo muy importante en viniendo de Ribaldo y sus anhelos de felicidad rehabilitada para todos. En cambio, de los niños sí le hablé con dominio. Usé de palabras muy espontáneas, y le dije que jugaría con ellos

juegos preciosos, que podría llegar a poseer una multitud, que había lemblado a la idea de unir mi voz a sus voces prisioneras, yo, su protectora, su libertadora, su vigilante, su madre sin des-garraduras, su doctora sin remedios.

Hice una pausa. Anáfora se alzó de la silla, apartando de mí sus ojos, para ponerlos en la ventana, que estaba llena de campos ennegrecidos por una súbita congregación malsana de nubarrones. Era su pretexto para meditar. El maíz y el trigo y las flores silvestres debían estar sufriendo de esa opresión que les robaba luz, y el rostro de Anáfora, al volverse, revelaba también su sufrimiento. Me dijo:

—Hace muchos años, cuando yo era tan joven como tú, y soñaba también con gente pequeña, y los grandes me parecían malos, tras de la montaña cayó una estrella del cielo, y yo corrí entre la oscuridad para alcanzarla, pero jamás la encontré. No perdí, por ello, la esperanza. Solía vagar por esos lados, extensos y escabrosos, de tanta corpulencia vegetal, que hubiera tenido que vivir más de dos vidas largas para conocer uno a uno sus innumerables rincones. Un día, estalló el odio, y vinieron muchos caballos con gente borracha encima, pisoteando muertos y vivos, pero yo, sin perder mi fe, seguía vagando por la montaña y por el valle, a las horas en las que podía escapar a la vigilancia de las gentes crecidas que mandaban la casa y en los días en que los caballos estaban fatigados y los borrachos durmiendo. Cierta vez fui sorprendida. Traté de huir, pero me enlazaron, y cayeron sobre mí sus risas atronadoras, húmedas de aguardiente. ¡Ay, Redama, herida con tanta brutalidad, comprendí que las estrellas no vienen a la tierra! Y los niños del pueblo me arrojaron piedras.

— ¡Anáfora —exclamé—, no me cuentes eso!

Volvió ella a sentarse, con la sonrisa triste y los ojos apagados.

—Llegaste tú, muchacha, y tu llegada me favoreció. Llegó después el hombre que tú crees que sigue viviendo en el cuarto donde se guardan sus historias, y yo le conté la mía, y él también me favoreció. Amo a Anáfora, y ahora mi amor es más completo. La admiro y la compadezco. El horror que padeció le impide comprender, aunque su inteligencia sea tan aguda como para adivinar mis pasos y la forma que toman los latidos de mi sangre. ¡Hay que salvar a los niños! Que nunca más arrojen piedras a las víctimas de los grandes. Ribaldo tiene razón, pero esto ya no se lo podré explicar a Anáfora, porque no habrá de convencerse con mis palabras inexpertas. Se lo demostraré cuando la obra esté hecha. Con estos pensamientos, estuve en sus brazos, hasta que se precipitó puerta adentro Edúrea, con una rapaz pomposidad de cuervo-hembra, llena el rostro de fruncidos y rápidos estremecimientos de cólera.

Nos miró de arriba a abajo, estiró las zancas al sentarse, sacudió del moño su mantilla, y nos dijo con tono imperioso:

—Ahora lo sé todo. Yo temblé pensando en mis entrevistas con Ribaldo, en la casa del molino y en los niños que vendrían a mi cuidado.

Y como ni Anáfora ni yo hicimos preguntas, Edúrea insistió engrosando la voz:

—Digo que lo sé todo. Hay que prepararse.

— ¿Prepararse para qué? —dijo, por fin, Anáfora.

—Para luchar y vencer.

Hizo una pausa que le movió la garganta al tragar quién sabe qué humores, y prosiguió:

—Fascinata es culpable. Yo estaba equivocada. Ella y la Organización son culpables de los huevos caros, del sacrilegio contra los campanarios, y de lo que ha de estar haciendo ese chiquito Ribaldo, ese fenómeno que estuvo aquí.

—Pero, Edúrea —hube de interrumpirla—, tú defendiste a Fascinata en la reunión con la señoras del comité, la defendiste contra la opinión de la señora-olla, de esa vieja redonda, que te hizo la confidencia de que el gobierno iba a resolver no sé qué... Y Ribaldo, que no es ningún fenómeno, sino que tus ojos enfermos lo vieron así, ¿qué tiene que ver Ribaldo?

— ¡No te permito que dudes de mis ojos, hasta ahora, gracias a Dios, mejores que los tuyos! Lo que vas a saber te enseñará a no meterte con renacuajos.

—¡Anáfora, dile que no insulte a Ribaldo!

Pero Anáfora me hizo una seña tranquilizadora, y Edúrea continuó:

—Por lo buena que soy, me equivoqué al juzgar a Fascinata. ¡Es increíble! Pero hay pruebas, las he visto. He pasado la tarde en una sesión del comité, junto con el señor cura, quien me recibió a mí primero, en la Iglesia, y ya saben que soy liberal, pero los curas conocen muchas cosas y este me las ha contado y me las ha enseñado. Ha sido registrado el cuarto de Fascinata. Y no cabe duda que es bruja de las malas. ¿Saben lo que encontraron? Un gallo de masa de pan, pintado, rojo y negro; un campanario de cartón lleno de huecos y quemaduras; una cruz envuelta por un rabo de diablo; dos espejos rotos; calaveras de animales diminutos; huesos largos que parecen de infantes; hierbas que no crecen aquí; un bacín lleno de agua espesa verdosa con salpicones de cebollas podridas; tres santos de cabeza con los ojos vendados; un trinche con las puntas ahumadas; un recetario de amores obscenos; y un librito de imágenes sagradas, al pie de las cuales hay escritas, con letras viejísimas y amarillas, palabras horribles como por ejemplo, «lo de arriba es igual a lo de abajo, lo de abajo subirá, lo de arriba bajará, lo cuadrado es igual a lo redondo, lo redondo a lo largo, lo largo a lo ancho, lo pequeño a lo grande, lo grande a cualquier orificio hecho por un gusano...», y mil cosas más que no se entienden, pero que el cura me ha dicho que es latín al revés, formas cristomágicas de la demonología, de-mo-no-lo-gía, oigan bien y no lo olviden, y de la de-mo-no-la-tría. Bien establecido queda, por consiguiente, la responsabilidad de Fascinata en el ataque a los campanarios. ¿Y la cuestión de los huevos caros? ¡Ah, debajo de la cama de esa desgraciada se han hallado montones de cáscaras trituradas y un pollo macho, todavía vivo, con las patas atadas y la cresta capada! ¿Qué más quieren? Negar tanta evidencia sería una estupidez.

Yo tenía mi cabeza clavada en el pecho, porque comprendía el horror de que existieran muchas Edúreas en el mundo. Una bruja, me dijo una vez el hombre de Anáfora, no es sino un alma que trata de huir de la monotonía de los días y las noches iguales. Fascinata nunca fue mala, aunque cometiese errores en asuntos de amor. ¿Cómo puede haber niños con capacidad de sorprenderse si no creen en las brujas? ¿Cómo puede haber niños que no se sorprendan de nada? Pensaba así, combatiendo las dudas que Edúrea quería sembrar en mí, esforzándome en rechazar el embuste, cuando me vi obligada a seguir el discurso que ella, con su voz de perdigones sucesivamente disparados y sus ojos de cacería, nos lanzaba sin compasión alguna, asegurándonos que los agentes secretos del go-bierno habían comprobado, sin lugar a dudas, la relación entre Fascinata, y otras brujas aún no identificadas, y los miembros de la Organización, porque, amén de otras pruebas imposibles de ser divulgadas para no entorpecer la tarea investigadora, habíase hallado, en el registro de la casa vacía de uno de ellos, papeles olvidados con palabras parecidas a las encontradas en el librito de oraciones de Fascinata, algo así como arriba los de abajo, y destrucción y uniformidad futura de todas las líneas geométricas, y castigo inexorable para los no creyentes en no sé qué rito de perfeccionamiento, que prometía alcanzar a Dios y disponer de su reposo cuando dejase de correr la sangre y hubiesen sido decapitados los anteriores dueños del Todopoderoso prisionero; y luego habló de la interpretación que el cura daba para la estatura de Ribaldo, nada más que un artificio diabólico para crear el terror, porque también habíase descubierto que otros caminaban con los mismos trabajos de la pequeñez, y todos ellos eran obedientes a la Organización, razón por la cual habíase dispuesto cazarlos e imponer al mismo tiempo un castigo edificante a Fascinata, a la que quemarían juntamente con todos sus trastos y papeles, por más que se lamentaba el señor cura de que otros servidores, como él, del Señor se opusieran a tan drástica medida y aconsejaban tolerancia, solo porque no comprendían que, de mar a mar y de montaña a montaña, se extendían las garras organizadoras, poderosamente comprometidas a cambiar el curso de los ríos, la pereza con que la tierra daba sus frutos y los modos y cantidades en que las gentes solían comérselos, desde que en el principio de los vicios empezaron a hincharse los vientres animales y vegetales.

Me alcé contra ella, pero no hice sino mirarla, poner una mano en el rostro de Anáfora para que comprendiese mi acto, y salí de la casa a hacer lo que tenía que hacer.

Fue aquella noche, horas después de que Edúrea trajese tan adversas noticias a Redama, cuando Fascinata huyó de su cárcel, valida de antiguos embelecos, cuya eficacia no había sido ciertamente disminuida por la relativa abundancia de los talismanes del progreso, anunciados en el diario de la ciudad y en la pantalla del cinematógrafo, ni por la creciente fe popular en las ruedas eléctricas y en el zumbido de los aviones. Desaparecida Fascinata en los innumerables pliegues nocturnos, la mañana que siguió no tuvo el sol pródigo que aman las personas al salir de sus pequeñas muertes transitorias, sino que el signo de la turbiedad lunar persistió en el aire diurno, cubierto por una desordenada tela esponjosa, bajo la cual autoridades y mandaderos, personajes encopetados y hombres y mujeres del montón se movieron de un lado a otro, con una actividad desusada y contraria al entumecimiento del día. Fue así porque crecieron y

se multiplicaron los rumores en el pueblo, palabras, palabrotas, decisiones, disputas, vacilaciones, temores, odios, súplicas al tendero que pedía más reales, no solo ya por los huevos, sino por el pan y la leche y toda otra cosa de comer. El guarda, a cuya custodia estuvo Fascinata, fue azotado, y perdonado luego, cuando, a punta de azotes, llegóse a la conclusión de que su sueño había sido obra de artes negras, de las que él no sabía; y muy bien se cuidó de hablar de sus temores de que nunca más podría desligarse de la malaven- tura, ni llegar a sargento, ni establecerse con mujer de fiar. A las tres de la tarde, un telegrama del gobierno pidió la renuncia de la primera autoridad del pueblo, y a poco rato llegó su reemplazo, un hombre, al parecer, enérgico, de ademanes rotundos, comprometido, por el honor de una cicatriz, que él juraba no ser consecuencia de enfermedad ni de caída, sino de tremenda cuchillada bandolera, a encontrar a Fascinata, así tuviera que ir por ella a los infiernos. El Comité de Defensa se declaró en sesión permanente, bajo la cacareante presidencia de Edúrea, mientras la nueva autoridad ordenaba un minucioso registro parcial, de casa en casa, de cuarto en cuarto, y después, para los días que siguieran, de quebrada en quebrada, hasta cubrir, palmo a palmo, el territorio que circundaba la montaña. Patrullas de voluntarios, reclutados por el Comité, hicieron turnos de vigilancia nocturna por las calles del pueblo. Los bomberos se mantuvieron en alerta. La escuela fue clausurada como en las épocas de epidemia. Los dos confesionarios de la Iglesia atendieron a largas colas de ambos sexos. Se comisaron víveres hasta que se estudiase y reglamentase un riguroso control de precios. A todo gallo le fue administrada una pequeña ración de alcohol para enardecer sus facultades cubrepisadoras. Y en la noche, y para las sucesivas, rigió la ley marcial.

De lo que ocurría en la ciudad, poco se sabía. Del resto del país, todo se ignoraba.

Yo soy el gran Ribaldo, de corazón potente, aunque de miembros cortos, de lengua clara y cabeza protuberantemente calificada con las tres sobresalientes instituidas en el Gran libro de las manifestaciones.

Yo soy el fundador, yo el timonel, yo el postillón de los coches en los que correrá la vida nueva, yo soy el mí y lo mío, mi mismedad y la mismedad de todos, mi macho y mi hembra, mi laboratorio de pronombres que habré de distribuir entre los mejores de quienes me sigan, yo, mi nombre único, que continuará llamado, invocado, loado, encarecido y preconizado más allá del tiempo requerido por los mares para secarse y por las rocas para pulverizarse. Decía estas palabras para adentro, incitado por la presencia irónica de Parcitas y su rostro puntilloso. Las dije de verdad, aunque no sonaran, quizá no exactamente como las recuerdo ahora, pero solo tendrían ligeras variaciones pronominales y algunos cambios en los modos del verbo. Y sentíame así porque en las primeras horas de la tarde los dos nos dedicamos al estudio y yo pude repetir con más fidelidad que él sentencias y párrafos sustanciales, con ubicación de página, de capítulo y artículos, de nuestro gran libro mayor. Era un triunfo, pues, y lo gocé diciéndole, como una consecuencia de mi monólogo:

—Parcitas, si te toman examen, te castigarán.

—Te equivocas. Tú me turbaste un poco, pero ya verás en el momento preciso quién sale mejor. Te propongo cantar

— ¿Cuál canción? —le pregunté, no sin resquemores.

—La canción de las diez felicidades

No había duda que estaba con suerte, porque el compás y las palabras me acudieron instantáneamente a la memoria. Cantamos a dúo:

Es feliz su comando en la cumbre,
es feliz su palabra pasmosa,
el fervor de la gran muchedumbre
y el correr de la sangre gloriosa.
Es feliz lo que reza el volumen,
lo que canta y repite el redil,
y la luz de su egregio cacumen
y el reflejo que enciende el candil.
Es feliz el patrón caputón
y su inmensa y potente legión.

El ex largo no pudo menos que callar, otorgando, rendido ante la coloratura de mi voz y la exactitud con que la letra surgió de mi garganta en las ondulaciones de la música marcial, pero, ¡ay!, no duró mucho su silencio, quebrado con malignidad para decirme:

—No lo has hecho mal, Ribaldo, por lo cual no tengo impedimento en felicitarte, pero en la memorización del Gran libro y de las canciones, según debes saberlo por las enseñanzas de nuestro mando supremo, no consiste el mérito de la aplicación, sino en dar prioridad al pensamiento genial del máximo caputón que nos guía, no repitiéndolo como un lorito, es decir, hay que dar prioridad al trabajo práctico, en una lucha sin desviaciones, en llevar la bandera victoriosa para escalar bajo su amparo las alturas científicas y técnicas, y abrir con llave de oro los caminos universales, y hacer que las máquinas rindan más, inspiradas en la sabiduría de quien ha puesto el sol colorado en nuestros corazones. Y con esto, dime, ¿qué has hecho hasta ahora, como no sea andar revoloteando con esa muchacha? ¿Dónde están los niños que debías haber conseguido? Yo ya tengo dos.

—He estudiado mis lecciones —le respondí—, las he repetido mejor que tú, he cumplido con mis menesteres domésticos de sodalio y vuelves a los reproches. Eres injusto. Te dije antes que esta noche tendré cuando menos uno.

Esa debía ser mi confianza, pero solo era mi esperanza, pues había vagado inútilmente por las calles y a ningún niño encontré y, si lo hubiera encontrado, el miedo de no poder llevar a su ánimo mi convencimiento, en forma de no dejar sitio a la natural traición de los niños, me hubiese entorpecido mis poderes de persuasión. Parcitas era dueño de dos. Era verdad. Contra su triunfo de aplicación, yo había querido compensarme con

alardes intelectuales ante Parcitas y con exaltaciones blasfemas de mi yo ante mí mismo. Sin embargo, nadie puede penetrar en los misterios que el destino o la casualidad, que son condiciones idénticas para la vida o la muerte, pudiesen depararme. ¿No sería capaz yo de ascender en la escala sodálica? Al fin y al cabo, por alguna razón, de mayor peso que la de haberme encogido, caí presa de la poesía de Tíbulo, y por alguna otra razón habré de salir del callejón sin salida, si me esfuerzo en adquirir audacia y en aprovechar ocasiones. En otro callejón anduve, antes de conocer a Tíbulo, y pude merecer. ¿Por qué no, en el futuro, llegaré a mandar sobre Parcitas y sobre otros?

Más, por lo pronto, lo cierto es que Parcitas tenía dos. Los vi en la mañana, a poco del desayuno, cuando él, sin darme explicaciones, me dijo que lo siguiera en una caminata provechosa, sin dignarse responder a mis preguntas. Los había citado a la entrada de una cueva, por él descubierta no sé con qué poderes, no de él seguramente, sino transmitidos por los grandes vigilantes, cuyas instrucciones, como las de hacerme llamar cuando me refugié en la casa de las tres mujeres, debió haber recibido por medios que a mí se me ocultan, por modo que no me quedó otro recurso que disimular mi resentimiento, mi ojeriza de postergado, silbando por el camino. Parcitas había cometido sus errores significativos en la sesión, había sido enérgicamente llamado al orden por Contumelio, ¡y sus ejecutorias eran colocadas sobre las mías! Es verdad que estuvo acertadísimo en la manera de confesar su falta y prometer enmienda, pero ¿justifica eso que ante él me pospongan? Quizá leyeron mis pensamientos, quizá Contumelio me penetró con su perspicacia, mas ¿cómo hacer para no pensar delante de ellos? Solo que pudiera colocarme la cabeza al revés, o, por lo menos, a un lado, o que siempre me encontrase con ellos en plena oscuridad. Así razonaba mientras caminaba y silbaba, empeñado en no hacer notar mis inquietudes al ex largo, cuando me consolé a medias al percatarme de que mi amistad con Redama habría de ser la causa de que mis superiores fuesen cautos hasta que me probasen, y entonces, bien probado y con Redama reducida, ¡ay de la transitoria superioridad de Parcitas! Por otra parte, en las tareas que desempeño desde que seguí a Tíbulo nadie es capaz de saber lo que a otro puede ocurrir, ni el mismo Tíbulo, del que no quisieron hablar cuando fue mentado. Ade-más, una simple comisión de vigilancia o de correo, encomendada a mi sodalio de cuarto y casa, no demuestra nada, no certifica que el utilizado en tales servicios mínimos conlleve en su cumplimiento más poderes que quien lo acompaña y por él es vigilado... De pronto, se me cortó el pensar.

Habíamos llegado. En la puerta, en la boca estrecha, se hallaban los dos, dos pares de ojos inquietos, llenos de travesura y de miedo al mismo tiempo. Parcitas los saludó con risas, me hizo señas para que yo también riese y reímos los cuatro, mientras penetrábamos la entrada, cubierta de ramas fértiles aún, descolgadas de la ancianidad de unos árboles, en cuyas patas de paquidermo se enmarañaban larguísimos bejucos reptantes. Vencimos esa dificultad, guiados por Parcitas, imitando cada uno de sus movimientos, y la garganta se abrió como el vestíbulo enorme de una ballena hambrienta, cuyas barbas escoriadas nos dieron paso a una traslucidez fascinante, obra parcial de un lejano torrente de luz, precipitado de alguna fuente invisible, mientras descendíamos rápidamente entre iluminadas moles de piedra, hasta que nuestro andar, tirado hacia atrás, recobró la normalidad casi horizontal del suelo, y ya derechos pudimos ver y

gozar el blanco puro de las ondulaciones pétreas, veteadas de rojos, amarillos y grises de tanta delicadeza que los niños saltaron y corretearon por unas calles estrechas y unas plazas abiertas como las de una ciudad que salía y entraba por paredes verticales de vidrio, de marfil, de bronce, comunicándose por pasajes intersectores, unos rectos, otros diagonales y circulantes, por los cuales llegamos a una explanada de forma irregularmente hermosa, ancha para una multitud de héroes pequeños, y a cuyo fondo se levantaban dos lenguas lactescentes, a un lado una aguja de nieve en descenso afinado hasta casi tocar la rizadura de un oleaje cristalizado de espumas verdes, y al otro, la masa de un monstruo congelado de ceniza azul. Creí ver sentado, en su boca irónica, al alto, al viejo, a la gran barba flotante, al poseedor de un solo ojo de asombrosa agilidad, al de capa carmesí y enorme sombrero de anchos ribetes. ¡Ah, mi pequeñez en su mina dorada, entre los resplandores del agua espesa detenida, solidificada en sus últimas carreras, y los diamantes blancos y las perlas negras, yo sobre el caballo de las ocho patas veloces, galopando con una de mis manos en el cántaro lleno de aguamiel! ¡Mi estatura dueña del viejo alto y del monstruo inmóvil y de las exhalaciones rutilantes que cruzaban oblicuamente, como la lluvia, los árboles níveos de esa ágora socavada en los meandros interiores de la tierra!

Parcitas, con su inflexible mesura, me arrebató la felicidad de que gozaba. Parcitas es una bestia, aunque no puedo decir que no sea una bestia inteligente, pero sí incapaz para la belleza. Los niños correteaban todavía, cuando él me interceptó la contemplación:

—Cierra la boca, Ribaldo. Hay que trabajar. ¿No te esperabas esto? Muy especial para los niños, pero no para ti.

Naturalmente, de modo instintivo me apresuré en cerrar la boca, pero volví a abrirla para espetarle:

—No me extraña tu insensibilidad. Tu alma es coja.

— ¿Hasta cuándo —tuvo la insolencia de decirme— quedarán en ti los desperdicios verbales de una época vencida?

— ¿Verbal? ¿Viendo todo esto, verbal? Y si fuera verbal, ¿eso qué? ¿Qué sabes tú del verbo? Te compadezco.

—Pero yo no te compadezco a ti. Si no superas la etapa que aún te ridiculiza, estás perdido. No te compadezco, pero cuenta con mi ayuda.

No me dio tiempo al retrueque, porque de inmediato sonó las manos, llamando a los dos niños, que se acercaron sudorosos y sonrientes. Hízolos sentar en los asientos naturales del ágora, y él de pie, y yo de pie, les dijo:

—Este es el sitio de nuestras reuniones, al que solo entran los elegidos.

— ¡Es lindo! ¡Es precioso! —exclamaron los niños.

—Pues bien, cada uno debe escoger un hueco privado donde pueda guardar lo que recibirá. Por lo pronto, estas fotografías de muchachas. Después, algún día, vendrán muchachas en persona, cuando las tareas cumplidas las merezcan. ¡Cuando los niños conquisten su libertad para siempre! Allá, en

ese recodo, será instalada la fábrica de juguetes para las diferentes edades, los juguetes que nunca tuvieron los niños pobres.

—Allá es más oscuro. Aquí es más bonito y se ven mejor las luces de Navidad —objetó el que parecía menor.

—Aquí jugarán; allá trabajarán —respondió Parcitas enronqueciendo la voz —. Y punto. ¿Está comprendido? A jugar y a trabajar, y todos los días a recibir una conferencia, las instrucciones para la emancipación, para la conversión a grandes y sabios.

— ¿Es muy difícil ser sabio? ¿No podemos mejor estudiar para magos?

—No. Los magos no existen. Son una mera invención burguesa. El estudio vence las dificultades, y aprender a ser sabios es primero que cualquier cosa, es incluso primero que las muchachas, cuyos secretos no lo son, sino que se ocultan con premeditación y alevosía para que los niños tengan miedo de los mayores.

—Yo no tengo miedo a los mayores, pero no me gusta que me peguen —dijo el que parecía más osado y de más edad.

—Cuando hayas aprendido bastante, no se atreverán a pegarte.

El niño osado sonrió, y sintióse tan feliz que dijo:

—Yo sí sé los secretos de las muchachas, pero no los he visto.

—Los verás cuando tu obra te haga merecedor.

Atendía yo a esa conversación con muchas ganas de intervenir, para no perder prestigio ante los niños, y les dije que nos hallábamos en el palacio de un rey nocturno que murió hace más de mil años, después de haber vivido otros mil fabricando varitas mágicas, espadas que daban el triunfo en las guerras y anillos que, a cuya vuelta a la izquierda en el dedo meñique, hacían invisibles a quienes con ese regalo eran premiados por sus buenas acciones; y que ahora, como vivíamos en otra época, teníamos que usar otros medios para alcanzar la felicidad del género humano, obedeciendo a un gran hombre, manantial de luz, cuya inteligencia prodigiosa iba a cambiar todo lo malo en bueno para siempre jamás. Me disponía a continuar, explicándoles que para ello era necesario el trabajo, el estudio, la disciplina, que eran las herramientas para que ese futuro llegase pronto, pero Parcitas, que me había estado contemplando con un gesto de vesícula alterada, me interrumpió:

— ¿Quieres, por favor, dejarme terminar?

Y al oído, me censuró:

—No seas torpe, Ribaldo. Con esas fantasías nunca los en-dureceremos. Lo que dices se aparta de las regulaciones.

Volvió entonces la cara a los niños, el entrecejo apretado y con voz de general:

—Hay que guardar este secreto bajo pena de muerte. Como en la época del gran rey que Ribaldo decía (este se llama Ribaldo), hemos de jurar con sangre que ninguno de nosotros revelará el sitio en que estamos, ni las instrucciones que serán impartidas, ni el establecimiento de la fábrica de juguetes, ni absolutamente nada de lo que haremos y hablaremos aquí.

Los niños empalidecieron, mirando a Parcitas, que sacaba de su talega un papel enrollado, que leyó con palabra pesada, y que decía cosas para espantar a cualquier corazón infantil y quizá hasta a un hombre hecho y derecho. Empezaba así: «Por nuestra vida y nuestra muerte, bajo la égida del Gran Caputón, quien tiene el poder de exaltarnos o suprimirnos, de enderezar su dedo y acabar con el último de nuestros alientos con solo moverlo a distancia, produciéndonos horribles padecimientos en cada uno de nuestros huesos despellejados lentamente, más horribles que el dolor de tres muelas a un tiempo, más horribles que el dolor con que nos corta el cuchillo, nos asa el fuego y se nos arranca la lengua, juramos y firmamos con nuestra sangre, lista a ser derramada...» Yo divagaba, lleno de asombro por la sabiduría de nuestra Organización, puesto que, luego de la parte siniestra, Parcitas enumeró fantásticas posibilidades de placer carnal y espiritual, con una exaltación tan bien distribuida en frases para niños vagabundos que no cabía dudar del éxito, aunque ellos continuaban medrosos y pálidos, pero con una atención profunda, cercana a la parálisis. Sin darles tiempo a reaccionar, les mostró una aguja gruesa y se dio con ella un pinchazo en un dedo, que apretó para hacer brotar la sangre en suficiente cantidad, y, con la pluma especial que había traído, fue el primero en firmar. Me pasó la aguja a mí, y tuve que hacer lo mismo sin contraer los labios, y luego agarró la mano de un niño y se la pinchó, y el niño lanzó un pequeño grito, más firmó sin vacilar, e hizo igual cosa con el otro, que tuvo el coraje de no quejarse, aunque sus ojos se humedecieron.

— ¡Que viva, que viva cien años nuestro Gran Caputón! —vociferó Parcitas, apresurándose luego en felicitar a los niños por su valor, y les estrechó las manos, y los niños parecían orgullosos, y en ese momento salió un alacrán negro por debajo de una piedra, y ellos se lanzaron a matarlo, empujándose el uno al otro, sin la menor vacilación, y turnándose, por fin, en los taconazos que descargaban sobre la cabeza de la peligrosa alimaña, la trituraron, y Parcitas miraba la escena y sonreía complacido.

Un niño, un niño, cuando menos uno, dice mi corazón mientras huyo de las palabras de Edúrea y voy por las calles del pueblo dormido, bajo la pequeña luna que me sigue y me protege de las bestias que maltrataron a Anáfora, la madre que no quiero que sea mi madre, pero a quien amo tanto que no me queda sitio para odiar al que la desgarró para dejarme en ella. Si Ribaldo tiene razón, y yo sé que la tiene, nunca más hombre y mujer habrán de herirse para iluminar la vida. No fueron nocturnas esas bestias, reflexiono, sino hijas irritadas del sol, y se me pasa el temor. Y si me protege la luna es porque tengo miedo de que la noche termine antes del encuentro que busco, y de que las sombras mías y sus murmullos dejen de acompañarme, y mis formas amigas se disgreguen en el trajín del día. Voy casi volando, no por apresuramiento, sino porque la noche me lleva entre las maravillas que riega por las calles, por las orillas donde los árboles se juntan amorosamente, y por el cielo, donde descansan las estrellas de Anáfora. Mi oído se afina para esta conversación de guijarros y hojas, de agua y de aire,

y mis ojos van mirando nuevas y preciosas animaciones, no vislumbradas por las gentes que solo viven la mitad de la vida, como si únicamente les hubiera sido dado el tacto para conocer, no la concordia íntima, sino la grotesca superficie de su volumen. De pronto abandono este entretenimiento de mis privilegios con la noche y me detengo sobresaltada, casi incrédula, porque de una fugitiva variedad umbrosa, estremecida a mi paso, y de contornos tocados por una leve inclinación lunar, ha surgido el milagro de un niño, que debe haber venido corriendo hacia el camino por donde yo divago y donde él se inmoviliza en cuanto advierte mi aparición. Ignora que lo busco y que él me necesita.

Aunque las cosas se movían, cambiando sus formas, y las imágenes de Redama se corporizaban en el seno de la noche grande, en la cual, quizá en esos mismos momentos, Fascinata se sumergía, no era milagro la presencia del niño, sino que allí estaba, con su diaria simplicidad, el aliento apremiado por la carrera y el miedo.

—Ven, no temas —le dijo Redama.

Pero ella fue quien empezó a acercarse. Hizo el niño un ademán de fuga, que no logró completar, porque Redama, abriendo sus brazos, caminaba tan poco a poco que él se atrevió a preguntar:

— ¿No eres una bruja?

—No —le respondió la muchacha—, mírame bien.

— ¿Eres una hada, entonces?

—Tampoco. Soy tan solo una muchacha. ¿No me reconoces? Soy Redama.

Cuando llegó junto a él, la sonrisa estaba ya en el rostro del niño.

—Sí, te reconozco. Eres Redama, la hija de Anáfora.

Y él luego contó que huía del castigo que el marido de su madre quería darle, porque no había podido reunir todas las astillas de leña necesarias para el fuego de la mañana, y que no sabía adónde ir, pero quería correr el mundo, pues era diestro en la puntería con la honda, los árboles estaban llenos de pájaros y conocía los sitios en que descansaban las perdices. Ni perdices ni pájaros, respondióle Redama, te bastarán para ser feliz, porque tendrás que matarlos, y cada una de sus muertes se irá acumulando en tu corazón, sin que lo sepas, hasta el día en que la tristeza te envejezca. Y empezó a demostrarle otros modos de la felicidad, que no necesitan de ninguna muerte, para lo cual habían llegado unos hombres pequeños, llenos de sabiduría y de buena voluntad hacia los niños, a quienes habían querido parecerse en el tamaño para que creciese entre ellos la amistad y fuese más poderosa que el odio entre los grandes, cuyo precio era tan indebidamente pagado por los chicos, y porque las cosas nuevas habrían de hacerse con gentes nuevas, incontaminadas de la corrupción de los mayores. Y le dijo también otros asuntos relacionados con el mal comportamiento de los transformadores, en lo que Redama se enredó y no pudo contestar a las preguntas del niño, sino que pasó rápidamente a conversar de la próxima ciudad de cristal y de flores, donde los niños

aprenderían a' ser libres y prósperos y dueños de tantas maravillas como las cuentan los cuentos que vienen impresos del extranjero y los que inventaba también el hombre de Anáfora, la excepción entre las excepciones de los hombres crecidos, a cuyo espíritu debíase la gran casualidad de haber encontrado a Ribaldo, de haberlo vuelto a encontrar luego de muchos años de perdido entre los pizarrones de la escuela.

Y así, habla que te habla Redama, y el niño deslumbrado, hicieron la jornada hacia la casa del molino.

Cuando Parcitas hubo terminado la ceremonia y el trofeo del alacrán fue entregado en dos mitades iguales a los niños, los dejó en

libertad, ordenándoles volver al día siguiente al anochecer y esperarnos a la entrada de la cueva, cada uno obligado a traer un amigo, a quien no debían dar detalle alguno de lo que había ocurrido. Los niños partieron, alegres y excitados. Nosotros, parsimoniosamente, puesto que Parcitas marcaba el paso, volvimos a la casa del molino, hicimos en ella lo que hubimos de hacer, y luego de la disputa que tuvimos acerca de los estudios yo me dediqué al juego de solitarios, mientras Parcitas dormitaba a su satisfacción. Aburrido del número de cartas negativas, cuando ya la tarde parecía un cenizal por el hueco de la ventana rota, me disponía a sacudir a Parcitas para proponerle controversia, mas, en el momento en que me incorporé, sonó en la puerta el código de llamada telegráfica, tres golpes, pausa; un golpe, pausa; cinco golpes rápidos, pausa; dos muy espaciados, pausa, y el último más fuerte que todos. Corrí, por consiguiente, a abrir, pero no había nadie, sino un papel sellado, que inmediatamente me fue arrebatado por Parcitas, pues había saltado de su lecho como un resorte. Comprobada la autenticidad del men-saje por la novácula flamígera del sello y de la firma, empezamos ansiosamente a descifrarlo, pero he de confesar que él es mucho más hábil que yo para el criptoanálisis, de modo que tuve que cederle la iniciativa, un poco avergonzado, ya que esta era la revancha de Parcitas frente a mi superioridad en las lecciones de ese día y en la fidelidad de mi canto de las Diez felicidades. Se nos había hecho aprender de memoria el complicado código, la combinación de las letras de alta, media y baja frecuencia, la mezcla de las que tenían sonido semejante, para despistar mejor, la habilidad consecuente en saber cuándo la t debía ser d, la o convertirse en u, la g en j, la i en e, la k en c y otras disposiciones más que se completaban en la aplicación del alfabeto horizontal alterado con los diagonales de letras repetidas y los verticales alternados de columna a columna. Yo iba apenas por la mitad, cuando el ex largo terminó con su lápiz y pudimos leer que se nos ordenaba, primero, destruir el transformador del pueblo y luego se nos advertía que los paquetes llegarían a la media noche del siguiente día, directamente a la cueva. La orden emanaba de los consejeros actuantes, sin intervención del delegado Contumelio ni del infeliz y distraído secretario Balbuto. Tratábase, pues, de asunto serio, y no tuve nada que decir, sino sentirme pálido por dentro. Parcitas debió, empero, advertir mi preocupación, porque empezó a reír y me dijo:

— ¿Estás listo?

—Naturalmente.

—Te noto intranquilo.

—Yo no sé disimular como tú.

Mientras más sufrimiento, más agresividad; mientras más miedo, más agresividad; mientras más dudas, más agresividad, me repetí, recordando el texto de nuestro Gran libro.

Sin embargo, se me escapó la pregunta:

— ¿Vendrán armas en los paquetes?

—Es de suponerlo. Me callé entonces.

Y Parcitas agregó:

—Ahora, ten prudencia. Cuidado con decirle a esa putilla de Redama una sola palabra.

Tentado estuve de abofetear a Parcitas. No lo hice, pero, aunque no debía demostrar mi indignación, lo tomé por los hombros con todas mis fuerzas y le grité:

— ¡No vuelvas a decir jamás esa palabra! ¡Putilla será tu madre!

Jadeó Parcitas. Le vi en los ojos el deseo de matarme, pero solo retiró mis manos de él, y con su odiosa pausa, con sus sílabas arrastradas por la baba, me amenazó:

—No te denuncio todavía porque no tengo pruebas. ¡Cuídate, Ribaldo!

—No tienes de qué acusarme.

—¡Cuídate, Ribaldo! Sé prudente.

—¿Lo fuiste tú con los niños? Les enseñaste el camino y los dejaste libres. Si algo se sabe por ellos, yo te denunciaré.

—¡Qué poco sabes de psicotecnia! No dirán una palabra. Están encandilados. ¿De qué otro modo hubiera podido, dada la urgencia del caso, conseguir dos niños más? ¿Quieres que los cace en media calle, que los rapte, que los lleve a empellones? Pero pasemos a otro tema, porque me acabo de acordar que tú habrás de morir antes que yo. Una simple coincidencia de memoria, una casualidad, como tú llamas todavía al conflicto de la A con la B, una casualidad que me haya acordado. Perdona que te recuerde esa ca-sua-li-dad...

Le volví la espalda y eché a andar hacia la cocina no para comer, sino para apartarme de él. Parcitas me siguió, me pal-moteó en un hombro y echó de nuevo a hablar, ahora con un tono más peligroso que nunca...

— ¡Bah! Candideces... Somos sodalios, lucharemos juntos y, aunque no moriremos juntos, arriesgaremos la vida lado a lado. Olvida lo que dije. Calentemos comida, cenemos y. empecemos el estudio de la noche.

Hasta tuvo la gentileza de tenderme la mano, mientras me decía:

—Lo único que te ruego aceptar es que en lugar de hablar de casualidad hables de causalidad. Esto es un poco mejor que saber de memoria ciertos párrafos de nuestro Libro.

Pobre de ti, pensé, si no crees en la casualidad. Y, sintiéndome acosado por premoniciones fúnebres, a su mano le di la mía, sonreí, como si en verdad todo hubiera sido borrado por ese apretón manófero, y me dediqué a trabajar en la cocina. Estudiamos después de la cena, ambos lo hicimos con exactitud, y habíamos apagado ya la luz para un sueño del que yo no esperaba mucha tranquilidad cuando llamaron insistentemente a la puerta y yo vi por las rendijas a Redama y su niño. Corrí en puntillas hacia Parcitas, le dije que mi niño había llegado, por fin, pero que también estaba Redama en la puerta, y todo esto se lo decía en tono casi gemebundo, con miedo y alegría a un tiempo, y él me respondió que yo era un atolondrado porque Redama había descubierto, por mi culpa, nuestro escondite, y luego, con más autoridad que parsimonia, me ordenó salir y volver tan solo con el niño. Pretendí explicarle que Redama, por mero instinto, ya conocía la casa del molino, que me había espiado, pero él no me permitió continuar, llamándome mentiroso y antisodalio, y aunque yo le respondí que Contumelio me había instruido reducir a Redama, y que su visita, a esas horas de la noche, probaba que ya estaba a punto de la reducción, él, con una mueca de desprecio, el labio inferior casi tan jetudo como el de Contumelio, solo me indicó con el brazo y un dedo enhiesto que me dirigiese a la puerta y cumpliese con la orden, así dijo, la orden, como si yo fuera un ramplón subalterno, mas no daba la circunstancia para réplica o disputa, de manera que volví a correr en puntillas, abrí, junté la puerta cuando la hube pasado y abrazando a Redama me alejé con ella y el niño hacia la arcada vegetal, bajo el árbol viejo y el filo curvo de la luna que se mecía en un oleaje carnoso de nubes.

Aunque había prometido a Anáfora no volver a usar esa llave, ¿a qué otro sitio hubiera venido a gozar de mi felicidad? ¡He dado un niño a Ribaldo! Mi seno está tranquilo. Me siento acariciada y vista por sus ojos, aparentemente vacíos, que aquí, en las tinieblas, se hallan en todas partes, y acuden a mis oídos sus palabras, y lo que me van diciendo se hace y se deshace en las sucesivas formas y maneras con que él me contaba las aventuras del mundo de los pequeños. He doblado mis rodillas para escuchar mejor y sentir mejor, y así, ovillada en el asiento de sus meditaciones, mi rostro cerca de mis piernas, mis brazos a ellas ceñidos, retorno a los días en los que jugaba con él entre los retoños todavía no espinosos del jardín, quizá a días anteriores, de los que solo recuerdo el rumor y las lágrimas, cuando Anáfora vagaba por los campos para encontrar la estrella que se desprendió del cielo. Tal vez no retorno, sino que no ha transcurrido nada. Soy la misma. Soy ella y él. Me parece que esta es la verdad desde qué Ribaldo y yo nos amamos, desde que él se acomodó a los tamaños de mi deseo, y yo vuelvo a estar donde estaba, puesto que el reino de los niños se acerca y la enfermedad de los hombres se halla próxima a

ser curada. Quisiera despertar a Anáfora y rogarle que me acompañe, porque tal vez con su presencia la palabra de su muerto se levante claramente y nos dé explicaciones de algunas cosas que no entendemos, y pudiéramos entonces, bajo su guía, salvar a Fascinata y convencer a Edúrea de que vive en error, y luego todos seríamos dichosos, amigos de la noche, y no volveríamos a sentir miedo en ningún húmero de días. No bien lo he acabado de pensar y desear, cuando Anáfora ha venido a tomarme en sus brazos, y creo que me va a llevar así, con mi antigua levedad, pero me he encontrado otra vez crecida, y ella me hace caminar y me conduce donde cree que yo debo vivir las horas nocturnas, y solo me dice descansa hija, y yo, con su mano en mi frente, regreso a Ribaldo y a los niños, correteamos juntos por la instantánea eternidad del reposo.

Al entrar el niño y yo, Parcitas prendió la luz y se hizo todo sonrisas para recibirnos, y le dio al niño pastillas de chocolate y le dijo cien palabras amables, cargadas de ofertas para el día siguiente. Como el niño estaba fatigado por la caminata, pronto cayó dormido en las frazadas que le acomodamos. Yo quedé en suspenso, esperando la reprimenda y preparando mis respuestas, pero el ex largo se limitó a decirme:

—Mañana hablaremos.

Y se echó contra la pared, mientras yo encontraba dificultades en desatar el lazo de mis zapatos. Numerosos recuentos de nuestra actividad durante el día y de las perspectivas que me esperaban impidieron que durmiese, sin siquiera poder contar las horas, pues ningún reloj las daba y el de mi muñeca había sido destrozado por mi descalabro nervioso en la cantina de la asquerosa mujer que se perdió por el túnel. Es cierto que de poco me hubiera servido su pequeño mecanismo, porque su esfera no fue luminosa, y la casa estaba a oscuras. Pensé entonces en Redama y en sus pechos, pero esto resultó peor para conciliar el sueño, y tampoco me dio resultados contar ovejas ni recordar aventuras pasadas en las franca-chelas anteriores a mi ingreso en la Organización. Dale, pues, y dale que dale, con ganas de despertar a Parcitas, encogiendo una pierna, estirando la otra, me pasé gran parte de la noche, hasta que me rindió la debilidad, seguramente al amanecer, solo para que, a la hora reglamentaria, que era a las siete, porque el ex largo no es madrugador, por fortuna, me diera el muy verdugo un sacudón que me hizo chillar. Cuando me repuse, me lavé y me vestí, como el niño aún dormía, le dije, en un alarde de dignidad un poco sucia:

— ¿Hablamos o no hablamos?

— ¿De qué?

—Anoche me amenazaste con hablar, después de darme con tono insultante órdenes de jefe malhumorado. ¿Eres acaso mi jefe?

—Bien sabes que en casos de emergencia uno tiene que tomar las atribuciones. Desconfío de Redama, eso es todo. Y ahora este muchacho sabe dónde estamos.

—Los otros conocen la cueva.

—Los otros han jurado con sangre.

—Este jurará hoy.

—Basta, Ribaldo. Es inútil que discutamos. El problema de Redama será resuelto por Contumelio, o, si apelas, por los consejeros vigilantes, y si todavía apelas, por los consejeros actuantes. Más allá no puedes ir.

—Yo solo he seguido las instrucciones de Contumelio y me empeño en cumplirlas al tratar de reducir a Redama. Por otra parte, su utilidad ha sido probada al traernos a ese niño.

—Entonces, ¿qué temes? Lo pruebas y se acabó.

En eso despertó el muchacho y ya no pudimos continuar la discusión, sino que tuvimos que dedicarnos a él, y, al mismo tiempo, a los quehaceres del desayuno y la limpieza. El chico nos ayudó de buena gana. Y cuando la tarea estuvo terminada, preguntó:

— ¿A qué hora empezamos las aventuras que me dijo Redama?

—En la tarde —le respondió Parcitas—, cuando empiece a anochecer. Por ahora, ten paciencia.

Y le hizo una explicación bastante eficaz de todo lo que un niño puede si tiene coraje y algo más que dos dedos de frente. Y habló y habló, y lo tentó con misterios y chicas bonitas de las que podría disponer a su antojo, cuando su trabajo lo mereciera y sus estudios adelantasen. En tanto, yo habíame dedicado a la lectura, no del Gran libro, sino de los folletos adicionales, con extractos que ayudaban a memorizar el texto principal, ya que en presencia del muchacho no era dable que hiciéramos estudios a fondo, como se tenía dispuesto por las ordenanzas superiores. Transcurrió de ese modo la mañana, almorzamos, bebimos café, pero no pudimos usar de nuestro derecho a la siesta, porque llegó otro mensaje en el que se nos avisaba de la fuga de Fascinata y de los registros que habían dispuesto hacer las autoridades. Se nos ordenaba, en consecuencia, que nos trasladáramos a la cueva, pues ya la casa del molino no ofrecía seguridad.

El niño no se enteró de lo que nosotros desciframos, pero debió haber advertido nuestra preocupación porque nos preguntó qué ocurría, y Parcitas le dijo que todo estaba en orden para que en la noche comenzase la aventura y viese el lugar más lindo que ninguna imaginación pudiera soñar. Pero yo hubiera querido marcharme en el acto, y así se lo dije a mi sodalio chismoso. Sin embargo, él tenía la razón, puesto que no podíamos exponernos a plena luz y en momentos en que la gente debía andar rondando en busca de Fascinata. Yo entonces le propuse que nos escondiéramos en el bosque, y Parcitas, aunque me lleva siempre la contraria, accedió, y dijimos al muchacho que íbamos a cazar pájaros, y él se puso muy feliz, y nos contó que a Redama no le gustaba que se matasen pájaros, pero que era mujer y eso explicaba sus reparos, y luego nos internamos en la espesura como tres bestezuelas alegres e hicimos las travesuras de los caminantes despreocupados, hasta que empezó a caer la tarde y volvimos lentamente a la casa, tomando cuanta precaución era aconsejable para cerciorarnos, antes de acercarnos y entrar, que nadie nos vigilaba ni nadie se encontraba dentro de ella.

Soy un convencido de que vamos a triunfar, soy un convencido de nuestra verdad, creo en ti, Gran Caputón, quiero conquistar mi felicidad junto a la felicidad de todos, la necesito para encontrar en mí lo que yo quisiera ser, reafirmarme y reunir mis despojos, y poseer libremente a Redama, y gozar con ella la plenitud de un mundo dado al hombre para que arranque de él la alegría que le ha sido arrebatada por la rapiña de los poderosos, pero mi naturaleza me traiciona y tiemblo como una hoja minúscula pisoteada por la pata de un elefante. Es heroico el esfuerzo que hago por esconder mis contradictorios sentimientos, y trabajo con Parcitas y el niño, haciendo paquetes y llenando talegas con nuestros papeles, nuestro pan y nuestras salchichas y todos los trastos de nuestra instalación, puesto que no debemos dejar huella alguna de nuestra estancia en la casa. Eran muchos trabajos juntos y todos de apuro. Olíamos a sudor y nuestra respiración era difícil cuando empezamos la marcha, con cargas a la espalda y tirando de los bultos más grandes con sogas atadas a nuestros pechos. El niño se portaba como un hombre duro por los caminos extraviados que andábamos, subiendo y bajando, y él sin quejarse, y yo con ganas de abandonar la empresa y trepar a un árbol para dormir en su copa sin que nadie me molestase, pero esas eran ideas bobas, mas ¿quién puede vivir sin ellas?, y vienen, además, sin que uno las llame, como el deseo de hallarme en una casa buena, recién pintada de azul y blanco, sentado a una mesa generosamente provista de carne y vino, brindando y cantando, junto a mujeres descocadas, riendo de los chistes perversos y sin ninguna ocupación en la cabeza. Llegamos, por fin, casi exhaustos, yo, por lo menos, y en el sitio indicado estaban los dos niños que mataron el alacrán negro, y penetramos la cueva, y luego ocurrió algo inesperado, y fue que Parcitas se volvió, buscó entre las ramas, hizo una maniobra oculta y una puerta pesada se deslizó de quién sabe qué armazón mecánica y nos dejó encerrados, en tanto que Parcitas nos decía que así quedábamos perfectamente protegidos. Yo no le había visto hacer parecida maniobra la víspera. O dejó la cueva abierta, disimulada por las ramazones, o la cerró en mi descuido, o alguien más rondaba por allí... Era extraño. Pero hube de reconocer la superioridad del ex largo, prometiéndome no exasperarlo, siquiera hasta que me cerciorase bien del grado de confianza que de sus superiores había recibido. Y reconocí, quitándolo a él de mi pensamiento, la sabiduría de nuestros jefes, el genio del Gran Caputón, pero ya no encontré las piedras preciosas en la boca del monstruo, ni las espumas verdes, ni el pulso del agua hecha cristal, aunque los tres niños proclamaban a gritos las maravillas del espectáculo.

VII

Los ratones se multiplicaban con rapidez alarmante en los interiores del edificio del orden, pues las grietas dábanles abrigo, y en todo edificio, con bien establecida tradición de orden, no faltan mendrugos ni migajas. Crecieron así los ruidos misteriosos no solo debido a inexplicables quebraduras y ronzaduras, sino porque la inteligencia de los animalillos fabricaba nuevos senderos y vericuetos venturosos, donde gozaban de los desperdicios, reforzaban sus potencias y hallaban espacio para usarlas, haciéndose el amor a libre mordisqueo y aumentando, de consiguiente, en apuro geométrico, la población que finalmente podría hacer estallar aquel inmenso cascarón de solemne y laboriosa arquitectura. La sangre de los muertos antiguos, cuando los patriotas de la ciudad y los patriotas del campo dirimieron sus diferencias en lucha abierta, primero entre ellos y después contra la insolencia moderna de los reclamantes a beneficios desusados, estaba ya seca, encogida, por lo que los remiendos a las rajaduras perdieron su consistencia de pegatostes. En resultado, por muchas partes abríase la pintura, la madera, el ladrillo, el cemento, mas no sin gracia, puesto que asomaban por allí, con traviesa velocidad roedora, bigotillos y colas alegres. No disponíase aún de sangre fresca, aunque los pulsos latían por derramarse y las ganas de hacerlo en fuentes ajenas no faltaban entre los círculos responsables. Recurrióse entonces a los gatos, no como solución definitiva, sino como remedio de urgencia, pero los gatos se negaron a la contienda y continuaron durmiendo bajo el sol, tal vez porque los ratones eran muchos y ellos pocos y gordos, tal vez porque la pesadez carcomida del edificio no les merecía desperezarse.

Sobra decir que la culpable era Fascinata, culpable de los campanarios heridos, del «alza que te han visto» de los huevos, del encarecimiento y

ocultamiento de otras mercancías de comer, de vestir y de curar, culpable de la alarma general, de la indiferencia de los gatos y del equilibrio ornamental que los altos funcionarios del gobierno hacían en discursos disparados de hora en hora por las ondas de las radioemisoras en cadena perpetua. Los despachos telegráficos surgían continuamente de las máquinas instaladas en la casa central de las comunicaciones y se amontonaban y clasificaban en los escritorios ministeriales, desde los cuales era controlada la movilización policial que buscaba a Fascinata por todos los rincones del país. Pero ella era dueña de su miedo a ser destruida y de su libertad nocturna, y la una condición no podía separarse de la otra, por lo que estaba llena de fuerzas interiores para vivir, más allá de las conjeturas ordinarias que disimulan el fin siempre cercano de la muerte, cuya certidumbre, revelada con tanta brutalidad, dábale ímpetus para eludirla, pues solo de su propia voluntad dependía no caer en sus artimañas. Quizá por eso los partes telegráficos se contradecían uno tras otro, haciéndola aparecer en más sitios que los permitidos por los cuatro puntos cardinales, y sembrando así un desconcierto favorable a su salvación. Habíanla visto trepada a un tejado campesino, graznando desapaciblemente; la divisaron en el aire, montada en el pico de una nube; oyeron sus carcajadas de hielo a la vuelta de la esquina de los milagros redentores, en una vieja calle de la capital; juraron las marineros de la pesquería que les había hecho malas señas desde la altura del mástil y que las olas se agitaron hasta el punto de ponerlos en riesgo de zozobrar; testimonió una jovencita que su preñez prematura debíase a que Fascinata había acomodado en su lecho al invisible y pequeñito señor Tintín; un tartamudo certificó ante las autoridades que el susto de verla lo enfermó; los sembradores de papas aseguraron que su maleficio las malogró; los panaderos que por su causa el pan se les quemó en el horno; los carniceros que habíales endurecido la carne de mejor calidad; un valiente habíala perseguido garrote en mano, propinándole una satisfactoria paliza, solo para advertir que había demolido a un murciélago; supieron que, cuando iba a ser alcanzada por tres sabuesos de distinguido olfato, convirtióse en muía, y de muía en gavilán, y que la muía corrió más que una liebre, y el gavilán voló con la rapidez de la centella... En eso hallábanse ocupadas las máquinas inalámbricas, cuando el hilo de la información fascinática fue interrumpido por dos noticias fulminantes: empezaban a desaparecer docenas de niños y a ocurrir extraños apagones de luz eléctrica en varios pueblos y ciudades. ¡Fascinata!, exclamaron los telegrafistas. ¡Fascinata!, repitieron los mensajeros, los secretarios, los ministros del Gabinete. Perturbados por estas nuevas, los funcionarios extremaron las medidas de la ley marcial, ordenando que se iniciase la queda a las siete de la tarde y se disparase contra cualquier bulto que no respondiese de inmediato a la voz de alto, sin advertir que tales extremos favorecían a la perseguida, pues la noche era su natural elemento, sus carnes hacían poco tamaño, ningún voluntario persecutor atrevióse a transitar luego de la puesta del sol, y ella tenía los oídos preparados para el ruido de las botas militares, aparte de que su manta era negra, sus pasos inaudibles y su ligereza la del viento.

Pocas horas después, del extranjero llegó el mensaje que sepultó lo que restaba de esperanzas para el mantenimiento del gobierno constituido por la voluntad de los depositantes de papelitos: el empréstito era cortés pero firmemente negado, pues contrariaba las normas financieras de ayuda exterior otorgarlo a un país en el que tan fácilmente podía evadirse una

bruja de la cárcel. A altas horas de la madrugada, como el maíz de la mazorca vieja, se desgranaron la primera, la segunda, la tercera y la cuarta renuncias ministeriales, de modo que el jefe del poder público declaró la crisis, encargó carteras a subrogantes y empezó a ofrecerlas a quienes invariablemente pedían un plazo inadmisible para meditar. Cuando despertaron las diarias actividades, un rumor sibilino-reptante-multivalente circuló por la ciudad; el aire, así condensado y torcido, se colgó de las cornisas de los edificios más altos y los pequeños se sintieron aplastados, las vidrieras de los almacenes deliberadamente se empañaron para vaciarse con disimulo, el tránsito quedó sin policías, llamados a encuartelarse de emergencia, la plaza principal y el parque mayor se llenaron de ociosos que predecían una mortandad y juraban haber visto una procesión de pato-cuervos, anunciadores de la desgracia, y hacia el mediodía, estudiantes, trabajadores y mucha gente curiosa los invadieron con gritos de muera el gobierno, acusándolo de contubernio con los especuladores de huevos y de otras fallas de la democracia representativa, hasta que llegó el acumulo emocional a descargarse en un estentóreo ¡vivan las brujas!, por todos coreado, no porque fuesen amantes de ellas, sino porque, unánimemente sacudidos por la corriente cada vez más acelerada de un sentimiento bélico, de indudable procedencia fascinática, descubrieron que era bueno y sano gritar esa ofensa, bueno para desahogarse del cotidiano veneno y sano para experimentar la alegría machista de vencer a las autoridades, pasase lo que pasase, de la misma manera que un mojigato cualquiera desea un terremoto para cambiar su nadería en sensaciones turbulentas y librarse así de la tutela que ejercen los días y los años sobre la indiferencia de vivir, sumergiéndolos como ahora en los ánimos revueltos de la multitud, que era ya una inmensa unidad vociferante, a sí misma escuchada, gozosa de paladear sus alaridos y eyacular en ellos la fruición de la novedad. Un poco, una exigua cantidad de sangre fresca quedó en las calles, a más de los vidrios de algunos faroles rotos, y mientras se recogía la preciosa utilidad de esa sangre, no obstante que su cantidad sería insignificante para la curación del edificio enfermo, Fascinata disponíase a pasear en la noche, con el orgullo de saberse desaparecida y amparada.

Cuando seguí a Tíbulo y escuché sus explicaciones magistrales acerca del movimiento material de la historia y de cómo nosotros representábamos el impulso de una nueva metamorfosis requerida por la constante lucha entre apetito y saciedad, yo le pregunté si productos de la naturaleza, situados en ella y por ella lanzados a la acción, como él y como yo, seríamos capaces de construir el verdadero reino de los fines, donde se resolviera el conflicto entre nuestra subjetividad inoportuna y el rigor de los verdaderos pensamientos objetivos. Él me miró con dulce ironía y solo me dijo: «Recuerda que las rosas también tienen perfume.» Yo entendí lo que quiso decirme a la manera de mis recientes conquistas intelectuales, descubiertas en el pensamiento organizador, es decir, no entendí, porque he llegado a la conclusión de que el lenguaje de Tíbulo no correspondía a mis nociones de que el perfume es molecularmente objetivo. Desde entonces he pensado, con un espanto creciente, en el vacío de las afirmaciones categóricas, alejadas del punto de partida, contrarias a la exclusividad original donde nace la razón objetiva del mundo, aunque tengan la apariencia de oposiciones constantemente superadas, mas no realmente parecidas a la complejidad y combinación variable de las interacciones con partéenlas de verdad, cuyas inalcanzables posibilidades me aterran cada vez que pienso

en ellas. Por eso me duelo de mí mismo y creo, en las horas en que mi libertad me acosa, que soy un elemento extraño, un rezago, una incredulidad con forma humana, un mal sodalio, que tiene mucho que aprender y mucho de que desprenderse, no exactamente del perfume de las rosas, sino de la intensidad y modos que de él trasciende a mis peculiares e imperfectas vacilaciones; pero también me crece una pizca de superioridad, que no me consuela en absoluto, puesto que me tiende trampas de las que no sé librarme.

Mucho me atormento con ello. Me digo que amo a Redama, y la orden de reducirla carece entonces de la objetividad, de la fuerza exterior que ha de gobernar el cumplimiento de este deber. Por razones semejantes, me maravillo del espectáculo de esta cueva, donde la luz del atardecer muda colores y formas, los transporta a nuevas realidades, o a irrealidades de alucinación laberíntica, entre la cual mi imaginación no inventa nada, sino que ve lo inmóvil hecho móvil, el color saltar de uno a otro, la violación de todas las reglas proporcionales, el circo atolondrado de las luces y los volúmenes cambiantes, la simultaneidad de operaciones que extravían el método de mi ojo y lo hace bailar con el frenesí con que deben parpadear las estrellas que se inflamaron hace quinientos millones de años. Los niños solo dicen ¡qué lindo!, y es esta la única definición posible, pues nada de lo que aquí se contempla es separable para el análisis. Convengo en que mis sentidos me llevan a elucubraciones nada apropiadas a la disciplina mental que he de observar, y advierto entonces la diferencia, mi distancia con Parcitas, impermeable a cuanto no pertenezca a la sabiduría del texto y a sus faenas pedagógicas. En este aspecto, no cabe duda que él es superior a mí, pero no lo envidio, aunque sea yo quien sufra y tenga que recurrir a pequeñas traiciones, como la de cerrar los ojos para seguir soñando despierto en la hermosa caotidad que destruye la lógica de las abstracciones materialistas, con lo cual estoy cometiendo un desacato, pues confundo la metodología con la sustancia real. En tanto, Parcitas me acosa con sus exigencias, y debo fingir mi sometimiento, sin saber a dónde me pueda llevar, hasta que venga de suyo la oportunidad del desquite, para el cual he de prepararme con ejercicios agotadores de agilidad cerebral, en la esperanza de que Tíbulo me dará la razón cuando se presente a juzgarnos y transmita sus informes al primer círculo de los consejeros actuantes del Gran Caputón. Repito, pues, como un acólito, las palabras que él quiere, cuando damos las conferencias instructoras y los niños nos hacen preguntas, a las que respondo sin apartarme una línea del manual abreviado. Sin embargo, hemos llegado a un arreglo, un pequeño triunfo mío, porque se ha convencido de que los niños necesitan algo más para que su fidelidad sea total: él impone la disciplina y orienta la enseñanza y el trabajo en la fábrica; yo me encargo de estimular sus fantasías con cuentos de las correrías que hicieron en la cueva los homúnculos mágicos y las muchachas prisioneras del dragón de plata.

Tenemos ocho en veinticuatro horas. Los ocho parecen felices. El trabajo en la fábrica es solo de acoplamiento. Todo ha venido dispuesto con hojitas de instrucciones ilustradas. Y armamos aviones, tanques, escopetas, ametralladoras, subterráneos para dinamitar, bombas, cohetes de fuego estrellado y divergente, matorrales verdes y amontonamiento de espigas muertas, donde escondemos a soldaditos de plomo, y botiquines de emergencia con enfermeras de pechos robustos y sonrisas coloradas, y

aparatos de radio y teléfonos, y entonces formamos dos partidos y el que está bien escondido y sabe atacar por sorpresa y retroceder con más rapidez es siempre el triunfador, razón que nos hace cambiar los niños de un campo a otro, para que todos ellos experimenten la satisfacción de los vencedores. Si uno ha destacado por su astucia, se le premia con bebidas dulces y caleidoscopios cuya variedad de imágenes termina siempre en una muchacha desnuda, cada vez en posiciones diferentes. Se beben la bebida, pero se les hace devolver el precioso instrumento erótico. ¿Y para qué todo esto? Aún no lo sé con exactitud, pero me temo un final que pondrá a prueba el temple y la temperatura no solo de mi personal valor, sino de mi frialdad ante el ajeno sufrimiento.

A Redama no le está permitido conocer la cueva. Dos niños más me trajo. Nos encontramos en un recodo casi intransitable, señalado por Parcitas, y al que llega bellamente sudorosa, brillantes los ojos, encendidas las mejillas, a reclamarme cuándo estará ella al frente del ejército infantil para conducirlo a la ciudad florida que se ha inventado. Le digo que hay que esperar un poco, que la empresa es muy secreta, y los niños están en aprendizaje, preparándose para seguirla, porque son hijos de gente ignorante y todavía no saben cómo conducirse bajo la dirección de una muchacha. Recobra ella sus entusiasmos y tiene que retirarse con prisa, porque encuéntrase conmigo cerca de la puesta solar, según lo ha dispuesto la perversidad de Parcitas, y muy pronto corre la maravilla de sus piernas, que su falda descubre hasta los muslos altos en la agitación de la carrera, pues ha de retornar a la casa antes de que suene la hora de la queda. No puedo, pues, acariciarla con la lentitud apropiada, pero le digo muchas veces que la amo y ella me dice que también trae ama con un movimiento sutil de sus labios entreabiertos y se aleja sin volver la cabeza

Todo marchaba como hallábase previsto, o como yo creí haberlo previsto por no intranquilizarme, pero al llegar la noche de esta noche Parcitas interrumpió mi juego con los prismas cenitales y las tornasoladas lenguas de nieve, en los momentos en que las moles pétreas se movían o se dividían o se arrastraban acuciadas por el cruzamiento de los reflejos, me interrumpió sin consideración alguna para decirme:

—Ribaldo, tenemos que salir.

—¿Salir? ¿Te has olvidado de la ley marcial?

—De nuestra habilidad depende burlarla. Tenemos una misión que cumplir. ¿Acaso tienes miedo?

—Sí, carajo, lo tengo —le respondí en tono provocador—. ¿Y qué? ¿Es que tú no lo tienes, no lo tienes nunca? ¿Eres tal vez de metal inoxidable?

Parcitas rió de mi natural exabrupto, y me replicó:

—Me place tu franqueza. Es cierto, yo tampoco estoy libre de miedo, pero he aprendido a vencerlo. Acuérdate, además, del juego que jugamos, de la apuesta que hicimos, por manera que comprendo muy bien tu exclamación. Si algo nos pasa, tú caerás primero.

—Vuelves con tus bromas de mal gusto.

—Ni broma ni gusto, Ribaldo. Nuestro oficio es caer o vencer, no lo olvides. Y ahora vamos a prepararnos.

Dicho eso extrajo de un rincón unas herramientas y dos pares de guantes emplomados.

— ¿Qué hora es? —le pregunté solo por hablar.

—Las once, hora de dormir, hora conveniente. Con la caminata que tenemos que hacer, llegaremos a nuestro destino pasada la medianoche, hora más conveniente todavía.

Despertó luego al niño que tenía demostradas más aptitudes y le advirtió que si alguno otro abriese los ojos y no nos viese en nuestros lechos, le explicase que habíamos salido en busca de nuevos artefactos y víveres y que volveríamos pronto. Te nombro capitán, por esta noche, le dijo, con tanta solemnidad, que el niño parpadeó de orgullo; y acto seguido Parcitas y yo, con dos bolsas pesadas a nuestro lado izquierdo, sostenidas por un tirante cruzado sobre los hombros del lado contrario, estuvimos en la puerta, se internó él en el simulacro del matorral e hizo las maniobras secretas para abrir, y desde afuera, cuando yo hube pasado, las de cerrar, y empezamos a caminar sin poder vernos las caras, porque era una noche muy negra.

—¿Qué vamos a hacer, Parcitas, en el nombre sagrado del Gran Caputón, dime qué vamos a hacer? Suponte que en el juego haya habido un error y que tú mueres primero, ¿cómo hago para entrar a la cueva si me logro escapar?

— ¡Eres un miserable marica! La única solución a lo que te preocupa es que me protejas para no quedarte solo... ¿No te da vergüenza? Ahora, cállate. Se trata de una operación prevista, comandada y resuelta. La negrura de la noche nos favorece. ¿No recuerdas las órdenes recibidas?

Y no me dijo más el muy taimado, sino que apresuró la marcha con una pericia que le evitaba tropezones por el camino accidentado, lleno de terrones y subidas y bajadas, y seguramente de inmundicias de cuadrúpedos desocupados. Yo tropecé con dolor de uñas incrustadas, y trataba de acomodar toda mi óptica capacidad a lo que Parcitas llamaba negrura, y era más que eso, era negror, negredad, categoría terrorizante, totalidad absorbente, que nos ocultaba y nos hería y nos envolvía, oprimiéndonos, por lo menos a mí, el corazón, como si el pasado completo, el origen de las aberraciones, la primitiva vaciedad, hiciera de mí un intruso, un entrometido en la prieta densidad por la que caminábamos. Y seguíamos y seguíamos y seguíamos, por rumbos para mí desconocidos, y seguíamos, y era yo quien lo seguía a él, constantemente acomodando mi bolsa, sin ver y sin oler, seguíamos por lo que para Parcitas era un seguidero y para mía una espesura sin límites, por la que seguíamos sin que yo notase dirección, pero seguíamos, sin embargo, él adelante, sin vacilar, yo detrás, siguiéndolo como un perro el ruido de sus pisadas, sin atreverme a morderlo, seguido y seguidor impotente, uno primero, otro siguiente, acobardado, sin remedio siguiendo lo que él quería que yo siguiera, y así me descorazonaba

enredado en mis palabras mudas, convertido en sombra seguidora, ciego y sordo por el golpe constante de la negredad.

Esa pesadilla terminó cuando empezó otra, y fue que las masas del pueblo aparecieron con un contorno informe, más perceptible, masas negras sobre masas negras, manchas sobre manchas sucesivas, y nuestros pasos cobraron un ritmo inferior, y el viento encerrado en los vericuetos de las calles presentidas se metió en mi blusa de sodalio y el cálido sudor se heló en mis ropas, en los pelos de mi pecho y en la temblorosa entrepierna, que hubiera sonado como cascabeles o castañuelas si hubiera podido gritar mi miedo por entre ella, principalmente cuando circuló un rayo de luz buscando presa, y Parcitas y yo nos arrojamos en tierra, y yo estornudé y Parcitas me dio un pellizco, y le dije no puedo contenerme y volví a estornudar apretándome la nariz hasta que me dolieron los oídos, y luego el rayo pasó por sobre el promontorio de nuestras nalgas, y otra vez, semienderezados, continuamos la marcha y hubimos de circular las masas negras de las casas, una que otra con cierta claridad de albayalde moribundo, y salir del pueblo por el otro lado de ese maldito bosque de ladrillos, donde volví a estornudar y Parcitas me dijo que me sonara las narices sin ruido para que me pasase, y yo lo hice así, y entonces volvimos a sufrir otro arco luminoso lanzado por las gentes que buscaban a Fascinata, y sentí el temblor de las rodillas en el suelo pegajoso donde se habían orinado los perros y los muchachos, y Parcitas dijo que corriese lo más posible en la punta de los pies, y así lo hice, agazapado, hasta que él se paró y yo me paré, y nos hallamos debajo de un poste con ganchos para trepar y arriba yo no sé qué forma que adiviné de consistencia peligrosa. Nos sentamos a descansar. Y Parcitas me dijo, mientras las agujas de la fatiga me hinchaban el otrora noble músculo de las pantorrillas:

—Nos favorece que a esta hora se economice fluido eléctrico y el pueblo esté a oscuras. Sin embargo, la corriente de alta tensión está lista para atrapar a cualquier imbécil. Y si se les ocurre disparar las linternas por este lado, estamos perdidos. Yo treparé primero. Gancho a gancho, tú irás detrás de mí, y arriba nos acomodaremos para el trabajo. Te iré diciendo lo que hay que hacer. ¿Ya descansaste?

—De ninguna manera.

—Tómate medio minuto más, y arriba.

Nunca me pareció tan corta la mitad de un minuto, tan corta que no me dio tiempo a pensar en su cortedad, e intemporalmente empecé a trepar detrás de Parcitas, advirtiendo ahora la trágica solidez de lo objetivo y la maleable fragilidad de mis desviaciones idealistas, reveladas en los desgarrantes dolores inguinales que sentía, pues, si bien nuestras estaturas habíannos quizá favorecido para que no nos pescaran en el camino, la distancia entre gancho y gancho estaba hecha para hombres comunes, y no para el tamaño de nuestras piernas, que yo estiraba como una rana, a más no poder, para no precipitarme a tierra. Pero subí, por fin, ese calvario vertical, hasta la cumbre, donde Parcitas se dio mañas para sacar de su bolsa una cuerda y atarnos ambos con ella, en tanto me decía «cálzate los guantes», y yo lo hice bamboleándome sobre el abismo, y escuchando al ex largo ciertas explicaciones de la inducción electromagnética, que reduce el voltaje llegado desde lejanas emanaciones y aumenta la corriente, o que hace lo

contrario, según el caso, sin que yo me enterase con qué potencia de máquina teníamos que habérnoslas, una máquina cuadrada cuya lóbrega fealdad podía ver y palpar, temiendo que saltara una chispa y yo con ella cayese desmenuzado, convertidos mi carne, mis huesos y mis pensamientos en residuos de una paralizada ceniza. Parcitas trabajaba como un experto, con sumo cuidado, indicándome lo que yo debía hacer, instrumentos en mano, pujando por apartar láminas y ventanas en el corazón imantado, cuyas secciones teníamos que no solo apartar, sino destruir, para que la reparación fuese imposible, mas, como eran unas láminas delgadas, fácilmente cedían a nuestro empuje, doblándose y retorciéndose hasta quedar menoscabadas en pedacitos de mineral que lanzábamos al viento.

Sentí vahídos cuando hicimos el descenso. No olvidaré esa noche, no la podré olvidar. ¡Qué me importaba que fuese el único transformador del pueblo! ¡Qué que nuestra hazaña marcase un triunfo de la Organización, igual a otros que habían ocurrido y seguían ocurriendo en apartados sitios del país! Parcitas andaba locuaz durante el regreso, anticipando su felicidad por el informe que habría de enviar en la mañana con los mensajeros secretos a nuestros superiores sodalios; yo, enmudecido y agotado, junto a él o un poco detrás, amparado en cierto modo por el contoneo de su marcha, eliminado ya mi pavor, pero con la tristeza de un retorno que no me prometía reposo, sino nuevos peligros, cuya visión apagaba las palabras de mi verboso acompañante, a las que yo oponía monosílabos sin pensamiento. Y así demoró la caminata hacia la cueva, donde me apresuré a buscar mi lecho y tenderme en él con mis ropas húmedas, sin fuerzas para retirarlas de mi pellejo, creyendo que el sueño acudiría de inmediato a remediarme, más no acudió, porque Parcitas roncaba, mi fatiga era mucha, y me atravesó un deseo pungente de penetrar en Redama, y acabar, en un acto fortuito y tan satisfactorio, con la gratuidad de los fenómenos resplandecientes de la cueva, para que nunca más me torturase el perfume de las rosas amenazadas por los aullidos lupinos de las contradicciones dialécticas. Solo dormí al amanecer, como tantas otras noches desde la de mi reducción, para descubrir, entre los cambios de la luz, mi cuerpo diminutamente enroscado como una especulación de geometría circular, un cuerpo que parecía a punto de disolverse en su propia abstracción insignificante, de no haber sido acometido por una violenta necesidad de excrementar.

Fascinata no se hallaba en ninguna parte, porque se hallaba en todas. Habíase, por ejemplo, alojado en el casco aborlonado de Fenerato, un sitio desde el cual podía divertirse en maniobrar ese plumón canirrubio que normalmente gravitaba su desaliño hacia la frente, pero que ahora se enderezaba bajo el comando fascinático, en cuanto su propietario cerraba los ojos y se le descolgaba la nariz sobre los hilos entreabiertos de la boca, rendido de anotar signos en el cuaderno amarillo y de las llamadas y respuestas telefónicas llenas de controversias inesperadas, empeñado en ejercer su control a distancia sobre la maraña de los acontecimientos, y exhausto por la ansiedad que le causaban demoras y vacilaciones. Enderezado el borlón, y Fenerato con él de un salto, movía conejilmente la cabeza y mascaba el viento cazando moscas invisibles, hasta que la rojiza cavidad, donde la lengua hacía rígidos ejercicios, quedaba seca y ávida de una obturación que la volviese a humedecer. Poníase entonces en sus pies, mientras el péndulo de un reloj anacrónico marcaba en sus orejas la solemnidad macabra de la noche, y él andaba de espaldas, y se volvía de

súbito, y se inclinaba a espiar, elevando el promontorio del trasero, debajo de los muebles, o, en puntillas y el vientre orondo, tras de las cortinas dobles, que no dejaban filtrar luces de afuera o luces de adentro, cuando él quería trabajar sin ser advertido en el despacho privado de su hogar, donde su corpuda mujer legítima dormía el efecto de un par de píldoras varias puertas más allá. De vuelta a sus papeles, y antes de absorberse en ellos, sentía que Fascinata le bajaba al pecho a propinarle martillazos, contra los cuales respiraba profundamente, cuidando el ritmo, para disminuir el redoble desacompasado de un corazón que podría reventar de seguir soportando ese maltrato enloquecido de tan-tan o tun-tun, cuya intensidad y frecuencia medía con la mano allí colocada en forma de superfluo amparo, en tanto que los fruncidos labios rezaban en silencio una oración de socorro, y era socorrido en el instante mismo en que veníale el pinchazo de una idea nueva que comunicar por el teléfono y el recuerdo de un nombre o la elegancia de una cifra para ser registrada en su cuaderno. No se sabe si Fenerato era cobarde o valeroso, pues de ninguna de las dos virtudes había dado pruebas suficientes para que fueran consensadas, más de la muerte nunca tuvo miedo porque no la reconocía en su cuerpo, ni en la parte concupiscente del alma, aposentada en las regiones vecinas del ombligo. Jamás se le ocurrió que, de allí, o de cualquier otra sección de su personal arquitectura, pudiera escaparse el soplo que la activaba. La muerte, por consiguiente, le era ajena, remota, inaccesible, muerte para los otros, al extremo de no reparar en ciertas advertencias que, en forma de arrugas o de cualquier molestia medicinable, le llegaban entre las vueltas del tiempo, sobre todo porque, aunque no funcionaba ya como cabro o potrillo en materia sexual, su rendimiento era solvente todavía, a pesar de las maledicencias de Venalio. Era, pues, un Fenerato eterno, que gozaba de su eternidad en el movimiento y la acumulación, en una guerra posesiva que le engordaba los sentimientos de poderío. Pero, ¡ay!, por las brujas siempre había sentido temor y reverente odio. Amigo, es cierto, de Fascinata, bien dicho, solo cliente, más siempre la tuvo por alcahueta y no por contribuyente al imperio negro, contra el cual, si le sobraban medios para combatir con seres de carne y hueso cotizables, ninguno poseía para defenderse de sus misteriosas acechanzas. Y claro está, no le placía vivir una noche entera en vigilia, informado de la extraña desaparición de Fascinata, sin nadie a mano a quien ofender, ni siquiera su doméstico-secretario, puesto que en ofender encontraba casi siempre el método infalible de su protección, o, si no, en el ataque disimulado, cuando entornaba los ojos y hacíales manar con maestría sus lagrimitas dosificadas. Ninguna de estas artes podía ejecutar con un ser invisible, cargado de potestades solo tangibles en el enraizamiento de su propia piel, en el instante en que empezaba a dormitar y repercutían en su oído el ji-ji-jí y el jo-jo-jó de esa pavorosa alcahueta-bruja, más bruja que alcahueta, sin que él lo hubiera sabido a tiempo, y el susto de verse de pronto jineteado por sus harapos, añadido al susto de que su comprometida maniobra política se le desmoronara por la ineficacia de un secreto compartido en esas horas por muchas personas, poníalo tan sobresaltado que erraba en sus cálculos y trasmitía su temblor al auricular engrasado por el sudor de sus manos, y echaba de vez en cuando un carajillo y luego pedía disculpas, y se bebía un vaso de agua, y Fascinata revoloteaba fuera de él haciendo crujir el parquet, agitando las cortinas, metiendo su voz en el péndulo del ceremonioso reloj chipendélico, echando al aire una hoja de papel o haciendo arañazos de perro en huida por la extensa galería a la que daba la puerta de su despacho, para después encontrarla dentro de sus órganos principales,

insuflando la erección de sus pelos, clavándole alfileres en las tripas y batiéndole el corazón. Dormitaba Fenerato la lengua todavía despierta tartamudeante estropajosa chupado el estómago mata la bruja entiznada y mascarada mi general la priapesca malevolencia dormitiva llama borrasca del nuncavisto cabalgando él y el otro el caballo rojo de vientre blanco desgobernado por la gran bandada de loros brujuleo y barajo con la abreviación apotropaica del ojo pero está caída la casa de los dioses una pata en vez de un brazo abominable candela enroscada moribunda lumbre de muertos mi general testículos encogidos recogidos cogidos zarpas brujescas al fondo de las mandíbulas de la tierra donde mi rostro pasado de ceniza ay cómo veo mi propio esqueleto los cristales de roca metidos en mi cabeza duelen empuja pronto mi general quema la cola de zorro en mis hombros mata crucifica cuelga caga los círculos hirvientes el garabato desertor la carrera del pedregal ay mi cuaderno amarillo sabana amarilla inmensidad camina trepa cae deyecto gasificable sacándome el bambú del entresijo sácalo del barril olas oleadas embates rompiente de cabrillas sobrenadadas de tumbo en tumbo descendiente y ascendiente trabucado en la turbieza se escapan lindas piezas doradas y el troquel del potosí enterrado en brea ay bruja sin general babalú licuafosfórica perspicua lucidez negro huyo braceando en la horizontalidad benigna contra la ganzúa proterva déjame disfrutar llegar sobre los ornamentos del agua misionero pancista que no caiga mi casa mi albergue mi portal mi pérgola enfática bajo el risoteo encarrujado bruja maloliente general piramidal piragua que me traga el océano conjuro imprecatorio sucu-máculo picainfiltratoriosalutífero un préstamo a cualquier estafador sin pestañear para salir por ese hueco indulgentemente próspero con el primor fililí de un fideo que pase por cualquier ranura escapando ave maría purísima de la hedentina epítome de mí mismo fideo convertido en patas en barriga en brazos y boca aireada matadas las brujas para discurrir un asado arzobispal antes de que me corten la lengua y un arqueo de basilisco me rebusque la diligencia de las escorias ay gene-ral extinguidor se levantan todos los muertos en el valle de los huesos reconstruidos circularmente extraviado olvidado de la tabla de multiplicar perimorfoseado pero sin alas y sin rábano buscando mi cabeza en la placentaria vastedad ay de mí si las brujas no fueron jamás paridas cesáreas sobre mí nunca sepultadas roto el hilo continuo salen de las espumas y mi garganta gorgotea vacuamente por alcanzar las orillas inalcanzables donde la sal se endulza en el vientre de las frutas.

Pero la ubicuidad de Fascinata la facultaba para hallarse no solo en el aposento interior y exterior de Fenerato, sino que al mismo tiempo dióle mañas para visitar aquella noche de contundentes extravíos a los otros cinco grandes y notables patriotas. Venalio se defendió mejor porque tuvo compañía y bebió, aunque la coquetería de su mirada festiva y el ronroneo de sus risillas carecieron de la agudeza diurna, y no permitió que le abandonaran sus amigos hasta el amanecer, cuando supo que todo estaba consumado. Su miedo, pues, fue de proporciones soportables. Cierto que, entre copa y copa, se le metía Fascinata en el espinazo y corríale su efluvio de la rabadilla a la nuca, más la espantaba, según creía, con sacudones de risa provocados por algún chiste impúdico. Al acabar la noche, abiertas las cortinas para captar las primeras luces consoladoras, hizo la señal de la cruz y de un par de maullidos cayó en el sueño, del que salió estrepitosamente porque Fascinata, desnuda, pelada como una zarza, habíasele echado

encima, le succionaba el cuello a besos dentudos y trataba por lo bajo de abusar de sus apéndices masculinos. Pero en eso quedó todo: un lamento ahogado, un alarido, un temblor descontinuado. No la pasó mejor Damacio, por más que se afanó en esconder el almidón de su rostro planchado entre los descomunales pechos de su mujer, porque ella lo rechazaba con una constancia furibunda, y él, viéndose apartado, no desprendía los ojos de la oscuridad, pues, si los cerraba, la boca muequeada y las garras de la embaucadora de huevos, campanarios, niños y transformadores, venían sobre él, que entonces insistía en buscar el refugio amamantador, balbuceaba cosas de su mocedad implorante, volvía a ser rechazado de un empellón, y así la noche entera lo maltrató. Lacerta, Cúmulo y Adamas sufrieron intranquilidad, pero, como habíanse retirado prudentemente a sus fincas rurales, donde los espectros son parte de la familia y asunto imprescindible de las veladas, los perros estuvieron a sus lados, y cada vez que Fascinata se acercaba, ladridos y maullidos poníanlos en guardia y probablemente detenían los avances brujescos. De todos modos, sobrellevaron desvelos, mantuvieron las lámparas encendidas, el chocolate a mano y alerta el recuerdo auditivo de los paseos que daba el diablo espantando a los caballos, razones por las cuales ama-necieron sentados, Lacerta con la enormidad de su boca descolgada, Cúmulo incomodado, a pesar de sus rellenas curvaturas, la rubicundez facial algo marchita, y más verde la verde pigmentación de Adamas, en cuya cara de ciruela pasmada la vigilia nocturna aumentó tantos pliegues como un año entero de malos humores. Que vaya a encontrarlo, me ha dicho, que vaya, aunque no pueda llevarle más niños, y eso prueba que me ama, pero me duele que me mantenga apartada del sitio en que los educan, pues yo creo ser necesaria para ellos. Nadie los comprendería con la certeza que yo. ¿Y qué sería de mí sin ellos? ¿Qué, sin Ribaldo? Es verdad que tengo la compañía del hombre de Anáfora, pero nunca ha sido una compañía tan sólida y despierta como el descubrimiento de Ribaldo y el encuentro de los niños. Si me faltan, la casa volvería a ser de piedra total, y nosotras, sus mujeres, por ella poseídas hasta ahora, nos moveríamos dentro de sus cavidades inútiles, hasta que perdiésemos el instinto de movernos y quedásemos inertes, falseada toda sonoridad interior y trunca toda blandura externa, muertas antes de morir, petrificadas antes de que se apague el ruido insensato de nuestras palabras. Convengo en que todavía es nuestra dueña, mas, gracias a mis nuevos acompañantes, amigos reencontrados después de haberlos perdido en la aventura de mi crecimiento, empieza a ceder su despotismo, y un buen día será animada, fluida y sencilla, reintegrada al orden del jardín, y alguien, quizá Ribaldo, abrirá las ventanas del aposento donde reposa el hombre amado por Anáfora, y ella lo tendrá más cerca porque él podrá habitar sin cuidados la casa entera, y sus pasos no volverán a ser furtivos e irreconocibles, y Edúrea, como la casa, se habrá ablandado.

No digo estas cosas con alegría, sino con esperanza. ¿Cómo habré de estar alegre, si los pocos niños que he dado a Ribaldo han desaparecido y estoy obligada a esperar que esos sabios, que discuten con él la salvación del mundo, decidan devolverlos a mi cuidado? ¿Y qué alegría va a llenarme, si encontré a Ribaldo triste, con la frente oscura? Fui sola a verlo, porque ya no tengo más niños que darle, pues los han escondido o salen únicamente con los mayores. En cuanto me vio, no vino como antes a mis brazos, lleno de urgencias, lo que me pareció en el primer momento un triunfo de mi amor sobre el amor de él, mas, a poco, comprendí, por la tierna vacilación de sus

caricias, que procuraba aliviarse de algún grave sufrimiento. Y yo le pregunté qué lo causaba, y él nada preciso me respondió, sino que había empezado, y él tomado parte en la guerra contra los transformadores, y que pronto aparecerían sucesos extraordinarios, cuya preparación le exigía un trabajo extenuante, porque de ello dependía que los niños fueran felices y los hombres dejasen de cometer maldades. Ribaldo no es mentiroso, pero me ocultaba algo, porque calló mis preguntas con un beso ansioso, pidiendo, solicitando, gimiendo, del que antes me hubiera defendido, pero que recibí como él quiso, sin disgustarme su ímpetu, sino la sensación que yo sentí como una estúpida mujer cualquiera, y de la que pude librarme porque hube de correr a la casa para evitar a tiempo que los soldados interceptaran mi camino.

Edúrea y Anáfora me esperaban. Anáfora, silenciosa, con la forma de las sombras de que soy amiga y la pena de sus ojos transparentes. Edúrea, altarena y vociferante, su cabeza agresiva tratando de picotearme en la humilde fatiga que yo traía. Me llamó torpe, muchacha atolondrada, que vagaba por las calles un día de revolución, y habló de un general, y yo creí que el jefe de su padre había resucitado, y tuvo la osadía de enumerar niños robados y brujas que saltaban de casa en casa y unos muertos llenos de sangre en la ciudad y faroles reventados, y dijo que el cura estaba desconsolado y furioso el comité persecutor de bandoleros y arpías de la Organización, y siguió con otras calamidades de incendios, y de Dios sentado en su gran asiento esperando que las personas decentes tomasen las armas y combatiesen y matasen y exterminasen a los pequeños monstruos, y ellas, mujeres de costumbres, que se desvelaban por la caridad cosiendo en el guardarropa para aliviar ingratos que decían gracias y atacaban por la espalda cuando la misa diaria y el cáliz de beber y absorber debían reinar con la severidad mayor, y cuida tu doncellez porque todas las vagabundas serán encerradas y castigadas por la mano infinitamente poderosa aunque benevolente para las rodillas inmóviles y las cabezas hundidas por el peso del arrepentimiento bajo la mano de ácido sulfúrico y látigo para el mal encarnado en los espíritus perversos no señalados por el perdón, y sálvate muchacha que luego será tarde, sálvate por tu propio bien y el de tu madre que sufre y calla, y entonces Anáfora hizo una seña y vino a acariciarme los cabellos, y yo salí de ese antro pétreo donde sólo Edúrea existía, salí a perderme en el jardín, consciente de que Anáfora habría de triunfar sobre Edúrea, y cuando finalmente cerró la noche entré en la alcoba del bien amado y puse llave por dentro, y lloré en el sillón del muerto, y hablé con él pidiéndole que me asistiera y asistiera a Ribaldo y a los niños, y volví a escuchar su voz de una suavidad más eficaz que mi terror, pero no sabía dónde se hallaba, y empecé a buscarla en las tinieblas, y la voz seguía dentro de ellas perdida, se alejó, más quedó el murmullo que yo sabía reconocer, sin las palabras que no sirven, solo el murmullo, el bienestar de desfallecer entre silencio y silencio, y mi llanto cesó, y no sé cuánto tiempo latió mi corazón con la brutalidad arrastrada del día, y luego acomodó su ritmo a la penumbra y empecé a sentir la ingravidez de mis miembros, el beneficio que él me daba, hasta que se restableció mi ánimo para incorporarme cuando la insistente llamada de Anáfora vino a recogerme, y yo abrí y ella me dijo que la siguiera y no temiese nada porque los sucesos ocurrían por sí mismos y la única actitud conveniente era la de esperar, sencillamente esperar.

VIII

Treinta horas y un pico después de la asunción del general renovador, llegaron por vía aérea cinco expertos de fama internacional en cacería de brujas, contratados a viva voz por teléfono, de general a generales, rehuidos trámites engorrosos con la burocracia asombrada del invulnerable país, cuyos descomunales adelantos suscitaban la envidia de quienes poseían menos o una minúscula porción de los poéticos talismanes del progreso. Del estudio y éxito de hombres tan reputados dependería la concesión del empréstito, por el cual suspiraban noche y día las fuerzas vivas regionales, siempre dispersas, quisquillosas y berrincheras, mas ahora unidas en propósitos comunes de usufructuar y de apuntalar el edificio del

orden. Y como era apenas natural que operación tan majestuosa, secreta y arriesgada, no habría de ser cumplida por solo cinco cabezas, así de prodigiosas fueren sus inteligencias, y lo eran, no haya duda, vinieron acompañadas de tres comisionados ejecutivos cada una, cada comisionado de un secretario, cada secretario de dos subsecretarios, cada subsecretario de dos ayudantes, cada ayudante de dos taquimecanógrafas, con lo que la misión subía a doscientos cuarenta y cinco funcionarios, a quienes era menester proteger con otros tantos fornidos agentes X P 7 9, es decir, de alta calificación para actuar en naciones de escaso desarrollo, donde los bíceps y el golpe de judo-karate son más necesarios que las pistolas. Apenas, pues, cuatrocientas noventa personas arribaron a emprender la tarea salvadora, y solo cinco aviones especiales fueron fletados para transportarlas. En cuanto a gastos, nadie hubiéralos juzgado onerosos, no únicamente por el rendimiento que de la operación se esperaba, esto es, préstamo de moneda dura, más, ni más ni menos, la supervivencia social, sino porque habíase convenido, de acuerdo a normas establecidas por novísimas y revolucionarias convenciones internacionales, consagrar el principio de «ayuda a quien se ayuda a sí mismo», por modo que sólo las dos terceras partes de los gastos serían pagados por el gobierno del general y la otra tercera por el gobierno amigo y protector.

Y no se diga que el general como un simplón creyese la eliminación de las brujas suficiente para que, por obra de un encantamiento paralelo, el edificio del orden se enderezase flamante, sólido y limpio de ratones, musarañas y rasgaduras. Claro que acabar con esas hembras maleficientes era lo primero, el fundamento para ganar prestigio más allá de las fronteras y recibir la bendición superindustrializada en préstamos y consejos; pero él sabía cuan indispensable era reparar el daño por ellas causado y presentar a sus conciudadanos un programa de reconstrucción que los mantuviese ligados a su permanencia salvadora en la primera silla del país. Hizo lo de rutina al nombrar sus ministros, mitad civiles, mitad militares, y a todo subsecretario, de uniforme, para contar con una firme vigilancia, requerida por la intranquilidad nacional, más el acierto de su gestión fue el de reunir a cuanto técnico titulado pudo encontrar, formar con ellos un equipo de trabajo, asesorado por media docena de misioneros económicos importados dos años antes, ahora en ociosa espera, pero cuya prolija investigación preliminar de realidades y posibilidades hallábase concentrada en un volumen de respetable tamaño, y ponerlos a calcular y a escribir, en turnos equilibrados, hasta que el plan estuvo completo con una rapidez comparable a la óptima eficacia de los pueblos elegidos.

Todo fue computado con exactitud. Los tipos de prioridad de cada proyecto y su articulación en el programa general; la dirección hacia atrás, con sus problemas de demanda derivada como consecuencia del valor agregado insumitivo; las repercusiones hacia adelante en razón de los bienes y servicios que el estudio del mercado indicaba como factibles; los mecanismos de la distribución y del muestreo estadístico; la elasticidad relativa entre oferta, demanda, precios e ingresos, cuya complejidad fue expresada en una larga serie logarítmica; las fórmulas tabuladas de vencer la limitación del mercado de capitales; el crecimiento posible de la oferta interna y las ecuaciones para mantener precios remunerativos en pro de la iniciativa privada, con una proyección estimulante del poder de adquisición, relacionada con la sustitución de productos artesanales por fabriles y de unas por otras importaciones, a objeto de que los bienes durables pesaran

más que los frágiles en la balanza de pagos. Y luego, lo realmente esencial, la planificación pragmática, la objetividad de cómo el milagro de los números, las curvas y la multitud de grafías intringulizadas, se trasladase al intestino de los consumidores y pasaran de bolsillo a bolsillo para que el multiplicador circulante promoviese la actividad creadora de la producción.

La planificación pragmática, lo único que, por supuesto, fue dado a publicidad, despertó un entusiasmo radical estremecedor, y los ratones quedaron cabizbajos. La simplificación del gobierno anterior, que proponíase dividir en tres partes el empréstito extranjero, una para remendar el presupuesto, otra para aumentar un poquito los salarios de los empleados públicos, y la restante para cuatro tanques de guerra, y tres aviones obsoletos, aunque más veloces que los que solían volar por los cielos patrios, precipitándose con frecuencia en las cejas de las montañas, ese plan simplificado quedó en lastimoso ridículo, y así se hizo notorio por la prensa, evidenciándose tan pe-caminosa falta de imaginación al haber reducido a sólo tres puntos la infusa complejidad de los problemas, y al no haberse tomado para nada en cuenta el «ayúdate a ti mismo» de la nueva era de la cooperación internacional. ¡Ah, en cambio, qué brillo de exposición, qué acierto de medidas, qué profundidad de perspectivas lucían en la planificación pragmática auspiciada por el general! No se encontraba en ella referencia alguna de tanques, aviones o fusiles, ya que esto pertenecía al secreto campo de la defensa militar, pero sí señalábanse los lugares donde se iniciarían excavaciones arqueológicas para impulsar el turismo; la red horizontal y vertical de las comu-nicaciones terrestres; los puentes que cruzarían todo río caudaloso; los funiculares que unirían los cerros entre sí y los cerros con los valles; la alimentación hormonal para los pollos machos y otra cuidadosamente balanceada para las gallinas ponedoras, a las que privaríase de sueño por medio de lámparas, y a punta de esa vigilia engañosa se dedicasen a poner y a poner el mayor tiempo posible; el cultivo de naranjas sin pipas y de pinas sin corazón áspero; la fabricación de pan en rodajas automáticamente cortadas; la purificación del aguardiente de consumo general; la música ortopédica para las deformidades juveniles; la sustitución del agua y la tinta por confetis de colores en el juego de carnaval; la instalación de fábricas de sandalias en serie ininterrumpida para abastecer a todos los descalzos; una escuela nueva por día calendario; tres grandes centrales eléctricas con lagos artificiales en diversos niveles y una reforestación contigua que atrajese las lluvias para llenarlos; y cien otros proyectos de mucha trascendencia, como el de técnicas indoloras para el estrangula-miento testicular de los cerdos destinados al engorde, o el de auriculares en las orejas de las vacas de ordeño para transmitirles durante la succión una privada melodía mugientemente lactígena, lo cual era además una palpable demostración de los méritos de la libre empresa y la personal iniciativa, no solo en hombres, sino en animales a él asociados, pues tratábase de una ley natural, pero en estos detalles ya pocos pusieron atención, porque los ojos de los lectores caían directamente en el final del manifiesto-decreto, donde, en negras y sobresalientes mayúsculas, se prohibía en absoluto la lucha de clases, ofreciéndose los medios para eliminarla, que eran dos: la reforma agraria, sin tocarse por supuesto la inviolabilidad institucional de la propiedad privada, pero otorgándose a cada familia solicitante, nunca a célibes, porque ello hubiera sido contrario a los principios celulares de la

comunidad cristiana, trozos de tierras baldías y derechos a acumular aguas de lluvias, libres de pago al Estado; y un aumento progresivo, durante cuatro años, de sueldos y salarios, en una escala cientí-ficamente estudiada, desde peón de finca rural hasta primer ayudante de contabilidad, prueba del populismo que animaba al régimen recién nacido. En acápite aparte, exponíase la financiación de la suma de planes económicos y reformas sociales, la cual consistía, junto al buen uso del empréstito externo, en la emisión de bonos gubernamentales a veinticinco años de plazo, cuyo respaldo para la amortización gradual de capital y pago de intereses radicaba en la capacidad de cada propietario de bien raíz, agrícola o urbano, para librar cédulas hasta por el cincuenta por ciento de sus respectivos avalúos catastrales y canjearlas por frescos billetes de la banca central, en virtud de que esas propiedades constituían la verdadera riqueza y no los símbolos monetarios papeleros o metálicos. Aumentábase así la circulación de símbolos en monto y velocidad, se aumentaba, en consecuencia, el oxígeno —decían los técnicos usando un término grato a las fuerzas vivas— necesario para la prosperidad pulmonar de la nación, y también los ingresos derivados del impuesto a la renta, tan necesarios al gobierno para que atendiese a nuevas inversiones de infraestructura, así como a los dividendos semestrales de sus bonos, los que, compulsivamente, debían ser adquiridos, a contado rabioso y en determinada proporción, no solo por las instituciones financieras, sino por los mismos propietarios favorecidos con la venta de sus cédulas a un mínimo del veinticinco por ciento de sus emisiones. Del ingenioso sistema, resultado del desvelo tecnológico de varias noches consecutivas, quedaba excluida toda posibilidad inflacionaria, puesto que se daba por un lado y se recogía por el otro, y cualquier exceso de moneda sería prontamente absorbido por los bienes que manarían de los proyectos en funcionamiento, por ejemplo, más sandalias, más huevos o más fluido eléctrico. En base de esta seguridad, y para agilitar el movimiento de producción, cambio y consumo, el manifiesto decreto bajaba en tres puntos el tipo de interés anteriormente legislado como tope, y alargaba los plazos de los préstamos bancarios, de manera que el crédito se democratizara y muchas inteligencias inactivas, a causa de un régimen y costumbres arcaicos, tuviesen oportunidad de ponerse a funcionar en bien de la felicidad general.

Pero los transformadores lo entendieron todo al revés. Ilusamente se juntaron a examinar el documento pragmático, y, habiéndole encontrado fallas de sustancia y de forma, osaron denunciarlo, a nombre y representación de las masas populares, como una papel demagógico, libresco y capcioso, en el semanario que publicaba su partido y en millares de hojas sueltas. Y no con ello se satisficieron, sino que reclamaron el retorno a las prácticas democráticas y acusaron al jefe del Estado de ambicioso dictador al servicio de las oligarquías nativas y extranjeras. ¡Aliados de las brujas!, exclamó el general, con sobrada indignación, y ordenó perseguirlos. Hubo transformadores que fueron extraídos a viva fuerza de sus lechos y puestos en prisión. Otros pudieron ocultarse a tiempo, y algunos, con medios para ello, pasaron de incógnito la frontera.

Contrariamente, Fascinata se llenó de un saludable regocijo, no porque hubiese leído, y aunque leído, descifrado, la intríngulis de la planificación pragmática, ni encontrado razón a los comentarios que circulaban contra los puntos débiles señalados por los transformadores, puntos que, de comprobarse en la práctica, habrían saciado parte de su concebible deseo

de venganza, pero estas cosas estaban fuera de su competencia; se regocijó porque sus importados persecutores sufrieron un revés que levantó risas entre las gentes de natural criticón y embrollador: mientras los expertos, a la mediano-che, democráticamente mezclados con sus subalternos, en el hotel por solo ellos ocupado, disipaban fatigas de viaje y de trabajo echando suertes en el casino y sorbiendo sus uisquisitos, lo que en realidad se disipó fue un portafolio de la suite de uno de los comisionados, entre cuyos papeles hallábase la ficha descriptiva de Fascinata y el recuento de sus vituperables hazañas.

Díjose que Fascinata había tenido acceso a la suite, valida de una camarera ancuda y pechosa, a quien de vez en cuando procurábale clientes de amor, y que el X P 7 9 de guardia en la puerta, había caído dormido bajo el hechizo de unos pases brujescos, en tanto la joven gozaba y la vieja desaparecía con el portafolio. Apoyóse la teoría en prolijos estudios y mediciones geográficas de la alcoba, en lupas de alta potencia, en reactivos químicos que parecían revelar huellas poco decorosas de sexos contrarios, y en residuos vibratorios en los resortes del sommier, así como también en varias impresiones digitales, entre las cuales no fue posible identificar las de Fascinata, puesto que las brujas no dejan esas impresiones, pero sí las de la camarera, a quien se condujo a severo interrogatorio, sin resultados, a pesar de haberse empleado técnica tan moderna como la plancha de hierro ardiente, sobre la cual ella no hizo sino saltar y desgañitarse en ruidosas negativas lloronas.

Otros fueron los testimonios que los investigadores acopiaron. Fascinata, simplemente, había hecho volar por una descuidada ventana el portafolio, hasta sus manos que lo atrajeron desde una distancia considerable. Hubo quienes juraron que la maléfica entró y salió del hotel disfrazada o corporizada en X P 7 9. Tres muchachas en edad de temblar por cualquier cosa, fueron traídas del campo a confesar que la vieron en la noche curarse el mal de riñón con la piedra nefrítica desprendida de la tempestad, con cuyo filo desmenuzó un montón de hojas de árbol joven, echólas a hervir en una vasija de barro y luego se bebió el borbollón, mientras se comía a pedazos el contenido del portafolio, como quien se ayuda con pan sin dejar una migaja. Otros aseguraron que no fue ella quien se lo comió, sino que lo hizo devorar por un sapo alimentado con leche de burra. Pero la mayoría interrogada concordó en que la verdad era que los papeles fueron comidos por Fascinata y cinco más de su propia especie, al extremo que las seis se confundían en la danza que celebraron mientras digerían el documento, en un campo rodeado de retamas llameantes, al son de gritos pavorosos y juramentos por la lanza de San Jerónimo y el arco y la flecha de San Jorge; solo que vinieron otros a informar que no todas eran iguales, pues advirtieron dos bizcas y una coja, aunque se parecían en el ropaje, en la vocinglería que armaban y en las tufaradas de sudor azufrado que igualmente despedían al moverse.

Acabó naturalmente por triunfar la sabiduría de los expertos. Antes de veinticuatro horas, anunciaron haber recapturado a Fascinata. El general tuvo sus dudas, porque, si bien el rostro de la incomunicada en la cárcel lucía una nariz semejante a la llevada por la gran enemiga del orden, y la manta era de la misma condición verdinegra, recosida a parches, tenía la prisionera, no obstante, su vejez, cabellos tan largos que le inundaban los

hombros y llegaban a tocarle el inicio de la rabadilla, mientras que Fascinata no poseía tal cualidad pilósica. Pero Fenerato y sus amigos coincidieron con la opinión de los expertos en que una bruja, capaz de promover la discordia entre gallos y gallinas, y otros desacatos, bien podía haber hecho crecer sus cabellos para disimularse. Por último, y como el general movía aún la cabeza con titubeos, le hicieron entender que, en el peor de los casos, es decir, si Fascinata presa no era Fascinata libre, convenía a los altos intereses de la patria confirmar esa identidad, con lo cual se aplacaría el terror general, fuente de males imprevisibles. Así, en nombre de fines superiores, y en virtud de que la retractación pondría en peligro la estabilidad política, la contratación del empréstito y la planificación pragmática, el general hizo el sacrificio de aceptar sobre sus hombros la responsabilidad de la hora. De todos modos, la prisionera tenía facha de bruja.

Nuevas dubitaciones, empero, conturbaron el espíritu del general, cuando se discutió la pena que habría de imponerse a la rea. Propuso él despacharla al confinamiento de una isla desierta, pero sus consejeros le hicieron ver que los poderes negros de hembras de esa calaña podían sacarla de allí con los vientos. Cambió entonces a otra idea, la de tenerla encadenada y en custodia de por lo menos tres guardas bien armados a la puerta de la celda. ¿Y el escarmiento?, dijeron los expertos. Y Cúmulo y Damacio se encolerizaron, y Lacerta se tragó todo el polvo del despacho riéndose de tanta blandura, y los tres pidieron y exigieron la quemazón, mientras Fenerato, Venalio y Adamas guardaban prudente silencio, pues no dejaban de temer represalias brujescas, pero no expresaron nada, sino solo suspiraron, por no hallarse en el salón de las columnas. Finalmente, el general se vio compelido a firmar la orden, viendo que no existía otro medio de salvación nacional.

Se la ejecutó al amanecer, en el corral donde dormían los caballos del ejército, al momento en que empezaba la misa del alba, bajo el tañido de las campanas cercanas, enloquecidas de una alegría aterradora. En la iglesia no llegaron a dos filas las ocupadas por los feligreses, porque las beatas más cumplidoras acudieron a apiñarse en el corral, ávidas de participar en un espectáculo bienaventuradamente turbador, que las aliviaría del aburrimiento consuetudinario de las letanías. Empezó la función cuando los tambores contrapuntearon su gravedad subterránea contra el altísono fárrago de las campanas. Y vino ella, unas veces renqueando, otras a rastras, apercollada por dos soldados, y su rostro no pudo ser examinado, pues lo ocultaba el matorral del pelo, que habíasele pasado adelante entre las sacudidas con que se defendía del arrastre, pero sí fueron advertidos los bejucos nudosos de los brazos, sueltos de la manta desgarrada y firmemente asidos por quienes la empujaban a rodillazos, y esas extremidades y sus dedos tuertos fueron reconocidos como de Fascinata, y también su voz lastimera que llenaba el aire, a esa hora todavía infecundo, de una mezcla de llanto y chillidos pueriles, para alzarse, a ratos, con la estridencia del vapor hirviente escapado por una aguja, y bajar luego el húmedo gemir a un lamento inválido, y de allí ascender el lloriqueo hasta reventar, en amputaciones de hipos contenidos, y este casi ladrar o aullar decía en sus retazos: «¡Yo no soy Fascinata! », y el rataplanraplantatán de los tambores y el furioso dindandindón del bronce en vuelo de las campanas caían sobre ella, aplastaban su voz, encendían un fuego prematuro en el corazón de la apretada muchedumbre y la hacían ondular los torsos,

menear las caderas y picotear la penumbra con las cabezas y exclamar unánimente aaaahhhh, y el rataplantantán no cesaba, no cesaba tampoco el entrecortado «¡yo no soy Fascinata!», ni los aullidos, ni los sollozos, ni el crujir de los huesos engarabatados por los cuarteleros, ni los repiques eclesiásticos, ni los cambios profanos del dindandindón, ni el coro inmenso de las bocas resecas y rebosantes de vocales de espanto.

La operación final fue sencilla. La ataron al poste de madera, contra el muro donde las sombras aún no desaparecían, rociaron adecuadamente el combustible sobre el montón de paja y leña que tocaba los pies de la llorona, y, cuando empezaron las llamas a lamerla y la asfixia del humo dobló la sentenciada cabeza, de la que huyó todavía un débil grito, un oficial compasivo descargó sobre ella la totalidad mortal de su pistola automática. En ese instante, los caballos rompieron sus amarras y galoparon despavoridos, pisoteando a la beata multitud, y hubo muchos descalabrados, y después, entrado el día, circuló por la ciudad y los campos vecinos la versión de que la ajusticiada no había sido Fascinata, porque, a la hora del mercado, los precios dieron un salto, faltaron huevos, faltó el pan y la carne, las verduras estaban podridas y la leche se vendió por gotas; y a la hora de los bancos, largas colas de depositantes retiraron su dinero y frenéticamente se dieron a comprar monedas sólidas del extranjero.

En realidad, el cuerpo abaleado y quemado pertenecía a Filomedusa, así llamada porque, al ser parida, trajo en su cabeza más pelos que nunca vistos en iguales trances. De Fascinata, solo quedó el rumor, y nada cierto.

Nunca me han traicionado las imágenes, porque siempre correspondieron a sentimientos verdaderos, y con ambos crecí, multiplicada y enriquecida. Mas ahora, que aparento descansar del artificioso trajín con que las mujeres nos hemos movido, siento profundamente, pero sin compañía de formas exteriores, y he de cerrar los ojos para encontrar las identidades de mi representación, lo cual es un engaño, pues vivo así de lo efímero y las cosas brutas me desafían como si realmente existiera lo inanimado. Creo, sin embargo, que esto se debe a un engaño general, cuyo propósito se me escapa, no dedicado a mí, sino a todos, al pueblo entero; a las ramas viejas que solían remozarse en criaturas doradas; a la casa que pierde, momento a momento, las curvas, la blandura, las porosidades íntimas que le encontré cuando recobré mi amor perdido en Ribaldo; a Edúrea, cuya irritación aumenta endureciéndose como las paredes y los muebles; a Anáfora, cuyo triste silencio ante las arbitrariedades que están cometiendo los hombres la aleja de mí, porque no me dice lo que debiera decirme e incomprensiblemente procura que no me comunique con su muerto; a los niños que continúan encerrados en una pedagogía de la que no se me deja participar; a Ribaldo amigo de enseñar y demostrar las verdades más justas y recónditas de la bondad humana, que ayer hizo de la brevedad de nuestro encuentro un largo mutismo de miradas y caricias; a mis pechos, que me desmienten, en la vigilia nocturna, con el frío erizante que toca sus puntas empedernidas; a mi propia sangre, que me envía lágrimas y no las risas del canto, la danza y la recitación de cuentos que ejercitaba para la alegría de la ciudad de las flores, adonde he de llevar a los pequeños cuando me sean devueltos.

Pensaba así, y luego dejé de pensar, colocando una mano en mis ojos, y me puse a sentir, y la estancia se llenó de configuraciones que diluyeron la

piedra y el óxido en mínimos ríos de plata, en los que navegaban cisnes con pétalos en vez de plumas, burbujas de cristal anaranjado y las azules estrellas de Anáfora, pero con la impropiedad de siempre, entró Edúrea, fea y tiesa, sin los adornos estrambóticos que yo poníale a capricho en otras ocasiones, entró, tuve que abrir bien los ojos, y echó su vozarrón para llamar a Anáfora, y luego nos increpó por nuestra indolencia, cuando ella subía y bajaba escaleras, escribía comunicados, hacía telegramas, discutía con sus amigas las medidas a tomarse, y se preparaba a la defensa de nuestra casa y de las casas de toda la gente de bien.

—Dinos qué pasa —le dijo Anáfora.

— ¿Acaso no lo sabes?

—No. He visto salir el sol por el mismo lado, no faltó agua para que Redama regase el jardín, la carga de leña llegó a su tiempo, vi por la ventana pasar a la misma gente, y a ti salir, como de costumbre, en estos días en que pareces tan abrumada de ocupaciones.

Yo callaba, esforzándome para aislarme, pero no podía cerrar los ojos por temor a que Edúrea me injuriase, y entonces le dije:

—Cuéntanos lo que ha ocurrido. Si alguien hubiera muerto, tocarían las campanas.

Me llamó irónicamente joven incauta, y me aseguró que habría muertos, y más de los necesarios si todo el mundo fuese tan indiferente como nosotras y si yo siguiera vagando por el pueblo para volver a la hora en que la autoridad había dispuesto recogerse.

—Siempre llego a tiempo —le respondí ligeramente impacientada.

Y ella me gritó que yo llegaba corriendo como una cabra y vergonzosamente rojas las mejillas. Entonces, intervino Anáfora, diciéndole que se explicara de una vez para evitar disputas.

— ¿Pero es que no te das cuenta, Anáfora, que estamos en guerra?

—Yo sí —le dije completamente descuidada—. Hay la guerra de los transformadores, pero eso no tiene nada que ver con nosotras.

Me llamó tonta. Me explicó que los transformadores ya estaban liquidados por el general, que Fascinata estaba presa y sería quemada, y que entonces se llenarían las tiendas de huevos y no volvería a desaparecer ningún otro niño.

—¡Qué horror, qué locura! —exclamó Anáfora, y se dobló su cabeza, y su pena se comunicó a mí, y, cerrando los ojos, invoqué al hombre de mi madre, llamándola así por dentro con ese nombre que no usaba al hablar, e invoqué también a todos los muertos buenos para que ayudasen a Fascinata, y entonces Edúrea me lanzó un grito:

— ¡No duermas cuando tu madre y yo hablamos!

Abrí los ojos y los dejé muy grandes, en ella puestos, como cuando se mira a una bestia que habla. Y Edúrea se dirigió a Anáfora para decirle que de lo que debiera horrorizarse era de que existiesen tantos seres malévolos. Y

luego se puso a hablar con una rapidez increíble, no soy cruel, me apena que así tengamos que proceder, se la quemará, bien quemada quedará, y qué vale una muerte, qué valen diez muertes, si con ellas ha de salvarse la castidad, la civilización y miles de vidas en peligro, ya dije que estábamos en guerra, y más aún tengo que decir, porque aquí estuvo el pigmeo ese de Ribaldo, y hay otros mequetrefes perversos, lo saben las autoridades, enviados por la Organización, ¿y no vamos a precaver calamidades y apercibirnos?, más grave todavía es la cuestión porque no aparecen por ninguna parte, y entonces, ¿ cómo exterminarlos?, pero ya hemos tomado decisiones en la reunión de la mañana, mapa en mano, señalado todo lugar oculto, los huecos de la montaña, las partes cavernosas del valle, de donde serán extraídos con unas armas muy modernas que hemos pedido a los expertos recién llegados que las traigan en el acto de su país, y son así de grandotas y disparan una cosa líquida que al chocar con algo se convierte en llama, y claro se asfixian, se queman o salen, y no me vengan con que eso es crueldad, porque yo no soy cruel, y me apena que así tenga que precederse, pero la necesidad tiene cara de palo, y de paso buscaremos brujas, aunque por otros medios, de acuerdo con las instrucciones que los sabios extranjeros nos manden, y taca-tacatacatacatacataca bimbambún y otros ruidos de chicharras de lata y vejigas reventadas, y yo me puse a llorar, y ella se rió de mí con risitas desdeñosas, y volvió a repiquetear y otra vez se rió, y que todos estaban listos, desde el cura al sacristán, desde las hijas de María hasta las Esposas del Buen Pastor, desde la autoridad en jefe hasta el basurero municipal, desde el dependiente de la botica hasta el propietario del cine Apolo, desde el vaquero de una sola vaca hasta el criador de puercos más gordos, para prestar ayuda a los detectives y a la tropa que llegaría de la capital, aunque decían que allá hacían más falta, no se sabe bien, pero por última vez, hay que cumplir con el deber y yo la única en la casa que me preocupo por el bien de las tres, ¿me oyes, Anáfora?, ¿me oyes, Redama?

—Te oigo —dijo Anáfora—, te oigo y me espanto. ¡Déjame a solas!

Despuntada, obtusa, embotada, la lengua embrollada de Edúrea siguió arrojando palabras rotas de indignación, y no paró cuando las dos nos retiramos a la alcoba, sino que se paseaba conmoviendo las paredes y empujando las sillas, y nosotras teníamos que escuchar al través de la puerta el ruido que hacía su voz ventruda y su colérico caminar de hembra que no tuvo amor.

Edúrea había salido otra vez a su vagabundeo hostigador. La tarde se cubrió de bruma, los colores del día se perdieron horas antes de que llegasen el oro y el bronce propicios a la noche, y yo me preparaba a encontrar a Ribaldo, y Anáfora adivinaba mis pensamientos, sin hacerles oposición al mirarme con la tierna mansedumbre de su distancia, que habría de hallarse más allá de los innecesarios conflictos entre los ingratos inquilinos de la tierra, cuando una grita general, un llanto de mujeres, una algarada masculina, que crecían al pasar por nuestra ventana, y luego, con otras voces sucesivas, disminuían alejándose hacia la plaza, todo ese disturbio nos hizo mover, y supimos que había muerto un niño, y yo corrí seguida de Anáfora. ¡Ay, mi corazón se inundó de las lágrimas que no sabían derramarse, y no pude respirar! Una muerte fugaz, que yo creí completa, me poseyó, dobló mis piernas, llenó mi cabeza de vapores helados y mi boca de arena, pero me resucitaron los brazos de Anáfora, y me dolió la

invalidez de mi regreso al contemplar, como si no lo hubiera visto cuando caí, el cuerpo destrozado del niño, y al escuchar las explicaciones de la autoridad, que decía que solo una bruja, alguna compañera de Fascinata, podía haber inventado y dejado allí, en mitad de la plaza, ese juguete de lata, una linda, decía el muy tonto, locomotora, y hablaba hasta de sus colores y estilo, y de la cuerdita atada al sombrero de la chimenea, de la que el muchachito, a todo correr escapado de la mano de su madre, había tirado para oírla silbar y entonces reventó la carga de esa cabeza de tren y el niño viajó por los aires, pero la autoridad no contaba esta parte, sino que yo recordaba el tren que vuela llevándose las alegrías de la curiosidad infantil por los caminos del espacio, sobre unos rieles por sí solos prolongados continuamente para que nunca pueda ocurrir un descarrilamiento, ni siquiera en las curvas alrededor del algodón del cielo, ni en los descensos para eludir la punta de las estrellas, por encima de las cuales a nadie le es permitido pasar. Y mi cuento estaba allí destruido por la sangre y el cuerpo trozado, y por el chachareo de las amigas de Edúrea, cuyo comité cumplía con su deber de presencia, la salamandra de ojos saltones que hablaba entre las caderas, la gorda olletuda y de extremidades achanchadas y las otras que no quiero recordar, diciendo, señor autoridad, necesitamos protección, pues si a este humilde muchacho le ha pasado lo que le ha pasado, qué le harán a los nuestros, aunque tengan juguetes de sobra, porque son noveleros como todos los de su edad, y la autoridad ofrecía tomar las medidas convenientes, mientras ordenaba despejar la plaza, contra lo cual protestó la gente haciendo un gran alboroto, sin dejarme escuchar el llanto de la mujer que besaba los pequeños despojos, ni la oración que Edúrea sobre ellos pronunciaba, incitando con ademanes orquestales a ser imitada, y así se formó y subió el coro de brazos levantados y bocas tristes, se humilló la mirada de la autoridad, los policías se inmovilizaron, y reinó en la plaza el réquiem inútil por el niño que había jugado su último juego.

Anáfora me fortaleció, sacándome de allí, y yo le dije, «voy a ver a Ribaldo», y ella me dijo, «descansa hoy», y yo me volví para decirle, «no puedo descansar y tengo prisa», y marché a lo que me dieron mis piernas debilitadas, hacia el recodo de tránsito difícil, donde mi falda y mi blusa se prendían en las hierbas crecidas al tamaño de mis hombros. Ribaldo me esperaba. Yo caí en sus brazos, encogiéndome para que mi cabeza quedase en su pecho, y allí mi llanto salió por fin, largamente se derramó sobre su camisa azul. El me hizo sentar a su lado, los dos en la tierra, y me sosegó con el imperio de sus palabras y la estrecha solicitud con que tomaba mi cintura para ajustarme a él. Entonces, hablamos.

Por alguna razón inexplicable, Parcitas no se opuso a que saliera antes de la hora fijada y a poco vi venir corriendo a Redama, y hasta el deseo de poseerla desapareció cuando me contó el horripilante sacrificio del niño. ¿A qué dios enemigo se quería saciar? Inseguro, lleno de sospechas, pensando en el ex largo y en Contumelio, a sus preguntas de «¿por qué, Ribaldo, por qué, quiénes han hecho eso?», respondí haciendo acopio de una forzada serenidad:

—Ellos, los que mantienen las estructuras opresoras, los usufructuarios de la desigualdad, los que habrán de caer, los dueños de los campanarios, los dueños del ganado, los acaparadores de la tierra, los que juegan con el precio de los huevos y les quitan hojas a las lechugas.

—No lo creo. No son asesinos.

—Y cuando sacan soldados a las calles y tiran sobre la gente que pide pan, ¿no son asesinos?

—Sí, es cierto, pero es peleando. El niño no había hecho nada.

—Piensa que no ha muerto un niño rico, sino un niño pobre.

Me miró con asombro, como si hubiera descubierto lo que yo le insinuaba, pero inmediatamente chispearon sus ojos, y la boca, que yo todavía no besaba, incitadora y húmeda, se movió para preguntarme:

— ¿Por qué razón van a matar a los pobres que trabajan para ellos?

Escarbé en las reservas de mis argumentos lo más rápidamente que pude, y le contesté:

—Porque son muchos, porque se han reproducido en exceso, y los ricos temen su reclamo. Tú no tienes por qué saber que se ha traspuesto, hace tiempo, el límite de abundancia de trabajadores. Esto está bien calculado. Que haya muchos, les produce ganancias; que haya muchísimos, les hace temblar. La Organización ha hecho un estudio estadístico que prueba lo que te digo.

—No te entiendo. Si fuera así, matarían a hombres y no a niños.

— ¡Ah! La explicación es fácil. Por un lado, no son torpes. Por el otro, quieren aterrorizar. Por ejemplo, el padre y la madre de ese pobre muchacho asesinado, si tienen otros hijos, que es lo más seguro, querrán guardarlos y se volverán serviles.

Otra vez Redama me miró con ojos de comprensión, quizá admirativamente, pero me equivoqué, pues me hizo esta observación:

—Alguien diría que esos padres desean vengar a su hijo.

—Es posible, es posible —me apresuré en admitir—. Si así fuere, nos favorecerá para la lucha. Quizá maten a otros niños pobres para suprimir el excedente de población... En este caso, más gente se unirá a nosotros, y podremos ganar la batalla por la redención de los pobres.

Entonces, Redama, me dijo que eso no podía ser cierto, que yo estaba en un error de buena fe, y lloró y fue ella la que me besó, primero en las mejillas, luego en la boca, diciéndome que lo hacía porque a mí me gustaba y que quería rogarme que no me metiera en ninguna batalla, y que saliera pronto de los escondites donde estábamos los sodalios, porque habíase resuelto exterminarnos con unas máquinas infernales que nos achicharrarían o nos asfixiarían. «Ven Ribaldo —y se estremecía en sollozos al decirlo—, ven a refugiarte en el cuarto del hombre de Anáfora, ven conmigo ahora mismo, y te prometo besarte como te gusta todo el tiempo que quieras, y acompañarte allí noche y día, y besarte así, así, así...»

No sentía su boca, no las manzanas de su pecho en el mío oprimidas, no sus manos en mi rostro, ni su virginidad anhelosa enla respiración que me daba, porque me invadió un terror paralizante, un deseo de huir de todo y de todos a revolcarme en el hueco de paja que me acogió en mi desventura disminuyente, para recuperar acaso mi figura y mezclarme entre la gente

común y admitida, aunque volviese a vivir de las trampas en la melancolía de la postergación, hecho cola de multitud y pedigüeño de amigos. Cobarde soy, cobarde, me dije, pero valiente en reconocerlo, y ya la razón me faltaba, y Redama seguía acariciándome y suplicándome, y yo, por fin, recobré mis interrumpidas facultades de sodalio, siquiera por unos cuantos minutos, y me vino a la lengua lo que no sentía mi corazón:

—No temas, Redama-amor, Redama-ángel, Redama-llama, Redama cerrada y abierta solo para mí. Nosotros saldremos antes de que lleguen esas máquinas infernales. Y entonces, iré a ti, con las argumentaciones finales de la victoria.

Y ella, incorporándose, triste aún, pero desahogada, con su vocecilla de gorrión atemorizado, me dijo:

—Júrame que vendrás a buscarme antes de esa victoria, de esa lucha, de esa batalla, y que vendrás con los niños, porque ellos, tú y yo juntos nos apartaremos de la violencia. Edúrea quiere violencia, y dice que tiene razón; las autoridades quieren violencia, y dicen que tienen razón; tus amigos quieren violencia, y dicen que tienen razón. ¿Cómo quieres que yo comprenda? Fascinata va a ser quemada, y los quemadores dicen que tienen razón. Júrame que vendrás para viajar a la ciudad de las flores, donde la brutalidad no existe, y donde yo te puedo dar todo lo que quieras, y después, cuando estés contento y yo sufrida, te enseñaré el amor que nunca acaba porque nunca se sacia.

Y como la tarde fugaba y Redama corría peligro de caer en el tiempo señalado por los verdugos, yo juré, y la vi descender el montículo como una gacela de viento apenas tocada por las zarzas.

La consternadora noticia de la muerte del niño llegó a la capital al siguiente día, después del almuerzo, transcurridas ya varias horas desde la ejecución de Filomedusa-Fascinata, y cuando la gente era presa del pánico producido por los extravíos del mercado, porque, a causa de la confusión reinante en el pueblo y de las diversas diligencias que tuvo a su cargo la autoridad, como la disposición del velorio esa noche y del funeral que celebraríase muy temprano en la próxima mañana, para que no se provocasen desórdenes y los interrogatorios que hubo de hacer personalmente a testigos oculares o auditivos, por todo eso y mucho más el telegrama solo fue despachado tarde en la noche y los servicios telegráficos no eran, por cierto, los de un país bien desarrollado.

O brujas u organizadores, este fue el dilema que llenó horas y horas de ardua tarea de los expertos y sus auxiliares. No se contradecían las dos hipótesis, la una no excluía la otra, pero era menester tomar un camino, una decisión, trazar un plan, rellenarlo de lógica objetiva, sin prejuicios, conducirlo en virtud del rigor técnico. La teoría brujesca triunfó al final, porque en eso eran graduados con honores, a eso habían venido y los hechos inverosímiles que ocurrían en el protegido país así lo justificaban. La resolución, en consecuencia, fue agilitar la búsqueda, revisar las tarjetas identificadoras de cuanta alcahueta, activa o retirada, viviese en ciudades o aldeas, puesto que habíanse comprobado frecuentes relaciones entre ambos oficios. Por el hilo se saca el ovillo, dijeron. Y a interrogar, se ha dicho, a tales corruptoras del ámbito social.

Pero aquel fue uno solo de los problemas que martirizaron al general, a quien su impaciencia hizo caminar el día entero de su escritorio a la puerta y de la puerta a su escritorio. Tuvo el informe de la comisión de expertos y ya supo a qué atenerse en cuanto a los culpables del infortunio infantil, ¡pero qué hacer con los precios altos, la escasez de víveres, la merma de agua, los apagones eléctricos y la abundancia de ratones! Hizo la consulta a los expertos, más ellos le respondieron, con su franca seriedad, que sabían de brujas, no así de precios ni de especulaciones hueveras. Convocó entonces, y era ya la una de la madrugada, a sus técnicos titulados y a los misioneros impulsadores de los negocios, entre quienes produjose una prolongada discusión, hasta que, cuando empezaron a cantar los pocos gallos que con potencia quedaban, el enigma fue resuelto con pruebas gráficas de que tratábase de un proceso conocido cuando un país empieza rápidamente a desarrollarse, según se podía comprobar en las estadísticas universales de los pueblos hambrientos: los precios tenían que ser remunerativos para el estímulo de la producción, porque, sin producción, ¿cómo, señor general, cómo sin ella? Soñoliento, ojeroso, lleno de surcos el rostro, el cabello alborotado, el general comunicó el resultado de su consulta a las cinco cabezas expertas, que todavía no despertaban del todo. Le respondieron, sin embargo, con una gran claridad de mente, que ellos no podían contradecir el dictamen de los especialistas en un campo ajeno, pero que no debería descartarse la posibilidad de una intervención de brujas en la súbita desaparición de subsistencias. Volvió el supremo jefe del país a los economistas para aclarar esta contradicción y fuéle explicado que podía ser lo brujesco un factor, nunca esencial, pero acaso coadyuvante, solo que se negaban, por respeto a la ciencia por ellos profesada, a darle otro nombre que el de «fenómeno de desconfianza acelerada, derivado de una sugestión a distancia», con brujas o sin brujas, por lo cual lo fascinático quedaba diluido en las matemáticas de lo imponderable. ¡Pero las brujas existen!, gritó desaforadamente el general. No lo dudados, le replicaron, pero económicamente hablando no podemos hacer afirmaciones ni en pro ni en contra.

Y cuando el general se tragaba una píldora para sosegarse, fue llamado por los grandes expertos para decirle que no les era posible recomendar al gobierno que representaban el envío de los insecticidas gigantes por tres razones: porque los tenían ocupados en beatificar lejanas regiones, en casos verdaderamente extremos, y las reservas habrían de conservarse para cualquier intensificación de campaña; porque el frente principal de batalla eran las brujas y con ellas no valían tales equipos, puesto que flotaban en lugares desconocidos y nunca se encontraban en número apreciable reunidas, según cientos de casos experimentales que habíales tocado conducir; y porque no era aconsejable, por último, entregar a un país subdesarrollado esas peligrosas maravillas de complicada técnica y refinada estrategia.

Con esto, el general cayó cuan largo era a dormir sobre su mesa de trabajo, sin haberse podido siquiera lavar los dientes en veinticuatro horas.

Por su parte, Fascinata había pasado del regocijo a la preocupación, porque su longividencia permitióle informarse del exterminio pírico de Filomedusa, a quien una vez conoció no como rival en artificios rituales, ni como competidora en clientela erótica, sino como una pordiosera sin habilidad ninguna, a pesar del feróstico pelo azafranado que la cubría y nacíala

engañosamente parecer una hija, de los impulsos secretos. No visitó, pues, a nadie aquella noche, sino que buscó refugio para meditar quién sabe en cuántos territorios desconocidos, cazando moscas procreadoras de gusanos para hacer-las comer y excrementar en cuerpos enemigos, y no rabiosa, sino acongojada, diciéndose que tendría que volverse mala, pero santiguándose en el nombre del Padre y de todos los hijos del Padre, temblequeando de miedo, ahuyentando de su mente imágenes de fuego, comiéndose las uñas y rascándose con los filos que le restaban las pulgas perrunas, recogidas en los basureros mientras erraba entre la pesadumbre de las tinieblas.

IX

El antisodalismo con que me trataba Parcitas, desde nuestro encuentro en la casa del molino, va tomando caracteres tanto más intolerables cuanto que no vislumbro todavía los medios para vengarme. Verdad es que tampoco hicimos buenas migas cuando ambos gozábamos del tamaño normal, pero entonces él obedecía a la presuntuosa dialéctica que esgrimía contra cualquiera que, como yo, poseía vuelos de inteligencia mayor, y no atrevíase aún a llegar a los límites del desafío ni a la suficiencia jerárquica que ya no puede disimular conmigo. Reglamentariamente, debía amarme, sobre todo él, tan encolado a los reglamentos; más, por el contrario, ¡cuántas demostraciones de burla, desprecio y deslealtad me ha dado! Me chismeó de Redama a Contumelio; me ganó el juego de quién se muere primero; descubrió la cueva, o le avisaron de su lugar, y no me dijo nada; se ha convertido en el jefe de los niños y hace de mí, como si fuera la cosa más natural del mundo, una especie de edecán, de ayudante privilegiado, pero ayudante de todos modos; me lanzó sin advertirme a la siniestra aventura del transformador; jactándose de su disciplina, no puso entre las provisiones ni una sola botellita, porque sabe que me gusta. Y ahora me mantiene ignorante del secreto de abrir y cerrar la entrada de nuestro conspirativo refugio-taller-escuela, lo que me obliga, al volver de mis encuentros con Redama, a llegar en punto al follaje que cubre la puerta, antes de en punto, puesto que ella no lleva reloj y yo perdí el mío por obra de lo que me dio a beber la hedionda fiambrera durante los preliminares de mi reducción. He tenido, pues, que hacer prolijos estudios de la coincidencia de los últimos reflejos solares con la punta del cerro izquierdo y saber así que la luz en el pico viene de un sol abajado, tras de la montaña opuesta, a un grado equis que no puedo permitirme dilatar, y si no hay buen sol, o la tarde está cargadamente brumosa, me confío en el regreso de los pájaros a sus árboles, calculo un margen aproximado de diez o quince minutos posteriores y echo a correr.

Pero la tarde de hoy, no obstante su inmunda apariencia, no me hizo correr. La casi desesperación en que me había dejado Redama me quitó la energía para la prisa, pusieron mis ojos perpendiculares a las puntas de mis zapatos y dieron a mi marcha el abatimiento de un verdadero enano apaleado por un gigante. Parcitas estaba afuera, de medio cuerpo saliéndole entre las ramas, como una iguana curiosa, y en cuanto me vio me amonestó:

—Te atrasaste. ¿No sabes que es peligroso?

Tardé en responder, mientras entraba. Luego, electrificado por una rabia sorda que no me dejaba articular bien las palabras, le dije:

— ¡A ti qué te importa!

Parcitas se echó a reír, diciendo entre sus ja jas:

— ¡Ay, Ribaldo, estás enamorado! Enamorado y enamorado como un pichón. Menos mal que los niños están abajo. Pasa, don Juanito, pichoncito, y recomponte para que no te vean en esa facha malinfluyente.

Pero yo no pasé. Entre las horquillas verdes y amarillas de la garganta, a mis espaldas el vestíbulo traslúcido y mis moles amigas, puse en guardia los brazos y alcé la voz con arrogancia:

—No te aguanto bromas, ¿entiendes? Te voy a hacer una pregunta y voy a darte una noticia que te hará temblar. ¿Qué has hecho con los juguetes?

—No irritarse sino con enemigos es la regla de oro del sodalismo, sección de las prácticas diarias, inciso diecisiete del título octavo o noveno, no recuerdo bien.

—Déjate de incisos y de reglas. Responde a mi pregunta. ¡Responde! A la una, a las dos...

—¿Y qué pasa a las tres?

—Te pego —le dije.

—Si me pegas, Ribaldo, yo también te pego, y una vez que nos peguemos tendremos que acudir al tribunal de las conductas no ejemplares y tú no saldrás bien librado, porque eres el provocador.

No pude soportar ya tanta insolencia. Sabía que no debía hacerlo, pero no logré contener mis ímpetus y eché la mano izquierda al cuello de su blusa, estrujándolo, ahogándolo, mientras levantaba la derecha, que se quedó en el aire, porque Parcitas se asustó:

—Bien, te contestaré, pero baja esa mano. Usemos de la prudencia reglamentaria. ¿Qué ha ocurrido con los juguetes? No entiendo tu pregunta.

Ante esa retirada de hombrecillo tan vanidoso, lo dejé libre. Y un poco arrepentido de mi violencia, le hice el relato del niño despedazado.

—No creas que no me apena, individualmente considerada, esta desgracia —empezó diciéndome, con cierta solemnidad no desprovista de fundamento —, y mucho más si ha caído un niño pobre, un seguidor en potencia de la Organización. Tú puedes llorar a tu hermano y yo a mi hermana, y los dos a ese niño infortunado, pero, por más que lo llores, el orden superior y universal queda indiferente. Esa locomotora no partió con destino señalado.

— ¿Entonces? ¿Quiere decir que...?

—Sí, se han despachado de aquí y de otros lugares juguetes con cargas explosivas, no muchos, solo unos cuantos, para desconcertar al enemigo antes de la acción decisiva. Yo he seguido órdenes, que encuentro acertadas, porque estamos en guerra. Te aconsejo no ser sentimental, aunque sufras.

— ¿Te han ayudado los niños en ese trabajo?

En realidad, yo no quería preguntar eso, pues sabía que su respuesta sería negativa, sino cómo había podido hacerlo sin que yo me diese cuenta, y además ganar tiempo, mientras razonaba buscando la manera de rehabilitar

mi precipitación, así que le escuché sin ningún interés decirme su sorpresa de que hubiera creído tamaña tontería, y luego contarme que, entre los juguetes hechos para entrenamiento y para diversión útil, él había seleccionado unos pocos. Cuando terminó, volví a endurecer la voz, aunque no mucho, para decirle en son de queja:

—Aunque tengo mucha aflicción por la muerte de ese mu-chachito, lo que me irrita es que no me hayas dicho nada, y que yo, sin preparación, por tu culpa haya quedado como un idiota ante la noticia que me daba Redama.

—Con un poco de imaginación hubieras podido salir del apuro.

—No eludas el tema, Parcitas. ¿Por qué no me lo hiciste saber? ¿Por qué desconfías de tu viejo amigo y sodalio?

—Te podría contestar que porque estás enamorado y en todo enamorado ocurren cambios imprevistos en la conducta. Te podría afirmar que me dieron esa comisión solo a mí, bajo órdenes estrictas de no comunicarlas a nadie. Tú sabes cómo se trabaja entre nosotros.

Naturalmente, ya me había dado cuenta de haber padecido una nueva derrota y de que Parcitas me cobraría el gesto de violencia. Pasé entonces rápidamente al otro asunto, a contarle que nos sacarían con líquidos asfixiantes y quemantes. Esto sí preocupó al ex largo, que, luego de un silencio durante el cual no hizo sino mover la cabeza mirándome, me dijo:

—Grave parece lo que me dices, grave, sin duda, gravísimo. Mañana, antes del amanecer, enviaré un mensaje urgente. Pero creo que tendremos tiempo de salir antes. Esos aparatos demorarán en venir del exterior. En todo caso, no nos queda sino esperar instrucciones. Ahora, querido Ribaldo, necesitas un descanso. ¡A comer, pues, y a descansar y a charlar un rato con los niños para aligerarnos de espíritu! Mañana será un día agitado. Debemos prepararnos.

— ¿Qué va a pasar mañana? No hay más transformadores en el pueblo... ¿Qué, entonces? —le inquirí con renovado desasosiego, mientras descendíamos hacia las ondulaciones pétreas, tomados del brazo, como corresponde a sodalios bien urbanizados.

—Mañana recibiremos la visita de Tíbulo. Ya ves que si te doy noticias importantes... Esta me llegó mientras tú te acaramelabas con Redama.

Había en su voz un tono de tanta hipocresía que sentí mi brazo junto al de él como la pata de una mosca atrapada por la viscosidad de una miel venenosa, mas, por otra parte, el corazón me saltó de alegría, porque yo amaba a Tíbulo y él siempre habíame distinguido con sus razonamientos metafóricos. Cauteloso, no obstante, exclamé:

— ¡Qué bueno! Quizá, por su llegada, el día sea agitado, pero no veo por qué he de prepararme para esa recepción. Uno no se prepara para la alegría.

—Tienes razón, habrá cierta alegría... Pero tengo mis sospechas de que necesitaremos nervios muy templados para soportar una sesión muy larga...

Por eso un buen descanso, un sano humor, una cena apropiada nos conviene en alto grado.

Lleno de recelos, le dije yo:

— ¿Tiene su visita algo que ver con la lucha en las esferas superiores, con aquel avisito de periódico acerca de la nueva línea? Me acuerdo que de ello hiciste referencia cuando te obligaron a pedir perdón.

—Un buen amigo, Ribaldo, no recuerda faltas a otro. Y no lo digo por haber pedido perdón, pues, tú lo sabes, eso es mérito y no falta, sino por mi imprudencia en hacer preguntas que no me competían, Yo soy prudente, bien me conoces, pero durante esa sesión... hice algo parecido a lo que tú haces a cada instante.

—No te he hecho mi pregunta con malas intenciones. No me respondas, por tanto, con insinuaciones pérfidas. Te ruego contestarla.

Yo también le jugaba así el juego de la hipocresía. Y él continuó del mismo modo, poniéndome en ascuas:

—Poco sé, nada realmente, pero me inquietan los preparativos que hemos de hacer en cuanto despertemos. Para serte franco, me temo que se trata de lo que tú piensas, aunque espero, para bien de todos, que los problemas de la línea cambiante en apariencia quedarán definitivamente solucionados. Nada más te digo; positivamente, nada más conozco. Mañana sabremos.

—Explícame por lo menos de qué preparativos hablaste.

—Paciencia, Ribaldo. No son preparativos secretos, puesto que tú participarás en ellos, pero ya estamos cerca de los niños, ya vienen a saludarnos en pelotón. Hablaremos mañana, en cuanto abramos los ojos y te limpies las legañas después de un sueño apacible, que buena falta te hace.

Falta me hacía, pero no lo tuve, sino muy desapacible; mi cabeza y mi corazón, obligados profundamente a trabajar bajo altas tensiones y aullidos truncos, cada vez que despertaba a enjugarme el sudor, porque había estado luchando con el bastón presumido, que se me había ordenado mantener inmóvil por sobre la altura de mis hombros y que yo trataba de romper cuando menos en dos trozos, por cuyas aberturas manaría su fluido malévolo, hasta que se retorciese y secase en sus últimas expiraciones, pero no podía concentrar la totalidad de mis fuerzas, porque alguien, un cuerpo de proporciones reverentes y rostro invisible, estornudaba, y a cada estornudo moría un hombre, o una mujer, o un niño, y yo entonces tenía que saltar de un lado a otro para que no me tocase a mí, de modo que resolví esconderme entre las páginas del libro grande, en el cual me acomodaba y acomodaba el bastón a mi costado, cuando cayó sobre él un estornudo muy estrepitoso, se abrieron las hojas en un rasguido de inmenso abanico de piel tostada y yo tuve que dar un brinco inmejorable, mientras se me escapaba el bastón, vengándose con celeridad en mis espaldas, por lo que huí deshalitado de los dos peligros hacia un hueco de conejos, sin poder entrar en él porque al tocarlo se alejaba y únicamente venía mi salvación el instante en que formábase en mi garganta el nudo mortal, por misericordia simultánea desatado en aullido, fuera de las sábanas las dos

terceras partes de mi cuerpo enmugrecido de sudor agrio, en riesgo de caer o resfriarse.

Esa fue la noche preparatoria que me obsequió Parcitas.

Dame una pastilla, Parcitas, para recuperar mis fuerzas, ya que no me quieres dar aguardiente, díjele, martillo en mano; dámela porque no puedo trabajar y me arden los ojos de la indigestión que debo haber sufrido anoche, y él me dijo que no sabía ese nuevo nombre del miedo, pero me dio la pastilla mineral-vitamínica, y después de una hora le pedí otra, con lo que me recompuse un tanto, y entre martillazo y martillazo volví por décima, vigésima o trigésima vez a preguntarle por las explicaciones ofrecidas, por su «mañana sabremos», a lo cual sonrientemente respondía lo mismo, es decir, nada; es decir, casi nada; es decir, que él no sabía nada con exactitud y que esas armazones prefabricadas habían llegado cuando yo dormía, y yo le replicaba que no había dormido sino por ratitos, pero él continuaba, sin hacerme caso, repitiéndome que las instrucciones eran las de instalar un estrado de metro y medio de altura, y frente a él una banca giratoria, y eso dizque era todo. Estábamos en el agora de la explanada irregular, donde desembocan las calles rectas, las torcidas y los pasajes intersectores, y donde el lomo azul del monstruo ondula su ceniza bajo la versátil luminiscencia vitral, proveniente de remotas claraboyas naturales, que yo imagino distribuidas al azar en las alturas inaccesibles de la roca. Los niños nos ayudan, inflamados por la curiosidad, cruzando apuestas acerca del espectáculo que les hará gozar el entarimado, un circo de payasos v monos sabios en bicicleta, una película de pistoleros, una fábula titiritera de Drácula versus Picaflor, y pasan cargando tablas y cantando que están entarimando y que aquel que desentarimare un buen desentarimador será. Hay cuatro docenas ya, de las cuales apenas la cuarta parte de una me trajo Redama. Los demás niños vinieron tan misteriosamente como otras cosas mane- jadas por intermedio de Parcitas, de las que solo ha de ser receptor, sin conocer procedencia exacta, aunque presuma de saberlo con sus silencios cargados de intención. Deben haber llegado cuando yo dormía un pedacito, cuando me descargaba de alguna necesidad corporal o cuando besaba a Redama. ¿Cómo pueden encontrarlos ahora, si están vigilados por sus padres y la policía? Lo sabrán los consejeros actuantes, los vigilantes o los delegados... Lo cierto es que los niños siempre se dan mañas contra la custodia y que la dotación de esbirros uniformados o sin uniforme es escasa. Y dale con el clavo y el mazo, sacando y metiendo el pañuelo del bolsillo trasero para secarme el sudor de la frente, porque se me resbala a las pestañas y si no veo bien me pesco un dedo; un sudor que no me produce nada, sino esta zozobra intestinal y cardiaca que distraigo por instantes cuando me pongo a tararear las tonadas de los niños, pero que me vuelve y me hace desarrollar pensamientos repugnantes de inanidad, como los de un espejo, y nada, solo el vaho de una boca que ha hecho muecas en él, un muchachito asesinado, y nada, una bruja tostada, y nada, y yo se lo dije, bien hecho que se lo dije a Parcitas, cuando empezábamos a trabajar, le dije: «ahora deben estar quemando a Fascinata, pues Redama me contó que lo iban a hacer», y nada, no se asustó, solo «mejor que mejor», un entarimado, y nada, una serpiente que se engulle a una rata, y nada, una muerte de transformador, y nada, una guerra de insectos, otra guerra de hombres, y nada, y corren trabajos y corren días y corren noches, y nada, y en esta nadería floto como una burbuja pronta a desaparecer, y dale al clavo y al tornillo, y muévete Ribaldo con la mayor actividad que

puedas para que no sientas a tu alrededor más nadas, pero me muevo, y nada, y si no tuviese vergüenza me echaría a llorar, justamente porque sé que una inmensa cantidad de lágrimas haría una inmensa cantidad de nada, y la nonada de Parcitas dispuso el descanso para almorzar, y yo devoré mis fideos y mis papas y mis trocitos de huevo, porque un sodalio sin huevos sería nada y pese a la escasez nuestros superiores los obtenían por docenas, y nada para los otros, y Parcitas hablaba, y yo nada, solo comía, y mi hambre temporal, en mí y para mí, se hizo nada, y tenía entonces que buscar algo que no fuera nada en mi propia puerilidad existente, acosado por una sucesión infinita de nadas, en una dialéctica de pura piel, y yo temblaba, miedoso de que mis pensamientos fueran descubiertos, y estos pensamientos eran lo único que no eran nada, y lo eran, sin embargo, puesto que a ella me conducían, aunque los podía volver a pensar para llegar nuevamente a nada, nuevamente al clavo y a la madera y a las salchichas picadas de ajo que me llenarían de noche el vientre, para deshacerse en las partículas que me hacían a mí para que yo acabara deshaciéndome, nada, Redama, ni penetrándote para separarnos, ¡ nada!, exclamé sin darme cuenta, y Parcitas se acercó a preguntarme qué me ocurría, y yo le dije, naturalmente, nada, y continué trabajando, hasta que, mediada la tarde, nos lavamos y descansamos, y yo habría quizá dormido una hora cuando me despertó Parcitas diciendo que me preparase, más yo no sabía para qué ni cómo, y simplemente fui a sentarme cerca de los niños, que habíanse acomodado en piedras pulidas por un tiempo larguísimo, que no era nada ya y que nunca había sido nada, acomodados, sin embargo, ellos y yo, en tal posición concreta que podíamos abarcar con la mirada todo el estrado y al mismo tiempo la banca giratoria que a su frente se hallaba, esperando una espera de no sé cuántos minutos, rota cuando oí un ruido extraño que no logré identificar ni como de campanilla, ni como de timbre, ni como de voces, ni como de silbo, aunque me pareció algo de lo último, mezclado a un ligero cascabeleo metálico y a un tintirintín semiagudo de serpentón. Parcitas saltó de la piedra que le aguantaban las nalgas para correr a la puerta. Empezó entonces la ceremonia.

En el estrado, bajo una luz cenital de partículas doradas, que lo ilumina como si fuera a aterrizar en cualquier momento la paloma del Espíritu Santo. Sin embargo, como medida de precaución, hay una lámpara cada dos asientos, que serán encendidas oportunamente. Presidiendo la mesa circular de las deliberaciones, un encapuchado de gris neutro, algo elevada su estatura sobre los otros por un birrete magisterial. A su derecha, el encapuchado negro. A su izquierda, el blanco. Los descapuchados, con blusas azules recién planchadas, distribuidos en las alas del entarimado que repite la forma semi-circular de la mesa, todos de uniforme altura, a ras con los dos encapuchados que acompañan al que preside. En un extremo, al lado de Parcitas, Ribaldo. Contumelio, junto al encapuchado negro. El secretario Balbuto, junto al blanco. Silencio. Los niños, perplejos, hipnotizados.

RIBALDO (Susurrando, a Parcitas). — ¿Quiénes son?

PARCITAS (Moviendo apenas los labios). —Cállate.

RIBALDO —Desde aquí no pueden oírnos. ¿Quiénes son?

PARCITAS (Hablando por un extremo de la boca). — ¿Quiénes?

RIBALDO (En la misma forma, por el otro extremo de la suya). — Los capuchas.

PARCITAS (Impacientándose, pero sin abrir la boca). —Usa tu imaginación, idiota.

RIBALDO (Usando la imaginación). — consejeros vigilantes, consejeros actuantes, o algo más. El bonetudo ha de ser Tíbulo. Bonete, birrete, ah, ya caigo, un juez, y los dos de lado y lado, los platos de la balanza, el birrete, su agarradera, para el equilibrio perfecto. Libra. Negro y blanco, igualdad del día y de la noche, en el equinoccio otoñal, cuando el sol entra en el signo... ¡Ay, este Parcitas! ¿Me irán a juzgar por causa de sus chismes? Parcitas, dime si se trata de un juicio.

PARCITAS —Del que te falta a ti.

RIBALDO — ¡Cochino!

El presidente neutro levanta el mazo y da tres poderosos golpes. Ribaldo tiembla, y no puede evitar que se le vean los dientes, por más que aprieta los labios. Aparece en la garganta, descendiendo hacia el agora, Tíbulo, en mangas de camisa blanca ordinaria, desabrochada, desgarrada en los hombros. Mientras se acerca, crece, y Ribaldo advierte con espanto que tiene el tamaño normal, un metro setenta y pico, calcula sin proponérselo, serán setenta y cuatro recalcula, seis centímetros más que él, cuando era él. Tíbulo viene con las manos atadas a la espalda, la cabeza bien puesta, aunque despeinada, el rostro barbado de muchos días, marchito, pálido, la mirada opaca y sentimental de los miopes. Le siguen dos guardas de porte sodálico, en blusa azul, como la de todos, pero con botones de lata. Atraviesa Tíbulo el espacio entre el entarimado y los niños espectadores, a pasos de fatiga, en dirección oblicua, para llegar a la banca giratoria. Todas las cabezas siguen su movimiento y vuelven a quedar derechas, frente a la banca, donde Tíbulo se asienta. Los guardas le desatan las manos, las llevan a posarse a sus lados, las aseguran por las muñecas con correas de cuero que clavan a la madera de la banca, prueban el trabajo, tirándolo de los brazos a la altura del codo, y satisfechos, se retiran un poco atrás, a la derecha y a la izquierda. A Ribaldo se le sacuden los cachetes, a punto de llorar. Parcitas lo observa.

EL PRESIDENTE (Luego de reventar un mazazo en la mesa). — ¿Estás listo, Tíbulo? Tíbulo contempla la capucha gris, y su cabeza, ligeramente ladeada, hace una seña de asentimiento.

EL PRESIDENTE — ¡Responde, Tíbulo! Responde con palabras, no con señas.

TÍBULO —Sí.

EL PRESIDENTE (Otra descarga del mazo). —Vamos a empezar. En la justicia ordinaria de la decadencia social, un defensor es pagado por el acusado. ¿De qué vale un defensor comprado? Si el reo carece de dinero, se le da uno gratuito. ¿De qué vale un defensor regalado? En nuestra justicia todos los miembros concurrentes del tribunal tienen la licencia de defender, menos los espectadores y nosotros los tres encapuchados por la imparcialidad. El

acusado tiene también la misma licencia. En nuestra justicia asimismo todos los concurrentes miembros pueden acusar, si así lo desean, menos nosotros tres, que permanecemos neutros. En nuestra justicia, por último, la declaración de culpabilidad será hecha por todos, en votación nominal, sin nuestra intervención, porque seguimos neutros. En este caso, los espectadores tienen licencia de opinar, mas no de votar. ¿Habéis comprendido bien?

LOS SODALIOS (A una). — ¡Sí!

LOS NIÑOS (A una). — ¡No!

EL PRESIDENTE — ¡Silencio los espectadores! (Otro golpe de mazo, y luego, dirigiéndose al encapuchado negro.) Empieza, Interrogador Primero, empieza con la pregunta fundamental.

INTERROGADOR PRIMERO (Con voz de rapsodia canturreante). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido?

TÍBULO —Ya me lo han preguntado los esbirros muchas veces, en mi casa, en mi mesa, en mi lecho, en la reunión con los jefes, durante la noche y durante el día, en el socavón de mi cautiverio, me lo han preguntado hasta cuando dormía la hora que me daban. No lo sé.

EL PRESIDENTE (Al encapuchado blanco). —Haz, ahora tú, In-terrogador Segundo, la pregunta fundamental.

INTERROGADOR SEGUNDO (En igual tono rapsódico). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido?

TÍBULO —No lo sé.

EL PRESIDENTE —secretario Balbuto, anota: dos negativas a responder a la pregunta fundamental. (A los sodalios, cubriéndolos de izquierda a derecha con un amplio gesto de la mano entogada hasta casi los dedos.) Queda abierto el debate sobre las causas de la negativa del acusado a responder y sobre las posibles razones para su irreducción.

CONTUMELIO (La jeta gelatinosa, los ojos finos y ágiles, gorjeando al empezar). —Como delegado en esta sección, creo que tengo derecho a hablar primero. Lo primero para el debate es considerar que el problema no es sencillo, sino complejo, compuesto de varias partes. Lo segundo, que, siendo complejo, requiere del procedimiento analítico. Lo tercero, que el procedimiento analítico puede conducir a la disolución del problema. Lo cuarto, que el análisis debe hacerse con sumo cuidado para evitar la disolución. Lo quinto, que un análisis bien hecho ha de conducir a la síntesis. Lo sexto, que a la síntesis solo puede llegarse por oposiciones sucesivas. Lo séptimo, que las oposiciones sucesivas tienen que tomar en cuenta todas las partes del problema. Estas son las reglas del debate. (Ahora con la voz rotunda.) ¡Si el acusado se niega a responder, eso quiere decir que es culpable! Las partes del análisis son estas: no se redujo, una; no se redujo porque no lo merecía, dos; no lo merecía porque se había apartado de las sabias enseñanzas del Gran libro de las manifestaciones, tres; se apartó de ellas por ignorancia, por desidia o por traición, cuatro; no fue por ignorancia,

porque Tíbulo siempre dio pruebas de conocer bien el texto e incluso me ayudó en mi aprendizaje, cuando era mi jefe, cinco; no por desidia, porque entonces, título octavo, artículo novecientos noventa y nueve, inciso decimosegundo, habríasele aplicado cualquiera de las penas premonitorias, a saber, sanción parlada, suspensión transitoria de facultades, privación de la lectura del libro, o, cuando más, degradación de funciones, seis; ¡por traición, puesto que no es por ignorancia ni por desidia!, siete. El mismo Tíbulo nos da, sodalios, la síntesis.

PATEFACIO (Tratando de erguir por encima de las otras su cabeza parchada, gracioso, rosado, risueño). — ¡Contumelio se ha lucido! Sin embargo, quiero aportar mi desvelo para mayor esclarecimiento de la justicia. Digo mi desvelo, porque he pasado horas y horas estudiando el caso. Puedo recitar de memoria los artículos, los títulos, los incisos, pero no hace falta. Aunque él llegó a más altas posiciones sodálicas que yo, por razones que no quiero recordar por no hacer más grave su situación y no decir que me robó ideas y planes de trabajo, yo di a Tíbulo mi protección intelectual, yo le di mi cultura, yo le di mis consejos cuando hacía solo poemas de amor, mis conocimientos, mi sapiencia, mi compañía, mis brazos, mis agonías ontológicas, mi forma retórica, le transmití mi fama, mi alegría, mi valor, mi entusiasmo, mi exaltación, mi elogio, mi fervor, mi descubrimiento, todos los mis, que son incontables, con toda mi generosidad. No es, pues, mi enemigo. Ni un sí ni un no ha habido entre nosotros. Queda, por consiguiente, enfatizada mi imparcialidad. Y sobre mi pena de amigo, cumpliendo con mi deber, pregunto, antes que nada, ¿qué es la reducción?

SEMÍFORO (Con sus pelos erizados, sonriendo también). — ¡Vaya con la pregunta! Tócate, y mírate, Patefacio, y lo sabrás.

BALBUTO — ¡De acuerdo con Semíforo!

EL PRESIDENTE (Golpeando con el mazo sin mucha energía). — Al secretario no le corresponde debatir. Solo tiene derecho a votar.

TABESCO (Agitando las uñas negras, el sebo del rostro con la felicidad de haber descubierto el quid pro quo de todas las equivalencias sustitutivas a la pregunta de Patefacio). —Reducción es encogimiento, encogerse.

VERECUNDO (Bajos los ojos, voz de pito triste). —Reducción es el paso de una forma grande a una breve, el proceso inverso de una breve a una grande. No es una restricción. Es una operación, lo aclaro mejor, por la cual se llega a una forma adecuada de otra u otras que no lo eran.

PATEFACIO — ¡Te aplaudo, Verecundo! Y ahora sigo con mi peculiar investigación. ¿Es la reducción un mérito o un demérito?

PARCITAS —Un mérito, por supuesto.

RIBALDO (Tratando de no mirar a Tíbulo). —Claro que un mérito.

EL PRESIDENTE —Llegado a este punto del análisis progresivo, paréceme conveniente que los interrogadores vuelvan a formular la pregunta fundamental al acusado.

LOS INTERROGADORES (En dúo solemne, de sílabas prolongadas en musicales gemidos). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido?

TÍBULO —No lo sé, ya lo he dicho. El presidente, entonces, hace una seña a los guardas, quienes se apresuran a prenderse cada uno de un extremo de la banca, y empiezan a correr para hacerla girar, cada vez con mayor rapidez, hasta que la sueltan, y la banca con Tíbulo sigue por sí sola dando vueltas como una perinola. No es posible distinguir a Tíbulo ni a la banca, sino solo aros bailando en el aire. Poco a poco la figura va recobrando sus perfiles y consistencia, hasta que se detiene lentísimamente en su primitiva posición, a lo cual ayudan los guardas.

EL PRESIDENTE — ¡La pregunta fundamental, Interrogadores!

LOS INTERROGADORES (En idéntica modulación sonsoneteada). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido?

Tíbulo, con los ojos cerrados, mortalmente pálido, no responde, hace bascas, y al fin derrama sobre su camisa y el pantalón un poco de líquido verdoso.

LOS INTERROGADORES (Tan solo a una seña de la capucha gris neutro). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido? Tíbulo, respirando con dificultad, todavía sin abrir los ojos, no responde. Sube los hombros y los baja, toma aire, lo expele, pero no responde.

LOS INTERROGADORES — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido?

TÍBULO —Tú lo debes saber, Contumelio. Y tú, y tú, y tú, y todos. Yo no lo sé. (El esfuerzo de hablar lo aniquila, mete la cabeza en el pecho, desgajada, como si no tuviera vértebras.)

EL PRESIDENTE (Disparando un horrible mazazo que hace estremecer a Ribaldo y sonreír a Parcitas). — ¡Prosiga el análisis progresivo!

PATEFACIO —Gracias. Queda probado que la reducción es un mérito. Ahora bien, ¿se recibe un mérito gratuitamente?

SEMIFACTO (La boca en través, el carrillo alto, el abombado, latiendo al hablar, el aire de las palabras insistentemente empujándole la bola). —Para mí, sí.

VERECUNDO — ¡Semifacto, qué barbaridad dices!

TABESCO — ¡Ni en broma se puede aceptar semejante gratuidad! Y este no es sitio para bromas.

CONTUMELIO — ¿Te reafirmas, Semifacto, en lo que has dicho?

SEMIFACTO (Vacilante). —Pues... así me parece...

CONTUMELIO —Dime, entonces, ¿por qué, para ti, el mérito es recibido gratuitamente?

SEMIFACTO —Supongo que porque soy muy feo y era muy feo antes. No he perdido nada, tampoco he ganado. Es gratis.

EL PRESIDENTE —Debo intervenir. Semifacto está equivocado, pero de una equivocación sincera, y hasta ejemplar, en el sentido de la humildad disciplinaria que manifiesta.

PATEFACIO —En todo caso, es un asunto personal de él. ¿Qué dicen los otros?

TODOS (A una, menos Semifacto). —Un mérito no se recibe gratuitamente.

PATEFACIO —Lo cual quiere decir que un mérito debe ser merecido. ¿Lo merecía, Tíbulo merecía el mérito de la reducción?

SEMÍFORO —Permiso, presidente, yo quiero preguntar qué hizo Tíbulo con las líneas.

EL PRESIDENTE —No procede la pregunta, porque estamos tratando de otra cosa. Hay que responder concretamente si Tíbulo merecía o no merecía el mérito.

TODOS (A una. Ribaldo con la voz apagada, pero abriendo mucho la boca). — ¡Tíbulo no lo merecía!

PATEFACIO —Por consiguiente, por eso no fue reducido. He aquí mi conclusión preliminar. Y prosigo, ¿por qué no tuvo méritos para merecer el mérito de la reducción? Seguid con el hilo y encontraréis el nudo.

SEMÍFORO — ¡A ver quién lo desata!

PATEFACIO —Pues yo. A eso voy.

CONTUMELIO —Permiso, petición de orden para completar el razonamiento de Patefacio: Solicito al sodalio presidente que se discuta la pregunta de Semíforo relativa a las líneas. Si bien os fijáis, el problema del no mérito de Tíbulo está determinantemente ligado al de las líneas. ¿Puedo preguntar al acusado?

EL PRESIDENTE —Ahora entiendo. Procede.

CONTUMELIO —Dime, Tíbulo, ¿es una línea más o menos que una raya? Tíbulo se encoge de hombros con displicencia. Quiere decir con ello que no ha entendido la pregunta. Los niños ríen.

EL PRESIDENTE (Un mazazo doble). — ¡Silencio los espectadores!

VERECUNDO —Ya que Tíbulo parece no comprender la pregunta, ¿por qué no se la aclaras tú, Contumelio?

CONTUMELIO —Porque es obvio que una línea es mucho más que una raya.

SEMÍFORO —Yo tampoco entiendo. Explícalo, Contumelio.

CONTUMELIO —Con gusto. Una línea es calidad. Una raya, cantidad. De la raya se pasa a la línea cuando la raya es insuficiente, y entonces las dos entidades son distintas. La raya se traza, y allí queda, en una sola forma, unívoca, mediocremente expresiva. La línea no es equívoca, pero se amolda a las formas que sean necesarias, pues en ella pueden convivir varias líneas, varias cantidades cualificadas.

SEMÍFORO —Me parece que empiezo a comprender. Por eso se cambió de línea cuando la cuestión de los... Quiero decir que por eso preguntó Parcitas el otro día si había lucha en las esferas superiores. Pero sigo sin comprender por qué, entonces, Parcitas fue reprendido.

EL PRESIDENTE (Colérico). — ¡Fue reprendido por la misma falta que tú estás cometiendo! En las esferas superiores no hay lucha. Hay discusiones esclarecedoramente tecnicolúcido-democráticas. Si hubiera lucha, eso sería dislocación lineal, y la dislocación se castiga con automatismo creador, es decir, ya el dislocado dejaría de pertenecer a las esferas superiores. No habría lucha, por tanto, porque lucha el que es y no el que no es. Además, Tíbulo no perteneció nunca (habla dando una fuerza terrible a las palabras, silabándolas como si las mordiera), ¡nunca!, a las esferas superiores, sino a las secundarias, que ya es un alto honor al que parece no haber correspondido. ¡Semíforo, eres superficial, imprudente, descarado y peludo!

SEMÍFORO (Con media lengua afuera, remojándose los labios). — ¿Debo pedir perdón como Parcitas? Lo pido, sin duda que lo pido. Mis intenciones no fueron las de...

EL PRESIDENTE —Guárdate las intenciones para otra ocasión que aquí no se juzgan intenciones, sino hechos y sus consecuencias. Se te perdona provisoriamente. Esta causa de hoy no es para asuntos menores. Di solo que te arrepientes.

SEMÍFORO — ¿Cómo no he de arrepentirme? Yo nada más quería entender. Me arrepiento de no haber entendido.

EL PRESIDENTE —No me obligues, Semíforo, a ser severo. ¿Has entendido o no has entendido? ¡Serás descendido al grado más inferior de todos! ¡A empezar de nuevo, con los palotes y las letras del Gran libro!

SEMÍFORO —He entendido, sodalio presidente, te juro por el ojo recto del Gran Caputón que he entendido, y estoy contrito

EL PRESIDENTE — ¡Basta! ¡Prosiga el debate lineal! (Levanta el mazo, lo descarga y truena la mesa.)

CONTUMELIO —No has querido responder, Tíbulo, si una línea es más o menos que una raya, pero ya lo sabes. Respóndeme, ahora, ¿cómo caminas de un punto a otro?

TÍBULO (Aburrido, sin levantar la cabeza). —Caminando.

CONTUMELIO —presidente, pido que el secretario Balbuto anote esa respuesta abstracta.

EL PRESIDENTE —Procede, Balbuto. Tú, Interrogador Primero, pregunta si el camino más corto de un punto a otro es la línea recta.

INTERROGADOR PRIMERO (Canturreando, aunque con menor musicalidad). —¡Dime, Tíbulo, si es verdad o es mentira que el camino más corto de un punto a otro es la línea recta!

TÍBULO (Restablecido, con una sonrisa restaurada por el enojo del absurdo de quien se ve acorralado por el absurdo, imitando una recitación infantil).—No siempre es ese el camino más corto, porque si hay obstáculos es menester rodearlos, y entonces la línea ya no es recta, sino que puede ser en zigzag o en semicírculo, y el zig-zag y el semicírculo son entonces más cortos que la recta, y hasta se puede regresar un poquito, y adelantar luego más que ese poquito, y llegar entonces al punto con todas las vueltas y revueltas que hacen más corta la llegada, y entonces llegar es lo principal de la línea, y la línea es el medio que los fines utilizan, y entonces cualquier medio es bueno con tal de llegar, por lo curvo, por lo recto, por lo circular, por lo zigzagueante, o paralelepípedo, romboide o rectangular, desarticulado o articulado, triangular escaleno o equilátero, oblicuángulo o ambligonio, anticomplementario o metaharmónico, porque solamente los fines son rectos, son cuatro rectos en cuadro, o cinco rectos en pentágono, o seis rectos en hexágono, u ocho rectos en octágono u octaédricos, título no sé cuántos, artículo no sé cuántos, inciso no sé cuántos, serie de los impedimentos imprevisibles y previsibles, sección de la táctica objetiva...

VERECUNDO — ¡Protesto, Tíbulo se burla!

PATEFACIO —No se burla. Está probado por él mismo que conoce la filosofía lineal, tómese nota, y se hace el melindroso porque no recuerda bien el texto. Bien, hay en ello dos naturalezas de falta. La una, de naturaleza presuntiva, y es: ¿cumplió Tíbulo con los deberes de aplicación de la filosofía lineal? La otra, de naturaleza conclusiva: su aprendizaje tiene lamparones metafísicos, puesto que no sabe a cabalidad las numeraciones del texto objetivo. Has eludido, amigo Tíbulo, el esfuerzo que templa el espíritu y acera la voluntad. Te lo diré yo con mi desprendimiento habitual: título treinta y tres, artículo cinco, inciso q 18 b, sección de las aplicaciones teóricas, subsección y no sección de la táctica objetiva.

CONTUMELIO —Mantengo lo dicho desde el principio, esto es, que Tíbulo no procedió por ignorancia, como parece creer Patefacio. La falta de naturaleza conclusiva no es la que se acaba de indicar: es la de que no quiso aplicar su bien adquirido conocimiento del texto.

PATEFACIO — ¡Erró el sodalio Contumelio! Mi demostración es rigurosa.

EL PRESIDENTE —Hay que dilucidar este problema. No quiero resolverlo yo, solo opinar. Mi opinión es que la falta de naturaleza conclusiva puede ser de dos órdenes: o de ignorancia punible o de voluntad asimismo punible. ¡A votar! (Uno, dos, tres mazazos.)

PATEFACIO y RIBALDO — ¡Ignorancia punible!

LOS DEMÁS — ¡Voluntad punible!

EL PRESIDENTE —Ha triunfado la voluntad punible.

PATEFACIO —Permiso para aclarar que, aunque haya ganado la tesis de Contumelio, la ignorancia punible y la voluntad punible son igualmente graves, y, al así expresarlo, no hago sino aplicar la magistral sentencia de nuestro Gran Caputón: «que muera el hermano, pero que viva el principio».

SEMIFACTO —Que viva, pues, con lo cual queda dilucidado el punto de la falta de naturaleza conclusiva, y ahora solicito al sodalio presidente que se pregunte al acusado, de acuerdo con la falta de naturaleza presuntiva, si aplicó o no aplicó la línea.

TABESCO—Pero como ya está dilucidada la cuestión conclusiva, pido que antes de nada se anote la voluntad punible en la enumeración de los delitos comprobadamente cometidos por Tíbulo.

EL PRESIDENTE —Procede la petición. Anota, Balbuto. Cabe ahora que los interrogadores repitan la pregunta fundamental.

INTERROGADORES (En el tono usual). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido? Tíbulo no hace un gesto. Desvía la mirada hacia la pedrería ya casi nocturna del agora. Los interrogadores melopean otra vez. Tíbulo permanece silencioso. Los guardas, al advertir el puño enhiesto del presidente y el enérgico movimiento de su capucha, vuelven a hacer girar la banca, lanzándola a una vorágine de líneas teológicamente comprensibles. Al detenerse el remolino, Tíbulo desfallece, vomita, vuelve a desfallecer.

LOS NIÑOS — ¿Ya se murió?

EL PRESIDENTE — ¡Silencio los espectadores! Prosiga el debate.

PATEFACIO —Con toda reverencia, sodalio presidente, quiero aclarar que, aunque mi razonamiento ha sido derrotado por la mayoría, solo se trata de una pequeña discrepancia que no altera los resultados conclusivos. Con toda reverencia también, insisto en que yo tuve el acierto. Pero, con la misma reverencia, acato la decisión mayoritaria.

EL PRESIDENTE — ¿Es que osas intentar una nueva controversia sobre lo mismo? ¿No estás un poco gagá?

PATEFACIO —No, sodalio presidente, ni ga-gá ni go-gó. La prueba es que, cuando hablé después de la votación, lo hice para acatar sus resultados, y no planteé la reconsideración que me autoriza a plantear el título que sabéis y el artículo eme sabéis, con su inciso especialísimo. Lo que dije, y parece haberte molestado, fue para evitar malas interpretaciones y porque me lo dictó el corazón.

EL PRESIDENTE —Deja tu corazón en paz, que nos haces perder el tiempo. ¿Quién te hizo creer que hablas lindo? ¡Prosiga el debate!

PARCITAS —Me parece que es necesario comprobar la falta de naturaleza presuntiva, de acuerdo a la moción de Semifacto.

TABESCO —Tal como lo denuncié a tiempo, por medio del consejero Vigilante que me corresponde, es decir, por medio de su delegado, que es a quien conozco, Tíbulo me dijo que no estaba de acuerdo con la campaña contra los campanarios, y me dijo también que estaba en desacuerdo con el aviso rectificatorio que se publicó. Dijo que, en casos así, era mejor el silencio.

EL PRESIDENTE —Muy bien, Tabesco, eso consta en el proceso, pero Tíbulo no ha confesado todavía. Nuestra justicia impone que las causas sean públicas como ésta y que la confesión sea también pública. ¡A interrogar, Interrogadores!

INTERROGADOR (En dúo tan perfecto que parece aria). — ¿Te opusiste, Tíbulo, a la campaña anticampanaria? Si te opusiste, Tíbulo, ¿por qué lo hiciste? Si no te opusiste, Tíbulo, ¿por qué no lo hiciste? Tíbulo no responde porque sigue desfallecido. Los guardas lo sacuden, le remecen la cabeza, el tórax, las piernas, le hacen cosquillas en el vientre, sin resultado alguno.

EL PRESIDENTE — ¡Agua para el acusado! La poción restablecedora.

Los guardas acercan a Tíbulo un vaso de agua con vinagre, pero no logran que abra los labios, sino luego de repetidas tentativas. Sin embargo, los dientes permanecen apretados. Entonces, uno de los guardas se aleja y regresa con una esponja empapada y la estriega en la boca de Tíbulo, cuyos dientes separa el otro con ambas manos, más sin resultados satisfactorios, por lo cual los ojos de la esponja son exprimidos no solo en la boca, sino también en la nariz del acusado, quien finalmente alza el rostro, con lágrimas y estornudos, mira a todos, como si no los hubiera visto antes, reconócelos y exclama:

TÍBULO — ¡Quiero agua pura!

EL PRESIDENTE —Te será dada toda el agua que quieras. Te daremos un barril, pero responde primero.

INTERROGADORES — ¿Te opusiste, Tíbulo, a la campaña anti-campanaria? Si te opusiste, Tíbulo, ¿por qué lo hiciste? Si no te opusiste, Tíbulo, ¿por qué no lo hiciste?

TÍBULO (Sereno, alta la mirada). — ¿Por qué complicáis lo que es simple? Yo no me he opuesto a nada. Conversando casualmente con Tabesco, le di mi opinión de que en este país subdesarrollado el pueblo es muy creyente, es fanatizado por las clases opresoras, y que, debido a eso, la campaña no sería popular, y dije también que habría reacciones inconvenientes. Eso le dije, cumpliendo mi deber de sodalio.

PATEFACIO — ¿Puedo intervenir? No voy a insistir en ciertos derechos de aclaración porque ya me dijiste que no disponemos de mucho tiempo. ¿Puedo? (El presidente asiente con una rápida caída de cabeza.) Gracias. Tíbulo amigo, tu deber de sodalio era decir lo que pensabas a tu predecesor inmediato, no a Tabesco, como si hubieras querido iniciar una conspiración, tentándolo hábilmente. Título ciento ochenta y uno, artículo...

TÍBULO —Detente, Patefacio. Ya sabemos que tu memoria y tu capacidad intelectual compiten con las del elefante.

PATEFACIO — ¡Protesto!

EL PRESIDENTE —Procede la protesta. Anótala, Balbuto, como agravante, es decir, no la protesta, sino la insidia de Tíbulo contra Patefacio. Prosiga el interrogatorio.

PATEFACIO —Protesto, pero no me ofendo, que conste. Y ahora...

CONTUMELIO —Permíteme, Patefacio, la interrupción para continuar con tu propio argumento. (A Tíbulo.) De modo que faltaste a tu deber al no comunicar lo que pensabas a quien correspondía hacerlo. ¿Es así?

TÍBULO —Sí, es así, pero solo fue un comentario personal.

EL PRESIDENTE —Anota, Balbuto, la confesión. Prosigue, Contumelio, o quien lo desee.

VERECUNDO — ¡Yo, yo deseo! Siendo que considerabas la campaña anticampanaria errónea y perjudicial, ¿por qué, entonces, te opusiste al aviso rectificatorio?

TÍBULO—No me opuse, en realidad. Repito que todo pasó en una conversación íntima con Tabesco. Solo le dije que, de acuerdo a las enseñanzas del Gran libro, una vez que se hacen las cosas, hay que mantenerlas para no debilitar el fervor de los sodalios de base ni de los simpatizantes. Y ya que no era posible, en ese caso, mantenerlas públicamente, lo aconsejable era no publicar nada.

PATEFACIO —El Gran libro dice eso, para ciertas y determinadas circunstancias. Acabo, sodalios, de probar mi tesis otra vez, puesto que Tíbulo ignora lo que reza en la sección de las flexibilidades ante los obstáculos objetivos.

VERECUNDO —Por una u otra razón, Tíbulo quebró la línea.

SEMÍFORO — ¿En cuántas partes la quebró?

PARCITAS —Verecundo ha usado un término incorrecto. Debió haber dicho que dislocó la línea.

SEMÍFORO —Entonces, ¿en cuántas partes la dislocó?

SEMIFACTO —No se disloca en partes ninguna línea, sino en su totalidad inicial, intermedia, progresiva o final. El error de Verecundo ha confundido a Semíforo. Pero te diré, si quieres, que la dislocó en varias formas.

SEMÍFORO —Como quieras que sea, he preguntado para saber en qué momento Tíbulo pecó, porque, hasta ahora, me parece que ha explicado que creía estar en línea recta y entiendo que quería seguir en ella.

RIBALDO —Eso me parece a mí también. (Lo dijo y se llevó la mano a la boca, mientras Parcitas le pisaba el dedo gordo del pie.)

CONTUMELIO —El cometimiento del delito es claro, ¿por qué hablar tan insensatamente? Se me hace que Semíforo y Ribaldo actúan ahora más en función de amigos que de sodalios, y eso, bueno, ya lo sabéis... En fin, dislocada o quebrada, lo cierto es que Tíbulo no comprendió, o no quiso comprender, que la línea, en ese momento, por nuevas circunstancias objetivas de la naturaleza cambiante de los fenómenos, que eran negación, tenía que negar la negación, dejando de ser recta, y siendo por consiguiente otra, y, sin embargo, la misma. Ergo, se dislocó Tíbulo, no la línea. Tíbulo, por tanto, es un dislocacionista.

PATEFACIO — ¡Dieron por fin con el nudo! Triunfó mi razo-namiento inductivo-pragmático-filosófico-objetivista-esencialista. No se redujo Tíbulo porque no mereció el mérito de la reducción. ¿Por qué no mereció el mérito de la reducción? Porque se dislocó de la línea. ¿Por qué se dislocó de la línea? Porque no es un buen sodalio, aunque sea buen amigo. ¿Qué ocurre cuando no se es un buen sodalio? Que se vive en el error. ¿Qué ocurre cuando se vive en el error? Se falta a los deberes inmanentes y trascendentes de la Organización. ¿Qué ocurre cuando se falta a los deberes inmanentes y trascendentes de la Organización? Se va por un plano inclinado a la traición. ¿Qué ocurre cuando se va por un plano inclinado a la traición? ¡El plano se inclina más y más hasta que la traición se comete! Yo no digo todavía, amigo mío, mi amigo Tíbulo (dirigiendo al acusado, que dormita, su canturreo imitado de los Interrogadores, con lágrimas tenaces forzando la salida en los ojos), no digo que hayas cometido traición. Sabes cuánto te amo y lo mucho que sufriría si tal cosa fuese probada.

RIBALDO —Yo también.

PARCITAS —No está permitido sufrir, no tienen validez los sentimientos personales en causas que importan a los fines prodigiosos.

SEMÍFORO (Aplaudiendo). — ¡Lindo!

EL PRESIDENTE — ¡Orden! (Retumba el mazo.) ¡Hágase una pregunta objetiva!

RIBALDO —Yo lo dije por decir, nada más.

EL PRESIDENTE — ¡Preguntas objetivas! ¡Respuestas objetivas!

PATEFACIO — ¡Yo, sodalio presidente! Me corresponde en derecho, porque soy el creador del razonamiento acusatorio que se debate. Entre paréntesis, yo no dije que sufro, dije que sufriría.

EL PRESIDENTE —Procede, y no hagas paréntesis ninguno.

PATEFACIO —Tíbulo, en nombre de nuestro viejo afecto, yo, que lancé tu poesía por los ámbitos de la fama, te pregunto la pregunta que se ajusta a la falta de naturaleza presuntiva: ¿cumpliste, Tíbulo, con los deberes de aplicación de la filosofía lineal? Medita, toma tu tiempo, antes de responder, y hazlo pensando en tres razones: primera, al confesar que aconsejaste

actitudes anticampañacampanaristas, en principio has confesado que te dislocaste de la línea; segunda, al confesar que diste consejos antiavisorectificatorios, en principio has confesado que te dislocaste de la nueva línea; tercera, y no la menos importante, sino que la coloco al último por modestia personal, si es que ahora confiesas que faltaste a los deberes de aplicación de la filosofía lineal, me veré obligado, contrariando mis sentimientos hacia ti, a suprimir tu nombre en las futuras ediciones de mi antología poética, pues tu poesía habrá dejado de servir a la causa del hombre.

TÍBULO (Con mucha fatiga). —No te entiendo, Patefacio... Siempre te ha gustado soltar palabras sin perseguir ideas, pero no te faltaba coherencia y cierta gracia desenfadada adornaba la vaciedad de tu estilo. Pero ahora te has perfeccionado en un insoportable bla-blá. Suprímeme lo que quieras. ¿Es que me odias porque eres injusto conmigo? Patefacio se hace el desentendido. Tamborilea con sus dedos la mesa y hace la cabeza un poco hacia atrás para contemplar las estalactitas.

EL PRESIDENTE —Como el acusado se niega, con eufemismos impropios a la vida sodálica, a responder a la pregunta objetiva de Patefacio, cabe que los Interrogadores formulen de nuevo la pregunta resumen, la pregunta fundamental. ¡A interrogar, Interrogadores!

INTERROGADORES (La misma melodía, mas, para oído fino, nasalmente fatigada). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido?

TÍBULO— ¡No jodáis más con eso! ¡Condenadme de una vez!

EL PRESIDENTE (Iracundo, da varios mazazos rápidos, contundentes, tan rápidos que se le escapa el mazo y va a caer en la cabeza de Balbuto). — ¡A girar!

BALBUTO — ¡Ay!

EL PRESIDENTE — ¡Silencio, secretario Balbuto! ¡A girar se ha dicho!

Y vuelve a golpear con el mazo, que ha recuperado el encapuchado blanco, mientras Balbuto se da toquecitos digitales en su chichón, pero ya Tíbulo está girando a la velocidad de un trompo zumbador, y gira y gira hasta que su figura y la de la banca emergen lentamente de la maraña de las líneas circulantes en que estuvieron convertidas por el torbellino giratorio. Cuando se detienen banca y Tíbulo, el reo extenuado basquea, desfallece, vomita, desfallece, basquea, desfallece. Es sacudido por los guardas, que luego empapan la esponja tres veces en agua y vinagre, refregándola en su boca y nariz. Tíbulo continúa exánime.

LOS NIÑOS ALBOROTADOS — ¡Ya se murió! ¡No se murió! ¡Sí se murió! ¡Apuesto un chocolate!

EL PRESIDENTE — ¡Silencio los espectadores! Parcitas, y tú, Ribaldo, ¿qué clase de pedagogía es esta?

PARCITAS —Pido disculpas. Factores imprevisibles, sodalio presidente, el entusiasmo, el deseo de cooperar que se les ha inoculado, pero no lo hacen con mala intención. A su manera, es una prueba de fidelidad.

RIBALDO —Yo también pido disculpas. Además, ya se callaron.

EL PRESIDENTE —Vigiladlos mejor. Que aprendan a contener sus emociones. Mientras más tiernos lo aprendan, tanto mejor. Tíbulo sigue sin reaccionar al vinagre ni a los sacudones. El presidente observa detenidamente por los huequitos de su capucha. Empuña el mazo, lo descarga.

EL PRESIDENTE — ¡A preparar las bodoqueras! ¡Todos!

Parcitas da un tirón a la manga de Ribaldo, y echa a correr seguido por este hacia la parte trasera del monstruo de ceniza azul, donde se pierden, y reaparecen en pocos instantes cargados de paquetes, de los que extraen y distribuyen, a los entarimados y a los niños, las bodoqueras y sus bolsitas de carga. Cuando Parcitas y Ribaldo han regresado a sus asientos, el presidente descarga violentamente su mazo tres veces.

EL PRESIDENTE — ¡A disparar con buena puntería!

Todos, menos los tres encapuchados neutros, disparan soplando las bodoqueras, de las que parten diminutas flechas a clavarse en el pecho de Tíbulo, y unas cuantas, quizá mal dirigidas, en el rostro. Muy pocas de los niños, que se han puesto de pie, caen en el blanco. Los niños disparan entre risas incontenibles, pero el presidente comprende que no los puede reprimir y se satisface con dar a su cabeza movimientos de molestia resignada.

RIBALDO (Entre disparo y disparo, con una vocecilla de pío-pío, sin hacer blanco). — ¿Están envenenadas?

PARCITAS — ¿Qué dices, alcornoque?

RIBALDO (Arriesgando un poco la voz). — ¡Dime, por el amor del Gran Caputón, si están envenenadas las flechas!

PARCITAS —No, María Palito, solo pican. Cállate y dispara.

Ribaldo mejora su puntería. Clava tres o cuatro flechitas en las piernas y en el vientre de Tíbulo, que empieza a volver en sí. Cuando se agotan las municiones, y cada quien baja la bodoquera de la boca y la pone a su lado, Tíbulo se agita frenéticamente, soba y resoba el rostro en los hombros, mueve las caderas sin compás, en brincoteos que no alcanzan una pulgada, levanta las piernas, las abre, las cierra, la una golpea en la otra, las monta, las desmonta, se tuerce y retuerce, según se lo permiten las correas, rebulle, el vientre adelante, el vientre atrás, contuerce hombros, barriga, cuello, patalea, chilla, escupe, gime, brama, muge, ronca, bala, se muerde los labios.

EL PRESIDENTE — ¡Guardas, quitadle las flechas y lavadlo de la pica-pica!

Los guardias extraen prolijamente, de una en una, las flechas de sus incrustaciones, y luego bañan a Tíbulo a baldazos. Tíbulo abre la boca

cuanto puede para recibir en ella agua fresca. Va tranquilizándose, moviéndose aún, pero ya sin frenesí. Cierra los ojos. Descansa.

EL PRESIDENTE — ¡A interrogar, Interrogadores, la pregunta fundamental!

INTERROGADORES (Como antes, como si no hubiera pasado nada). — ¿Por qué, Tíbulo, por qué no te has reducido?

TÍBULO (Incorporándose, lleno de muecas, pero todavía con los ojos cerrados). — ¡Porque no lo merecía! ¡Porque no lo merecía! ¡Por lo que os dé la gana!

PATEFACIO (Dándose aires compungidos). —Lo siento, Tíbulo. Dejaste de pertenecer a la poesía, a la literatura, en general.

EL PRESIDENTE —Patefacio, te corrijo. Estas cosas son más sustanciales que la literatura. (A los otros, haciendo temblar la mesa de un mazazo.) Ha confesado el reo. Ahora, sodalios, corresponde la votación. ¡A votar! Culpable o no culpable. Balbuto, toma nota de la votación.

TODOS LOS SODALIOS MENOS LOS TRES ENCAPUCHADOS NEUTROS — ¡Culpable!

BALBUTO —Resultado de la votación: culpable. Característica de la votación: unánime.

EL PRESIDENTE —Para refrendar el resultado, pueden opinar los espectadores.

LOS NIÑOS — ¡Más pica-pica! ¡Más pica-pica! ¡Más pica-pica!

EL PRESIDENTE —Opinión excelente, si sabemos desentrañar su significado, pero inaplicable después de la conclusión a la que hemos llegado. (Luego, con un golpe seco, de tiro rápido, fulminante.) ¡En nombre y por autoridad del Gran Caputón, te declaro, Tíbulo, culpable!

SEMÍFORO — ¿Qué sentencia? ¿La mayor, la menor, o la mediana? ¿Ostracismo con paliza? ¿Degradación de funciones a pegar cartelones con engrudo? ¿O recitación nocturna de tres mil cuatrocientos cincuenta y cinco artículos durante catorce semanas?

CONTUMELIO —En mi opinión, merece la mayor. Y más, si es posible.

PATEFACIO (Sonriente, rosado, moviendo las manitas como si estuvieran tejiendo una chalina para ahorcar a las bellas letras). —Es peor, mucho peor castigo, desaparecer de la literatura. Ya ha desaparecido.

VERECUNDO — ¿Qué resuelves, presidente?

SEMIFACTO — ¿Votamos?

TABESCO — ¡Moción de orden! Solicito que para la votación no sean olvidados dos de los axiomas de mayor eficacia en la lucha, dos de los pensamientos más geniales del Gran Caputón: a los tontos que no

reconocen la veracidad infatigable dé la línea, hay que destruirlos, este es el uno; el dislocacionismo es un mal del organismo, hay que extirparlo, este es el otro.

PARCHAS —Tabesco dice bien, pero hace mal. No nos corresponde decidir a nosotros. ¿Qué dices, presidente?

EL PRESIDENTE —He escuchado con magnanimidad y con magnanimidad quiero olvidar la precipitación con que habéis obrado, porque es producto del entusiasmo justiciero y de la fidelidad inefable. Apruebo las palabras de Parcitas, pero no he de completarlas recordando que la decisión final corresponde a la verdadera esfera superior, muy lejanamente situada, de la cual soy apenas un representante para esta sección, jefaturada por el delegado Contumelio, y también para otras, de lo que me enorgullezco. Tengo, sin embargo, facultades para sentenciar la pena más rigurosa, dentro de la esfera de mis responsabilidades y atribuciones. (Aquí el trueno del mazo.) ¡Tíbulo, ponte de pies!

TÍBULO —Estoy atado a la banca... Puedo escuchar sentado.

EL PRESIDENTE — ¡Guardas, desatadlo! Los guardas le quitan de las muñecas las correas de cuero. Tíbulo intenta levantarse, pero vacila. Los guardas lo ayudan, lo mantienen erecto cogiéndolo de los sobacos. Tíbulo aún con los ojos cerrados. Su cabeza, empero, está alta.

EL PRESIDENTE — ¡Escucha, Tíbulo, los cargos, los testimonios y las pruebas! (A Balbuto.) Dame el acta. (Al encapuchado Negro.) Pásame tu lámpara, que la mía no basta. (Coge el acta, voltea con agilidad sus páginas, la deja en la mesa, y empieza y termina hablando sin poner en ella su mirada.)

RIBALDO (A Parcitas). — ¡Qué memoria! Con solo una miradita, ya se la sabe toda.

EL PRESIDENTE —...Y así, siendo de constancia el olfato reaccionario del acusado; sus poemas retrógrados; su resistencia en reconocer que, entre gasto y resultado, la diferencia no es principalmente ganancia, sino política; la publicación de su conferencia, en la cual se atreve a sostener que la economía próspera se obtiene disminuyendo el denominador, que es el tiempo de trabajo, y aumentando el numerador, que es la producción; su falacia en afirmar que en ese tipo de economía, producto de la sociedad decadente, se fundamenta la justicia distributiva, solo por habérsela planificado, sin advertir que la planifican los mismos que la disfrutan; su reiterado error en creer que el poder ha de ser dividido contrariamente a la ley universal; el madrigal que escribió contra la violencia, hablando de rosas y de amor petálico, y desconociéndola como una necesidad cuando hay necesidad; su empedernida posición favorable a la voluntad personal, independiente de las leyes inherentes de la materia, germinadoras de la fuerza económica y poseedoras de la razón estricta, la que es solo expresada, pero no dominada, por los individuos; y siendo de constancia también que jamás admitió la realidad individual como una célula del todo orgánico; que, por tanto, siempre rechazó la representación de la objetividad humana por categorías o grupos; y que nadie le oyó hablar de la llegada del milenio; y siendo de fehaciente constancia sus criminosas veleidades nominalistas, atentatorias como la objetivación de los términos

de la totalidad genérica; que el susodicho acusado nominalista ha atribuido verdades concretas a los particulares corporales, negándolas a las realidades globales; que así, proponiéndose pecaminosamente lo contrario, hizo del hombre una evanescencia dispar, al atribuirle cualidades engañosas que lo precipitarían al caos; y que en vano se trató de hacerle comprender las dos máximas simbolizadas en la novácula flamígera, a saber: «Las entidades no deben multiplicarse sin necesidad», y «es vano hacer con más lo que se puede hacer con menos», razón por la cual fue reacio y reincidente en desconocer que la navaja y la llama son todo y uno al mismo tiempo; y siendo de constancia también que el acusado es un dislocacionista profeso, enardecido y embriagado por la falsa lógica de un análisis disolvente del pensamiento y de la praxis lineales; y siendo asimismo de irrefutable constancia que, para este nominalista dislocacionador, libertad es igual a diferenciación, o sea, orgía de crítica y orgía de conducta; y que dicha ecuación libertad-diferenciación, y dicha orgiástica posibilidad favorecen a las estructuras opresoras, puesto que son las dueñas de los medios de producción, y constando que esto debió haberlo aprendido y no debió haberlo olvidado; y habiendo declarado numerosos testigos juramentados haberlo oído afirmar que nunca mataría burgueses en el vientre de sus madres, aunque así lo exigiesen las necesidades de una guerra brutal, desatada por el enemigo; y siendo de igual modo constante su confesión de que no fue reducido por carecer de méritos, ¡yo, Encapuchado Gris Neutro, habiéndote declarado culpable en acatamiento de la unánime votación democrática de los sodalios aquí presentes, y luego de escuchada la opinión de los espectadores, yo ahora, en nombre y por autoridad del Gran Caputón, te condeno a ostracismo, a expulsión controlada y vigilada, te condeno a sufrir la privación de no llegar jamás a contemplar el rostro excelso del Gran Caputón, te condeno, pues, a sufrir la privación de la felicidad sodalia que te fue prometida, y a esperar, en ese sufrimiento, la confirmación o el acrecentamiento de esta condena, cuando sea conocida y estudiada por las esferas superiores!

No place a mis sentidos el espectáculo de la cueva con lámparas, fue la única idea que me vino en cuanto hubo acabado su laborioso discurso la Capucha Neutra. Rara vez encendemos aquí una lámpara, como no sea para leer algún papel urgente, porque nos basta con la pedrería nocturna para movernos o hablar, y hacemos la cena antes de que sea exterminada la luz cenital. Pero cuando la asamblea fue disuelta, a esa idea sucedió muy naturalmente la de sepulcros violados, estimulada por la procesión de los tres encapuchados, lámpara en mano, subiendo a la garganta de la ballena, seguidos por Parcitas y los demás, mientras yo permanecía quieto de cuerpo y agitado de ánima, sin atender a las llamadas de los niños, prohibidos de abandonar sus asientos, pues, entre las dos ideas, llegaban a atropellarme otras compuestas de lúgubres chillidos, campos de asfódelos en los que se deslizaban sombras muertas, y víboras retorciéndose de furor ventral, y fuegos verdes, y rosas tristes de apagado perfume, hasta que por fin me libré de este acosamiento funeral en el momento en que Tíbulo, urgido por los guardas, cargó sobre sus hombros la banca giratoria y empezó a atravesar el agora, y luego a subir la pendiente del vestíbulo, y cayó, y sin ayuda se enderezó con su carga, dio varios pasos, y volvió a caer, y los guardas lo levantaron, y él pudo caminar asombrosamente más pasos que la primera vez, para volver a caer y quedar postrado, y yo pensé que debía acudir en su socorro, mas no cumplí el propósito, porque sentíame clavado, hecho un cuajo de obediencia, y él no necesitó de mí, sino que se levantó

con sus propias fuerzas y echó el cuerpo adelante, trepando, inclinado bajo su lastre, dándome las espaldas, disminuyéndose a mis ojos, y volvió a caer, por lo que me dije ahora debes correr a ayudarlo, pero lo que dije no llegó a mis pequeñas reservas de voluntad y mis piernas no cumplieron, y las de él estaban muy abiertas y dobladas cuando por sí solo, se arrastró un pequeño trecho por la pendiente y se alzó luego con un ímpetu increíble, y ascendió, y yo no podía saber si los guardas lo empujaban o le hundían puñales en las costillas, mientras me revolvía un sucio y conveniente deseo de que acelerase la marcha y desapareciera de mis ojos, pero volvió a caer, y, aunque se hallaba lejos, creí ver con claridad que los guardas lo maltrataban, y él pudo incorporarse y trepar, y volvió a caer, y era ya casi una silueta extraviada en la lobreguez de la distancia cuando, no entiendo con qué fuerzas, logró erguirse, y volvió a caer, y lo perdí, seguramente para siempre jamás.

No sé cómo encontré a Parcitas a mi lado. Le dije «tengo hambre». Él me respondió que cenaríamos después, porque debíamos cumplir primero una ceremonia epilogal y adiestradora. Acto seguido, palmoteo convocando a los niños, hizo con todos nosotros un ruedo, tomados uno a otro de las manos, y exclamó:

— ¡A cantar y a marcar el paso, dando la vuelta, primero una pierna arriba, luego la otra! ¡Vamos, conmigo, todos a una!

Y dimos vueltas con pasos de danza y cantamos con él:

Con la estrella polar de la noche,
con el sol colorado del día, ¡ilumínanos, Gran Caputón!

Si el gran viento furioso resopla
y la ola soberbia golpea, ¡ilumínanos, Gran Caputón!

Nada importa que ladren los perros
porque en nada oscurecen al sol.
¡Ilumínanos, Gran Caputón! ¡Ilumínanos, Gran Caputón!

Detenidos a su seña, nos dijo:

—Ahora, los brazos en alto, para repetir las tres reglas cardinales de la operación sembradora. Así:

Quema para sembrar, ¡queeeema!
Marcha por el surco, ¡maaarcha!
Siembra para cosechar, ¡sieeembra!

Nos disgregamos. Fui a sentarme al pie de mi monstruo azul. Los niños corrieron en busca de provisiones, porque Parcitas había dispuesto que cenáramos, pero ya no quise comer, sino dormir.

X

Si tres fugaces días, contados desde que Redama vio a un Ribaldo, no reducido todavía, levantar el brazo contra la Cruz y el gallo, bastaron para que la extravagancia reinase en el pueblo, estallara la refriega de los huevos y Fascinata huyese sin tocar tierra del descompuesto enjambre de la rogativa nocturna; tres bastaron también, a partir del último encuentro de Ribaldo y Redama, la víspera del exterminio ideológico de Tíbulo, para que, en semejante abreviatura de tiempo, un torrente inescrutable de sucesos enflaqueciera al general, hasta dejar dos dedos fuera de su propio cuello el almidonado del uniforme y sustituir el cinturón por tirantes para sostener los pantalones en su sitio.

Pánico de compradores, vendedores y banqueros, merma de agua, superávit de ratones, brigadas especiales en los parques y plazas al rastreo de juguetes detonantes, todos ellos fenómenos sucesivos a la ejecución de Filomedusa-Fascinata, eso era nada, pero sobre la noche, con la noche, encima de la ciudad una lluvia de ceniza, eso quiere decir anuncio de terremoto, fue asegurado, sísmico reventón vendrá como vino en el año tantos y pico, dentro de unas horas, hay que prepararse orando, corriendo al despoblado aunque también se puede abrir la tierra, y cambiar sus pedazos de lugar, tragándoselo a uno, carretas, coches, automóviles, plataformas llenas de muebles y coliflores, buenas precauciones, pero vanas, porque no tembló, solo las calles, los techos, las estatuas, los carruajes, las ventanas, las flores de los parques, las narices de los transeúntes atrevidos, se tapujaron de polvillo arenoso, ojos irritados, gargantas carraspeantes esgarradas, estornudos, no hay terremoto, quizá mañana, y se apagaron las luces, misterioso, paulatino debilitamiento, muerte extrañamente pacífica de la claridad, ceniza acumulada en los generadores de corriente dejados al descubierto por un zombi descuidado, tres maniquíes de la policía asaltados, desnudados, apaleados, no moribundos, sino adoloridos enfriados miedosos, una bomba en el pórtico del Ministerio de Economía, otra en el lobby del hotel de los expertos, no pérdidas humanas, no, pérdidas materiales y chillidos de mecanógrafas de piernas mondas lirondas líricos muslos imantados casi nalgas épicas al aire corriendo, tropezando, descuajaringadas en los divanes, calzoncitos de calado umbroso, muñecas rosadas de mecanismo llorón, el hombre que llora mató a su preñada mujer de una certera puñalada en el corazón, llorando declarando al entregarse que habíalo hecho enloquecido de no tener cómo darle comida ni trapos, particularmente ahora hallándose ella en estado de sumar otra cría a ocho anteriores, qué tenemos que ver con esos delitos, a cada rato hay, justicia ordinaria, leyes del país, no vamos a entrometernos en causas indignas, los expertos, comisionados ejecutivos, secretarios, subsecretarios, ayudantes, el séquito entero, incluidos enigmáticos X P 7 9 de chesterfil colgante, ocupados, fatigados de estudiar y salivar dedos pasando páginas de fórmulas, conjeturando, analizando fragmentos de bomba, examinando, comparando astillas, oliendo, probando, laboratoriando la malignidad del explosivo, emborrachándose luego, borrachos para mezclar trabajo con buen humor impertérrito en grado tal que cogieron el aparato telefónico al revés, dijeron aló por donde debían oír y cuando lo enderezaron era el general a quien respondían en una lengua incomprensible, tiraron entonces el receptor verdeolivo, limón pasmado, quedó colgando como un bikini empapado en babas,

irresponsable a las llamadas también de Venalio, Lacerta, Damacio, Cúmulo, Adamas, llamaron una y diez veces al incongruente hilo suspensor, inútilmente desde la casa de Fenerato a quien visitaban desde las seis de la tarde inculpándolo, acosándolo, inculpándolo, hostigándolo, inculpándolo, acometiéndolo, inculpándolo, cobrándole, inculpándolo hasta una hora en la que ya no osaron cruzar la soledad nocturna, pues entonces se quedaron allí en duermevela sin otra resolución que la de cablegrafiar en la mañana sus fondos nacionales a sus cuentas extranjeras, cinco contra uno, votación democrático-citadina-reformista, contra Fenerato reformador pichiciego, Fenerato opinaba, gastó innumerables argumentos que esperasen y comprasen en el ínterin existencias de hierro en varilla, hierro cuadrado, hierro doble T y otros materiales menos corrompibles que el huevo, asociados los seis proponía para no forzar precios, media noche y seguían encrespando manos y bocas, media noche y más cuando sopló el viento arremolinado sonoramente metió polvo por todos los intersticios de la ciudad con sueño, insomnes habitantes viendo que no, el volcán no engendraba el terremoto, no vomitaba más polvo que el depositado ya, dijeron en todas las casas grandes y chicas, en los cuartos de bagazo, la mayoría bebió la segunda taza de agua de canela hervida con melaza, la minoría casagrandera comió su segunda cena completa rociada, y las dos se acostaron en la misma postura horizontal, aunque sin ropas, solo con los zapatos fuera, consternados porque ningún galló cantó la media durante la larga noche empolvada, consternado el general pero no acostado, tampoco en pie como se dice, sino en su sillón de cuero, muy desazonado, carente de líquidos salinos, pensando sus quehaceres contra bombas y precios altaneros, entrándole un sueño de recuerdos encogiéndolo a pequeño, sentado no él, sino el cura párroco, donde fue robustamente dado a vivir pueblo honrado de levantar no más las faldas y tumbar cuando ya pudo, cura gordote y agrio al mover los pies y con ellos el negro faldón contándole historias para que no corriese la pava de la escuela, oye que te digo por donde aparecen las enviadas de Lucifer siempre lugares abruptos desérticos sin ninguna yerba ni otro vegetal untadas las brujas con grasa de gavilán llevando niños vagabundos a ser apadrinados por el diablo para ingresarlos a la cofradía bautizados así, ¡ Dios los compadezca!, en la capilla fáunica y luego el festín más brujas voladoras penetrando el círculo, un sobresalto, un pinchazo, casi despierto, cabeceando entre pensamientos de qué hacer mañana, habla la bruja hijo mío con el demonio, el demonio con todas una a una reverencia con el pie izquierdo mano izquierda en el pecho rodilla izquierda en el suelo a cantar y gozar ahora pan carne huevos tantas riquezas en platería y echarse y deleitarse con sus súbditos diablos menores como la mujer con el marido, ¡ vade retro!, brujas con demonios revolcándose el general visto por sí mismo disfrutando espasmódicamente, ¡ ah, eso no!, detente resuello ahogado, qué sueño tan bruto, una taza de café con punta y a caminar de pared a pared, mas no es posible, debo descansar, pues amanecerán ingratas penosas tareas, rico suave sillón suavísimo almohadón suavemente el tono grasoso del señor cura reingresó te digo que he confesado a muchas más que una extraviada y una apenas de doce años corrompida estropeada por el demonio fornicador que manda a todas mandamientos de matar criaturas antes y después del parto les manda extirpar frutos de la tierra vituperar alegrías de que Judas vendió al Señor les manda abrir sepulturas para robar corazones partirlos desmenuzarlos echarlos al brebaje que todas beben deleitosamente presididas por el amo de las tinieblas en figura de hombre triste pero iracundo coronado de cuernos ojos centelleantes dedos de idéntico tamaño

con uñas larguísimas dobladas hacia arriba voz de rebuzno arrecho cachondísimo rodeado de seis diablos inferiores con cáliz y vinajeras, ¡santiguáte, hijo!, espantarlas pronto dice la letra que desaparezcan quemados los ornamentos negros porque vienen y exhortan a dañar y salen de sus bocas reunidas fétidos alientos aspirados al beber del cáliz, ¡santiguáte, hijo mío!, el licor asqueroso flotando pedazos de sangre humana cuajada, santiguáte y promete ir a diario a la escuela primero a misa no te vayas a condenar y a infectar a ser zambullido en el agua verdinegra de donde se pasa al hueco llameante a ser hincado con clavos bermejos, y el general dio un brinco, firme quedó de un tranco, a su redor solo silencio, pero entonces los perros aullaron en cuanto se abocetó una luna sucia de aire turbio, y el general azogado, buscando el porqué y el cómo y el dónde de los aullidos, salió a rondar las inmediaciones de su oficina, vio a un descabezado pasear las solitarias galerías de palacio, le descerrajó dos balazos y voló a encerrarse y a beber más café acognacado bajo la llama de los velones. Ese fue el primer día.

General, jefecito le decían los soldados cuando era teniente, beneficiado por unas cuantas horas de sueño pedrón en la madrugada, el general tomó su ducha de general, caliente, fría, fría, caliente, recibió una inyección tonificadora de su médico, y orden a los bomberos de lavar las calles de ceniza, agua mermada, ¡ lavar las calles, he dicho!, con qué, bien, orden superior, si lavamos sed, si no lavamos toses y obstrucciones, enfermedad, y orden cumplida de desayuno sin huevos para dar ejemplo, y orden que se limpiasen los generadores de luz y se les prestase protección adecuada, y orden de convocar ministros, y comía tostadas enmantequilladas, condumio dulce de cerezas, sorbía café, más sorbió cuando acabó de escuchar el informe de la seguridad nacional, instrucciones de una de las cabezas expertas importadas, apresadas al amanecer tres brujas muy parecidas las tres a Fascinata, más café, más tostadas, más queso, engullir, deglutir, digerir el proyecto de los tecnicoeconomocrematísticos, decreto devaluador de la moneda en un treinta por ciento, medio acertado infalible de estimular lánguidas exportaciones monocultivadas, estimular diversificaciones pluricultivadas, obtener así incrementadas florecientes roturaciones terrícolas, montones de divisas duras del exterior, el otro proyecto controlador de precios y salarios, contener, luego invertir la espiral del «fenómeno de desconfianza acelerada por sugestión a distancia», modificación indispensable al plan pragmático, firma aquí, general, firma acá, este otro papel si no es mucha molestia, firmó pero indagó por el empréstito, alas de ángel rubio contra alones calatos fascináticos, último cable promisor, posibilidad inversionista pasada a la quinta subcomisión de la tercera comisión solo espérase informe dicha subcomisión para devolverlo analizado de la tercera a la primera comisión, nada mal, nada mal, buen comienzo de día, ya iban a dar las once cuando sí, que pasen, delegados del sindicato Labor y Prosperidad, pliego de peticiones, copia para él, exigencia de treinta por ciento de aumento en salarios, yo puedo explicar, señor general, encargado del pequeño discurso famélico, explicar que no podemos ya subsistir con huevos tan difíciles, aunque solo los comemos de vez en cuando, pero también nos falta el vez en cuando de la carne, el vez en cuando de la leche, el todos los días del arroz y las papas, perplejo el general, si acabo de firmar la congelación de salarios, no, no, no, amigos míos, yo también nací pobre y comprendo, no subirán más los precios, expedido está el decreto contenedor, una hora ya, apenas una horita, necesito y necesita tiempo, todo lo posible sin embargo, todo lo

posible haría por ellos, todo lo humanamente posible, ay, tuvo que excitarlos a guardar serenidad patriótica, esperar, prudencia, emergencia peligrosísima de la patria invadida de brujas, defensa nacional, supervivir o morir, y ellos, los tres hablando a una, por mejor buena voluntad no nos podemos morir tan patrióticamente de hambre, plazo dado a los patronos, veinticuatro horas, y una sola expiraba en la torre de la catedral cuando teléfono nuevamente, bulla, altercados, estudiantes adueñados de la Universidad y dos colegios secundarios, expulsados unos profesores, impedidos de entrar otros, una minoría junto a los estudiantes, gastadas las reservas de tiza en letreros de ¡ abajo la dictadura!, vengan pronto los ministros, los asesores, no hay, general, alternativa, fuerzas armadas a sitiar los colegios y el alma máter, a sacar a los revoltosos, qué dirán, harán las brujas si no hay severidad principio de autoridad, y empezó la batalla de piedras y patas de sillas contra sables y pistolas lacrimógenas, apenas empezó y empezaron a hablar choferes de taxis, una delegación con venia del general, reclamando que les vendían gasolina con más agua que gasolina, trepidaban los motores, arrancaban con trabajo, sí, pero cascabeleaban, cabeceaban, se paraban, investigación inmediata, consejo del canciller, cuidado, las empresas son extranjeras y peligra el empréstito, sí, pero los distribuidores son nativos, la gente a pie, también los buses y los camiones aguados de gasolina, mejor que mejor, así menos demanda en las tiendas, oportuno paréntesis para la crisis, pero la gente grita, protesta, general, se enfurece, un orador gobiernista trepado a un árbol dijo que las brujas aguaron la gasolina, no las gasolineras ni las compañías productoras, refinadoras, importadoras, ¡ abajo el gobierno!, le cortaron la rama y cayó descalabrado, lo escupieron, lo patearon, siguieron vociferando hacia la Universidad, a los colegios, ¡vivan los estudiantes!, tiros ya, no de pistolas lloronas, sino de balas positivas, casqueo chispeador resonante de caballos frenéticos, heridos, camillas, otra poca de sangre para el edificio endeblucho, a la morgue los muertos, no muchos, solo seis, solo siete, o quizá veinte dicen aquí, dicen allá, y más decían cuando vino la noche, indecisa la batalla, vino con ella el temblor, no terremoto, sacudió a la ciudad, las calles preñando gentes, ahora también colchones y pijamas y camisas de dormir, Fenerato corrió a gatas al sótano hecho a prueba de sacudones telúricos donde se podía fumar y hasta cohabitar si hubiera con quien no la mujer descomunalmente esposificada en gorduras de todos los días y todas las noches y todos los años, y sus a pesar de él y a pesar de ellos socios se metieron en los propios, pero no el general, valiente, no tenía sótano, solo las botas se puso para taconear y oírse el ruido viril, mientras la noche entraba y él tuvo que apretarse, encogerse, estirarse de férrea voluntad, ¡vengan los expertos que se volvieron a apagar las luces!, ¿qué?, ¿movernos del hotel?, no somos electrónicos ni nada afín, sería pues otro zombi o el mismo de ayer hijo de Fascinata, conjetura plausible, hasta cierto punto tranquilizadora, tranquiliza saber para arrostrar, claro eme se investigará mañana, todo a su tiempo, método, procedimiento, observación prolija, pastillas para dormir es mejor que hablar por teléfono, qué temblor si ya pasó, hotel de construcción antisísmica parte de una cadena, no temblor sino viento arremolinado otra vez, volaron sábanas e interiores púdicos recién lavados, mujeres parieron guarecidas en las esquinas cuando ese dijo, vio, sintió una salamanquesa grandota, más espanto y partos, ese otro dijo que vio dos, vio tres de tamaño aumentado, tan oscuro, negrísimo, pero vi, no son tres, son muchas, muchísimas, un tropel de salamanquesas salieron del volcán expulsadas por gases, salieron de las faldas de Fascinata, salieron del infierno, salieron de la bodega del dictador, salieron como

eslabones vivos de tenias muertas de los pujos de Fe-nerato, gente semidesnuda, viejos, viejas, jóvenes machitos, mozas, qué lindas transparentes camisas, corrían desaladas, corrían más que los masculinos robustos, más los carininfos de largas pestañas, un río de salamanquesas por las calles, dicen adheridas a las paredes las bestias elásticas saltando al pavimento en racimos desbandadas corriendo ¡qué tinieblas! tras la muchedumbre que corría, tiene razón el general, el discurseador, son brujas alagarteadas, voz femenina se alzó, voz gruesa dijo no las veo, ay, siento, las siento por debajo de mi camisa, voz femenina aguda compungida, no son brujas sino fenómenos naturales eruptivos volcánicos gases amorfos entre la oscuridad, voz cascada de sexo ex fuerte, qué importa, creció, trepó, se encimó, desparramó la desmesurada gritería hasta palacio, pero no llegaron salamanquesas allá sino dragones, son dragones, mi general, ¿dragones en pleno siglo veinte?, ¡dragones!, cosas que están pasando raras, brujas, luces estranguladas, dragones, allá va a dar, pues contra dragones tanques, monstruos contra monstruos, salvar al pueblo querido, salieron retumbando, traqueteando, horrísonos, aplastando basuras y ramas caídas, orugas gigantescas, cañonazos de fuego alto preventivo, asustar a dragones sin herir gentes ni casas, y los dragones-salamanquesas-salamandrinas desaparecieron, no hay, dónde, fugaron, ¡tanques contra pueblo indefenso! , somos hombres, no se permite, ¡abajo el gobierno!, ¡vivan las brujas!, enronquecieron valientes muertos de hambre del susto a la venganza, meados de rabia, viejas chillando, mozas y semimozas gritando histéricamente arrebatadas, pensando, tal vez no pensando, deseando sin comprobado propósito venéreo una fornicación azarosa general, el general estaba en la calle dentro de su vehículo blindado, órdenes estratégicas, ordenó la retirada cuando no vio dragones sino gentes de dos piernas desaforadas arremetiendo a piedras, pero se acabó contra quién lanzarlas, se fatigaron, laxitud promedia entre el polo del miedo y el polo agresivo, cargaron sus colchones, preferible dormir a riesgo de terremoto en la cama que sentir en el cuerpo la babaza fría de las salamanquesas, quién dice que no regresen, v el general en su despacho, sin luna la noche entera, no obstante los perros aullaron, los gallos reiterada cabizcaídamente afligidos mudos, acaso Fascinata los desespoleó, y no se vio por eso obligado el general, por la no luna quizá, a rondar las galerías de palacio, tragó píldoras en vez, y pudo roncar. Ese fue el segundo día. Ronca, general, no han sido las tinieblas aventadas aún a los subterráneos circulantes, impuntualidad del ciclo lumínico, anuncio perturbador, es ya, debería estar pasando el perezoso instante de la amanecida, qué importa la hora, mejor noche continua, ronca entendimiento anochecido, paz a hombres de tu priapismo vencido, órdenes cumpliéndose, ventaja de la prolongada nocturnidad en este país de pueblo emocionalmente superdesarrollado, ¿no lo palparon ayer las piedras en las costillas uniformadas?, cumplidas órdenes no en el corral de los caballos por esa misma razón de pueblo caballuno encabritado, sino prudentemente consumadas en la loma de los aparecidos dicha así por gente crédula piticefálica, allá en el mogote sin casas pelado a dentelladas centenarias de agua brava, lluvia de aguas destiló cuando se hallaban ocupadísimos acumulando rajas de leña, la claridad debía ser por lo menos clandestina, ni eso, agua negreando posibilidades iniciales de alumbramiento, agua sin chorros, qué bueno sin embargo, calles lavadas en las rectas amplias avenidas, ceniza fangosa resbaladiza innoble en las veinte veces más calles del cinturón jorobado dos puntos más ajustados que lo normal para cualquier capital decente, privilegio no obstante, siempre se dijo

comprobadamente son más felices que los de avenidas porque en esa estrechez solo pasean disimuladas rápidamente salamanquesas chiquitas mansas nunca dragones, pero no pudo arder la leña, amarradas las tres no se hallaban confortables desgañitándose, pelambrera alborotada por delante por detrás por encima, desaforados baladridos sin dientes, ululantes bocas anaranjadas, conducida al poste de ordenanza la primera, presente un subsecretario de experto para testimoniar telegrafiando verdad, dijo caramba si no las podemos purificar cálidamente, maldita lluvia, en el nombre de Dios y de la libertad que por él y en comercio independiente con él gozamos hasta el aburrimiento de la jubilación, de nadie es culpa, tenemos libre arbitrio predestinado, circunstancias prácticas hay, soga hay, árbol fuerte hay, ahorcar con rapidez ultradinámica humanística procedimiento es de legítimos providenciales resultados tan óptimos como la candela pues corresponde asimismo a la libre arbitrariedad de la razón pura limitada al tente en pie con chispa en las vísceras superiores predeterminadas al usufructo de la dádiva divina de una sola pista funcional para elegidos, cuánto saben los expertos dijo para adentro el soldado macaco, ¡ay, caballeros, yo no soy bruja!, bisbisbisbisbissss sin pecado concebida, solo ejercité de alcahueta, de vez en cuando nada más, lo confieso, si confieso perdón, ruego que no, resistencia, gemidos, flacos pataleos, cómo lloran los ojos rojizos de pestañas mutiladas por arácnidos minúsculos astrosolabiadas de tanto mirar defecaciones de moscas en el cielo, no acompañamiento de tamboriles ni campanas, vieja perniciosa gusanera viva muere para que vivan los buenos hartándose de felicidad consuetudinaria sin tifoidea ni paludismo es la ley de obedecer, último patibraceo renqueador paralizado de un trac, luego el balanceo breve de un peso mínimo en el aire, nada de voz final sino gorgoriteo necrológico, ay, la segunda dio más trabajos, se desnudó a fuerza de arañazos, manta roída, tela podrida, piel flojamente corrugada, tetas de memorias anticuarías, pelado el sexo entre los canutos roñosos de las piernas, qué vitalidad postrera, siete patas, nueve brazos, entrampados pero gusarapientamente ágiles, por la Santísima Madre de Dios, sarmiento soy sin retoño, vean mi monte-cilio estéril, me apaciguaré si no me matan, sarro pecador de mi vasija ex permeable a los jugos que la apacentaron, no rebulliré ni enseñaré meneos si no me matan, no complaceré ni para comer si no me matan, quieta y solitaria quedaré si no me matan, comeré solo cáscaras y miraré para abajo, nunca para arriba, dile experto que me dejen suelta, soltada estuvo de su amarre, obra del rey de las cavernas ardientes, plegarias diluidas en lo que debería ser madrugada de luz entiznada y era negrura acuosa, carbón delicuescente del malagüero, enlazada cuando quiso escabullirse, reatada, y calló sin dejar de moverse hipando lágrimas, muerta la voz antes de morir, qué silencio magnánimo suministrador de presas, vieja rapiñadora, te corresponde a ti el turno y después a cuántas más quién sabe, depende de cuántas almas tenga Fascinata, cuatro, las cuatro atrapadas, o siete como los gatos, o cuatrocientas o setecientas se dijo a sí mismo el sub-experto, ¡qué ejecutivo!, enlazada y sujeta la calva de su cuerpo entero, pero contorsionando piltrafas, metamorfoseada en rabiosa perra incontrita, alcahueta dije para que serví, malditos hijos de la chanchaputa, maricones cagarrutientos, ¡viva la pipa de los diablos!, ¡uf!, beberán caldo prieto de mandrágora todos los presentes y los no presentes atorados de sapos degollados, brutos paridos de muía orejera, ¡ ay, no!, ¡ di tú que no!, futre lampiño ojiazul mierdorado, nooo, gugugúuuuuuu, ya lo ven, ¿lo oyen?, el segundo trac de vértebra feble, se le condenó el alma por falta de fuego, lo merece, y ahora tú, la tercera infraganti rascándole el culo

a las muchachas, ¿qué hablas?, pero no hablaba, agitaba labios apagados, los temblaba comiendo papilla ventosa, se moría sola, cayéndose, chorreándose de sus matadores, tiesa, floja, otra vez tiesa, otra floja, tacataca de pelele, moribunda autónoma, ¿por qué gritas, ladras, perra-bruja?, vienen de lejos, señor, ladridos de perro semental, ladraron docenas de perros a la distancia cada vez menos distante, parada la lluvia, y ladridos, una vacilante claridad rasgó y secó la noche con exhalaciones radiales oblicuas desenhebrando nubes enmarañadas, apuremosnos dijo el perito, más voces de perro y otras no perrunas sumándose, ladridos de gente, ¡espías en nuestras filas!, infiltrados avisaron dónde y cuándo, apurémosnos, pero no alcanzaremos ya a beneficiarla, perito, si vienen tan ligero perros y hombres y mujeres y perras, ¿no los oyes?, ¿no los ves?, y era un ejército enconoso y colérico, una larga multitud trepando la loma por los dos únicos brazos del partidero casi camino, estos indóciles subdesarrollados tienen olfato estratégico instinto virgen selvático, la loma ya bajo el sol bruscamente de un salto tirando luz a las dos brujas colgantes, la enmantada sus trapos guindados, la encuerada eva sin complicaciones industriales, los mismos ojos de buey desorbitados, las mismas lenguas de vacas desgonzadas, ambas a lánguido compás meciéndose hicieron parar a la turbamulta, reenfurecida inmediatamente corrió sobre los ejecutores que rodaban ya sus yipis mogote abajo por el lado opuesto saltando terrones hacia la ciudad para circundarla y arribar al general, era general el furor, uno despabilado dijo capitaneando ¡ a descolgarlas! y otro dijo cojan a la matada sin soga, la cogieron por los brazos y las piernas, entonces abrió un ojo después otro suspirando, ¡ ay, muerta estaba!, bendita sea la divina providencia que me escapé soñando nada más, y fueron las tres conducidas en hombros, horizontales las muertas, trofeo sen-tado la viva, al palacio, ¡ asómate general victimario!, el general ya con el subexperto y el oficial en comando, rodeado de tropas defensivas, nadie dispara dijo, dejadlos gritar y que se cansen, gritaron, pues, y arrojaron piedras, y hubo que despejar a sablazos galopantes, despejaron la plaza pero los despejados no dejaron caer a las tres, desfilaron por las calles limpias, pasaron por las calles sucias al cementerio, enterradas las dos sin tiempo para ponerles cruz encima, volvieron entonces para juntarse a los estudiantes, cargada su vieja trofea suplicante que la dejasen descansar y ocultarse, la ocultaron los estudiantes en la biblioteca de la Universidad, y seguía la pelea, ejército aguerrido todavía no órdenes de tirar a matar, pero matando indispensablemente, el general acoquinado escuchaba consejos de pedir tropas a país protector, mientras tanto resistir, atacar solo cuando fuera necesario, informaciones quiero dijo el general, pronto, aquí está largo despacho descifrado, informe quinta subcomisión favorable en principio enviado a tercera comisión allí detenido antes someterlo a examen de la primera hasta recibir datos adicionales promedio anual sueldos salarios servicios durante último decenio per capita ascendente y descendente mismo periodo curvas asimétricas de fluctuaciones cuántos hijos promedio por familia cuántas familias promedio por casa cuántas casas promedio por perímetro demográfico determinado cuántas habitaciones promedio por unidad habitable familiar características vitaminizantes de arroz descascarado exportable grados diverso amargor del cacao consistencia de su perfume preceptos legales sobre retiro porción rendimientos futuras inversiones número aproximado peces en corrientes frías producto grueso bruto ingresos netos anteriores cinco años posibilidades corregir déficit reservas sin estambay análisis de tierras al occidente y al oriente lados proyectado camino troncal, ¡ carajo!, llamad a

técnicos econometristas, los micros y los macros, que trabajen sin parar, prioridad urgente, toma las dos aspirinas, mi general, y esta agüita caliente de hojas de aguacate, tranquilidad y tesón virtud del estadismo, noticia, noticia, huelga del sindicato Labor y Prosperidad, paralizada producción de preservativos, recontra mala suerte, subirá índice natalidad, y los frailes andan diciendo que toda mujer casada o soltera por el diablo se desespera, pero que la fábrica debe permanecer cerrada debido a cánones no dilucidados todavía, noticias, noticias, cinco estudiantes muertos en último ataque, numerosos heridos, prosigue la batalla economizando vidas, noticias, noticias, los cantones rurales en paro, no reciben prometida asignación obras públicas, amenazan levantar rieles de ferrocarril para sostener aislamiento independentista, noticia, noticia, ¡ tomada la Universidad por escuadrón suicida!, ¿cuántas bajas?, ¡yo qué sé!, aulas destruidas, estudiantes cabecillas presos, los demás en las calles engrosando multitud hambrienta, empecinada resistencia estudiantes secundarios, prudencia son casi niños, sí, general, pero agitadores profesionales dentro, quizá brujas también, tres de la tarde, cuatro de la tarde, cinco de la tarde, general sírvete algo de comer, nada desde el desayuno, noticia, noticia, almacenes de víveres violados, robo de galletas y fideos, arrebatadas armas de otros proveedores, un incendio en el sur, automóviles volcados pero no arden sin embargo sino apenas por causa gasolina aguada, no hay mal que por bien no venga, en las calles hambrientos, miles de hambrientos, ¡ huevos y leche, general!, ¡huevos y leche!, ¡huevos y leche!, noticia, noticia, no "fue capturada en la biblioteca la bruja generala de los estudiantes, misteriosa desaparición, ¿qué hacemos?, ¡quemar libros de tapas coloradas!, desintegrar el fondo de la inspiración polifémica proterva, fumigación, incineración no únicamente allí donde cagó la bruja, sino también en las oficinas postales llenas de paquetes inflamatorios, abusadores de la libertad de lectura, y en las librerías de negociantes inescrupulosos corruptores de juventud melenuda, emergente nece-sidad contra libre empresa, fogatas de libros y folletos, hasta el barbero-cura cervantino escrutinó papeles condenados al fuego, ¿menos vamos a ser nosotros?, fogatas nativas de San Juan, fogatas de jalouín antibrujístico importadas de primera calidad, primorosas fogatas esparcidas estéticamente en la ciudad, otras fogatas más altas hechas por los hambrientos, ejército y policía tirando a matar irreparablemente, llegó la tarde a morir los muertos apurándola, noticia, noticia, ¡ se escaparon los locos del manicomio, los leprosos del leprocomio!, revueltos bailan sandungueando, saltando irracionalmente acertados, resbalando en cojinetes las cabezas, los hombros, los brazos, los dedos, las gorduras del vientre, ancas, piernas, sandalias, botines aceitunas, botines cerezas, lanzando risotadas a las nubes de naranja, y al viento azul de humo remiendos deshilachados y alas de túnicas llameantes, echadas hacia atrás las venusinas de alto monte, hacia adelante las jorobadas, cruzándose entre velludas extremidades masculinas, recogiendo y flameando verdes, rojos, morados, amarillos, púrpuras, añiles, incandescentes blancos, sangre de toro con leche de coco, oleaje escarlata y negro de flamencos, riendo, cantando, un inmenso corazón invisible fluyendo sangre oscura sobre espumas de nácar, elevándose y cayendo a revolotear reflejos en el pulimento asfáltico, basalto, marfil, esmeralda, abiertos en abanico para confundirse en juncos vibrátiles y volver a desplegarse en círculos transfigurados de orquídeas vivaces y hermafroditas de pigmentos arrebatados, rotos de brincos exorbitantes, reconstruidos por la voz y el gesto del zancudo mayor de pellejo tinturado, por él guiados,

excéntricamente avanzando, mientras retrocede la espantada multitud hambrienta, ¡ adelante tules flamígeros desgarrados!, ¡ adelante arpilleras de diez colores!, y avanzan nalgas a contraluz, crinosos cabellos verticalmente iluminados, ombligos de caperuza plateada, hembras zigzagueantes, machos-féminas arrebolados con anilina a rayas de cebra cubriéndoles desde la manzana de Adán a los promontorios semiocultos después de la expulsión, voló entonces el bicornio del napoleón en zancos, jineteando ahora un caballo humano, una yegua filomedúsica, ¡ a la carga!, y embistieron con descomunales voces polífonas en choque, por encima de un bajo tum-tum incitador del meneo sincopado, embistieron, aventajaron, ganaron avenidas, en despavorida derrota los hambrientos, derechamente los leprolocos al edificio del orden, lamiéndose llagas inferiores al levantar las piernas, mordiéndose las lenguas en las notas gruesas, cabriolando huesos sin sustancias minerales, derechos al establecimiento de envidiada solidez ya carcomida, noticia, noticia, general, edificio del orden abordado, nuevo apagón, el zombi-robot actuando, ratones huyen en desbandado tropel a refugiarse en el subsuelo, peligro, general, se comerán las vigas maestras de los cimientos, los perros devoran a la luna, ¿no los oyes?, sí, dijo el general, los oigo, ¡jacobinos de mierda!

Ese fue el tercer día.

XI

Anáfora, Edúrea y yo, antes de amanecer, dejamos la casa, porque la autoridad dispuso hacerlo todo sin sol que echase gentes a la calle, y él mismo designó a quienes debían acompañar, solo la familia, de entre ella los cargueros de la leve carga, él, por supuesto, sus agentes de confianza, el señor cura y las señoras del Comité, al cual ni Anáfora ni yo pertenecíamos, pero las dos quisimos, validas de Edúrea, estar en el cortejo y atender a la ceremonia, no en la iglesia, para que nadie se percatara, sino allí donde ordenadamente se plantan cruces de los que, según dicen, reposan para siempre, bajo pisadas, y miradas que esperan y van de vez en cuando a rondar ese jardín de palos. No se encendieron velas, pero ya podíamos vernos entre el crespón de la noche. Nadie habló, sino el rezo del cura y el lloriqueo de la mujer que perdió el niño en el viaje del tren a los espacios inofensivos, más ni en el rezo ni en el llanto encontré palabras diferentes que yo entendiera, aunque ambas cosas me dolían y su sonido triste

hacíame reflexionar que pude haberlo salvado si lo hubiese entregado a Ribaldo. Campanas implícitas, himnos tácitos, armonio insonoro, coros taciturnamente secretos y el rumor de la brisa líquida suspendida en el día por llegar, eso entendió mi corazón en vigilia, y nada más, y no hubo forma que tocara mi cuerpo ni alegrara mis ojos en el jardín inmóvil, desprovisto de la fluidez del mío, donde las gotas de agua tiemblan en el labio de las hojas y la elegancia de los tallos construye con las flores y el apacible murmurar del viento una variante multitud de imágenes de amor.

Así cumplimos, un poco extraviadas las tres, porque yo adiviné que pensábamos pensamientos separados. Al volver, pasamos de la muerte violenta a la perseverante muerte de la casa, haciendo cada una lo que tenía que hacer y deshacer, hasta que Edúrea se marchó. Dije entonces a Anáfora:

—Dejemos quieto el polvo. Necesito de ti.

Anáfora asintió, nunca deja de asentir cuando se le pide algo que directamente le corresponde, y nada le corresponde mejor que la compasión. Llenos sus ojos de ella, me la ofrecía, mientras yo le contaba que Ribaldo había jurado venir a buscarme con los niños, antes de que irrumpiera la violencia, para irnos a vivir a la República de las Flores, esa donde todo el mundo se ve de verdad, porque la ciudad es transparente, y nadie puede engañar.

—Pero yo no quiero dejarte —agregué—, quiero que vayas con nosotros y seas tú la reina principal, para que todo esté en orden y yo pueda libremente ocuparme de los niños.

— ¡Ay, Redama, no te ciegues de credulidad, no debes consumirte en ella, porque tu llanto no cesará por todos los días que alcance tu vida! Y la vida te será penosamente larga.

Así fue la respuesta de Anáfora, sin realidad alguna, pero, como calló y yo no insistí inmediatamente, comprendí su natural egoísmo de madre-hermana y de mujer del muerto que no acaba de morir, al querer disuadirme por modos tan indirectos. Muy advertida, retozándome en los labios la sonrisa, le expliqué lo conveniente:

—No te he dicho todavía que haremos allí un cuarto, el mejor de todos, para tu hombre. Nos llevaremos todas sus cosas, sus libros, sus papeles, su lámpara, de modo que se encontrará a gusto, y te seguirá, no lo dudes. Te prometo además que solo tú guardarás la llave, porque yo no necesitaré de su amparo en esa ciudad, y, si alguna vez me hiciera falta su consejo, me lo dará por tu intermedio. Y con este arreglo podemos regalarle la casa a Edúrea.

Pasó una sombra, se detuvo en el rostro de Anáfora, que, un poco seca la voz, un poco húmeda la mirada, me dijo:

—Prefiero hablarte la verdad. Esa ciudad de las flores no existe. Solo existió en el cuento que él te contó.

¡Qué absurdas palabras! Pensé que me decía lo que no era posible decir sin embuste, porque no quería abandonar a Edúrea, pues Anáfora se siente responsable de todo, y tampoco quería que yo me fuese de su lado. Pero la verdad era que me estaba quitando los cuentos contados a mí, porque amaba a su hombre únicamente para sí. Protesté:

— ¡No es justo, Anáfora, no es justo lo que me haces! Él nunca mintió. Me dijo muchas veces, con prolijidad, lo que había en cada calle, en cada parque, en los cien jardines, en el color de las cometas, en las casas de cristal, en las lagunas azules, en las flores que no duermen, en los árboles siempre verdes y poblados de nidos, en las colmenas de abejas sin aguijón, en la luna que no huye jamás, pero cambia de sitio para alegría de los pequeños; en la juguetería de las estrellas, en la letra y la música de las canciones... Lo recuerdo perfectamente. ¡Me lo dijo a mí, no a ti! Otra vez me contaste cosas espantosas. ¡Anáfora, no me espantes ahora!

Inclinó la cabeza como si yo la hubiera golpeado. Acercó luego su asiento al mío, tomó mis manos y me llenó su voz, involuntariamente me llené de ella, porque Anáfora es una mujer que sabe.

—Escúchame bien —me recomendó con amabilidad y una lentitud que entraba en mi piel hasta erizarla—, escucha, esa ciudad no existe todavía, pero sigue creyendo en ella. El cuento de él era un cuento, y nada más, cuando lo contó. Sin embargo, si él lo dijo con tantos detalles, la ciudad existirá algún día. Quizá llegues a verla. Quizá llegues a vivir en ella. Estoy casi segura que así será. Pasarán, no obstante, muchos años, los hombres tendrán que pagar muchas deudas, el tormento de la culpa que humilla y enfurece será vencido, muchas bestias a caballo estropearán todavía el grano de las cosechas, muchas descomposiciones ocurrirán para que fructifiquen los árboles y broten las flores de tu ciudad, y la construyan alhamíes sin hambre y cortadores de cristal sin miedo, porque todo eso toma tiempo, y hace falta un tiempo grande para que la luna camine como tú quieres y se muevan sin peligro las estrellas. ¿Me escuchas, Redama?

—Te escucho, pero no quiero creerte. Si he de esperar tanto, me haré de piedra como la casa. Antes de las malas noticias, empezó a cambiar, y la piedra era linda y viva, pero otra vez se ha endurecido. ¡Yo no la quiero así! ¡Yo no me quiero dura! ¡Tengo que huir de ella!

—Redama, tu ciudad vendrá, pero si no existe aún, ¿por qué caminos llegarás a ella? ¿Cómo te orientarás? Repara en la responsabilidad que tienes con los niños, a quienes pretendes llevar a un lugar que tú no conoces, porque aún no es ni está, y los puedes extraviar, y los niños entonces se volverán contra ti diciendo que los has engañado. Tú no puedes hacer eso, Redama.

No me gusta llorar delante de otros, pero a veces me ocurre. Ahora el llanto creció a derramarse, permitiéndome apenas pensar que no era posible dudar de Anáfora poderosa y valiente. Débil yo, ¿qué decirle? La duda me trajo discordias interiores, derribando mis deseos. Anáfora ya no hablaba. No pude soportar la ternura atroz de su silencio, y empecé a suplicarle:

— ¿Qué hago, Anáfora, qué hago? ¿Cómo espero sin morir que la ciudad sea construida? Y ella, con palabra quieta:

—Puedes esperar si traes a Ribaldo, a quien debes salvar antes de que sea tarde. Habitará el cuarto de él. Estoy segura de su aprobación, porque él jamás se opuso a la bondad; la prefería a la justicia. Yo tendré de todos modos mis silencios propicios con él. Y ambos, nuestro hombre que descansa y Ribaldo, ganarán, el uno porque favorecerá, el otro porque será favorecido. De Edúrea, me encargaré. No temas nada. Si decido que es mejor decírselo, lo haré. Si es mejor ocultárselo, se lo ocultaré. Salva, pues, a Ribaldo.

Había dicho «nuestro hombre», con una significación que me subyugó. Y quería salvar a Ribaldo, lo cual me conmovió. Pero estuve alerta:

—A Edúrea, nada, ni una palabra. Ocúltaselo. Y ahora, Anáfora, he de decirte que eres buena, y siempre lo has sido, pero no eres buena completa: ¿y los niños?

Dejó mis manos para decirme con autoridad benévola, pero imperiosa:

—Hay que devolverlos a sus padres.

— ¿A los corruptores? ¿A la gente grande, progenitores de la maldad? ¿Cómo te atreves a aconsejármelo?

—Porque de otro modo arrasará la violencia, ¿no lo adviertes, Redama? Ribaldo es un prisionero entre todos los de camisa azul, te digo la verdad. Debes confiar en mi experiencia. Los niños son también prisioneros de algo que no comprendemos aún. Cuando hables con Ribaldo y le expliques lo que yo te he explicado, y sepa que se va a salvar, convendrá en la devolución de los niños. Ten fe. Los padres no son tan malos, solo ignorantes. No conocen bien a los pequeños, jamás han intentado comprender su mundo, esa es la razón de sus cóleras, la impotencia, nada más. Pero pienso que, entre una cosa dañina y la otra, ha de preferirse la que preservará a los niños del horror que se aproxima. Y aunque crezcan llenos de desdicha, vivirán su vida natural, hasta que sean salvados y la tierra entera sea también salvada de su desarmonía irracional por la República de las Flores. Quizá los castiguen de obra, quizá los fuercen a trabajar, quizá les hagan muchas injusticias, porque sus padres sufren muchos dolores y sus ánimos no son favorables ni a la comprensión ni a la alegría, pero vivirán. Si no viven, si la torpeza del encono los destruye o les malogra para siempre el corazón, no tendrás niños presentes ni futuros que llevar a la ciudad de las maravillas. ¡Sálvalos, Redama!

Vencida estaba, confusa, colmada por el aturdimiento, bajo el peso de la sorpresa, agobiada por tantas razones sabias, deseosa de poderlas yo también manejar, aunque no me gusta la sabiduría, no viene de mí con naturalidad, no me conforta su tristeza, no mueve mis formas, me limita, me acosa, me mutila, me cerca, me sepulta en un pozo de luz cegadora, me deja como una alondra sin semillas que cantar, me aleja de los invisibles-visibles, ay, Anáfora, te amo, te correspondo, aunque me has derribado como una poca cosa de papel, nada más aventando sobre mí todos tus años prósperos de dolor, puesto que tú eres sin duda la dueña del muerto, y él te ha comunicado su fuerza, y ahora comprendo que no puedo ser como él sino después de vivir, lejos yo, próxima tú, hasta que alguna vez te alcance

en los misterios que has descubierto, mientras yo inválida obedezco a la nocturna quietud de tu vientre. Tuve, empero, una última pregunta que hacer:

—Si quedan los niños donde están, ¿los matarán? Y si no los matan, ¿los enloquecerá el horror que tú dices?

—No lo sé bien, pero lo temo. Habla con Ribaldo.

Ya no era posible saber más. Fui a mi alcoba, desvalida, a contar las horas que faltaban para encontrarlo.

Yo estuve puntual, bajo la tarde indiferente, esperándolo, mas no llegó. Hube de contar mi historia a las briznas de hierba que desprendía de mi falda, una a una, indecisa antes de arrojarlas a la voracidad del viento. Descendía el gris sobre mí. Me aterró la soledad, lúcida, no obstante, del agobio que me causaba el resentimiento de la dicha perdida. La victoria de Anáfora se afirmaba en el lívido desfallecer del día. Temí caer yo también, antes de que me encerrase la piedra de la casa, y eché a andar por el camino de vuelta, repitiendo la certidumbre rencorosa, errada yo, apartada de mí misma, más incompleta que nunca. Tal vez había muerto. Y el frío que me entraba sería por habérseme desprendido la vida sin ninguna compensación afortunada. Anáfora me esperaba. Edúrea hacía ruidos con su voz. Pasé entre ellas, apariencia era y no muchacha, pasé sin ser importunada, porque Anáfora debió haber comprendido que yo no la quería esa noche, y Edúrea había dicho ya bastante de lo que quiso decir. Puse llave a mi alcoba. No vino imagen alguna a socorrerme. Llovía en mi corazón agua de hielo. Me estremecí, apretándome, cobijada en mantas de escarcha, pero vino luego precipitadamente una llama que subió a mi cabeza y empecé a arder hasta el olvido.

En la mañana, consumida por la desusada incomprensión de la noche, que solo me trajo figuras extrañas a mí, hijas de la incandescencia, cuyo recuerdo murió al morir la llama, tuve que esforzarme por abrir la puerta a los golpes de Anáfora. Inquieta, me miró, me ayudó a volver al lecho, y quiso que viniera el médico del pueblo, secundada por las argumentaciones de Edúrea, a la que Anáfora mandó callar. Yo me negué, pues mi enfermedad no era de médico, me negué con tanta obstinación, que Edúrea se marchó dando un portazo. Solas las dos, le dije:

—Anáfora, no somos rivales, ¿verdad que no?

—No, Redama, no somos rivales; somos amigas.

—Llévame entonces a hablar con tu hombre. Quiero pasar el día allí, hasta que me dé el milagro.

— ¿Qué milagro, Redama?

—El que tuve y me quitaron. En vano esperé ayer a Ribaldo.

—Te dije que era prisionero. Quizá no le dieron licencia. Prueba otra vez.

Y me habló de cosas lejanas, desenterrándolas de un pasado que se acercaba como un cinematógrafo de secuencias al revés, el caballo en que él me llevaba a pasear por la colina desde donde el pueblo es un puñado de casitas coloreadas, los pájaros que venían a comer de su mano, el buen asno que tiraba de la carreta en la que yo reía sin ninguna razón, el circo con ese payaso de zapatos enormes y gorro de burbujas, las conversaciones con mi muñeca, cuyo cadáver contemplo de vez en cuando en el fondo de mi baúl, mis primeros amores con el enano que daba pasitos hacia mí tendiéndome la punta de su barba, el aro de bronce que yo enterré en el jardín para que la luna lo convirtiese en aro de plata, y yo cerré los ojos para ver todo eso, y seguí viéndolo en el sueño que suavemente llegó a acariciarme.

Más tarde, Anáfora me dijo que me tranquilizase porque Edúrea, siempre bien informada, habíale contado que no llegarían al país los gigantes extinguidores con los que habían pretendido sacar de sus escondites a Ribaldo y sus amigos. Edúrea estaba indignada, me dijo, pero Anáfora contenta. Y yo, agradecida, no insistí en refugiarme en el cuarto del muerto, porque ella tiene derecho a disponer de su aposento como quiera, y aunque no me prohibió entrar en él, comprendí que no lo deseaba.

Resignada, pues, dejé que resbalasen por el día las horas. Y en la oportuna, volví a hacer el camino. Y fui puntual, y esperé, atento el oído a sus pisadas, los ojos al movimiento del matorral, y esperé así, alerta y medrosa, mas no llegó.

No recuerdo, no quiero recordar tampoco, las ideas que me dolieron durante el horrible vacío del retorno, deshecha en lágrimas, sí, pero reanimada al mismo tiempo por una irritación que pocas veces sentí, recuperada por ella en cada desfallecimiento, dispuesta a no permitir que me engañen, sofocándome en la prisa por llegar y entrar y ver a Anáfora y decirle «no soy la candida que tú crees», y correr a mi baúl, donde guardo mis memorias en cajitas cuidadosamente arregladas, tomar la llave, y dirigirme al cuarto del hombre que no fue mi padre, pero como si lo hubiera sido. Allí, en su sillón, caí abatida, y acaso padecí una convulsión, mas, puesto que lo buscaba como se busca a Dios, poco a poco se alzó en las tinieblas el murmullo de sus labios a mitigarme, retrocedieron las olas de mi sangre a deslizarse en ríos ecuánimes, el aire que tomaba mi pecho fue liviano e indulgente, y clara, y pura, y alta se formó su palabra: «Un día entre los días, en la antigüedad del tiempo...»

No sé si fue él quien me ordenó ir a mi alcoba, desnudarme y meterme en el lecho. No sé si Anáfora me recogió. En cualquier caso, tiene que haber sido antes de que hubiera luz, porque me despertaron las cortinas cuando se pusieron blancas y yo sentí el perezoso sosiego de la habitual posición que todas las mañanas abandono para incorporarme de un sueño de varias horas. Me hallé con fuerzas, con prontitud para ayudar a Anáfora y a Edúrea, apresurándome en las tareas más minuciosas, devuelta milagrosamente a mis risas interiores, poniendo a la hija del ayudante del general Milvino adornos estrafalarios en la cabeza, pingajos de vidrio en la nariz, sonajas en las orejas, una girándula de siete colores en la frente, en los brazos la manteca brincona que tenía la autoridad del vozarrón, en las manos pelusas largas de maíz, el bigote de la reina feroz se lo atufé a un lado de la boca, v la vi saltar como una osa hincada en la barriga por el palo

del domador, pero hablaba, sin embargo, por cada rincón que su corpulencia limpiaba, junto a cada silla que movía, contando historias frescas de la ciudad, algo de bombas y ceniza, la revolución de los estudiantes, balas y caballos, el temblor, y qué sé yo qué más, porque mi atención estaba en el regocijo y no me di cuenta, hasta que descansamos y Edúrea salió a su comité, de que había contado cosas peligrosas llenas de odio. Nada averigüé con Anáfora, pues de la entrevista con su hombre habíame crecido, contra los malos presagios, una certidumbre favorable, benigna, la seguridad de que mis penas iban a componerse, y de que esa tarde no quedaría defraudada. Anáfora, que casi nunca habla cuando los otros callan y sólo interviene en conversación cuando es requerida, rompió esta vez su costumbre para decirme, con voz aparentemente neutral, «supongo que vas a salir», a lo cual le respondí que sí. Y nada más le dije, porque me ocupaba en examinar algunos indicios de que la casa volvía a la dócil naturaleza de lo plástico, a dejar correr en sus profundidades la savia de la piel y de la arcilla.

Discurrido, pues, que hube un poco en los dulces extravíos, es decir, en las aventuras genuinas de los objetos, jamás vistos como son por la generalidad, sino inanimados por la vida desdeñosa y la calamidad de los observadores de querer ser solamente uno y una, llena de alegría me aderecé los cabellos, me vestí con el traje de mi cumpleaños, y marché en su busca. En cuanto ascendí el recodo áspero y abrí las ramas para sacar de ellas el rostro, Ribaldo vino a mi encuentro con su triste sonrisa de enamorado.

Bajo uno de los pliegues del monstruo azul, perforado por millares de gusanillos de plata rosa, que en la noche había frotado con la falda de mi camisa para que chispearan, allí pasé la mañana, en ociosidad. Tenía permiso de Parcitas para no hacer nada, porque le dije que me sentía indispuesto. Cierto que él no me dijo «concedido», sino que se encogió de hombros v se puso a dirigir los ejercicios de los niños, pero tomé su ademán por consentimiento. Permiso le solicité, porque, después de lo ocurrido ayer, solo la rendición me quedaba. No más rebeldías, no volveré a burlarme de su ombligo, no opondré a la simple rigidez de sus razones la complicada categoría de mi pensamiento. Estoy en peligro, rodeado por todas partes de peligro, peligro si me disloco, peligro si obedezco ciegamente cuando llegue la hora activa, peligro si adelanto, peligro si retrocedo, por valiente y por cobarde, peligro, atrapado estoy y ofendido, y esto es mucho más triste que la tristeza que me causa el destino de Tíbulo. Sentado, pues, con mi congo i a inseparable, indiferentemente veía a los niños marchar de uno en uno, en fila india agazapados. Tocaba Parcitas el silbato, y ellos se abrían en escuadras de seis; lo volvía a tocar, y for-maban abanico; y continuaban, corriendo a veces, deteniéndose en seco, otras, retirándose a gran velocidad sin mirar hacia atrás; y luego Parcitas los dejó maniobrar solos, bajo el comando del niño que había demostrado mejores aptitudes, el que hizo la guardia cuando salimos a matar al transformador, capitán ya titulado, y el segundo, su compañero en taconear la cabeza del escorpión, lo substituía, al serle indicado hacerlo por el ex largo. ¿Cómo habrían de entusiasmarme esos movimientos, si yo, arrinconado en la barriga de mi monstruo, solo pensaba en el incierto futuro inmediato, cuya sombra me envolvía en telarañas siniestras? Tampoco tomé parte en la lectura del breviario principal de los folletos adicionales, cons-truidos de acuerdo a los últimos adelantos de la nemotecnia. Vino el almuerzo, por fin, que comí con

hartura, sin parar mientes en las miradas irónicas de Parcitas, comí así porque me empujaban los nervios, acaso porque temía no volver a comer satisfactoriamente, ya que, de hallarme en guerra, tendría que alimentarme de pastillas concentradas o latas de garbanzos, y, si me mataban, va no podría comer nada. Llegó también ha seguido la hora del reposo reglamentario. Entonces dije a Parcitas, que solía descansar a mi lado:

—Quiero pedirte disculpas.

— ¿Has tenido malos pensamientos? —me respondió, con su cara lánguida de fraile longevo.

—No, Parcitas. Es por lo que te hice antes de ayer en un momento de arrebato. No he tenido oportunidad de hablar tranquilamente contigo. Tú sabes, el entarimado, los encapuchados, la condenación de Tíbulo... Ni un minuto libre.

—-¿De qué hablas? La verdad es que no me hiciste nada, según el sentido que quieres dar a lo que dices. Además, no te hubieras atrevido. Tu breve impulso antirreglamentario fue solo producto de tu ignorancia, de tu limitación formativa. el resultado, en fin, de los residuos de metafísica protoidealista que te quedan. Pero es curioso que me pidas disculpas luego del juicio y no antes... Espero que el caso de Tíbulo te haya iluminado.

—Sí, me ha iluminado muy bien, pero también me ha oscurecido un poco. Pero, antes de nada, te juro que no es por la iluminación que te pido disculpas, sino porque hice mal y siento muchas consideraciones por ti.

— ¡Bah! Vamos a lo serio: dices que te ha oscurecido un poco... ¿Cómo es eso?

—Bueno, Tíbulo era mi jefe, decía cosas derechas y hermosas, dominaba las composiciones magistrales del Gran libro, su palabra me convenció a seguirlo... Tú comprendes.

—Claro que comprendo. Pecado por falta de análisis, carencia de objetividad, exceso sentimental.

—Reconozco mi falta, no necesitas repetírmelo. Pero dime, Parcitas, de urgencia, ¿qué sabes de los extinguidores-insecticidas-flamígeros?

—Puedes estar tranquilo. Ya no vienen. Han desistido.

— ¿Seguro?

—Segurísimo. Los necesitan en otras partes más grandes. ¡El mundo entero lucha! ¡El mundo entero se subleva!

— ¡Perfecto! Pero dime, Parcitas, otra cosa, ¿se equivocaron como Tíbulo muchos otros en el reconocimiento lineal?

—No muchos. Los reacios están eliminados en pro de la unidad monolítica. Y ahora estamos listos para actuar, porque nuestro cuerpo unitario se ha

librado de los desperdicios acumulados que lo afectaban. Tienes que entender bien esto, Ribaldo.

—Perfectamente. Dime, sin embargo, ¿por mi exceso sentimental, mi carencia de objetividad, mi falta de análisis, cosas del ayer, por supuesto, seré también eliminado?

—No lo creo, pero depende de cómo te comportes en el futuro. Además, supongo que se toma en cuenta que conoces a fondo este programa del que eres parte.

—Tanto como que conozco a fondo el programa, lo dudo.

—Lo conoces bastante. Y Redama, ¿quién sabe lo que sabe?

—Nada, te lo aseguro. Ella solo sabe que va a llevar a los niños a la ciudad de las flores. Y ahora, dime otra cosa, ¿eres tú mi jefe?

—No en propiedad. Debo tener siempre un ojo en ti, especialmente en razón de tu enamoramiento con esa linda putilla. Debe ser por eso que me mandan las instrucciones a mí, pero, en rigor de rigor, hasta ahora somos sodalios de igual categoría. Lo demás, depende de ti, ya te lo he dicho.

Lo de putilla me acaloró. Era la segunda vez que la llamaba así, y comencé a hervir, pero tuve la prudencia de comprender que lo hacía para probarme y el heroísmo de dominar mi indignación. Exclamé, pues, forzando un énfasis alegre en cada palabra:

— ¡Sodalio, hermano! ¡Con qué franca nobleza me has explicado nuestras respectivas posiciones! Me has confortado. ¡Viva la Organización! ¡Mil años viva nuestro Gran Caputón! Me siento efusivamente feliz.

—Correcto, correctísimo, Ribaldo. Y con esto, déjame dormir mi siesta.

Se echó, sin más, desabrochándose los pantalones, dejando al aire su feo ombligo de pico de loro, del que yo, por conveniencia interior, apartaba la mirada, sin poder dormir, tranquilizado, no obstante, aunque amargamente pensando en los valores de mi humildad, curioso de saber si de ella surgiría la entereza necesaria para actuar y prosperar y ver los fines lavados de las inmundicias con que yo mismo tenía que decir que los había salpicado. No descansé tampoco, a pesar de haberme tendido y acomodado mi cabeza en la almohada, porque me era duro pensar en la aceptación de mi subalternidad.

Luego de su siesta, lo ayudé en los quehaceres, en las marchas, en los cantos, en las lecciones, hasta que, bien calculado el tiempo, miré el reloj de mi vigilante centinela y le hice notar que era la hora de salir a encontrarme con Redama.

—Hoy no está permitido —me respondió.

— ¿Cómo? —exclamé, positivamente alarmado, y saboreando mi bilis, porque él lo hacía para vengarse y humillarme, castigándome, probando así que habíame mentido con una ruindad cordialísima en el diálogo de la

mañana. ¡Farsante! ¿De nada entonces sirvió mi sometimiento vergonzoso? ¿A qué daños me exponía su increíble doblez?

— ¿Cómo? —insistí—. No sería justo, Parcitas. Contumelio me ordenó reducirla.

— ¿Has cumplido ya con la orden?

—Todavía no, pero estoy a punto. Si no la veo con frecuencia, no puedo cumplirla.

—Es la primera vez que un sodalio se toma tanto tiempo para una tarea de tan poca monta.

—Tú no la conoces, Parcitas. No es de poca monta.

—Aja... Bueno, bueno, bueno, esa orden subsiste y solo se interrumpe momentáneamente, pero hay ahora otras órdenes.

—Toma en cuenta que ayer no la vi por lo de Tíbulo.

—Te repito que son órdenes. Y te agrego que justamente debido a lo que ocurrió ayer, hoy tampoco debes salir. Nadie debe saber una palabra de lo que pasó en la reunión.

— ¿Me crees capaz de ir con el cuento?

— ¡Oh, no te inquietes demasiado por lo que digo! Es muy probable que la veas mañana, si es que todo está listo.

— ¿Listo qué?

—Muchas preguntas. De sabios es callar y obedecer. Y me volvió las espaldas. ¡Ay de mí! Estar listo y no saber para qué. Me apenaba no ver a Redama, porque ella hacíame olvidar esta vida sodálica de sobresaltos, pero mucho más poderoso que la pena de no verla era el hermetismo de ese «estar listo», de esas dos palabras intraducibles a la capacidad de mi interpretación. Tanto pensé en ellas, tanto me alarmé, que me sentí con asco, saburrosa la lengua, revueltas las oquedades de mi vientre, perdida mi cabeza en lucubraciones que fueron complicándose más y más al llegar la noche y al entrar yo en ella para la dificultad de mi descanso.

Al mediodía lo supe. Era serio, era grave, pero mucho peor fue no saberlo durante tantas horas. En fin de cuentas, tenía que ser así, tenía que llegar, y ya solo me preocupé de cumplir ejemplarmente con mis obligaciones, de aturdirme en ellas, hacer corto el tiempo y decir a Parcitas, cuando todo estuvo cumplido, cantos y lecturas, ejercicios y limpieza, «; saldré esta tarde?», y me respondió que sí. Debió haberme alegrado su respuesta, pero sólo suavizó mi abatimiento, porque la idea de que yo estaba destinado a traicionar me vino en oleadas reticentes, conquistándome con su mudanza de vaivén y su incógnita submarina, espuma frágil arriba, trasparencia fugaz al remansar, negra impasibilidad en las profundidades, y sin embargo igual, idéntica entre la incesante variedad de los matices y el movimiento. Un nuevo género de miedo me acometió, contra el que opuse la razón de que

traicionar requiere de valor, me lo dije así y me lo reproché al instante, analizado que hube las circunstancias que me rodeaban. Y como llegó la hora de satisfacer una mínima parte de mi prolongada abstinencia, me apresuré en pedir a Parcitas que abriera, y salí a esperarla, estirando el cuello de mi pequeñez, para verla aparecer en la última vuelta del camino y poder estrecharla en mis brazos.

Se deja acariciar como yo quiero. Mis manos son lentas, son ágiles, son providentes, se mueven con sabiduría, con una inteligencia autónoma, sin memorias anteriores, se enriquecen y transmiten sus revelaciones a la sustancia blanda de mis huesos, y toda mi piel erecta respira y fallece de placer en placer estremecida. Ya no es el miedo que me conduce a su antojo, en esta sucesión marina de vacilaciones y traiciones. Es otro mar que me apresura y otro el que me contiene, liberándome y recluyéndome, no en el estruendo de la ola que revienta, sino en las rizaduras que apenas expiran y renacen, hasta que siento resurgir la furia del aire, deshacerse mi trunquedad en su grito sordo, y luego la muerte del agua, su triste y dulce y fatigado estancamiento.

Ribaldo tiembla y respira mal. Necesita de mí, me busca, me toca, trata de cerciorarse de que existo. ¡De qué soledades vendrá esa ansia! ¡Cuánto habrá padecido porque no le fue permitido venir durante dos días! No me hace daño, pero me comunica su temblor, me asusta, pero no me desplace. Mis ojos no ven, y están abiertos, me inflaman y me dulcifican sus manos, las mías caen desvalidas, se abren y se cierran mis labios a la necesidad de los suyos, estoy como la casa en trance de fluidez, habitada por llamas diminutas y veloces, que saltan a mi corazón y agitan el vuelo de mi blusa, y suben a mi cuello y entran al sitio donde se forman las palabras, y qué extrañamente amable es no poder decirlas, y sentir la debilidad que me lleva, de llama en llama consumida y retoñada. Pero él se va a morir así, desprevenido, ausente, y me aparto y tomo sus manos, lucho con ellas, asegurada de que nuestro amor es más poderoso que la locura, desesperadamente las tomo para aquietarlas, y entonces su ternura se doblega en mi pecho, exhausto él, ahogándonos los dos. Esto quiere decir que lo he salvado de algo malo y que me ha reconocido.

Torpeza de mi deseo fue haberla querido reducir antes de tiempo, mas no lo hice deliberadamente, sino que me precipitaron dos días y dos noches de participación en temores elementales. Me volví a enardecer, pero ella, aunque casi derrotada, no comprendió y volvió a asustarse. Y el cielo me da ya sus avisos, corre el gris delante de mí, se escapa al llamado de las sombras, la gran torre de nubes se desgarra, atravesada por una banda oscura bajo los reflejos dorados de la cúspide. He de hablar, pues, lúcidamente, antes de separarnos. De haber violentado su comprensión, abriéndola a mí, de haber sido perturbada por el descubrimiento de lo que su cuerpo espera del mío, ni una sola de mis palabras fuera ahora capaz de entrar en Redama. Y me retiro, dejándote el sabor, nada más, de lo que te haré llegar por sobre las limitaciones de tu preciosa ignorancia y cuando podamos olvidarnos del tiempo, me retiro, Redama, para que hablemos.

¡Qué buenos están sus ojos! Nos miramos de igual a igual. Veo claramente la condición de su verdadero amor en los espejos que me reproducen, pero no quiero detenerme contemplando el juego de sus pupilas, v cuando él comienza a hablar, le pongo una mano en los labios para obligarlo a que me

escuche, y le digo que ya no vendrán esos exterminadores gigantes, vomitadores de fuego, mueve él la cabeza como si lo supiera o como un valiente, y entonces le cuento todas las explicaciones de Anáfora. El cuarto que tú conoces será tuyo, estaremos cerca uno de otra, esperaremos que sea construida la ciudad donde viviremos nuestra vejez con los niños, pero, ay, Ribaldo, si ahora me volvieras a besar, mi boca no te rechazaría, si me volvieras a tocar, mis manos no te rechazarían.

Están abiertos sus labios, esperándome. Retorna mi apetito con sólo meterme en la promesa de su mirada, mas no retorna únicamente a los impulsos que me recargan la sangre y colman mis válvulas, sino también a la contemplativa y sagaz reflexión de cómo saciarlo mejor. No se van mis manos tras de este renacimiento, pero sí mis ojos que la miden en todas sus proporciones. Y sé que no encontraré reposo hasta no tenerla, aunque haya de sacrificarla, como a la carne de un animal querido al que se mata para gozarlo. Me incomoda esta idea, me retracto y me pongo a hablar para convencerla de que no conviene devolver a los niños, porque mañana saldremos todos en un desfile, y tú, Redama, los guiarás, y en viéndote, otras muchachas vendrán a juntarse a nosotros, y tal vez encontremos entre todos el camino a la ciudad de las flores.

No entiende Ribaldo que la ciudad no está lista. Pero si va a salir mañana con los niños, quiere decir que Anáfora se equivocó, pues no es un prisionero. Naturalmente, se lo pregunto, y me responde que no, que es tan libre como yo, y se resigna a esperar que la ciudad sea construida, pero me explica que podríamos escoger el sitio, y yo me siento tan alegre que me aprieto a él, más otra vez me busca su curiosidad, y caigo en rigidez, porque estoy prevenida para que no nos convirtamos los dos en una columna de ceniza, muertos quizá, y no puedan entonces seguirnos los niños desamparados. Melancólica, inconsistente ya, con la fatiga de un esfuerzo que no hice, mis manos cerradas, veo su palidez de hierba sin agua, y empiezo a llorar.

Por secar sus lágrimas, detengo mis manos y las llevo a sus mejillas. Comienzan a retornar los pájaros, hay olor de niebla en el aire, llega el reflejo de la luz a la cumbre donde se quiebra, Redama sonríe, yo, heroicamente de pie, le señalo la vejez del día con un movimiento circular de mis brazos, la ayudo a levantarse, queda un instante mi cabeza entre sus pechos que aún palpitan atolondrados, y luego su figura se deshace entre los vuelos de su falda que se lleva el viento en el primer descenso del camino.

Posible es que Fascinata, fugitiva y medrosa, habitante de las nocturnas inmundicias, recibiera asistencia del subterráneo imperio de los machos cabríos, para trocar su miedo en furor, porque, quiéraselo o no, reinaba en la ciudad, desde que un ligero error de identidad mató a Filomedusa y por la noche llovió desperdicios pulverizados del volcán. Mas fue al día siguiente del asalto de locos y leprosos al edificio del orden cuando su dominio se hizo evidente, pues, en cuanto el sol calentó las calles, nuevos motines de hambrientos la proclamaron y vitorearon. ¡Fas-ci-na-ta!, ¡Fas-ci-na-ta!, ¡Fas-ci-na-ta!, ¡muera el general!, gritaban chicos y grandes, hombres y mujeres, en arrojo temerario, cruzando esquinas y atacando, no obstante los gases, los fusiles, los caballos, y luego los trabajadores de otros sindicatos adhirieron a la huelga declarada por los afiliados al Labor y Prosperidad, de

modo que en la tarde no hubo actividad que no se paralizase, menos la de matar revoltosos de sangre ya inútil para los remiendos a la vieja estructura moribunda, y la de los expertos, que continuaban en un océano de papeles sumergidos, a pesar de las pedradas que sufrieron los vidrios del hotel, ahora protegidos por fuerzas en atuendo de combate. El general, ya nada tenía que hacer, sino pasearse a trancos largos en persecución de alguna idea salvadora y echar palabrotas a las paredes, deplorando haber creído en el espíritu reformista de Fenerato.

En el pueblo de Redama, sin embargo, lo más de la gente amaneció al mismo tiempo que las pocas gallinas que restaban, todas solteronas. Unos fueron a la Iglesia, otros pasaron frente a ella santiguándose para seguir a sus faenas campestres, las señoras del Comité durmieron a pierna suelta hasta pasadas las nueve, menos Edúrea que tenía costumbres madrugadoras, cargaron sus barriles de agua los burros, humeó el café, lució la tienda sus bolas de cebolla, abrieron el correo y el telégrafo, donde sus dos empleados se dedicaron activamente a bostezar, y así corrió el día su rutina, hasta las cinco de la tarde, cuando, por la quebrada de los gallinazos, subió y entró a la primera calleja del pueblo, en ruta hacia la principal, el estrafalario desfile, el esperpéntico prodigio, a cuya aparición se atrancaron puertas, se aseguraron ventanas, se espantaron los chivos del cura, se desarmó el rabo de los perros y los curiosos se pusieron de pocos saltos en sus casas. Y no es que hubieran faltado anuncios, habladurías y certificaciones, pero Edúrea creyó haber visto un día salir a uno del cuarto del muerto, más ninguna prueba destruyó las dudas en ella sembradas por Fascinata; las otras señoras del Comité habían tertuliado detalles precisos e imprecisos de la catadura de aquellos monstruos, mas no los vieron jamás; convenido hubo la autoridad en buscarlos, perseguidos, exterminarlos, más nunca su ojo se topó con alguno; los parroquianos de la botica juraron por los polvos de la madre Celestina que existían, mas no pasaron de jurar. Verlos, pues, ahora, entremezclados con los niños, moviendo la mancha azul de sus camisas al levantar los puños, de idéntica estatura, grotescos y terroríficos, contrahechos y frenéticos, energúmenos paridos de vientres secos de brujas o descolgados de platillos voladores, eso fue como si la vida real se hubiese desvanecido en un soplo y ocupase su lugar el horror de las pesadillas que hízolos aullar en innúmeras noches de ficticio reposo.

¿De dónde salieron tantos sodalios? ¿De dónde tantos niños? Allí estaba Contumelio, en la punta de la marcha, desafiante de jeta, y estaban también Ribaldo y Semifacto, Parcitas y Semíforo, Tabesco, Verecundo y Balbuto, cada quien, al mando de un grupo de niños, pero faltaba Patefacio. Por él había ya Ribaldo preguntado a Parcitas, quien le dijo quizá tenga otra misión o se habrá escondido porque es miedoso como una mujer coqueta, parlanchina y posesiva, de alta frecuencia y baja fidelidad, a lo que Ribaldo hizo una mueca, porque nunca gustó de Patefacio, al que, sin embargo, imitaba en lo que valía como repetidor sagaz de las sentencias escritas en el Gran libro de las manifestaciones. ¡Qué importaba, en fin, de cuentas, la ausencia de uno, puesto que había muchos más, cuyos nombres él no conocía, provenientes de anda tú a saber qué escondrijos! De los niños, sólo tres eran del pueblo, reclutados por Redama, y era, no obstante, una multitud de ellos la que se desgañitaba en falsete, cazados probablemente en comarcas vecinas. Si yo tuviera rabo, ya lo tendría pegado al vientre, decíase Ribaldo, mientras hacía cálculos de cómo escabullirse cuando empezase la lucha, pero entonces, justo antes de llegar la procesión a la

plaza, vino Redama a la carrera, bella como una cierva asustada por haber atravesado las filas iracundas, y alcanzó a Ribaldo para decirle ¿por qué gritan y no cantan?, sin encontrar respuesta, sino que Parcitas sacó su vozarrón de emergencia para exclamar airadamente ¿por qué viene sola esa muchacha?, ¿qué se hicieron las otras?, a lo cual ella explicó Ribaldo me dijo que se juntarían a mí en cuanto me vieran, quizá no me han visto todavía, razón más que suficiente para que Parcitas dijese a Ribaldo que era un animal, más Redama no debió haber escuchado bien, porque la gritería y el movimiento los envolvía y los llevaba y porque siguió preguntando por qué gritaban tan enojados, cuando debían cantar las canciones que tú me dijiste les enseñaban todos los días para no sufrir de la vida, y Ribaldo le murmuró en el pedazo más lindo de su oreja, el que le gustaba besar y mordisquear, que no insistiese y esperase, y siguieron hablando sin comprenderse, juguetes del empuje sodálico, desconcertada ella por un aspecto que jamás pensó propio de los niños, cuyas facciones, deformadas por la irritación y los gritos que les torcían las bocas, la aterrorizaban y la hacían implorar, simplemente gemir que no, más aturdida, más implorante al entrar el desfile en la plaza desierta, donde creció el estrépito y una lluvia de piedras cayó en la puerta de la Iglesia, otra en los cartelones del cine Apolo, otra en los pilares de la Sala Municipal, en uno de cuyos rincones la intrépida autoridad bebía copas de ron aceleradas, ordenando de minuto en minuto al telégrafo que pidiera refuerzos, mientras los nueve guardas armados se hallaban en el pórtico, con los fusiles preparados, y los cuatro caballos se encabritaban hasta tocar con las orejas los sables listos a sablear, los trece llenos de temor, dispuestos a huir, pero no se atrevían, ni siquiera cuando uno de los sableadores recibió una piedra en la cabeza y se tambaleó y desguindó de la montura para caer entre las patas de la bestia, en el preciso momento en que tres hombres y tres mujeres reconocieron a sus hijos y se lanzaron a rescatarlos, ay, para escuchar, a los niños vociferar ¡ nuestro padre y nuestra madre es el gran-ca-pu-tón, el gran-ca-pu-tón, el gran-ca-pu-tón!, y ser golpeados por los sodalios con varas de árbol, en forma que hubieran sido muertos, de no haber Edúrea sacudido el cogote escuálido de la autoridad, obligándolo, por modo tan poco placentero, a bajar la escalera para que ordenase fuego y lanzase a los tres caballos disponibles, cosa que él obedeció, con ánimo resueltamente alcohólico, gritando ¡ fuego al aire!, ¡ caballos al ataque!, porque era hombre corajudamente prudente, bebido o no bebido, tantos años de experiencia, y después tú eres el culpable de todo y te quitan el empleo, ¡hip hup!, qué barbaridad dijo al ver que Edúrea, hecha tromba, partía la compacta muchedumbre, llegaba a Redama y la sopapeaba, llamándola con nombres terribles de baja educación, y no solo eso, sino que derribó varios sodalios, pero uno se le metió entre las zancas y la hizo rodar, sin hacer caso de Redama a quien ni siquiera oía suplicar que no la maltratasen, entre el fuego ya retumbante y los cascos de los brutos pisoteando a los caídos, por lo que hubo de retroceder la masa esperpéntica, reanimada a poco por Contumelio, que daba voces explicando que los tiros eran solo al aire, y un nuevo avance, derecho al Municipio, pues el propósito era el de secuestrar a la autoridad, obligó a disparar al bulto, sin orden expresa, lo que inevitablemente resultó en rosas de sangre abiertas en el pavimento, y era sangre de niños y una poca de sodalios, que sirvió a Edúrea para que pudiese escapar de la furia que la hostigaba, con vida e hinchazones, y entonces perdieron ímpetu los niños y los reducidos, y se desbandaron, visto y apreciado todo lo cual por Contumelio, ordenó la retirada y la carrera al bosque, donde todo hallábase previsto para alimentar ataques

sorpresivos y rápidos ocultamientos estratégicos. Muchos niños, bien disciplinados, huyeron con velocidad parecida a la de Contumelio y sus sodalios. Otros, golpeados o no, no pudieron huir porque empezaron a llorar y fueron capturados, pero estos, en honor a los sodalios, fueron los menos. Y otros tampoco pudieron huir, porque estaban heridos o ya no vivían. A los sodalios debió haberlos ayudado Fascinata, porque hasta los pocos que sangraban se dieron modos de desaparecer.

No fueron perseguidos, porque la autoridad dijo muy pon-deradamente que, siendo sus fuerzas escasas, podrían caer en mortal estratagema, lo cual sería la perdición del pueblo, cosa que no habría de permitir el prestigio de su cicatriz, pero se comprometió, por su palabra jamás violada, ante las señoras del Comité, los padres de

familia, el cura y el sacristán, Edúrea que recibía cataplasmas del boticario y café de la maestra de la escuela, y toda la gente de orden que ahora llenaba la plaza desocupada por los monstruos, a darles enérgica caza en cuanto llegaran las tropas pedidas a la capital, y añadió para sí, entre dos hipos y una sonrisa picara, el consabido decir de «a enemigo que huye, la puente de plata». Vinieron luego a discursear el cabecilla liberal y el cabecilla conservador, y las dos cabecillas, la sin pelos y la de nariz entomatada, hablaron preciosidades de las auroras y los ocasos, del cóndor majestuoso, hijo, nieto y biznieto del ave fénix, cuyas alas se agitan entre la gloria inmarcesible de la bandera que jamás se abatió, de una feroz mordida su asta enhiesta entre los dientes del héroe, cuyos brazos y piernas empapaban de rojo las nieves eternas del soberbio escenario de la patria invicta, lo que arrancó atronadores aplausos. Bebieron luego del he dicho, broche de oro comentaron, un vaso de agua las dos cabecillas, y firmaron un pacto solemne de no agresión ideológica hasta vencer a la común amenaza de brujas y organizadores. Apretó con ello la noche, y la paz fue restablecida en el pueblo, aunque sus moradores durmiesen intranquilos.

Ribaldo no corrió solo, sino que consigo arrastró a Redama, obedeciéndole ella, sin enterarse bien de lo que ocurría entre tantos balazos y chillidos, diciéndole él, a pedazos de aliento, que corriese más porque si no los mataban, y era necesario salvar a los niños. Llegados a la espesura, desvióse Ribaldo de los otros por un vericueto, y allí, sobre un lecho de hojas secas, descansaron. Moría la tarde, despertaba la devoción monótona de los insectos, se mecían las copas de los árboles en el ceremonioso soplo nocturno, y el llanto de Redama caía en las manos de Ribaldo.

—Me has engañado, me has engañado, me has engañado.

—No te he engañado, Redama, porque solo te quería a ti.

—Has abandonado a los niños.

—Porque sólo te quería a ti. Pero tú y yo se los quitaremos a Parcitas y a Contumelio.

—Anáfora me dijo que cuidase a los niños de la violencia. ¡Me has engañado, Ribaldo! Déjame ir.

—Porque solo te quiero a ti, me he apartado de los sodalios. Con ellos va la violencia. Yo estoy contigo.

—No estarás más conmigo. Quiero volver a la compañía de Anáfora y de su hombre que no traiciona.

—Tú no puedes vivir con muertos. Yo tengo la risa, el sol, el viento, el jugo de la vida.

—Tú no sabes nada de eso, Ribaldo. Quizá por no saberlo es porque me has engañado.

—Llévame entonces contigo. Así te probaré que no te he engañado. Me ofreciste darme el cuarto de él. Lo acepto. Allí me quedaré, esperando que tú y yo tengamos oportunidad de rescatar a los niños.

— ¿Hablas de verdad?

—Sí, hablo de verdad, como siempre.

—En tal caso, vámonos ya.

—Olvidas que está prohibido transitar a estas horas. Nos matarán los soldados. Esperemos que venga la mañana.

—Me da miedo quedarme porque puedo morir sin necesidad de soldados. Es preferible morir en el pueblo con la casa. Y hacerme de piedra como ella, porque todavía sospecho que me has engañado. Déjame ir. Yo sé andar en la noche. ¿No te he dicho que es mi amiga?

—La noche es imparcial, no es amiga. Es indiferente. Te digo que vayamos juntos cuando la luz nos defienda. Yo le contaré al pueblo lo que traman los sodalios, y seré perdonado.

—Me asustas, Ribaldo, cambias y me asustas. Déjame ir.

—Porque te quiero no te dejo ir. Cuando menos, has de reponerte de la fatiga. Bebe un trago de esto que tengo en mi frasco.

Y Redama bebió, porque estaba con sed, y dijo que esa agua la quemaba. Y él se puso a reír y a explicarle que era una medicina milagrosa, capaz de pintar el mundo con todos los colores que a ella le gustaban, y aún muchos más, e insistió y rogó, de modo que Redama bebió otra vez para volver a rehusar, y él a insistir muy dulcemente, besándola como debía besarla para que no se asustase, en las mejillas y en los ojos, y después bebió él solo largamente, chascó la lengua y arrojó el frasco contra los árboles y contra los muchacha su pequeño cuerpo embravecido, y ella luchó, pero fue una lucha desigual, entre dos vidas y dos muertes, y él por fin pudo gemir su muerte triunfal sobre la helada y húmeda pasividad de la piel de Redama, trepado en ella, adherido como un parásito al sustento inanimado pero vivo, y se hartó y desganó sucesivamente, hasta que al primer aviso de la mañana tuvo vergüenza de yacer con una muerta, acercó el oído a su corazón, lo oyó moverse, palpó su delgado movimiento, sintió entonces

pavor de verla resucitar, y echó a andar en busca de los sodalios, pensando en las excusas que daría por haberse extraviado.

LA SOMBRA INEXPERTA —Es muy extraño lo que sucede. Fácilmente me deslizo por la misma ciudad de ayer, o de no sé cuándo, y no es, sin embargo, la misma, aunque sí idéntica a la que conocí antes o quizá después. ¿Antes de qué? ¿Después de qué? Estoy confundida. Pienso sin eslabones, si es que sin ellos se puede pensar. Y lo que veo es lo que vi alguna vez, o lo que veré, pero no es lo que creo haber visto en los instantes en que me asomé al balcón con el cepillo de dientes en la boca, y dejé de ver al sentir un estallido de luz en las partes interiores de mis ojos. No hay en las calles huellas de combate ni de ceniza. Los vigilantes nocturnos duermen: no tienen a quién vigilar. He buscado por muchas esquinas la lengua o el rabo de una salamanquesa, o las escamas resplandecientes de algún dragón, y solo he encontrado una que otra apacible cucaracha. En el hotel principal no bebe ningún experto, pero en su cocina se amontonan los huevos para las tortillas del desayuno. ¿Es esto posible? He dado una vuelta por el palacio, donde en la cama de más alta jerarquía duerme un señor sin apariencia marcial. Visité el edificio del orden, entré a él cautelosamente, y no hallé ni locos, ni leprosos, ni ratones. Me atrevo a pensar que los leprolocos hayan huido y los ratones muertos, o descendido a roer galerías subterráneas. Digo que todo esto es muy extraño. Apenas he advertido en esa casa las grietas que sorprendieron a mi infancia, de lo que no estoy segura, porque los recuerdos me suben inconexos, intemporalmente vagos. Me parece, no obstante, que fue entonces cuando aquella majestuosa solidez empezó a descomponerse. Así debe ser para que exista dentro de mí alguna coherencia y no me ponga a dar gritos de espanto hasta que alguien me socorra diciéndome no dónde estoy, sino cuándo estoy. Es aún peor la consternación que me causa mirarme. Me reconozco solo en contornos fluidos, nada más, pues mis articulaciones carecen de ensambladura, y por sobre mi cabeza, sobre la que supongo mía, se levanta de rato en rato un fulgor azul. ¡Ay de mí! ¡No sé de qué circunstancia activa me he desprendido! Veo las cosas, pero no tropiezo con ellas como antes, cuando me hallaba embragada al tiempo. ¿Qué soy ahora? Una vagabunda inconsistente, una erraticidad, una casi nada, proveniente de un desequilibrio de ceros, una gratuidad matemática, un signo de abalorios perdidos. Es cierto que me doy cuenta del espacio, pero no del transcurso cronológico, de modo que he sido privada de la noción de la distancia, aunque pueda moverme, detenerme y lanzar sonidos de voz humana en la vaguedad del aire, lo cual no me consuela en absoluto, porque temo que un exceso de agilidad o de ruido me conduzca a un torbellino de tal magnitud y simultáneas ocurrencias que me invalide toda posibilidad de situación.

Esa Sombra Inexperta, afligida porque ignoraba la naturaleza que llevaba, salió de la ciudad en busca del pueblo de Redama, donde podría recoger los pasos de sus vacaciones juveniles, aunque no era este su verdadero propósito, sino el de asegurarse de que aún pertenecía cuando menos a un

hilo de vida, por el cual se le facilitaría el retorno a su identidad, como a la vuelta de un sueño, si es que comprobaba lo que de oídas supo en una estación indeterminada de su memoria: el prodigio allí iniciado en solo una noche y un día de reducción sodálica, y la existencia de Fascinata, o siquiera de su habitación. Tendría así dos pruebas de que realmente pasó lo que pasó en la ciudad.

Salió, pues, pensó en salir del alumbrado laberinto, y salió; pensó en llegar al pueblo, e instantáneamente llegó por la quebrada de los desperdicios, donde reconoció cadáveres de perros y de frutas; entró luego a la petrificación aséptica de la casa de las tres mujeres, buscó en el cuarto del muerto, pero solo encontró telarañas y sonidos semejantes a los que ella producía; en la iglesia, el ronquido del cura, pero no al roncador; en el pajar de Ribaldo, huevos de culebra; el que-so, las cebollas, la zanahoria rojiza y el murciélago colgante, en la cantina pegada al cine Apolo, mas no el estropajo femenino que la servía; ni un solo duende en la cárcel que alojó a la bruja; y en el tugurio de Fascinata, nada más que polvo y murmullos. Fuese entonces al campo, a la cueva de las maravillas, que halló deshabitada, sin pedrería luminosa, sin espumas verdes, sin monstruos congelados. Desolada, aéreamente taciturna, salió a deslizarse por las ondulaciones sin color, con la débil esperanza de posarse en la montaña más alta y tener allí un mirador, desde donde quizá sorprendería alguna actividad secreta de los pequeños, pues, si no podía tocar como antes los objetos, su potencia óptica, en cambio, había crecido hasta la inmensidad. Pero en cuanto húbose sentado en una piedra que se hundió bajo su levedad, oyó voces, risas e improperios; se alzó sobresaltada y vio que se acercaban al mismo sitio cuatro sombras de proporciones plásticas diferentes, bien que de la misma fluidez e inconsistencia de movimientos que a ella, por inexperta, le dolían. Se adelantó a recibirlas, con violento ánimo de indagar.

LA SOMBRA INEXPERTA — ¿Quiénes sois?

LA SOMBRA ANGÉLICA —Emisarios. Yo soy la Sombra Angélica, sembradora de paz, de sosiego, de coordenadas exactas, de la bienaventurada quietud. Esta es la Sombra Luzbélica, que me contradice, sembradora de los conflictos. Esta otra es la Sombra Tutora, mi ayudante. Y aquella, la Sombra de Lulú, ayudante de mi rival. Hemos venido a deliberar.

LA SOMBRA INEXPERTA —Estoy terriblemente confundida. ¿A deliberar de qué? ¿Puedo tomar parte? No tengo ningún entretenimiento y he perdido la memoria. No sé quién soy.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Yo te lo diré. Eres un periespíritu, una condensación de fluido, todavía en la etapa pneumatofónica, solo útil para las mesas giratorias, desamparado y estúpido. A causa de tus mediocres antecedentes, yo no te tomaría a mi servicio, por más que me gustase darte calor.

LA SOMBRA ANGÉLICA —No le hagas caso. Dice que sabe, pero no sabe: todo se lo ordenan de arriba, y lo único que le place es el alboroto. Consuélate, amiga, pues te ocurre lo que le ocurre a todos al poco rato del tránsito. Poco a poco saldrás de las esferas primitivas; entonces conocerás tu destino. Por ahora, vaga y no te preocupes.

LA SOMBRA INEXPERTA —Lo que me dices no me alivia. Por lo menos quisiera saber quién soy.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Iba a decir que fuiste un pobre diablo, pero no debo mentar dos veces ese nombre, tergiversado por los cagatintas de la teología cristiana. Prácticamente, no eres nada. Te ganabas la vida de amanuense. Tuviste la imprudencia de asomarte y te entró una bala en la cabeza. A esto se reduce tu historia, nada entretenida como ves.

LA SOMBRA DE LULÚ —Yo no la envolvería en mis cabellos por ninguna recompensa. Era calvo, de aliento fétido, tenía buena letra, nunca llegó tarde a su trabajo, cortés y discreto, su curiosidad se llenaba solo por el ojo de las cerraduras, y con su pecho lampiño de virgen nunca tuvo disposición para el desorden.

LA SOMBRA INEXPERTA — ¿Quién eres tú que así me insulta?

LA SOMBRA DE LULÚ —Por línea derecha, vengo de Lili, la primera mujer de Adán, para que lo sepas. Por mucho tiempo, la pobre tuvo que satisfacerse con un solo hombre, pero en cuanto él cometió la torpeza de enredarse con Eva, aparecieron otros para llenarla. Yo la sustituyo en lugares subdesarrollados como este, pero ejerzo con más desenvoltura, porque soy moderna y las buenas costumbres retrasadas me facilitan la competencia. Y como ella, la hermosura de mis cabellos atrae a cuantos quiero, más que ella, pues aquí sobran aburridos y las mujeres todavía se hacen de rogar. Hago abortar sin dolor a las que se dan el gusto bajo mi amparo. No se usan muchas píldoras por estos lados.

LA SOMBRA TUTORA — ¡Calla, Lulú, no seas puerca!

LA SOMBRA ANGÉLICA —Que se sosieguen las ayudantes. Y tú, Sombra Inexperta, escucha y aprende. No, no podrás tomar parte en nuestra deliberación, pero te permitiremos atender.

LA SOMBRA INEXPERTA — ¿Y por qué no me explicáis lo que pasó?

LA SOMBRA LUZBÉLICA —De eso se trata. Es decir, de que vuelva a pasar. Cuando vuelva a pasar, te lo explicarás todo.

LA SOMBRA ANGÉLICA —Yo me opongo a que vuelva a pasar.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Veremos quién gana. Es hora del ciclo.

LA SOMBRA INEXPERTA — ¡Estoy desesperada! ¡Quiero saber! ¿Eres tú Luzbel? ¿Eres tú un ángel del primer coro?

LA SOMBRA LUZBÉLICA —No, yo no soy Luzbel. Él es mi jefe.

LA SOMBRA ANGÉLICA —En el primer coro está mi jefe.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Y los dos jefes obedecen a uno solo. ¿Entiendes?

LA SOMBRA INEXPERTA —De ninguna manera.

LA SOMBRA DE LULÚ — ¿No lo dije? No perdáis el tiempo. Es una pavitonta, obtusa, mentecata, lerda...

LA SOMBRA ANGÉLICA — ¡Calla, descocada! (A la Sombra Inexperta.) Trataré de explicártelo con más claridad. Somos enemigas, eso ya lo sabes, pero no en el campo del dualismo irreconciliable, porque no hay sustancias independientes, sino en el de la dialéctica, que es un conflicto superable, *harmonice mundi, coincidentia oppositorum, lusus naturae...* De este modo tenemos jefes distintos y al mismo tiempo uno solo. ¡Ay, ya veo que sigues sin comprender! Pero la verdad es que no hemos venido a explicar a nadie lo que nos tiene enredadas desde el primer día de la creación. (A la Sombra Luz-bélica.) Te propongo que le digamos sencillamente a esta sombra desorientada a qué hemos venido. Toma tú la palabra, porque a mí me molesta entrar en los pormenores que tanto te deleitan.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —La tomo porque sé que no se tranquilizará con lo que yo le diga. En primer lugar, este país no merece que descienda Luzbel en persona, ni tampoco el Ángel del primer coro, su primo hermano, ambos edecanes y confidentes del Gran jefe. En segundo lugar, he de decirte que también los países subdesarrollados tienen su leyenda, su leyendita, no comparable, por cierto, a los magistrales mitos de los supercivilizados, que regresan, de tiempo en tiempo, a turbarlos con los vapores de la cloaca hirviente original. Te daré ejemplos para tu cortedad de genio. He aquí uno: las afrodisíacas gotas sanguinolentas que cayeron a las espumas del mar de las mutiladas partes pudendas de Urano se reproducen hoy en focos rojos y copas talladas para la venusina tecnificación de la trata de blancas. He aquí otro: la brutalidad de Ares, devorador de toros, verracos, ovejas preñadas y carneros, retorna en cualquier Alejandro o Napoleón, o en bigotillos chaplinescos devoradores de piel y huesos de judíos. Y si quieres, recuerda al imbécil de Tiestes, comiendo sin saberlo cabezas y manos de sus hijos, trocado en el *E Pluribus Unum*, contrito y misionero, que vuela por el mundo comiéndose a sí mismo de tanto hacer favores para convertir a malos en buenos. Y paro para no cansarte. La leyendita de este país no es tan magnífica, es muy abajada, pero de una fidelidad enternecedora.

LA SOMBRA ANGÉLICA —Ten cuidado, Sombra Inexperta, porque mi colega exagera para llevar el agua a su molino. La leyendita no tiene nada de enternecedora.

LA SOMBRA DE LULÚ — ¿Qué no? Bueno, pero es hilarante y priapesca.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡No me interrumpas, hija de la gran Lili! Solo mi camarada Angélica puede hacerlo. Prosigo.

LA SOMBRA TUTORA — ¡No se lo permitas, Sombra Angélica, madre mía protectora! Puede convertir a esta candorosa en su partidaria.

LA SOMBRA ANGÉLICA (A la Tutora). — ¿Cuándo me has visto no hacer honor a mi palabra? Te ordenaré que protejas a la Inexperta a su debido tiempo. Prosigue, Sombra Luzbélica.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Correcto. Yo también sé cumplir. Pues bien, una vez, hace mucho tiempo, de ese tiempo contado por terrícolas, apareció Alarico a horcajadas en el alféizar de una ventana. En esa postura circense, que constituía toda una novedad, lanzó un dedo fálico al aire y tantas palabras con la fuerza que le daba su falta de sentido, que la gente se embochinchó, gravemente adolecida de bla-blá y de ferulitis lujuriosa. De ventana en ventana saltó la estantigua, fea, dentuda, flaca, larga, infatigable, barroca, parchada de crucigramas y metonimias insensatas. A la verdad, yo misma me preocupé de conformarla, con la sapiente ayuda de un jesuita y la enérgica colaboración de Lulú. Hase de convenir que el alboroto es provechoso para el progreso, puesto que no hay progreso sin cambio, pero todo tiene sus límites, incluida la satisfacción luzbélica. A veces me pregunto si no me arrepiento de haberle transmitido una chispa de mi luz, porque me resulta monótono, muy repetidor, como un pedagogo normalista, aunque he de confesar que encaja muy bien en la circunstancia mental de la cicatería patronal de este desperdiciado país. La verdad es que entonces había demasiado orden y una jerarquía angélicamente distribuida, lo que ocasionaba el letífero aburrimiento consiguiente. Así, pues, las pataratas de las peroratas de Alarico debieron haber servido de advertencia para los nuevos años que ambos, luzbélicos y angélicos, ofrecimos a estos pobladores como remedio único a su *taedium vitae,* pero fue inútil. Y, creedlo o no, hay aquí algunos que se ufanan de inteligentes y doctos, y pudieron ver las primeras rajaduras en el edificio, especialmente cuando Alarico se me fue de las manos y se descompuso en atronantes y atafagadas convulsiones que lo obligaron a invernar, pero aquellos inteligentes doctóricos arreglaron las cosas como antes, solución muy cómoda y placentera para mi pariente Angélica. Por tanto, pasado algún tiempo, se me hizo insoportable tanta mansedumbre de este territorio que, entre otros, me asignó el Gran jefe, y me fue necesario despertar a Alarico. ¿Lo podréis creer? ¡Volvió a suceder exactamente lo mismo! ¡Qué falta de imaginación! Yo recibí una reprimenda, que no merecía, porque estos mancos por dentro, pavoneados de llamarse fuerzas vivas, no me comprendieron. Pedí un traslado a otro sitio donde pudiera contar con mejor colaboración, pero no fui complacida. Y ya van cinco veces, en no sé cuántos años contables por esta gentuza, que he debido sacar a Ala-rico de su hibernación, puesto que los obtusos, obtusos son, gritan y declaman, imitan a ratos a Alarico, sin llegarle al dedo, y lo resuelven todo con reparaciones, pegostes, empréstitos extranjeros y engomaduras vegetales. Yo querría prescindir de él, pero no encuentro otro mejor, ni siquiera igual, sino pazguatos de pe a pa, pues este país sufre de un increíble déficit de inquietadores profundos y su gente vive tirando de la rueda, entreteniéndose en palabritas menores y argumentos monjiles, o en imitaciones descalabradas. ¿Qué hacer, sino satisfacerme con una superficialidad reconocida? Y ahora se nos llama a decidir si es llegado el momento de volverlo a despertar.

LA SOMBRA TUTORA —Sería excesivo e injurioso para las buenas personas.

LA SOMBRA DE LULÚ — ¡Hipócrita! Bien que te gusta el alboroto, porque inmediatamente te ponen de guardián. ¡Cómo te gozas en llevar chismes para la cuenta de los pecados!

LA SOMBRA TUTORA —No me insultes, no me calumnies, ¡asafética desordenada!

LA SOMBRA ANGÉLICA — ¡Silencio, las ayudantes! Deliberemos.

LA SOMBRA INEXPERTA —Un momento, por favor. Sigo muy confundida. No sé ni quién soy, porque no creo todo lo que me dijo la que tú llamas colega, pariente, prima, que en todo caso debe de ser ilegítima. No sé, en definitiva, si estoy viva o muerta, en estado comatoso, que pudiera ser recuperable, o si ya fui arrancada de la luz a las tinieblas. No sé si hubo dragones o salamanquesas, ni qué pasó por fin con mi cuerpo, que vanamente busco. ¡Dadme una ayudita! Si es que pertenezco a la familia de las sombras, ¡no me abandonéis!

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡No fastidies con jeremiadas como si Nabucodonosor todavía se molestase por el Arca!

LA SOMBRA ANGÉLICA —Mi comadre Luzbélica se sobrepasa, pero hay que comprender que el calorcito que le mueve el rabo no es apropiado para la tolerancia... Yo te ayudaré, Sombra Inexperta.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡Ya te quisieras tener mi calor en lugar de tu congeladora!

LA SOMBRA ANGÉLICA —Sabes que, si me indigno, cosa impropia de mí, te acuso. Tregua solicito. Y mientras tanto, yo te ayudaré, te digo, Sombra Inexperta. Te lo diré todo en dos palabras. Tú estás muerta, ¡alabado sea mi Gran jefe!, y, por consiguiente, tienes la obligación de sentirte feliz. Ten paciencia, porque no hay otro remedio. Ya te acostumbrarás.

LA SOMBRA INEXPERTA — ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué se hizo el general, qué se hicieron los expertos? ¿Es que podemos vivir sin expertos? ¿Qué me decís de Fascinata? ¿Y de los niños? ¿Y de los sodalios? ¡Ay, me duele la cabeza! Pero no me la puedo tocar, pues toda yo soy una blandura, una babosa reptante por las paredes del aire. ¡No me dejéis en esta condición!

LA SOMBRA DE LULÚ — ¡Ja-ja-ja!

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Con semejante candorosidad se pueden hacer maravillas. A esta sombrilla lo que le falta es calor, repito. (A la Inexperta.) Yo te lo puedo dar en abundancia, vida mía.

LA SOMBRA ANGÉLICA —No antes de que ella escoja por sí misma su habitáculo en la eternidad. Hay que respetar las reglas del juego. Ella dirá, pobre novicia, a qué partido decide afiliarse cuando conozca toda la historia. Haré un resumen: en el cuarto día de las pesadillas, una facción del ejército, acusándolo de debilidad de carácter, se alzó contra el general, víctima de las especulaciones feneráticas y de la sabihondez de los técnicos. Pelearon los dos bandos por su cuenta, sin intervención de la cosa nostra. Una bala de fusil castigó tu curiosidad; otra penetró en la voluminosa nalga de un experto. Y tú ya no supiste nada de nada, porque entraste al periodo sonámbulo, del que acabas de salir para disciplinarte en el segundo círculo de los desprendimientos sucesivos. Pero reanudo el relato: el de la nalga herida se quejó, y las cinco cabezas importadas solicitaron que su país

interviniese para salvar sus vidas y las de sus semejantes que aquí vivían. Una facción de las peleadoras creyó que los soldados pintipuestos llegados por aire y por mar eran *purus, sincerus et castus,* y reclamaron su ayuda. Quizá lo eran, pero, *dantur leges civita-tibus, non animalibus,* mi pariente luzbélico se aprovechó de un descuido mío, nuestro Gran jefe, tan paciente que a veces ni se mueve, dejó hacer, y los pacificadores ultracivilizados violaron hasta el *comonló* y el de gentes, perdidos ya de seso. Les dijeron que en el bando del general había siete brujas, y se pasaron a ayudar a los insurgentes; al siguiente día, les aseguraron que en el bando de los insurgentes había nueve brujas, y regresaron, con mayor brutalidad aún, a ayudar al general. Y así, sucesivamente, muerte, incendios, pateaduras, hambre, pestilencia, *máloe tenebroe Orci, quoe omnia bella devoratis,* hasta que cuatro o cinco gobiernos de otros países, casi tan subdesarrollados como este, mediaron, rogaron, exigieron, mandaron soldaditos para salvar la cara del paisote, y consiguieron por fin que se firmase la paz. Una Junta Mixta de Gobierno convocó a papelitos para elegir presidente. En ese momento Lulú, correveidile de mi ingrata prima, se atavió con la minifalda más provocativa, con nada por debajo y el cuerpo bien espolvoreado y tocadito de perfume francés, voló a soplar en los ojos de Alarico, en su plexo solar, en el pico de su rabadilla y en otras partes que no deben pronunciarse, y Alarico saltó a su ventana, y habló, y habló, y ganó, despilfarró el empréstito otorgado de urgencia a la Junta Mixta, vivió la gente unos cuantos meses, unos cuantos pedacitos de tiempo, gastando alegremente, los empresarios alariquientos engordaron con prontitud y empezaron luego las convulsiones otra vez, alariqueando frenéticamente, y le fue desarmado el hechizo del dedo a Alarico, que, humildoso y culicaído, volvió a invernar. Es lo que te explicó la Sombra Luzbélica, pero no te ha dicho que, en cuanto Alarico, por ella movido, estira los brazos, desperezándose de su inactiva vegetación, acuciadas por Lulú, le preceden Fascinatas, Filomedusas, celestinas de variable sexo, dragones, locos, leprosos, huevos podridos en las alacenas de los especuladores, y otros fenómenos de su particular iniciativa de campeón. Por ahora, todo está más o menos en orden, el edificio bien apuntalado y limpio, el esperma de los gallos robustecido, los campesinos tranquilos, los negocios prósperos, los hambrientos preparados para el cielo. Según mi amarga enemiga, campo arado para los estropicios de Alarico.

LA SOMBRA LUZBÉLICA (A su contraparte angélica). — ¡Cómo se advierte que proteges a la oligarquía! Has olvidado una parte sustancial del asunto: lo que hicieron los seis más grandes notables de la patria.

LA SOMBRA ANGÉLICA —Malévola y tergiversadora eres. Bien conoces mi imparcialidad.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¿Imparcialidad? No me hagas reír... ¿Por qué entonces te opones a que se cumpla el ciclo retrospectivo y ultraespectivo? Te lo diré: porque yo propugno el progreso, tú el estancamiento, por miedo a que se te despeguen las alas. Yo quiero batir y remover, tú te huelgas en la soñarrera de las marmotas.

LA SOMBRA DE LULÚ — ¡Bravo! ¡Así se habla!

LA SOMBRA TUTORA — ¡Cuídate, señora Angélica, que te tienden un lazo!

LA SOMBRA ANGÉLICA —Cuidada estoy por la propia dignidad de mis funciones. Y me niego a replicar a los denuestos, pues sería contrariar mi naturaleza benigna. (A la Sombra Luzbélica.) Si he callado esa parte, hícelo en gracia a la brevedad. ¿No sientes que ya el viento acerca la luz? En cuanto empiece a guiñar, hemos de disolvernos. Pues bien, no te asombres si te pruebo, ángel protervo, que no me atemorizan tus astucias, porque me anticipo a decirte que votaré a favor de que despiertes a Alarico. Dos a dos hubiéramos quedado y el voto dirimente habría venido del Gran jefe, porque la Sombra Inexperta no puede votar todavía. No sonrías de ese modo chocarrero, pues te advierto que esta vez estoy resuelta a derrotar a tu protegido para quitar para siempre de tu poder ese instrumento disociador. ¡Despiértalo y verás!

LA SOMBRA DE LULÚ (Meneándose y brincando desaforadamente). — ¡Jajajá! ¡Jijijí! ¡Jojojó!

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Tortas y pan pintado. Yo hablé de otra cosa...

LA SOMBRA ANGÉLICA —A ella voy. También te probaré mi imparcialidad angélica, contando lo que osas decir que callé por intereses creados. No son intereses, badulaque, como los que te guían a ti, chulquera inmisericorde, sino que *verus amicus numquam amici obliviscitur.* Si quieres, cuéntalo tú, para que no se diga que disimulo nada. Nobleza obliga.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Con mucho gusto.

LA SOMBRA INEXPERTA —Nada de lo que decís o vais a decir me interesa. Sé que estoy muerta, sé cuándo, sé que ha pasado un tiempo inerte sobre mí. Seguiré vagando y sufriendo.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —*O miserum te si intellegis, miserum si non intellegis*

LA SOMBRA INEXPERTA —No entiendo.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡Claro! Muy natural.

LA SOMBRA ANGÉLICA —Ya entenderás, ten paciencia. Te aprovechará, joven sombra, escuchar, para que tomes partido y aceleres tu proceso en el paso a otras esferas. Morir no es nada. *Mors somno similis est.* Y de este sueño también saldrás.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Además, aunque no entienda, conviene a todos que escuche, porque, si ha de tomar partido, será parte de la apuesta. Por consiguiente (a la Sombra Inexperta), has de saber que, en cuanto llegó la noticia de que Alarico se desperezaba, Fenerato, Damacio, Lacerta, Cúmulo, Venalio y Adamas, es decir, lo más distinguido del señorío crematístico, la flor y nata del patriotismo, reconciliaron intereses y menores desavenencias, reunieron millones de contado y volaron a encontrarlo para pagarle con mucha largueza sus gastos de publicidad, de soborno, de viajes, de saliva y papel, a cambio de jugosos contratos para el bien general, como le gusta decir a la Sombra Angélica.

LA SOMBRA DE LULÚ —Seamos honestas: no solo ellos, sino que muchos otros de menor categoría hicieron lo mismo, con dinero o con persona.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡Naturalmente! Ponían sus haberes a mi caballo. Y, salvo una que otra excepción, los intelectuales corrieron tras de él, porque Alarico habla de todo, aunque no entiende de nada. Por algo valen mis facultades.

LA SOMBRA DE LULÚ — ¿Puedo contar lo que hicieron los sodalios? Yo tuve en ello alguna intervención.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Concedido, si no se opone mi antítesis.

LA SOMBRA ANGÉLICA —No me opongo. ¿Acaso un ángel tiene algo de intelectual? Además, estoy segura del triunfo, pero no permito que me llames antítesis: yo soy la síntesis.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡Allá va a dar! Empieza, Lulú.

LA SOMBRA DE LULÚ —Primero he de recordar con orgullo los trabajos que me tomé para dar a Ribaldo la facilidad de violar a Redama. Entre el veintitrés y el veintinueve de la luna recogí ranúnculas y verbenas, las mixturé con canela en polvo, dientes de clavo, lo mejor de la flor del clavero, y nuez moscada, preparé la infusión a fuego lento y la deposité en la cantimplora de Ribaldo, de modo que el aguardiente le duplicó el vigor en el bosque para la lucha amorosa, y los traguitos que Redama pasó la dejaron en letargo propicio, mucho más efectivo por cuanto la hice sentir gradualmente la comezón platónica en las caricias que daba y recibía durante sus anteriores entrevistas, y sabido es que toda virgen sucumbe a un platonismo bien dosificado. No obtuve, sin embargo, rápidos resultados, porque luchó con todas sus fuerzas hasta que perdió los sentidos y se abrió.

LA SOMBRA TUTORA — ¿Y para qué crees que yo sirvo?

LA SOMBRA DE LULÚ —Para nada, puesto que sucumbió. ¡Ah, pero Ribaldo, qué fogosidad, qué hermosa brutalidad, qué ímpetu! Tanto placer me dio el espectáculo que mis cabellos se electrizaron y me puse a gritar en la mitad del bosque. El viento que produje dobló un árbol enorme.

LA SOMBRA TUTORA —Me hiciste trampa, Lulú. Si no hubiera sido por el desfile y la turbamulta que hubo en el pueblo, Redama hubiera conservado su doncellez.

LA SOMBRA DE LULÚ — ¿Para qué sirve conservarla? Solo para el arrepentimiento tardío. Te puedo contar muchas experiencias, como la que cierta noche...

LA SOMBRA ANGÉLICA — ¡Basta de repugnancias!

LA SOMBRA TUTORA —Hay algo que no sé. ¿Qué hizo Anáfora?

LA SOMBRA DE LULÚ —Nada. Las dos, madre e hija, quedaron iguales. Anáfora es una repetición; Redama, su eco. Pero continuaré, lo más brevemente que pueda, para que terminemos el concilio antes del sol. Dos

días y dos noches Redama estuvo enloquecida, en el cuarto del muerto. Pero, como ocurre siempre, empezó por fin a sosegarse, identificada con Anáfora, y ella principalmente porque tuvo el socorro de los murmullos, y luego el de la sabiduría moral, *vade retro* puf, de Anáfora. En cuanto a Ribaldo, se reincorporó a sus amigos, pero en las guerrillas que armaron, cosa que se le olvidó contar a la Sombra Angélica, nunca pasó de la retaguardia. No tuvieron éxito, salvo en las noches que salían de excursión para dejar bombas en los zaguanes. Los niños abandonaron pronto la aventura, fugándose, en una fuga consentida porque ya no servían a ningún objetivo callejero. Y Patefacio, ese intelectual de papel moneda, en cuanto se enteró de la llegada de Alarico se escapó del bosque, donde había sudado larguísimas horas de miedo, más retaguardiado que Ribaldo, y le solicitó audiencia. Díjole que se gratificaba de hallarse delante del héroe y del sabio más grande del mundo, y puso a su disposición fuerzas sodálicas de choque y una cierta habilidad para falsificar papelitos de votación. Alarico aceptó la oferta, mientras Patefacio pelaba los dientes y se comía las inmundicias de las uñas al preguntarle: Alarico, ¿me harás embajador? Y Alarico se lo prometió. Corrió entonces Patefacio de regreso, a deslizar cosillas en los oídos de sus cofrades.

LA SOMBRA TUTORA — ¿Qué les dijo?

LA SOMBRA DE LULÚ —Que Alarico se comprometía a devolverles su estatura normal, cuando menos, y a otros, a los mejor portados, los haría crecer mucho. Y todo se arregló no tanto porque la conspiración de Patefacio fuese magistral, sino porque, desde encapuchados para arriba, comprendieron que estaban perdidos y solo les quedaba volverse alariquientos, porque así prosperarían y cumplirían con reforzar el caos. Hubo, pues, una combinación geométrica-filosófica de líneas, sus conciencias quedaron tranquilas y sus corazones alegres. Ribaldo, hay que reconocerlo, sirvió a la nueva causa con diligencia ejemplar, al principio convencido de que cometía traición, pero no se pudo dar este gusto, porque la orden le llegó a él como a todos de las esferas superiores. Alarico, por recomendación de Patefacio, lo nombró cronista de sus hechos, principalmente encargado de escribir ofensas contra enemigos, y organizador en jefe de los chupamedias.

LA SOMBRA INEXPERTA — ¿Volvieron a crecer, entonces?

LA SOMBRA ANGÉLICA — ¿Ya ves que sí te interesa la historia?

LA SOMBRA INEXPERTA (Ruborizándose por dentro, porque no se le veía rostro alguno). —No pude sobreponerme a la curiosidad...

LA SOMBRA DE LULÚ —Sí, crecieron un poco, pero cuando más se pavoneaban y empezaban a molestar Alarico los aplastó sin misericordia. Para él, Fenerato y compañía eran mucho más importantes y estaban satisfechos con su tamaño a lo ancho. Alarico, como sabéis, es muy largo y no gusta de la competencia.

LA SOMBRA TUTORA —Quisiera saber qué pasó con Tíbulo.

LA SOMBRA ANGÉLICA —Eso me corresponde contarlo a mí. Tíbulo, y otros como él, siguieron creyendo en el perfume de las rosas y en la final fortaleza de los humildes. Lucharon contra Alarico y contra los Feneratos, y naturalmente perdieron, pero no les importa esperar. Son, pues, unos solitarios, nómadas incongruentes de una sociedad con las raíces al aire. Así continuarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos, hasta que todos comprendan por qué Adán se suicidó hace unos veinte mil años, por qué luego se suicidó Jesucristo y por qué, desde entonces, se multiplica el degüello de los chivos hebreos.

LA SOMBRA LUZBÉLICA —Me parece, Sombra Antinómica, que estás abusando de nuestra paciencia. ¿Apuestas o no apuestas?

LA SOMBRA ANGÉLICA —Sabes que tengo que apostar. Si pierdo, te llevas a la Sombra Inexperta. Si gano, me la llevo yo. Esta apuesta es, empero, una mixtificación. Tú sabes que apostamos mucho más. Puedes, en consecuencia, proceder. Solo agregaré antes unas pocas palabras para satisfacer la ansiedad de la Sombra Tutora y de la Sombra Inexperta. Tíbulo encontró a Redama y Redama encontró a Tíbulo. Ella le dijo: ¿eres tú el poeta? Él le respondió: ¿eres tú la muchacha del pueblo que amó a Ribaldo? Entonces pasearon juntos; Anáfora los vio desde su ventana y reflexionó que podía morir sin remordimientos.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡Qué sentimentalismo más trasnochado! ¡Y cuando tenemos prisa! ¡Vamos! ¡Tú, Lulú, corre a cosquillear a Alarico! ¡Que venga pronto a mover a todos los idiotas de este país! ¡Ojalá que aprendan y hagan algo nuevo y se dejen de guardar las narices del resfrío! ¡Viva Alarico, el gran inquietador! ¡Y dile al paso a Fascinata que empiece a capar gallos! ¡Reduce a los sodalios! ¡Que ataquen a los campanarios! ¡Que sacrifiquen niños! ¡Que rompan todas las nueces! ¡Que violen! ¡Que les quiten el sueño a los Feneratos! ¡Din-dan-din-don, las campanas del cabrón! ¡Que todo corra, arda, hierva, se conmueva, se turbe, se altere, se sacuda, se encrespe! ¡Por sobre Tíbulo, que estalle el lodo! *Hei, voe: voe victis*

LA SOMBRA ANGÉLICA —Sosiega tu histeria, prima ensoberbecida. Excítate, si quieres, pero cuando te hayas alejado de mí. Me molesta tu ruido. (A la Sombra Tutora.) Despega ya, muévete a proteger a Redama. (Volviendo a la Sombra Luz-bélica.) Obedece, pues, lo que te ha sido mandado, pero piensa que alguna vez tu rebeldía y mi mansedumbre acabarán para siempre con sodalios, Alaricos y Feneratos.

LA SOMBRA LUZBÉLICA — ¡Imposible! Yo fui la preferida y volveré a serlo. Si tú y yo nos identificamos del todo, se desmoronará el cielo y empezarán las estrellas a caer en la falda de Anáfora. ¡Qué ridiculez me propones! ¡Adiós, que me aburro de oírte!

LA SOMBRA ANGÉLICA —Ve con Dios y no te propases. *Divini auxilii omnes egemus.*

LA SOMBRA INEXPERTA — ¿Y yo qué hago ahora?

Pero ya nadie pudo responderle. Se encontró sola. La luz la hizo transparente, ineficaz, invisible. Y no pudo resolver otra cosa que buscar un agujero en el cual esconderse y poder alzar desde él la nariz para curiosear

el desarrollo de los acontecimientos y saber de quién sería presa y a quién serviría, aunque su preocupación dejó de ser grave, pues había aprendido que no era insalvable la diferencia entre una y otra dueña.

Mi nombre es solo Redama. Aquí nadie lleva nombres innecesarios, porque no tenemos historia personal. Vivo donde el pueblo empieza a ser camino a otros pueblos. Mi gran aventura, fuera de mí misma, ocurrió cuando conocí a Ribaldo. Lo conocí porque vino a hablar con los campesinos, y los campesinos fueron en busca del primero de los propietarios y le pidieron: ¡Patrón, devuélvenos las tierras! Cinco años después Ribaldo volvió, a la hora del jardín. Me acongojó verlo levantar el brazo como una flecha de profeta. Cuando la noche y el día dieron una vuelta, Ribaldo vino, pero no entró a la casa por la puerta, sino que saltó la tapia del jardín, donde yo paseaba mientras las sombras caían en el bronce líquido del aire. Quedé paralizada de horror.

Pasó lo que pasó en un lugar desconocido. Puede que no haya existido nunca ese lugar, pero también es posible que existiera en cualquier parte. Por conveniencia, llamadlo país, si lo queréis, pero no le deis nombre propio ni le fijéis espacio, porque sería devorado por el análisis, y ni las potencias del sueño ni las potencias del amor bastarían para volverlo a encontrar. Y tendría que ser inventado otro.

Y así, esta historia no concluyó, sino que volvió a empezar.